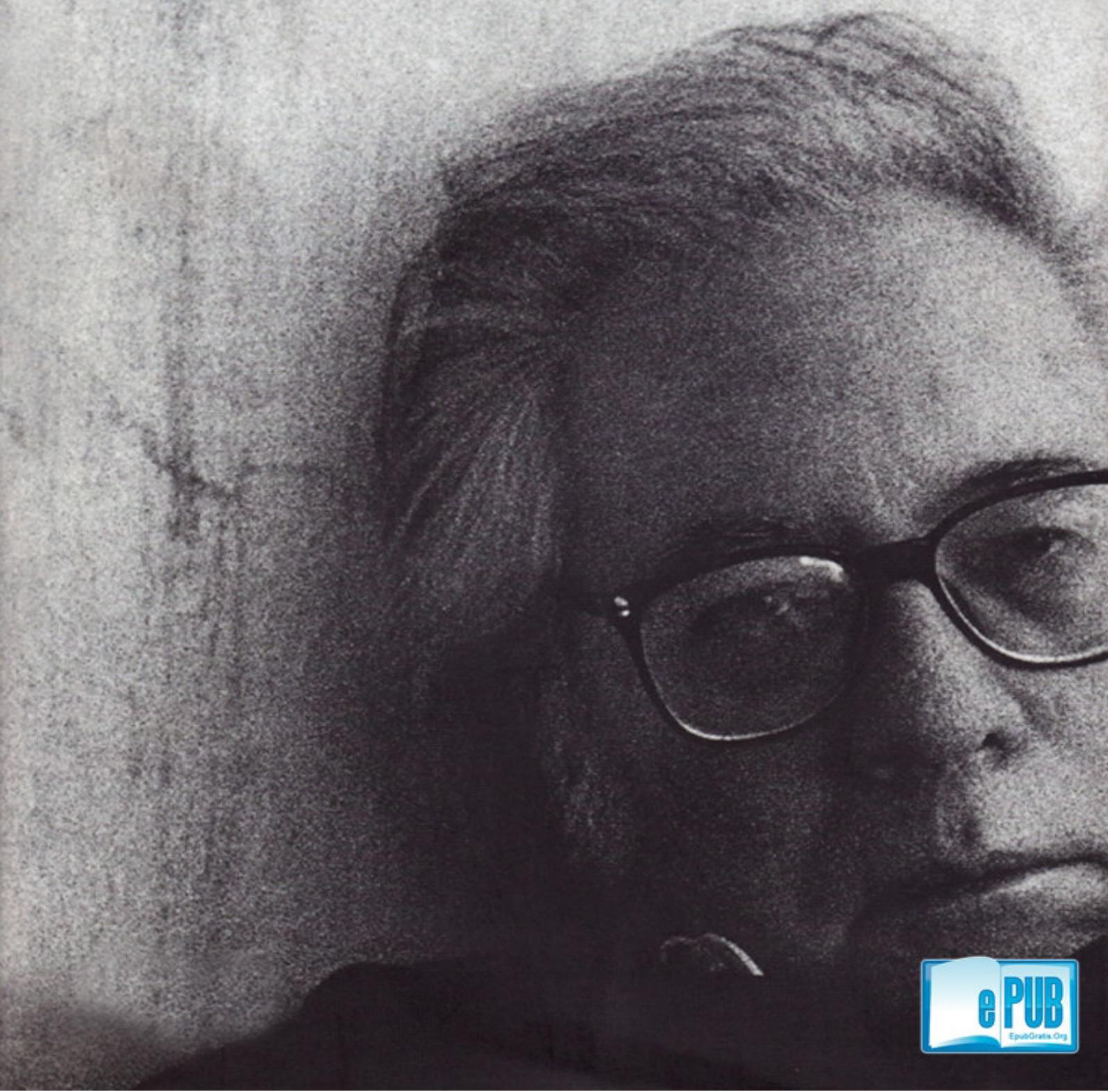


FRANCISCO

UMBRAI

Amado siglo XX



«Francisco Umbral estaba poseído por los demonios de la escritura, que no lo abandonaron nunca. Había sido siempre, desde niño, un profesional de lo suyo y nunca pensó en dedicarse a otra cosa. [...]

»*Amado siglo XX* era un proyecto que había ido desarrollando Umbral sin estorbo de su vida cotidiana. Se asomaba todas las mañanas al siglo XX, que era la realidad temporal del escritor. Su vida avanzaba con el mismo ritmo que su escritura. Hombre, vida y obra eran ya una tríada que se adentraba en los bosques de lo muy vivido. La nieve, pájaro de altura, estaba volviendo a sus cimas blancas y dejando nidos cada vez más altos sobre los techos ojivales de un siglo en decadencia. Umbral contempló su obra con sosiego y se tumbó a descansar.»



Francisco Umbral

Amado siglo XX

ePub r1.0
Titivillus 04.03.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Amado siglo XX*
Francisco Umbral, 2007
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Siglo veinte, cambalache,
problemático y febril.
Tango

ATRIO

Todo hombre que ha vivido unos cuantos años importantes de su siglo puede decir que ha vivido el siglo entero. El rigor de los calendarios no sirve para nada a estos efectos. Cada uno es del año que más le ha marcado o incrustado de su siglo. Así, el siglo XIII ha marcado la Historia de la Iglesia y la Historia de Europa. Así, los siglos renacientes han marcado a Leonardo, a Miguel Ángel, a Dante. Esto, en cuanto a troquel de la Historia aplicado a la ingente y fecunda masa humana.

Los siglos se diría que transcurren muy lentamente. Los siglos son el ferrocarril de la Edad Media, y esta lentitud traslaticia es la que nos ha permitido durante muchos años vivir el mundo profundamente, hojear muy despacio las páginas de nuestra larga Historia, de manera que el hombre de hoy sale a la luz vividera del tercer milenio tras un larguísimo bachillerato de nociones, de emociones, de aprendizajes.

Claro que esto ha sido así desde siempre, pero ya en el XVIII empezaron a cambiar las cosas y nuestros viajes se hirieron más fluidos. A esto es a lo que le llamamos información. Pero no es más información, sino más velocidad. La información sólo consiste en velocidad por curiosidad al cuadrado.

Lo cierto es que hoy los siglos envejecen, antes envejecían los años. Nuestra vida es más corta porque es más lenta, y esto nos deja la sensación de que hemos vivido menos o de que cambiamos de siglo con cierta velocidad. Por eso, el paso al siglo XXI ha sido un poco decepcionante después de otro siglo, el XX, caracterizado por la urgencia, la novedad y el cambio.

Si, por el contrario, se trata de un hombre atenido a su circunstancia temporal, a su vida personal, lo que le hará hombre de su tiempo será un acaecer personal, un amor, una muerte, una guerra, una aventura. Uno se considera hombre del siglo XX, al que en este libro rindo el homenaje de la memoria, que es el hombre de recorrido corto, de trayecto entrañable y breve, el hombre que tiene pocas cosas que contar o que siempre cuenta las mismas.

En cualquier caso, se trata de encajar cada hombre o cada generación en su siglo, aunque él haya nacido en la esquina tumultuosa de dos centurias. La vida humana no soporta la deriva. El rebaño humano tiende en seguida a guarecerse en un siglo, una generación, una década, etc. Se debate mucho de qué tiempo y lugar es cada uno, pero no se considera la circunstancia menor del nacimiento, la era, la ocasión familiar, terruñera o capitalina.

De nuestro amado siglo XX hemos querido curiosear los momentos más vibrátiles de nuestra vida, porque este libro no tiende a edificar un siglo de piedra, sino a deconstruir la propia memoria, que es el espejo de la propia vida, haciendo saltar ese espejo de manera que en su numerosidad se agiten, brillen y reflejen los minutos cruciales que hemos vivido, que hemos pasado o que han pasado por nosotros. Seremos hasta la muerte vástagos de determinado instante en que amamos, odiamos, sufrimos, viajamos o renacemos.

En cualquier caso, uno se considera vibración particular del tiempo en su pequeño gran siglo, en su siglo XX personal, y esa concentración de tiempo y espacio es lo que le define como persona. No vamos a ser historiadores de lo grande, sino cronistas de lo minutísimo, quede el lector advertido de que en este libro impera lo insignificante y se define al hombre por un arranque o un crimen más que por la constante de su vida. Quizá esto se llame existencialismo, pero del existencialismo quizá hablaremos también en su momento, en su día, en su página. Día de nieve intacta, como el de hoy, a principios de marzo, o día de sol frío repartido en colores como se reparte nuestra vida en miradas.

Para este libro que despide el siglo XX y sin duda me despide a mí, se me han impuesto unos hombres que, según lo que venimos diciendo, son unos hombres extraños a quienes les correspondió, en su época, cronificar la noticia de una princesa,

el nacimiento de una pequeña reina, la convulsión de una España que vuelve a las luchas intestinas de la Guerra Civil. Ellos, los periodistas, han tenido menos vértigo que nosotros para contar todo, pero en cambio han tenido más medios. «Yo nací, respetadme, con el cine», escribió Rafael Alberti. Y esta evidencia era claramente verdad, como verdad era la luna de vanguardia que ha iluminado pálidamente la muerte de millones de hombres pertenecientes a eso que llamamos el Coloso Triste, o sea las vanguardias militares multiplicadas por la mentalidad ingenua de Einstein, el hombre/siglo que jugó durante cien años con las armas y las velocidades.

Por lo que se refiere a España, el libro *Retrato de un desconocido* de Rivas Cherif ha dejado ahí algo así como la huella esperanzada y frustrante de aquella revolución que inauguraban las milicianas de revólver en la cadera. Si tomo como referencia la vida española para sintetizar el siglo XX, tengo que reseñar cientos o miles de cenas en casa de Cuqui Fierro, cientos o miles de estrenos en los teatros de Mihura, cientos o miles de almuerzos en Madrid, martinis con cadáver y a Federico García Lorca, poeta maldito del siglo que invade de muerte y burla todas las vanguardias y todos los frentes.

Marcel Proust triunfaba ruidosamente en los hoteles mientras García Lorca esperaba su piadoso fusilamiento en las afueras de Granada y Ortega se retiraba de una República revolucionaria y desmandada para salvarse en Europa haciendo un largo viaje a la derecha mientras los intelectuales de Hitler, como Jünger, convalecían en los hospitales madrileños. Después de la Gran Guerra, Proust había vuelto al mundo de Guermantes y Ortega se había reencontrado con el pueblo madrileño, castizo como él, fumador de boquilla y muy distanciado de los intelectuales de Franco. Los intelectuales eran la inmensa minoría de Juan Ramón Jiménez y Ratzinger estudiaba para papa como se hacen unas oposiciones. Un tal González trajo el nuevo socialismo que duró poco.

Así es nuestro siglo XX, que no da para mucho más, pero da para el álbum familiar de las bibliotecarias de sí mismas.

FRANCISCOUMBRAL

1. UNOS HOMBRES EXTRAÑOS

Eran los primeros que yo veía en mi vida. Aprendí a conocerlos por la calle, además de que uno llevaba pajarita en lugar de corbata, otro llevaba una gabardina de antes de la guerra y todos ellos podrían haber pasado inadvertidos si yo no los hubiera conocido casi desde la infancia. Se podía apreciar que caminaban un punto más tranquilos que la gente, mirando mucho para la acera de enfrente, entrando despaciosos en los cafés, en el Casino, barzoneando por toda la ciudad, vulgares y solitarios, pero también dueños implícitos de la calle. Eran corrientes y consabidos, salvo alguno que ejercitaba un dandismo provinciano y se ponía esmoquin para acudir a los conciertos de música clásica, sólo de música clásica, a bordo de algún palco, quizá el de los Reyes, que estaba siempre vacío por esas cosas que pasan. Para mí eran los reyes de la ciudad. Eran los periodistas.

Cuando supe de alguno de ellos que era periodista, sólo eso, sin más, periodista de toda la vida y que vivía de eso y quizá mantenía una familia, pero desde luego se mantenía a sí mismo con una dignidad callada y cotidiana, cuando supe que allí, en mi propia ciudad, vivían periodistas, siempre que volvía a encontrar a alguno por la calle le seguía como el detective sigue al ladrón.

Entraban en casas elegantes y antiguas, entraban en bares populacheros, bebían el vino anónimo de la gente y a veces invitaban a algo o se dejaban invitar. Pero la primera revelación fue cuando supe, casi un niño, que allí había periodistas, porque yo los imaginaba a todos en Madrid o en el extranjero. Buscaba un periodista entre la multitud, me hubiera presentado a él y habríamos hablado del partido de fútbol, de la comedia de don Jacinto Benavente, de los funerales por el presidente de la Diputación. Compraba el periódico los domingos y me pasaba la tarde, solitario y sin propina, en la cocina recién fregada de mi casa, leyendo el periódico de la ciudad. Lo leía todo, pero especialmente los bloques de prosa que a veces aporta un periódico, debidamente recuadrados y a lo mejor con un dibujo de la cara del redactor. Ésa era una primera distinción para el periodista. Su cara mal dibujada en el periódico y no renovada jamás. Pero luego, por la calle, era como si nadie les conociese, hasta que los conocí yo y a veces seguía a alguno en sus solitarias paseatas.

El que visitaba la casa del pecado, con aquellas mujeres escandalosamente tristes, tristemente escandalosas y escandaleras. El que entraba en un teatro o en un cine comprando su localidad como si no fuera periodista. Tenían algo de detectives y eso también me gustaba todavía. La pequeña ciudad tenía fama en Madrid de disfrutar de una crítica teatral y musical muy veterana y autorizada, de modo que la compañía de don Jacinto a lo mejor abandonaba triunfalmente Madrid y en la primera ciudad que le salía al encuentro tenía el primer fracaso. Rompiendo los mapas comerciales del teatro, las compañías optaban por tirar hacia el norte o hacia el sur para no toparse de salida con los adustos críticos de mi pueblo, que eran temidos y esperados como los reyes godos de la crítica.

Precisamente el crítico de teatro era el que usaba pajarita dos veces al año: para los estrenos teatrales y para los toros. Yo había oído alguna vez su nombre en Madrid y eso para mí le consagraba.

Había el que almorzaba una vez al mes con el arzobispo en aquel palacio que era como una selva amaestrada de pavos reales y palomas blancas con esa blancura de yeso, un poco triste, que tienen las palomas. Había el periodista que cenaba con Vicente Pastor y el torero local, el día que Vicente Pastor mataba cinco toros a la hora intacta de la corrida. Cada uno de ellos era mágico por algo. Yo creo que se pasaban la vida en la calle y la noche con los faroleros, encendiendo farolas de imaginación y modernidad hasta el alba.

Me fascinaba, en una palabra, la vida y la obra de los periodistas y decidí que aquél era mi oficio, el oficio de escribir, porque el yo se me negaba a hacer ninguna otra cosa.

Claro que el periodismo era impopular. A la gente le gustaba más leer el periódico tranquilamente en casa que andar con aquellos tipos de pipa, de pajarita o de cuello duro, que se les notaba enterados y podían, si no detenernos en mitad de la calle para que les contásemos toda la verdad sobre una novia peligrosa o sobre un comerciante republicano, al menos invitarnos a un vermut nocturno en el último bar elegante abierto en la ciudad, para hacernos unas cuantas preguntas.

Paseaba yo la calle del periódico por verles entrar y salir con sus cuadernos de notas asomando por el bolsillo. Tenían horas de gran ociosidad en que eran los únicos que tomaban el sol todo el día en una terraza. Por la noche se metían en *El Norte* para hacer el periódico a mano y con mucha prisa, como para recuperar todo el tiempo perdido durante el día en la calle. Por eso eran tipos que me olían siempre a señorito madrileño, al temblor grasiento de aquella fábrica de literatura, al mono sudado de los obreros. El que además de periodista era funcionario, ése no me interesaba nada. El que paseaba por mi propio barrio anotando todas las torres románicas para hacer el eterno reportaje medievalista, ése tampoco me interesaba. Quiere decirse que iba seleccionando yo mis lecturas y ya sólo me interesaba la literatura en forma de crítica teatral, crónica política, crónica literaria, actualidad ciudadana y crítica de arte. Los periodistas de *El Norte* eran pocos, pero los primeros que vi en mi ciudad y en el mundo. Por eso tenían para mí una cosa mágica e interesante, eran una raza aparte, dotada del don del idioma. Los había leído desde el colegio, pero entonces no me preguntaba tantas cosas sobre ellos ni soñaba con encontrármelos por la calle.

Lo que sí tenía formulado, como decisión impensada de mi vida, era dedicarme al periodismo, ver vivir la ciudad durante todo el día y escribirlo por la noche. Vivir al paso del tiempo.

Después de hecho el periódico, nos íbamos a cenar algo, y digo que nos íbamos porque yo ya había entrado en aquella casa mágica, que era como un gran libro o como un gran edificio abierto en forma de libro, y convivía con ellos cambiando su entidad lírica por su realidad oficiosa y puntual. Había algún otro chico de mi edad haciendo prácticas, pero yo no quise hacer prácticas, sino trabajar «de firme y de firma», como había leído en uno de Madrid, desde el primer día.

Digo que cenábamos con vermut y debo explicar que el periodista es el hombre que vive del vermut, que lo toma a todas horas y que siempre perora con un vermut en la mano, generalmente rojo. Quizá ese vermut continuado era lo que mantenía vivo el pensamiento y la curiosidad del periodista, el ejemplar humano más complejo que yo he conocido. Esto lo hacía realidad don Francisco de Cossío, quien me trató sin violencia, con paternalidad, y me decía siempre:

—No lo dudes, muchacho, esta profesión sólo se aguanta con dos vermuts diarios, uno para vivir y otro para beber.

No alcancé a don Francisco de Cossío en el periódico, pero le alcancé en el Museo de Berruguete, que él dirigía, movía y meditaba como un ajedrez sangriento. Le alcancé asimismo en la sala de juego del Casino, donde perdía el poco dinero que había ganado la noche anterior o el mucho dinero que ahora perdía de nuevo. No alcancé a Cossío en la redacción del periódico, pero le alcancé en sus libros, en sus novelas, en su bella y triste historia de Manolo, aquel hijo suyo que se habían llevado a Quijorna, como a un campo de fusilamiento falangista y lorquiano en sentido contrario.

A Manolo, héroe único del libro *Manolo*, le dedicó su padre un libro joven y dolorido, periodístico y sangriento, alegre como era Manolo y corto como fue su vida. *Manolo* está hecho en una prosa castellana y clara, rápida, informativa y sencillamente poética. Es el mejor libro de don Paco, un libro abiertamente falangista, pero en el cual se establece una dialéctica rememorativa entre el padre y el hijo.

«Dime, Manolo, ¿qué es eso de los sindicatos verticales?»

«Mira, papá, primero vamos a ganar la guerra y luego ya hablaremos de esas cosas.»

Sólo una naturaleza alegre y activa, como la de Cossío, pudo superar aquella muerte y escribir un libro que no es un libro de luto, donde aparece el adolescente joseantoniano lleno de aquel optimismo suicida, de aquel lirismo soleado y satisfecho que toda la generación de Manolo había heredado de la Generación del 27.

En el periódico, don Paco fumaba mucho, se quedaba en chaleco, escribía sin parar, reía y asombraba a todos con la rapidez de su prosa y la sorpresa de los resultados. Don Paco era el que más ambiente de redacción romántica metía en el periódico con artículos que eran muy leídos y comentados en la ciudad y en España, en todas las Españas que por entonces hacían puntería unos españoles contra otros. Don Paco era una melena blanca y ondulada que se movía como dos alas en la cabeza del viejo periodista, que siempre andaba de prisa y con la chaqueta mal puesta. De don Paco sería luego más amigo en Madrid, donde seguía con los mismos usos de hablar inglés sin saber inglés, de reír mucho y de fumar en pipa a todas horas. Cambiaba mucho de hotel, pero sin salir nunca de la Gran Vía. Tuvo columna diaria en el *Madrid*, y en otros periódicos. Había viajado siempre y tenía cosas que contar, pero en la capital era más conocido y valorado su hermano José María, un solterón sospechosamente soltero, un apasionado de los toros o de los toreros, un gastrónomo convulso y un coleccionista de cosas que sólo tenían valor por eso, por formar colección, y en una de esas colecciones había y hay una página mía, la primera de mi novela *El Giocondo*, que don José María me condenó a escribir una vez que el libro salió de la censura.

Ya viejo don Paco, los periodistas que venían a entrevistarle me decían siempre lo mismo, a la vuelta.

«Pero si resulta que el Cossío bueno es éste, don Paco, al que la gente no conoce.»

Pero Madrid es ciudad que confunde mucho los prestigios y a mí no me sorprendía este jaleo de hermanos. Don José María almorzaba todo el año en Valentín, con su tertulia de toreros, era amigo de Marañón y había dirigido una monumental enciclopedia sobre los toros. Tres datos fundamentales que justificaban por sí mismos su título de académico.

Don Paco, siempre solitario o con su mujer, había viajado mucho por el mundo, pero ahora no se atrevía a salir de la Gran Vía y por las mañanas escribía en Chicote, siempre cerca de su hotel. Yo he leído casi todos sus libros. En alguno de ellos cuenta su amistad a la fuerza con don Miguel de Unamuno, pues a ambos los tuvo presos la República en Chafarinas, y esto lo cuenta Cossío en su novela *Clara*, que es una bella y desconocida novela donde Cossío juega a la narración de vanguardia intelectualista, como toda Europa por entonces, pero alguien escribió que sus novelas le nacían muertas. Así, *Aurora y los hombres* y *Taxímetro*. En cualquier caso era más memorialista que narrador y sus *Memorias* serían aún más interesantes si no se limitase tanto a Valladolid, limitación que no se entendía mucho en hombre tan viajero.

El puro, la pipa, la melena, la caricatura que daba de él diariamente el *Madrid*. Con estos cuatro rasgos quedaba completa la imagen de aquel interesante escritor y novelista al que le robó un hijo una guerra en la que no creía. Cossío era un liberal torcido hacia la bohemia, pero no hizo bastante política porque para hacerla hay que estarse más quieto en Madrid. El fracaso del escritor suele venir de la política y a la inversa. Cossío: ése sí que fue el primer escritor, el primer periodista que yo vi desde el cristal esmerilado de mi infancia.

2. LETIZIA, LEONOR... ¿ESPAÑA?

Letizia está sentada frente a mí y cuando me mira le ofrezco un pedazo de pan. Sonríe y me indica levemente el salón de tomar café, donde charlaremos todos cuando acabe este almuerzo real, que es uno de los que he frecuentado en el Palacio de Oriente. Letizia, halagada por la presencia de escritores, viejas glorias, señoras con una elegancia discreta de media mañana y caballeros que la miran un momento y le hacen una foto con los ojos como para llevarla siempre en la cartera. Mitologías borbónicas pasan por el cielo del gran salón, entre jardines al óleo y lámparas del XVIII forjadas con la fragilidad de la luz y el silencio. Somos muchos en la larguísima mesa, pero aquí no hay ruido ni demasiadas conversaciones. Nada que moleste al oído. El Rey, al pasar hacia su asiento, muy cerca del mío, me ha rodeado el cuello con su fuerte brazo, por un momento, a modo de saludo. La Reina conversa con un académico. Esto es una comida muy animada, pero si nos detenemos a observar, nadie está comiendo, en realidad. Recuerdo la frase de Isabel Preysler:

—De la paella, sólo se debe comer el arroz.

Efectivamente, nadie se pondría a devorar 1111 langostino casi vivo ante los ojos vivos, fijos, escrutadores, periodísticos, de Doña Letizia, Princesa de Asturias y, quién sabe, futura reina de España. Es lo que tienen las monarquías, que la gente aprende a comer callada, mientras que los españoles somos grandes devoradores a gritos. Aquí se hacen las confidencias a gritos, y por eso lo sabemos todo de todos y de todas. Yo me como el pico de pan que le había ofrecido a Letizia porque sospecho que nunca alcanzaré a dárselo. En este salón y en España siempre somos demasiada gente a tomar café. Además, los nuevos en la casa abultan más que los cortesanos, porque la vulgaridad siempre hace mucho bulto. De modo que, como decía, me estoy comiendo mi pico de pan como el que se come la rosa que una princesa le ha desechado. Esa rosa salada de lágrimas y perfumada de soledad es la que más alimenta.

Pero, en el salón previo al salón previo, la mayor majestad la exhibe Carmen Balcells en su silla de ruedas, como recién levantada de la cama, viene en su silla hasta donde estoy sentado y es cordial conmigo como siempre, aunque nunca hemos hecho un negocio juntos. Es el gran salón por donde corretean los escritores, que son como niños vestidos de primera comunión, aunque casi todos son republicanos. Echo la cuenta y lo que más me sale son republicanos pasivos, jubilados políticamente, más algunos monárquicos de los que ya no hay, y omito aquí algún nombre porque ahora no me acuerdo.

Juan Luis Cebrián me saluda efusivo, le hago algunos elogios improvisados sobre *El País* y me dice: «Pero ése ya no es mi periódico.» ¿Pues qué periódico dirigirá ahora Juan Luis desde las alturas de Prisa? A lo mejor, una de esas revistas llenas de anuncios y tías buenas que regalan ahora con los periódicos y que han alcanzado niveles de desenfreno muy superiores a los mejores tiempos de *Playboy*. Estas revistas me dan a mí mucho que pensar porque sospecho que son el periodismo del futuro. Es decir, muchas fotos, textos cortos y mal hechos, y tangas de todas las formas y colores, buscando siempre la geometría más imposible sobre el cuerpo de la bella. En mis buenos tiempos de Ibiza se usaba ya el desnudismo, y las meretrices eran las más decentes con su tanga madrileño de tierra adentro para bañarse en los embalses de Franco. Hoy, las hurgamanderas se han caído del cuché de estas grandes revistas, sustituidas por las hijas de notario que quieren ser modelos línea anoréxica. Me encantan.

También viene a saludarme Sánchez Ferlosio, muy reconciliado con la vida por su Premio Cervantes, y recuerdo cuando le preguntaron por el Nobel de Cela y puso a parir al buen Camilo. Los premios son buenos o infames, malos o bastardos según en qué cojonera caigan. Pero, en todo caso, Ferlosio ha conseguido acuñar una buena prosa con los rescoldos vivos de su sabiduría, su curiosidad y su vocación. Luis María

Anson es un vagabundo del periodismo desde que se fue del *ABC*, pero este vagabundaje le ha enriquecido mucho. Sale menos con las marquesas y más con los grandes poetas del siglo pasado, o sea el xx, que está aquí mismo y seguimos viviendo de él. Bien mirado, toda esta gente que viene a saludarme como si yo fuera un enfermo es gente del siglo pasado. Lo somos todos porque fue un siglo con mucha vigencia. El siglo que parió a Valle-Inclán como nuestro Víctor Hugo. El siglo de la España colonial, la Generación del 27, las dos Guerras Mundiales, la Guerra Civil española, tan distraída, y la fuga de Don Alfonso de Borbón, o sea Alfonso XIII, al que veo cruzando muy dandi estos salones, en fuga desalada hacia Europa, fuga en la que le detuvieron unos cuantos hombres y mujeres que querían despedirle. «Serán los habituales, los que me llamaban de tú. Que pasen un momento.» Pasó la comisión y eran el personal de las cocinas. El Rey le dijo a su único acompañante: «Aquí no hay ninguno de los que me llamaban de tú.»

En Madrid hay un grupo de intelectuales con vocación de palaciegos que han asediado a la familia Borbón desde el día siguiente de la muerte de Franco. ¿Por qué estos intelectuales, en su mayoría izquierdistas, se han sentido atraídos casi morbosamente por la realidad y el minué de la monarquía? Uno cree que esta monarquía ha venido a ser, involuntariamente, el núcleo social que faltaba en Madrid. Es decir, una familia dedicada a la belleza, el deporte, la política gentil, los viajes, el mundo ilustrado y la ropa venerable. Han sido muchos años de dictadura militar, de sobriedad militar, de cultura militar, y ahora, por fin, de pronto, se abre una interminable y discreta orgía en cualquiera de los palacios reales, orgía donde podemos encontrar el mundanismo del Rey, el europeísmo de la Reina, su frecuentación de premios literarios y la amistad del joven Infante con el viejo republicano cansado de resistencias, bañándose vestido en los vapores bienolientes y amanecidos de un nuevo sistema de respirar y no sólo de vivir o de gobernar.

Me encuentro, por ejemplo, a Laín Entralgo en un pasillo, y me dice con aquella mundanidad que tenía:

—Muy bien todo, Umbral, muy bien, pero en libro todavía no ha hecho usted su obra.

—Pero ¿ha leído usted algo de mi obra?

Hay en mi respuesta algo de osadía, de una violencia juvenil que creía perdida. Para colofón me reúno con Milagro, la esposa de Laín, y Juliana Calvo-Sotelo. Milagro me dice:

—Sí, estás cada vez mejor con la pluma, aunque después de lo de Tejero te encuentro como un poco asustado.

Dos puyazos, en una tarde, que provienen de la misma familia. Esto no podría haberse hecho antes sin que hubiera sangre de por medio. Eso es lo que ha traído la monarquía borbónica: una libertad de maneras que es una nueva respiración, un aire limpio de gente que es más osada porque es más educada. Eso es lo que sin saberlo veníamos buscando.

Aunque todavía no nos hemos dado cuenta, esta última monarquía borbónica ha sido el instrumento sutil que nos ha llevado hasta la otra orilla, es decir, la democracia. Aquellos tiempos reseñados en que Alfonso XIII viajaba hasta la Cuesta de las Perdices para matar algunos pájaros, ante el entusiasmo cortesano y un poco bobo de sus amigos, eran los mismos años y los mismos kilómetros que llevaban a don Manuel Azaña hasta el Escorial para disfrutar crepúsculos de óleo y crepúsculos de acuarela, porque la monarquía borbónica tenía mucho de acuarela, mientras que la Segunda República tenía bastante del tenebrismo de la pintura española, que era la que más se cultivaba en aquellos tiempos no tenebristas pero sí anochecidos, complicados y peligrosos.

Azaña había pasado la tarde recibiendo a generales y haciendo anotaciones en su Diario. Alfonso XIII había pasado el tiempo en algún domicilio secreto, como tenía por

costumbre. El joven perdís y el hombre maduro y misterioso eran los dos polos de España. El uno llevaba la Historia tras de sí, con un alboroto de elegantes galgos palaciegos; el otro estaba empujando la Historia hacia adelante y creía tener el tiempo a favor sólo porque los hombres del cuartel y de la empresa se rendían ante él para pedirle subvenciones o borlas en el uniforme.

Los dos tenían tras de sí la loba en llamas de la revolución, pero Alfonso XIII se creía bien protegido por cuatro señoritos con pistola o automóvil de largo motor, para salir huyendo, y don Manuel Azaña ni siquiera se planteaba el peligro. Era un político a la inglesa que se sabía más inteligente y más europeo que sus enemigos a derecha e izquierda. Cuando la sanjurjada, Azaña, encerrado a solas con una pistola y un teléfono en el palacio de Benavente, había probado que no era un cobarde, cosa que ni él mismo sabía, había desmontado aquella trama y, al día siguiente, sólo recibió una tarjeta de Ortega y Gasset donde le felicitaba por todo lo de la noche anterior. La tarjeta se la entregó un recadero o un chófer. Así es muy fácil decir «no es esto, no es esto» y retirarse con elegante disgusto a las fuentes de Nuremberga, como él escribía. He aquí dos hombres que tuvieron España en sus manos y no supieron hacerla ni deshacerla, ni apagar el fuego de las banderas ni quedarse sentado en el salón de tapices esperando el camión socialista contra palacio.

Hubo que dedicar tres años a fusilar todos los cristos de España para que la memoria del político y la memoria del rey se fusionasen en una doble memoria melancólica, que paseaba solitaria y triste por los salones de un jardín romano o por los paisajes de Benicarló.

Y hubo que esperar siglos para que una asturiana, modesta estrella de la televisión, echase en brazos de un príncipe todo el encanto del pueblo de Madrid y sus veinteañeras que salían de marcha por las cavas y salían de reportaje por las provincias nevadas o inundadas de una España que principiaba a borrarse en los mapas del tiempo y la imaginación de los políticos periféricos. Y aún pasaron otras milentas de siglos para que yo me sentase a la mesa real, constelada como un planeta, y le ofreciese un pedazo de pan de oro a la bella muchacha que se había bastado de un libro malo de Larra y de unos ojos que palpitaban en el asombro, para proclamarse futura reina de España y madre de todos aquellos niños goyescos que alborotaban la Almudena, escondiéndose para no volver a sus cuadros de niños pintados, mientras llovía en las calles con memoria y la Historia nos pasaba como una cuchilla aljamiada, abriéndonos el corazón para un nuevo capítulo de reinas y de rojos.

Yo tenía a mi izquierda al banquero Botín y a mi derecha al tenor Plácido Domingo.

3. YO NACÍ, RESPETADME, CON EL CINE

Yo nací, respetadme, con el cine.

RAFAEL ALBERTI

Verdaderamente, el siglo XX nace con el cine y balbucea en Europa antes de ser el cine crecido y espectacular de Nueva York, que es la ciudad donde se inician las grandes mitologías del cine.

El cine tiene un olor a invento del XIX que todavía no ha perdido. Es el olor de los laboratorios, de los talleres, de los obreros que manejan forzosamente realidades nada forzosas, como la voz humana, la voz loca de las grandes ciudades y la voz silenciosa del cine mudo. Los poetas supieron ver antes que nadie la trascendencia del cine, y ahí están los versos de Alberti que trascendentalizan el cinematógrafo. Todos los inventos de la época se parecían entre sí, pese a lo cual nunca se ha escrito, que yo sepa, una historia del cine bien ordenada y posible de estudiar. Truffaut tiene una biografía magistral de Hitchcock que es un libro perfecto, sí, pero solitario, aislado y discipular, pero ignora lo que le conviene para no perder la pista a su gran maestro Hitchcock, discípulo a su vez de Kubrick.

La importancia del cine como arte narrativo no tiene mucho que ver con la trascendencia del cine como planteamiento total de la vida. La posibilidad de que el hombre se vea a sí mismo y se vea en movimiento es una alucinación que la Humanidad sólo había experimentado de forma primitiva utilizando las aguas de un río o de una fuente, la magia de un espejo y poco más.

El cine, pues, es un segundo nacimiento de las cosas y, en este sentido, un Renacimiento. Desde los filósofos griegos, el hombre se había captado y descrito a sí mismo mentalmente, o aprendiendo de otros hombres. Pero esa verdad trascendental de toda una vida captada día a día, o de un día completo captado detenidamente, sólo se expresa con una palabra que ya hemos utilizado antes: alucinación.

El cine es la mayor alucinación que ha padecido el hombre en la Tierra, pero también es el reflejo más realista que pueda darle su propia vida. Todos hemos aprendido mucho del cine, pero lo hemos aprendido de otros hombres que nos imitan sin conocernos.

Este juego de espejos es lo que profundiza el cine y profundiza la vida. Vivimos sin saber cómo somos hasta que nos vemos en una película. Hoy, el cine informativo permite que cualquier hombre pueda aparecer en la pantalla sin fingir su imagen. Pero, también, la propia imagen convierte a otro en yo y me convierte a mí en intérprete de mí mismo. Insistimos en esto porque aquí está, más que en cualquier divagación técnica, el secreto del cine, su aportación fáctica a la filosofía.

El cine comienza por ser mudo, como el hombre, pero luego habla en cualquier idioma y pervierte sus lenguajes. Todas las artes se han pervertido para bien o para mal y esto no tiene mayor importancia, salvo la que queramos darle. En el cine es fundamental la facilidad plástica no sólo porque añade otro elemento realista a su narrativa, sino porque los instrumentos de trabajo son equivalentes en este arte. Un director con buen estilo es el equivalente de un director con buenas imágenes. El esteticismo narrativo del director puede equivaler al del novelista, con mucha más soltura que el primero para convertir las cosas en palabras o las palabras en imágenes. Alguien dijo esa vulgaridad de que «una imagen vale más que mil palabras», siempre que la imagen sea de Baudelaire. La capacidad de crear imágenes interiores a partir de las que capta el ojo es una capacidad no sólo humana, sino seguramente de algunos animales.

Todo este juego es el cine, que se ha venido consagrando durante todo el siglo y en muchos casos ha sustituido el carácter narrativo de una película. Claro que el cine ha mostrado una tendencia narrativa de origen puramente comercial y ya todo el invento le ha seguido por ahí. Las películas no narrativas, y olvidemos los documentales, son las verdaderas películas.

El nombre, película o pielecita, alude exclusivamente a una materia leve y sensible a la luz hasta el infinito, que es con la que se hacen las películas. Hay que decir que la película sin argumento, o con argumento levísimo, es el estado puro del cine, pues ya sabemos que su tendencia narrativa tiene un origen comercial. Sin embargo, el cine no narrativo nunca ha sido muy popular, sobre todo en Estados Unidos. Ese cine es cine europeo y tiene como modelo *El perro andaluz*, de Buñuel y Jean Cocteau, que responde a una estética disparatada y surrealista.

Pero la gran creación del cine es el ser humano. Queremos decir que a las figuras de la pintura se les agrega el movimiento o la música, la voz humana, el ruido en general. Aquí es donde la fabulosa invención del cine —una máquina no demasiado complicada— remata su obra con un invento que no ha tenido rival hasta llegada la clonación.

El cine ha creado seres humanos memorables: el mudo que hay en Charlot, los bañistas de Mark Sennet, el hermetismo de Buster Keaton, etc. A su vez, el actor ha respondido a la máquina que le retrata creando psicologías completas y profundas: Orson Welles, Greta Garbo, Marlene, Woody Allen, John Wayne, los hermanos Marx, Marilyn, etc. Esta creación y fecundación de personajes fue vertiginosa y populosa al principio. Con el tiempo, naturalmente, el caudal se ha sosegado, los personajes se repiten, empiezan a parecerse unos a otros y son sustituidos por las series: *country*, *gangsters*, *serie negra*, etc. Los personajes creados por el cine suelen ser la proyección absoluta de la imagen y el relato sobre determinada figura. Así, la belleza idolátrica de Greta Garbo, el dandismo de Cary Grant, el humorismo de Groucho, ya citado, más los muñecos dibujados de Disney y de otros.

Con esta correspondencia entre la máquina y el creador se cierra el círculo mágico de la cinematografía, quizá la creación poética y épica más completa de este arte. En cuanto al poderío mecánico y matemático del cine, ahí está la retransmisión del viaje de Aldrin a la Luna.

Pero los hombres del cine siguen fotografiando el pasado, el vacío espacial, la luz que no sabemos de dónde viene. Quiere decirse, en fin, que el hombre ha creado un espejo, el cine, donde no sólo se refleja él, sino que va siendo capaz de reflejar el Universo e incluso lo que ya ni siquiera es Universo. Seguramente no hay eso que llamamos Dios, porque si lo hubiere, ya lo tendríamos en fotos.

Puede diagnosticarse, incluso, el cansancio del cine y el nuevo auge del teatro, vuelto otra vez a la música y la textura humana. Llevamos años acariciando mentalmente la fruta acalorada de Marilyn, que no es más que una imagen de sombras. El hombre empieza a añorar la vuelta a la temperatura cálida y verídica de la tal Marilyn.

Si un día nos faltase el cine, nos sentiríamos solos, porque en esa familiar penumbra cinematográfica hemos ido manuscribiendo día a día, de seis a ocho, la continuidad de nuestra vida, y todavía hay películas que nos la recuerdan bien o mal, porque el cine es cine aunque sea malo o se reduzca a su mínimo espacio, el que pudiera ocupar un tazón pintado por Zurbarán, con todas sus calidades y cualidades, que son las del cine.

El cine de Hollywood se caracteriza por su penetración y rapidez en el diagnóstico de personas y personajes que constituyen hoy la realidad del pueblo americano. El banquero de Wall Street, el vaquero de Texas, la bailarina de Broadway, el campeón de béisbol, el sabio atómico, el paseante de la Quinta Avenida, el vendedor de joyas en su escaparate madrugador, la dama de Filadelfia que encuentra Nueva York un poco paleta, la gente libérrima de Los Ángeles, el hombre de Atlanta, que empezó con una baraja y tiene un casino, etc.

Los personajes del cine americano responden absolutamente a la realidad de la calle, y el peligro es que tanto realismo cae en el arquetipo. Y siempre aparece el actor adecuado para ese papel y lo consagra. Mae West descubrió a Cary Grant cuando era un operario de los estudios que iba con mono y andaba de una manera que...

—Ese electricista anda de una manera que...

El productor que tenía a Mae en su despacho no encontró otro remedio que llamar al electricista porque su estrella rubia entraba en un ataque de pasión. El secreto de todo esto es que en Hollywood no se escribe un personaje y luego se busca un actor para él. Por el contrario, cuando aparece un actor o un electricista que le inspira algo al guionista, entonces se escribe la película.

Toda la humanidad de Estados Unidos cabe en Hollywood, y en su cine tenemos la sinopsis de lo americano y de los americanos. A América no se va a ser esto o lo otro, guardia o boxeador. A América se va, ante todo, a ser americano, a aprender el difícil oficio de comer macarrones, masticar cualquier cosa, llenarse la sangre de whisky, a hacerse a la idea de que los dólares son de todos y coger un puñado donde cae, como si fuese la nieve de Santa Claus. La humanidad de Hollywood es la humanidad del siglo xx. No es que los americanos vayan por delante de todo, sino que son consecuencia de un monstruoso experimento que le ha costado a USA un siglo y varias generaciones.

Así, el cine americano tiene un valor sociológico que no tiene ningún otro. Ese cine, sí, es una sociología. No olvidemos que la sociología es la filosofía de América y de ahí no han pasado. Cuando Freud llegaba a Norteamérica con Lacan, le dijo: «No saben que les traemos el veneno.»

Y el veneno era el psicoanálisis. Sociología y psicoanálisis son las dos grandes corrientes que pueblan la opinión americana. Incluso hay novelistas que hacen novela psicológica y novelistas que hacen novela sociológica. Con estos dos instrumentos trata América de entender el mundo y de entenderse a sí misma.

Naturalmente, se han quedado muy lejos de las culturas orientales y se limitan a mimetizarlas estéticamente. *Rashomon* es el título de una película que aborda el problema psicológico de los puntos de vista, pero dentro del problema sociológico de las diversas fuentes sociales. Todo con mucha belleza, pero al final de tanta belleza hay que irse a casa sin haber entendido la película en pura sociología japonesa.

Con el adiós al siglo xx tenemos que decir adiós a un cine que nos acercaba el mundo, y no sólo por sus audaces *travellings*. Las cinematografías europeas tienden a conseguir la obra maestra aislada, como *Muerte en Venecia*, pero ninguna se propone contarnos la peripecia íntima y social, histórica y real del país correspondiente. Por eso Europa nunca alcanzará la misma fuerza en su cine, mientras que el cine americano, que ahora vive de las rentas y las repeticiones, llegará un día a encontrar la fórmula para seguir siendo progresista en un país que también, entre otras muchas cosas, inventó el progreso.

4. LUNA DE LAS VANGUARDIAS

Hay libros que están ahí, en la Historia, dando fe de la intensidad creativa a que ha llegado la vida humana. Otros libros dan testimonio de que aquí no ha pasado nada, y estamos pensando en Virgilio o en el tristísimo XIX español.

El siglo XX, nuestro amado siglo XX, ha sido tan decididamente creativo, inventor, vanguardista y aventurero que todos nos seguiremos sirviendo de él indefinidamente, aparte de que los actuales diccionarios de este siglo, y los que han de venir, seguirán siendo libros/ayuda, como ahora se dice con acuñación no muy afortunada pero característica del hablar comprimido de finales del XX.

Quienes hemos asistido al encuentro de Aldrin y el otro con la Luna quizá estamos perdiendo demasiado pronto la noción épica del acontecimiento, pero la Luna, más muerta que nunca, nos sigue enviando o devolviendo una luz más viva que nunca y que pudiéramos llamar «Luna de las Vanguardias», pues todo encuentro del hombre con las cosas ha ocurrido y ocurre, sin salirnos del siglo XX, a la luz afarolada de una noche cualquiera de aquel tiempo.

Luna de las Vanguardias. Transformación de la pintura, hallazgo leve y pueril de la bicicleta, que nos descubre el palpitar continuo e infantil de la aventura humana. La propia pintura de vanguardia pudiera ser solamente una pintura cualquiera puesta a la luz de la Luna.

Otro caso característico de los hallazgos del XX es el advenimiento de los fascismos todavía no promediado el siglo. Aquella cruz gamada, aquellos ferrocarriles de muertos, aquellas multitudes geométricas de las paradas nazis, envidiadas por el nazismo mundial, tienen también un relente de ejército fantasmal que concurre a la luz de la Luna. Porque la Luna se descubrió o se tocó cuando era su momento, cuando ya palpitaba el cine en todas las tinieblas del mundo. El cine es todo él vanguardia, desde que empieza, porque no tiene puntos de referencia clásicos y duraderos.

Claro que antes del vuelo a la Luna volaban ya los aviones con una ambición más modesta, que era la de ir visitando todos los planetas de nuestra tertulia. Parece a primera vista que todo va en la misma dirección, pero lo cierto es que el ferrocarril sólo va hasta eso que llaman cercanías en el lenguaje ferroviario. Las cercanías han acercado mucho el mundo, nuestro pequeño mundo, pero los viajes a la Luna, siempre a la luz de farola que tiene la Luna, han acercado lo distante, de modo que un mercancías nos trae más mundo, más universo que un expreso europeo.

Así, la bicicleta es la musa del vanguardismo y hay más bicicletas de noche que de día, como hay más metáforas en un libro leído de noche que de día.

Si la bicicleta es nuestro invento más pueril, hoy sabemos que las bicicletas son para el verano, porque lo dijo un dramaturgo poeta, frase con la que se devuelve su ingenuidad a la bici, pese a lo que dice otro poeta, el gran Jorge Guillén: «La pérfida bicicleta.»

Las vanguardias tienen en España un libro imprescindible, que se llama *Ismos*, y donde Ramón Gómez de la Serna va alineando los nombres, los autores, los creadores, toda la grey de este incesante siglo XX. La vanguardia artística, estética, adivinatrix, no consiste en ponerle un adorno a una cosa clásica y llamarlo de otra forma. La vanguardia nace para sustituir a todo lo que hay, porque el hombre se ha fatigado de clasicismo como el XIX se había fatigado de romanticismo, y así sucesivamente. Las vanguardias no son creacionismo caprichoso, sino creación y robo, aprovechando la oscuridad de la Luna más que su luz.

El surrealismo, fuerza fundamental de toda vanguardia, es un asalto a las lunas de los escaparates para cambiar el nombre de las cosas, como aquella vez que Salvador Dalí rompió la cristalera de una tienda de Nueva York para que los neoyorquinos vieran mejor a Dalí.

El geometrismo de los fascismos, el vuelo a cordel del avión, la curva inagotable del ferrocarril, todo esto es surrealismo, son ruedas que mueven, para bien o para mal, las

ruedas de nuestro planeta. Mientras por una esquina asoma la novedad de un hecho surrealista, por la esquina opuesta asoma la vejez románticoide de los primeros payasos de Picasso. El surrealismo es una inmensa nostalgia de los pianos verticales y los clavicordios de la familia.

Las referencias a Alberti y otros exiliados de vuelta nos resitúa ya en lo que hubiera sido la Generación del 27 sin la siniestra aventura de la Guerra Civil. Pero hoy, a tantos años de lejanía, hay madrileños que detienen el coche para retratar la estatua ecuestre de Franco que les ha salido al paso.

Esto, que parece solamente una anécdota municipal, sabemos ya todo el contenido que tiene como sociología del franquismo. Las estadísticas nos dicen que casi un cincuenta por ciento de españoles viven todavía en la memoria de Franco, aunque la verdad es que la muerte del escultor tiránico Juan de Ávalos, héroe a sueldo en el Valle de los Caídos, no ha tenido gran resonancia entre la población.

Esto quiere decir que ni siquiera con tan magna obra consigue el escultor privilegiado ponerse a la altura de los héroes del Caudillo. Lo que sobrevino tras la muerte de Franco fue un silencio largo y culpable que iba alejando la imagen del dictador paulatina o vertiginosamente. Los españoles se habían olvidado de aquella leyenda visionaria.

Ahora, muchos años más tarde, hay como una nostalgia errática y prolongada respecto de aquel hombre y sus realizaciones. El socialismo gobernante, como los anteriores en otra escuela, han callado este nombre para revivificarlo ahora con más energía a favor de una derecha liberal, que nada tiene que ver con Franco, o de una izquierda sentimental que no se resigna a dejar de utilizar el arma femenina del sentimentalismo —armas de mujer— para ponerle un adorno y una cola al sistema artificioso que se está creando y que permite operaciones peligrosas contra cualquier forma de apertura social en España.

5. EL COLOSO TRISTE

No puede decirse, naturalmente, que el Coloso triste, o sea el Ejército, venga a resultar una consecuencia o una invención de nuestra sociedad o de otras. El Coloso triste es el módulo más antiguo de civilidad. El griego y el persa antes que hombres son militares. El César es un militar a quien la Historia y la ciencia van respaldando de Saberes. Lo militar es el primer compromiso del hombre con todo lo que domina y el último compromiso de la Historia con la Humanidad: está ahí para justificarla.

En el siglo XX, los hombres han visto ya pasar mucha Historia por encima de sus cabezas. El Coloso triste es la invención más completa, cerrada, lograda, que los hombres del siglo XX encontramos a nuestro paso cuando venimos a este mundo. Toda la cultura es militar y lo que hacen las nuevas generaciones por integrarse en esa milicia de los siglos que pasa bajo sus jardines.

El siglo XX ha modernizado peligrosamente la guerra, como tantas otras cosas, pero no podemos decir que haya inventado la guerra, porque el mal no se inventa, el mal ya está ahí y resulta cómico llamar «invento» a una máquina de matar. Hay aquí una paradoja que destruye mansamente la mitificación constante de la guerra. El siglo XX, que es el que aquí añoramos y estudiamos, es un siglo que tiene dos guerras mundiales y ha perfeccionado mucho el arte de la sangre, desde la estreptomocina a la bomba atómica. Lo que no cabe negar es que la guerra incita el progreso. Se trata de un gran derroche de hombres y una gran colisión de máquinas. Un esfuerzo que hacemos por lentificar y mitificar la solución bélica de esta Humanidad sin verdadero sistema amoroso. El más perfeccionado parece el de Platón, pero va dirigido a la madurez de los efebos, y esto es un mal que nos desvía de las corrientes naturales del tiempo y el hombre.

El gran artista de la guerra es Napoleón. El gran pensador de la guerra es Napoleón, y por eso las guerras del siglo XX son mediocres, mansuetas y aburridas. De Napoleón se burlaban sus amantes, y esto le quita autoridad y entendimiento profundo de la persona. Con la mujer no hay que comerciar más que en la cama, y si no, ella acabará incendiándola, la cama.

Ese incendio forestal que es el amor de Napoleón con una pastora en las tinieblas hace imposible seguir creyendo en el tiempo, en la Historia, en la significación de una guerra que jamás ha tenido ninguna.

Nuestro país puede presentar cien años de militarismo, es decir, todo un siglo de romanticismo suicida. Es lo más que hemos hecho en la Enciclopedia de la violencia. Las mujeres, por otro camino, han estudiado nuestros usos amorosos, pero son las mismas mujeres que se burlaban de «Napi» (Napoleón), con el que se acostaron todas muchas veces, de modo que su crítica no tiene ningún valor, máxime cuando ellas son las que revitalizan a sus pueblos respectivos. A medida que hay más sexualidad social como consecuencia de la violencia sexual de Napoleón, el invento fundamental de la especie, o sea el amor, ha perdido todo prestigio al llegar a nuestro siglo. Somos herederos de una raza masculina a quien la mujer enseñaría a mamar a su niño, como más adelante le enseñaría a fumar cualquier cosa. Estamos hechos de los pecados de nuestras madres.

El imperio de lo efímero, de Lipovetsky, es un libro que reflexiona con profundidad sobre lo superficial, sobre el imperio de lo débil y lo efímero como gran señuelo del siglo XX. José Antonio Marina, en *Elogio y refutación del ingenio*, juega a poner la genialidad por debajo de la ingeniosidad. Es decir, que la ingeniosidad es la madre, mientras el genio y el ingenio no son más que los arrapiezos de la creatividad humana. En nuestra Historia hay mucho más ingenio que talento maduro. Somos una continuidad de ingeniosos. Los últimos se pasaron la vida parrafeando en los cafés sobre el ingenio de otros genios como ellos. Abandonar el ingenio, ese clavo de plata ardiendo, sería un suicidio de nuestra inteligencia belicosa. Ahora mismo hemos

encontrado la manera de reinventar la guerra a costa de los árabes, de los judíos, de los blancos, de los negros, etc. Estas guerras las sostiene la prensa con su ingenio pálido de hombre frío.

6. RETRATO DE UN DESCONOCIDO

(DEL DIARIO DE AZAÑA)

1931-1933

3 de julio

«Me he levantado sin haber descansado lo necesario. A las 11 en el Ministerio. Despacho con el subsecretario. Perfilamos los decretos para el Consejo de la tarde. Despacho con Goded, tan pedantuelo. Conferencia con el Perro, general de la octava división que me anunció que ya hay tranquilidad en La Coruña. (Anoche me llamaron por teléfono para decirme que en La Coruña estaban quemando un convento.) Conferencia con Ruiz Trillo, general de la segunda división. Me dice que el auditor impondrá dos meses de arresto a R. Franco por el telegrama que me dirigió protestando contra la llegada de Sanjurjo. Y que no pide ahora el procesamiento de Franco por lo de Tablada para no complicar la causa con una cuestión de competencia y una inmunidad parlamentaria, hasta que lo tenga todo bien esclarecido.

Innumerables visitas. El general Bermúdez de Castro, que su gratitud será eterna. Comisiones que protestan por la supresión de las Academias. Comisiones que van a pedir cosas raras. Una mujer sablista. Dos señoras que piden goyerías. Los periodistas. Dos alcañinos tontos. En fin, la rueda de siempre.»

En este rápido apunte de su tarea diaria nos da don Manuel un aguafuerte de aquella España mendigante y variada. Siendo presidente recibía a todo el mundo, e incluso nos dejaba vivos apuntes de gentes y palabras con un gran valor de documento. Azaña soporta todo esto con su calma gloriosa, privilegiada, y se desquita de tanta menudencia con sus breves y mortales acotaciones de unos y de otros.

La derecha y el republicanismo andante le tienen por un hombre indeciso, blando y perdido, pero lo que alienta en Azaña es una cabeza fría, analítica, anticipatoria, con un gran clariver histórico. Luego, en la hora definitiva, se equivocaría en algunas cosas, pero estas equivocaciones no son tales, sino anticipos que nos da de lo que va viniendo y reflexiones lúcidas para consolarse a sí mismo y consolar un poco a los otros, que son quienes más lo necesitan.

Azaña no pierde nunca el sentido de la realidad, que no es otra cosa sino indiferencia. Sabe que le van a quitar la República, su República, y por eso le da lo mismo jugar con unas cosas y con otras, y sobre todo jugar con las fechas, pues le da lo mismo morir o escapar un día que otro.

Los Diarios de don Manuel tienen tanto interés, en principio, por la deliciosa mezcla de culturalismo y casticismo que mete en su prosa. Y luego está la película escrita de la España llorandera que gira siempre en torno del hombre tabú. Azaña aparece a veces como un despistado, que diríamos hoy, pero él mismo propicia esa apariencia para desconcertar al interlocutor y, sobre todo, para no dar toda la información que se le pide. Una sesión de visitas de Azaña equivale a un sainete político de Valle-Inclán, su gran amigo, que a pesar de todo le sacará un poco envilecido en *Luces de bohemia*.

Pero el día se acercaba y el golpe también. Los planes que se hacían eran ya, descaradamente, planes para la huida. Azaña lo diría muy claramente en los últimos tiempos:

—No quiero ser el presidente de una guerra civil.

Azaña era cálido con los españoles. El frío lo llevaba por dentro y no quería hacer alardes de espanto, de modo que sólo hacía modestos alardes de miedo que no eran ni eso. Los visitantes de Azaña, aparte de los amigos íntimos, eran mayormente militares y curas, altos funcionarios y gente así, pues todos sabían que tenían acceso al despacho amplio y conversador de don Manuel, que se había instalado allí para auscultar a los españoles y mandar de verdad sobre sus generales.

Como sabemos, se le reprocha el no haber desconfiado más vivamente de Franco, pero hay que tener en cuenta que Franco era el que mejor se disimulaba y el que no se

incorporó al alzamiento militar hasta última hora. Terminado el despacho, a media mañana o media tarde, Azaña cubría los compromisos oficiales, o bien salía de paseo en el automóvil ministerial con doña Lolita o con su cuñado, Cipriano Rivas, aquel hombre que más tarde escribiría la biografía de Azaña *Retrato de un desconocido*.

Durante estos paseos a Ávila o El Escorial, a lugares y lugarones de la Castilla atardecida, el escritor Azaña quedaba pintado como al óleo en la iconografía de la Historia, entre dos crepúsculos de acuarela, y tomaba conciencia del país que le había tocado gobernar. Azaña estaba muy a gusto al costado de las almenas históricas que el atardecer echaba abajo y se impregnaba de pasión española, que era en él una pasión inteligente y fría. Doña Lolita iba conociendo a su marido y comprendiendo por vía sentimental, como tantas mujeres, cuál era la realidad, por qué luchaba su marido y adónde iba España en aquellos días de los años 30, cuando se habla ya del levantamiento como de una tormenta anunciada.

Don Manuel era la viva imagen de la patria al mismo tiempo que no paraba de hacer patria con su viril trabajo, sus meditaciones españolas y su manera constructiva de gobernar. Era junio y la estrella numerosa de los falangistas, como diría Eugenio Montes, no amanecía por parte alguna. El matrimonio regresaba en silencio, cogidos de la mano.

Este libro de Cipriano Rivas tuvo un gran éxito y se incardina en la temperatura cultural y republicana del momento. Ahí está la cita de Rafael Alberti: «Yo nací, respetadme, con el cine.» Todos vivían el éxtasis vanguardista bajo la luna de vanguardia que iluminaba, como un Escorial, las esquinas del Coloso triste. Las milicianas también se han echado a la calle con el revólver en la cadera. El ambiente es ya de guerra, sobre todo en aquellas esquinas con más conciencia social y republicana. Creo que ése es el verdadero clima de la revolución en sus primeros días, en sus primeras noches. Unos hombres extraños que eran los periodistas, muchos de ellos muertos, una larga luna cinematográfica, y las cenas deslumbrantes y asustadas en casa de Cuqui Fierro.

7. LAS MILICIANAS

La primera aparición del pueblo español en la Historia son unas milicianas, como se las llamó luego, con un gorro de soldado, melena corta y machete al costado izquierdo. Se protegían por unas barricadas de sacos de arena como los que poco después cegarían muchos locales y algunos balcones de Madrid, con la bandera republicana encima. Era en julio del 36. Don Manuel Azaña, el Buda de la República, en principio se había negado a creer las noticias esporádicas de un levantamiento militar al Norte, en Galicia, y otro al Sur, en Andalucía, el primero a las órdenes del general Mola y el segundo a las órdenes de Queipo de Llano o de Yagüe.

Todo estaba muy confuso, y traía el rumor y el perfume de los afrikáners. Azaña no tenía mucha confianza en Mola, pero sabía que era hombre capaz y dictatorial que reprimiría todo desmán del Ejército o del pueblo. En cuanto a los afrikáners, Azaña estuvo todo el día recibiendo noticias y desmentidos de cómo iba la cosa. Hasta llegó a decirse que Franco había saltado a las Canarias en un avión inglés de don Juan March. Luego estas cosas se desmentían y el desmentido venía a ratificar el escepticismo del jefe.

Azaña era de izquierdas, pero ejercía también cierta confianza en la Historia para creer en el pueblo, en la República y en la salud política de los españoles. Se burló bastante de todos los rumores del 18 de julio y hasta es posible que a última hora de la tarde, al salir del Ministerio, se diese un paseo hasta El Escorial, en el automóvil, acompañado de doña Lolita, su esposa, y quizá de Cipriano Rivas Cherif, el Cipri, según se le conocía en el mundo del teatro, ya que era director de escena. El Cipri era amigo íntimo de don Manuel, quien también tenía pasión por el teatro. Era hermano de doña Lolita y, por tanto, cuñado de Azaña. Esta jornada de dubitaciones la dejó escrita Azaña en su Diario íntimo y no la rectificó nunca, lo que quiere decir que creía firmemente en lo que estaba escribiendo.

La derecha es un término que habría que pronunciar en plural, como lo hace el pueblo, pues sus apariciones en la Historia han sido siempre trilaterales, como las del Espíritu Santo.

En el siglo XIII, cuando se revolucionaron tantas cosas, la Península Ibérica quedó definitivamente partida en dos, más las plurales y variadas derechas de las invasiones africanas, mediterráneas y europeas. España estaba forjando el primer Imperio de Europa y el mundo hacía lo posible porque fuese el último.

La República tenía un año de vida, y las movibles y remotas derechas habían dado algunos pasos peligrosos, pero el que daría lugar al levantamiento fue una revuelta anarquista en el pueblo gaditano de Casas Viejas. Está la frase apócrifa de Azaña sobre el caso: «A los de Casas Viejas, cuatro tiros en la barriga.» Los levantiscos eran campesinos de cierta edad y también hombres jóvenes con faja y gorra. Lo que sí es cierto es que la Guardia Civil fue implacable en Casas Viejas. Hoy, cuando escribimos, en Casas Viejas se está levantando un hotel de lujo. Las derechas vuelven a tener razón: encarrilar la Historia y a decidir España.

8. MIHURA, IONESCO Y EL ABSURDO

Don Rosario, con su trompeta de loco, el huésped que se va a casar mañana, los astros que brillan en la bahía de Vigo, las jovencitas pernilargas que hacen teatro porque son artistas, fuman droga porque son artistas y ligan con los caballeros más poderosos de cada provincia porque son artistas. Hay dos mundos iniciáticos que en seguida se volverán populosos y serán puro siglo xx, aquel siglo en que los caballeros salían a cazar con una pluma en el gorrito y los negros bailaban jazz por toda Europa, pues para eso les habíamos traído a Europa y no como ahora, que les hemos traído para que nos conviertan al mahometanismo y otras religiones mucho más graves que la nuestra.

La trompeta, aparte de tocar jazz, le servía a don Rosario para despertar a los huéspedes de su pensión, que eran todos unos jóvenes muy aplicados que se levantaban temprano para afeitarse antes de ir a la oficina. Esto, naturalmente, referido a los que no iban a la oficina porque iban al jazz muchos días más tarde. Por entonces no se admitía a los negros en las oficinas porque dejaban todos los papeles manchados de papel carbón y, además, cobraban una barbaridad por haber dejado la lanza en la selva, debajo de una piedra, para venirse a Madrid, a París y a Pamplona a enseñar el jazz/band.

Todo lo demás eran señoritas de Penagos que se refugiaban en una pensión de la calle Leganitos, con el novio, para huir de la familia que quería casarlas urgentemente con un joven de Hacienda, de aquellos que madrugaban tanto para afeitarse bien. Luego estaba el inventor español, el típico inventor español que inventaba cosas como el aeroplano, el autogiro, el submarino y otras más difíciles de inventar. De aquellos señores vienen De la Cierva, Isaac Peral y más. Realmente, en España no había que inventar nada pues todo lo habían inventado los Reyes Católicos, hasta la silla de ruedas para sacar de Granada a Boabdil el Chico, que también había aprendido a tocar y bailar el jazz y le gustaba ir a los cabarés por la noche mejor que quedarse en Granada, tan provinciana, venga de llorar.

Pero el empleo de inventor era el más cómodo y no hacía falta ser negro como Boabdil, que no sabemos de qué color era. De vez en cuando, un negro de la pensión de Leganitos se casaba con una joven de Penagos, minicorta, bailona y alternativa, dada a fumar todo lo que le regalaban en las barras y así se moría en seguida como Margarita Gautier, o sea Greta Garbo, que la mata el director en la peli porque ya le estaba poniendo cachondo con tanto parpadeo y tanta puntilla que a la señorita Margarita no le tapaba nada.

Ustedes dirán que esta función que estoy contando ya la contó Miguel Mihura, y me la contó a mí concretamente en su casa de General Pardiñas, por donde cojeaba con la criada y con su cojera, como un pobre, pero la verdad es que la función, o sea *Tres sombreros de copa*, no la ha contado nadie nunca o la cuenta todo el mundo, pues las funciones clásicas —y Mihura era un clásico— las va produciendo la vida y son como una acumulación de más vida, que ya lo viera así Miguel de Cervantes, cuyo premio ostento.

Quiere decirse que las historias de pensiones, pensionados y pensionistas son toda la literatura española, pues Leganitos, o sea la calle, no da para más.

El mundo, y concretamente Madrid, es un poblachón manchego, como también dijera el otro, y en este siglo xx que estamos glosando todas las comedias versaban sobre lo mismo como las de Lope de Vega versaban sobre un alcalde violento pero bueno, ajusticiador pero cristiano.

La noche del estreno de *Tres sombreros de copa* nos fuimos todos a beber a Chicote, pues Mihura tenía mucho miedo a fracasar y, mayormente, miedo a ese momento en que el público pide al autor que salga a saludar y el autor no quiere porque es cojo. Sobre esta cojera, sobre esta mutilación de la vida española gira todo nuestro teatro y

toda nuestra novela, pues cada uno escribe de lo que sufre y Mihura sufría de una señorita de Hendaya a la que miraba en verano desde su casa con unos grandes prismáticos.

A Chicote nos llevamos también al negro de los tres sombreros de copa, que hacía muy bien su número de tirarlos al aire y dejarlos caer al suelo como si nada. La gente de Chicote, que eran unos viejos escritores y unas jóvenes de Penagos, aplaudían mucho el número de los sombreros que además les había salido gratis, y ahí es cuando el apuntador manda salir a don Rosario, quien, con su escepticismo melancólico de pensionista servía arroz cubano con plátano frito a todo el personal, y tengamos en cuenta que era la hora más habitada de la Gran Vía y Mihura ya había triunfado, sin saberlo, con su función, y los cazadores volvían con sus conejos muertos y los tiraban sobre la barra para que en Chicote se los guisasen siempre igual. Luego había que volver a casa por Leganitos, bailando y cantando jazz/band, como la gente bien del Ritz cuando salían borrachos del Palace, pues los dos hoteles están frente a frente y pintados de blanco, de modo que todo el mundo se confundía y acababan en la posada del Peine, que es una posada sin cosmopolitismo y sin nada, una posada para burras viejas y burrancas que tiraban coces a los trasnochadores. Era como volver otra vez a los clásicos que ya he dicho, a la España del XVII, a las posadas de Cervantes y Cela, pero se despertaron muy tempranito otra vez en Leganitos y don Rosario les trajo su desayuno de colacao o de Lope de Vega, que también desayunaba aunque no lo cuenta. Toda España jugaba a imitar a Jardiel Poncela, y por eso decían que estábamos en vanguardia, que éramos un pueblo renovador y había que seguir inventando cosas, de modo que seguíamos hasta la maquinilla de liar cigarros egipcios para las señoritas de Penagos y los madrugadores del Casino de Madrid. Madrid no paraba de inventar, estábamos en el nacimiento del siglo, parecía vanguardista incluso Galdós, que más bien era un maestro de obras socialista. Fueron los años 20/30, la Segunda República, o sea.

Por aquellos días de la dispersión de la guerra, Miguel Mihura estrenaba su comedia de vanguardia *Tres sombreros de copa*, que resultó superior a todo lo que el autor esperaba.

Miguel Mihura era ya un valor secreto en el mundo del teatro madrileño, pero aún no había estrenado su comedia definitiva, esa comedia que consagra a un autor para siempre. Si Mihura coincide con Alberti desde un escenario, quiere decirse que las vanguardias europeas, desde el lirismo al surrealismo, están renovándose y viviendo un vanguardismo que no era sólo teatral, sino literario, artístico, político y social.

Mientras Miguel Mihura, un genio joven y enfermo, hace explotar la escena española con sus hallazgos desconocidos en el lenguaje, Alberti nos devuelve la temperatura de la Andalucía emergente y la Luna de las Vanguardias viaja toda la noche, como un tren mareado, que va cruzando o inventando paisajes.

La comedia de Ionesco fue, como ya hemos dicho, un éxito no sólo inesperado, sino muy coherente con las novedades de entonces. En casa de Cuqui Fierro, los aristócratas y las folclóricas seguían cenando y contándose sus minucias de sangre.

Almorzar en Madrid es emborracharse de martini con cadáver. Todos lo hemos probado. El éxito de Mihura se celebró en Chicote con toreros, intelectuales y los alegres homosexuales que decoran la vida madrileña desde la Generación del 98. Ellos eran quienes más engrandecían aquella obra maestra, aunque no habían leído la comedia.

Por el cielo de Madrid, por encima de Correos, salía la luna de vanguardia que era ya la luna española de todas las noches. Vagos telegramas aproximaban la guerra con paso de secreto. La fiesta de Chicote duraría toda la noche, desbordando ampliamente la Gran Vía. El aire estaba cargado de amenazas y damas urgentes que, asesinado el que se esperaba, ellas ya no tenían nada que hacer en Madrid.

9. ALMORZAR EN MADRID

Almuerzo esta mañana en el Palace para presentar un nuevo premio literario, otra novela, otro invento, esta continua agresión al público, porque hay que conseguir que los libros se vendan como los bombones, convertirlos en agasajo social, tan imprescindibles como las cajas de bombones, los álbumes de música y el cine a domicilio. Falanges de azafatas muy monas, altas y delgadas, esa generación esbelta que parece haber venido al mundo sólo para traer una copa a los invitados, para buscarles un asiento y para lucir ellas sus piernas y su juventud maquillada y estetizada a los veinte años. El libro estaba mal, se vendía poco, pero ahora le ha salido un rival poderoso y hay que intensificar las campañas para divulgar una discutible e incompleta novela histórica, o un nuevo adulterio novelístico de esta sociedad que ya ha pasado repetidamente por el sacramento del adulterio. Todo esto explica el calendario ferial en que nos encontramos. El premiado, esta vez, es, como siempre, un chico conocido y mediocre, alguien a quien nunca hicimos demasiado caso y que nunca podrá competir, desde su prosa comercial, con Béla Bartók ni con Juan Manuel Serrat, que lleva una larga temporada cancerígena y ha aprovechado para vender más discos y más sonrisas.

Sea como fuere, ya no hay que escribir contra otro escritor, sino escribir contra la música, de la que dijo Verlaine que nace toda cosa. Ahora resulta que de la música han nacido unas adolescentes de ombligo descarado que, a sus dieciocho años, han vivido ya el desencanto del amor, el desencanto del triunfo, el desencanto de la familia, de la belleza, de los viajes, de la alegría, de la libertad, del sexo y de la calle. Todos esos desencantos los llevan colgados de su cuello desnudo como los trofeos de una juventud lograda, insatisfecha y muy cara. Pero ellas son las que venden música y sexo, mientras nosotros almorzamos en los grandes y pequeños hoteles criticando la novela premiada, que siempre es criticable.

En la adolescencia yo escuchaba mucha música, creyendo que ésa iba a ser mi vocación, porque el adolescente está dispuesto a todo, está convencido de que es un artista nato y que el arte, esa magia, le acogerá en uno de sus múltiples regazos. Hoy me parece imposible haber soñado alguna vez con ser músico o cantante. Cuando llego al bar del Palace, donde tuve una tertulia de sobremesa hasta hace pocos años, me siento en una butaca y vienen los fotógrafos en hueste decidida e impaciente. Recuerdo lo que decía mi amigo Cela: «Los fotógrafos de prensa son el gremio peor vestido de España.»

Hoy se les han añadido los de televisión, que, pese a sus misteriosas cámaras, van tan mendicantes y alpinistas como los otros. Bien, pues contra todas esas falanges del mundo del libro, o con ellas a favor, hay que luchar para vender una novelita que ayer trataba de los amores galdosianos de un madrileño y una madrileña, y hoy trata de la vida licenciosa (supongo que licenciosa) de Carlos III o del pirata Barbarroja. A pesar de los fotógrafos, o precisamente por ellos, vienen a saludarme Andrés Trapiello, Luis Berlanga, Amilibia, una ministra, Luis González Seara, otra ministra, un académico, el propio premiado, algunos poetas, Luis Mateo Diez y en este plan. Mi mareo, habitual en estas cosas, los va envolviendo a todos en un caos protocolario y consabido que sólo se reposa un poco al momento del almuerzo, cuando la gente come, los canaperos comen y asoma una punta de silencio que me permite hablar con mi compañero de mesa, que esta vez, gracias a Dios, ha sido Luis Berlanga, mi querido Luis, y no ningún ejecutivo de la telecomunicación total y tediosa.

En cuanto a las ministras, esto de meter unas cuantas en cada fiesta es cosa que inventó la derecha y han seguido practicando los socialistas de Zapatero, ese que trajo un socialismo de ojos azules. Las derechas creían que a las mujeres sólo se las puede dedicar a la cultura, que al fin y al cabo es una labor doméstica. Ellas, a su vez, están

encantadas de alternar con intelectuales y pasar un poco de consejeros y señores autonómicos. Así es como he tratado a Esperanza Aguirre, a Pilar del Castillo, a Ana Pastor, a Carmela García Moreno y a otras varias. Son todas entrañables, inteligentes y, como dice Machado, amo en ellas «eso que la mujer tiene de hospitalario». Las de izquierdas son quizá más auténticas, como Trinidad Jiménez, pero las de la derecha me han dado su amistad, su eficacia femenina, su cultura, porque son mujeres cultas que no se han limitado a ir a las monjas a aprender francés cuando ya nadie habla francés, o a cogerse los puntos a las medias cuando hace cuarenta años que ninguna mujer gasta medias, aunque sea ministra.

Vale ir a estos guateques aunque sólo sea por saludar a ministras, que encima las buscan jóvenes.

10. MARTINI CON CADÁVER

Ha muerto Jaime Campmany de una embolia pulmonar, después de escribir la que sería la última columna de su vida y que, naturalmente, le salió feliz e irónica. Tan parecida a las anteriores, tan igual a todas las otras que no parece que el hilo de la prosa se haya cortado para siempre. Campmany había cumplido los ochenta años el día 10 de mayo, de este mayo caliente, conventual de magnolios blancos y feliz en su apariencia de cielos interminables y soles que cruzan el sol como pájaros encendidos. No es verdad que haya felicidad en la tierra cuando mueren tantos amigos. Lo más que hay es belleza. El 11 de mayo habíamos nacido Salvador Dalí, Camilo José Cela y yo. El 10, Jaime Campmany. Ningún hombre se merece la muerte, pero la muerte es una costumbre tan antigua que ya nos hemos resignado a ella.

Mi amigo Jaime era, aparte de buen cronista de ingenio, un prototipo del escritor español que da la burguesía de derechas. Quiero decir que se tenía por liberal y seguramente lo era, cuando esta palabra significaba algo en el sistema de valores. Hoy los valores han sido sustituidos por las marcas. Elegante en su sencillez, ennoblecido por su pelo ya blanco, esa nieve pulcra que ha caído sobre el bigote fascista de hace casi un siglo. Conozco el Casino de Murcia, y ahora veo claramente que de allí viene el humor confortable y local de aquellos señores muy aseñorados que no son Andalucía ni son Valencia, sino un remanso de cultura y buen tiempo, ese clasicismo provinciano que crece como las palmeras en el Huerto del Cura. Diríamos que por allí todo es mitad y mitad. Jaime era mitad andaluz y otra mitad. Uno de esos hombres al que se ve en seguida que ha tenido estudios y que los lleva consigo a todas partes toda la vida. Las frases felices de sus artículos parece que vienen todas de aquel Casino de Murcia, con su filo albaceteño. Jaime debió de ser un falangista adolescente, un hombre frío, con más cabeza que emociones, y un derechista convencido y equilibrado, como se nos muestra en sus columnas y en toda su obra. Hay una tradición en España de este tipo de escritores que viene de Pereda, de Mesonero, de Cavia, de Campoamor, de Gabriel y Galán y por ahí todo seguido.

Son la derecha culta, moderada, irónica, más católica que sentimental. Campmany no creo yo que hubiera entrado nunca en batalla, si es que le cogió la edad de la Guerra Civil. Esta generación o generaciones no hacían la guerra fuera de los casinos y pusieron en verso burlón la Historia de España. En sus largos años de columnista de ABC va pasando de un falangismo lírico a un democratismo irónico. Ya era prestigioso en Murcia y eso es como tener una palmera con nombre propio, con el propio nombre de uno.

Prestigioso cuando se vino a Madrid bien arropado por la Prensa del Movimiento. Algún periódico ha hablado de su conquista de Madrid, pero Campmany lo había conquistado todo cómodamente como señorito de casino. Y esto no es un reproche, sino una definición y quizá una nostalgia, pues si todos los señoritos de casino hubieran salido a lo Campmany no tendríamos en España tantos héroes funestos. Dice don Manuel Azaña que las señoras bien que piden a gritos que se levante el Ejército no se dan cuenta de que están mandando a la muerte a sus propios hijos. Campmany, para evitar este conflicto, además de un hijo tuvo hijas.

Yo le leía en provincias, ya director del *Arriba* y feliz colaborador. Uno diría que le hacían director de las cosas por su buen temple y su paz, pero lo suyo era escribir. Está en la generación del *Arriba*, entre el café Comercial y la calle de Larra, donde hacían el periódico, con Eugenio d'Ors, González-Ruano, Eugenio Montes, Manuel Alcántara, Salvador Jiménez y otros grandes prosistas de aquella generación más o menos falangista, de la que se ha dicho que ganaron la guerra pero perdieron los manuales de Literatura. Y esto es ampliable a Sánchez-Mazas, García Serrano y alguno más.

Nunca se ha estudiado en profundidad el caso singular de aquellos grandes escritores

que apenas dejaron obra en libro, pero lucieron mucho en los periódicos. Agustín de Foxá, otro que tal, explica muy bien el caso: «Yo soy conde, soy embajador, soy rico, soy famoso, soy escritor y todavía me preguntan que por qué soy de derechas.» Efectivamente, todos apostaron a una contradicción —intelectual y de derechas— que nunca resolverían, y naturalmente perdieron.

Como tuve mucha amistad con Campmany, voy a narrar un poco esa amistad, que forma parte de mi nutrido viaje a la derecha.

Desde su columna del *ABC* de Anson, Jaime empezó a llamarme autodidacta, sin duda con la intención de añadir un personaje al censo de su columna, que es lo que hacen o hacemos muchos columnistas, a la manera de los autores del cómic, que montan sus series sobre un grupo de personajes que incluso puede estar capitaneado por un perro, como el famoso *Snoopy*. Pero la utilización del autodidacta no tuvo éxito ni difusión, como Campmany esperaba, quizá porque el invento en sí no tiene gracia o porque yo estaba ahí, en pie, con columna diaria, y eso era más fuerte y más real que las alusiones de mi amigo, entonces, digamos.

Por otra parte, el inteligente Campmany debiera haber calibrado mejor su invento. Un autodidacta, un hombre que se ha edificado a sí mismo desde la más absoluta derrota, llegando, cuando menos, a la dimensión literaria de otro Campmany, no puede ser objeto de humor, sino ejemplo del hombre de izquierdas en su biografía y su ideología. El autodidacta tiene siempre un respeto, y si le acompaña el éxito, más respeto aún. Decididamente, y con mucha gratitud, yo resuelvo que Campmany se equivocó. También él debió de ser consciente de esto, y así se explica bien su insistente campaña para que yo entrase en la Academia. Aunque no lo dijo nunca, Campmany estaba resolviendo consigo mismo un problema interior, necesitaba devolver a un supuesto autodidacta todo el respeto que le había quitado con su chiste irreflexivo y contradictorio.

Aparte de este incidente que nadie registró, nuestra amistad se fue afianzando gracias a Cela, como ya he dicho, y Jaime Campmany me rindió un homenaje constante de citas nominales o no casi todos los días, hasta éste de su muerte que tengo tan cercano y vivido. La cita específica, la utilización de una palabra mía o de un giro idiomático hacia los clásicos, hacia los argots jóvenes, hacia el pueblo: todo esto lo estaba atesorando Jaime y todavía en su columna última se encuentran ejemplos de lo que digo. No recuerdo adversario tan generoso, tan largamente cumplido y revertido, de modo que, a la emoción colectiva por la muerte de JC a los ochenta años puedo añadir algo muy mío. Cuando el *ABC* me ha pedido cuatro líneas sobre él, he escrito esto: «Nos deja un puñado de metáforas y un puñado de nísperos, nos deja un manojo de versos y una cita feliz y equivocada.»

A todos los martinis con cadáver acudían unos hombres extraños que no eran de Madrid ni dejaban de serlo. Sencillamente, eran los corresponsales de provincias en Madrid. Yo había creído en aquellos señores como en los verdaderos periodistas que manejaban información política social para sus periódicos remotos. Ahora eran ellos los que venían a mí —«ese chico brillante que empezó a hacer carrera cuando llegó de su pueblo. Venía leyendo a Heidegger. Dicen que está bastante preparado».

Estos hombres creían que había mucho por descubrir en Madrid, pero luego se quedaban en un solitario cadáver con martini. Porque la primera etapa del periodismo madrileño consistía en el martini. O en el cadáver, según la funebriedad del caso.

En Madrid no hay nadie que te dé un almuerzo, unas patatas fritas, unos salmonetes, pero todo el mundo te daba un martini gratis para que metieses algo en el cuerpo. El martini yo creo que se había puesto de moda cuando la guerra de Madrid, y luego la gente ya no necesitaba robarlo, sino que se lo daban espontáneamente al que empezaba a ser famoso.

Hoy se hace en esta ciudad un periodismo que parece americano. Donde se servían

más martinis gratuitos era en el bar del Palace, suntuoso bar modernista hoy reformado por las Cortes, en el Ritz y algún otro hotel importante. Este juego de los martinis se va ampliando y ya Madrid, a la hora del martini, es un martini en todas direcciones. Si vives en Madrid y todavía nadie te ha invitado a cadáver con martini es que no llevas eso que se llama una carrera brillante.

Durante el reinado de Adolfo Suárez, yo mantuve cierta amistad con él. Tuvimos algunas entradas espectaculares y una vez me dijo Adolfo: «Entrar aquí contigo, Paco, es como entrar con Marilyn Monroe.»

A través de Tierno Galván, Carmen Diez de Rivera, el cura Llanos, los curas marxistas y Santiago Carrillo creo que mantuve una línea larga y sostenida con la izquierda absoluta, que trabajaba en varios frentes e incluso se permitía hacer la burla del socialismo gobernante: «El socialismo, sesenta años de dictadura y cuarenta de vacaciones.»

Fueron aquellos años los del cadáver con martini, murieron algunas gentes, tampoco demasiadas, y la izquierda se fue apoderando de la situación ingenuamente, sin contar con la marina, la falange y otros alcázares de la derecha. España se internacionalizaba con una guerra civil y paradójica. Una guerra en la que sólo Ernest Hemingway bebía ginebra, a sabiendas de que casi todos la atravesaban con el vodka y otros con el ron. Nadie sabía pedir vodka con ginebra. Madrid, con la guerra, no había evolucionado mucho, pero jugaba alegremente a humedecerse el paladar. Don Manuel Azaña bebía de todo, pero poco.

11. LOS ALEGRES HOMOSEXUALES

Ayer hubo una gran manifestación en Madrid contra las recientes legislaciones que autorizan los matrimonios de homosexuales y van camino de autorizar la adopción de niños por este tipo de parejas, en calidad de hijos. Vinieron de provincias casi un millón de personas, más los manifestantes de Madrid. El señor Zapatero está queriendo revolucionar España sin perder su buen talante: Autonomías, independentismos, nuevas libertades, nuevas autoridades, nueva manera de legislar y de vivir. Por lo que se refiere al sexo, que es siempre la revolución pendiente y la que mueve a más ciudadanos, los temas del aborto, la tolerancia sexual según edades y enfermedades, los nuevos contextos matrimoniales, etc., todo eso pone en pie al país y distrae a la ciudadanía de problemas seculares, históricos y nunca resueltos, como el de las clases sociales, el obrerismo, la oligarquía burocrática, los Bancos y en este plan. No es nuevo sino muy antiguo y variado el problema sexual en España. Esta vez se presenta tan peligroso que la manifestación de ayer estuvo populosa de globos y de obispos.

Por razones obvias, éste es un conflicto que atañe directamente a los pueblos, y cuando vamos a darle un trato sociológico, se torna puramente personal e íntimo, y a la inversa. El hombre ha situado siempre la utopía en una armonía sexual que para la Biblia es el Paraíso Terrenal, para los griegos fue la cultura del efebo, para los islamistas la acumulación de esposas y para los católicos el ejercicio de la castidad. Pero todos estos valores han ido cayendo por sí mismos o se han abolido con motivo de cualquier otra cosa. En el siglo xx se formularon y ejercitaron muchas teorías sexuales. Lo que mejor se ha adentrado en nuestro tiempo es la libertad sexual para hombres y mujeres. Esto funciona en la práctica, pero las derechas, cualquier derecha, tiene objeciones que poner, pues el modelo católico, por ejemplo, se resiste a desaparecer y es al que los jueces recurren con más facilidad.

La sexualidad, entendida como convivencia, está llena de problemas que son los problemas comunes del núcleo urbano. Todos hemos estudiado la historia de las monarquías europeas a lo largo de los siglos y podemos ver que en ellas resplandece siempre el mal, la conspiración, la envidia, el poder religioso, la ambigüedad de las preferencias, etc. Todo esto agravado por el secreto, la mentira histórica, el imperativo de un apellido, el crimen y el silencio. Esas mismas estructuras familiares, estudiadas en las clases medias, se alivian de algunos horrores característicos del poder supremo y de la convivencia en Palacio, pero abundan en los mismos pecados de adulterio, incesto, engaño, ambición individual y común, violencia y demás. Se diría, en fin, que la especie trabaja siempre a favor de la especie y procura el triunfo de los más fuertes, los más hábiles o los más inmorales. No se trata de hacer justicia a nadie, sino de mantener la continuidad y progresión de la Iglesia, del Ejército, del dinero. La historia folletinesca de nuestra Juana la Loca es un modelo completo de crimen cortesano, postergación de una reina y todo lo que vino después. Este solo caso, debidamente enjuiciado, habría sido suficiente para desprestigiar el Imperio venidero, pero el tiempo destruye las verdades o las acepta como leyendas. El tiempo no es sino la habilidad humana para hacer soluble un crimen en una leyenda romántica.

Las aristocracias siempre han tenido resuelto el problema sexual en forma de endogamia. Los señores feudales, también. El pueblo ha tenido que fornicar al aire de los tiempos y por eso es el que tiene peor fama en este sentido. La familia burguesa que en España implantaron Cánovas y Sagasta es un modelo que está a punto de licuarse desde dentro, gracias al confort de la sociedad industrial. Sus valores han sido subsumidos por el nivel de vida. Muchos hombres y mujeres de buena voluntad se manifestaron ayer a favor de una utopía que es ya un cadáver, y me refiero a la utopía hombre/mujer así como a la naciente utopía hombre/hombre, que arrastra los vicios y carencias del modelo anterior. Muchos homosexuales y lesbianas no entenderán esto o lo entenderán como la negación de sus derechos. Por el contrario, uno cree que la

utopía hombre/hombre puede aportar interesantes novedades sociológicas, como la utopía mujer/mujer. Pero ambas acabarán siendo malversadas por la naturaleza humana, que no resiste la experiencia convivencial, salvo en niveles culturales muy bajos. Sólo aboliendo la cultura nos sumergimos en la animalidad ambiente, con lo que cualquier clase de familia no representaría un progreso moral o social, sino un retroceso de carácter medievalista.

12. A TODA VANGUARDIA

Las mujeres se echaron a la calle sin faja y con abéñula. A Marcel Proust le daban el Goncourt por su primera novela o primer tomo de su novela interminable. El principio del siglo xx, en España, se llamaba Generación del 98. En Cuba se hundían los barcos españoles. Madrid era un lugarón donde se reunían los paletos de toda España. Las meretrices o percantas recibían una sigilosa cocaína de París, para vender a los clientes, añadiendo otro paraíso artificial a los muy escasos y rústicos que ofrecía la Villa y Corte. Pero aquellas señoritas eran tan burras que se fumaban ellas toda la coca y luego tenían que pagarla con dinero de alcoba. Las señoritas tobilleras eran otra cosa y sólo enseñaban los bajos para subirse al tranvía. Don Marcelino Menéndez y Pelayo hacía cola en el muladar y Cajal trabajaba en los entresijos del alma, que eran algo así como las telarañas del cráneo, aquel cráneo privilegiado que elogiaba el borracho entre dos luces de bohemia. Se colectaban mulas para la inmediata Guerra Europea, que mulas y meretrices iban a ir juntas, a buen precio, a la contienda. Eran dos animales hembra, pero de alma correosa y buen aguante. Metieron mucho dinero en este país. En la cercana Francia, sí, se ventilaba el caso Dreyfus, un asunto judío, como tantos. El colegial Marcel Proust, para quien nacía ya el premio de los hermanos Goncourt, buenos memorialistas y editores, seguía por los periódicos aquel proceso, pero aquí seguíamos fijos en el chacinero Galdós, a quien algún periodista definió como «un maestro de obras socialista». La calle apedreaba sus balcones movilizándolo el adoquinado. La Generación del 98 se forjó tirando piedras a lo anterior, como todas las generaciones. España era bella y salvaje. Con el alba, entraba por el cielo el siglo xx.

Don Ramón del Valle-Inclán es el dandi provinciano que viene a parar a Madrid porque la provincia le desmerece. Valle ha contado o contará la Galicia provinciana, pero su triunfo personal necesita rubricarlo en Madrid, en la movida calle de Alcalá, en los cafés de camareras y la bohemia entre dos luces. Es el que más siglo xx trae bajo la capa, porque quiere enterrar las ideas viejas y antañonas bajo el panteón modernista, que es una fiesta fría de mármoles con calidez humana, flores de mármol y meretrices que hacen su fiesta en la media noche del cementerio, ese cementerio lleno de grandes hombres, de hombres ilustres a quienes Valle necesita insultar para asimilarlos, como luego insultará a Galdós llamándole «garbancero» y yendo a alborotar sus estrenos teatrales con el bastón de manco y las interjecciones antiacadémicas.

Galdós había hecho la novela teatral con precisión realista e influencia de algunos europeos. Valle-Inclán hace en su teatro el cinematógrafo de la vida, un cine mudo que habla como el pueblo y como los poetas modernistas. El teatro de Valle es una película de muertos con los cuerpos y almas que tuvieron, y todo ello forma una saga galaica y carlista que el público galdosiano de Madrid tardaría en asimilar, porque Valle había tenido su época mala en la que consolaba al joven García Lorca diciéndole que él también, tiempo atrás, estrenó sin público y cenó de su hambre. Valle le pronosticaba al joven poeta andaluz que todo Madrid acabaría yendo a su teatro, y Lorca le replicó:

—Lo que temo es que vengan de uno en uno.

Romances de lobos, galas de difuntos, rosas de papel y, sobre todo, luces de bohemia, donde Alejandro Sawa moría de ceguera y los separatistas y anarquistas catalanes eran torturados en los sótanos del Ministerio por una España mal gobernada. Todo eso lo vivió Valle antes de escribirlo, poniendo en cada escena la caricatura de la época, o la nostalgia galaica y musical, o el Madrid de Fornos, donde tenía tertulia fija, aunque quizá fuese La Granja del Henar, que todavía hemos conocido entre un estanco y un teatro.

Valle-Inclán vivía y escribía, y no se sabe qué es lo que hacía primero. Pudo haber escrito la época antes de vivirla, porque tenía la intuición de cómo iban a ser las cosas. Valle, con su modernismo, vivía la anticipación que no tuvieron Baroja ni Azorín, por demasiado realistas, cada uno en lo suyo. Pero entre todos, y sin saberlo, estaban

trayendo el clamoroso siglo XX, que asesinaba monarcas y levantaba grandes vías. La escritura de Valle-Inclán es lo que luego se ha llamado «prosa de arte», definición pobre, limitada y poco elegante. Prosa de arte es la de Quevedo, la de Azorín, la de Valle. Ya lo hemos dicho antes: y ahora añadimos que Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna hicieron prosa de arte que nunca debió ser llamada así. En todo caso, esta prosa nos evidencia que el escritor tiene una vocación estilística y se propone lo que hoy llamaríamos una determinada escritura. Había que arrancar del viejo realismo con un tirón violento y conjunto de las doradas cabalgaduras que la trajeron. La poesía lírica estaba a salvo sobre todo con Juan Ramón Jiménez, pero la prosa no podía despegarse de tantos lectores como la frecuentaban del revés, creyendo que una novela debiera ser siempre la misma, con su intriga, su adulterio, su capellán y, en pocas palabras, su Madame Bovary. Pero Flaubert estaba experimentando, tenía pocos lectores en España y supo pasar a otra cosa con la inmensa broma, tan profunda, de Bouvard y Pecuchet. Los primeros alardes franceses llegaban a España, y no sólo en la poesía de Baudelaire.

Distingamos en todo momento la prosa baudeleraiana de la poesía. Ahora estamos mezclando lo uno con lo otro en el común movimiento europeo que efectivamente venía tirado por dos bestias de oro que iluminan ya mi amado siglo XX y que se llaman Modernismo y Simbolismo.

Valle-Inclán sería la única modernidad de Madrid hasta que llegó Ramón Gómez de la Serna con su incesante sinestesia, que él llamó greguería. Ramón es otra fuerza superior de la creación española, del imaginativo siglo XX, y en él entraremos despacio para no romper ninguno de los espejos, muñecas, azulejos y globos de plata con que creó su vasto mundo literario y periodístico. Ramón, pese a su peripecia personal, es todo el siglo XX.

Por estos días en que escribo el famoso Francisco Ayala cumple cien años. Lo primero que leí de Ayala, hace ya mucho tiempo, fue una novela corta. Me parece que trataba de una bicicleta. Luego él se vino de América y fueron saliendo aquí sus libros más importantes. Recién venido, yo le hice una entrevista en su casa de Marqués de Cubas y me contó, entre otras cosas, que en su cátedra de Chicago había sido el escritor mejor pagado del exilio. Esto último no sé si lo dijo él o lo dije yo. Lo cierto es que la entrevista se publicó en *Destino* y a Ayala le disgustó mucho.

Yo creo que Ayala vio en esto del dinero, dólares concretamente, algo relacionado con Chicago y el gansterismo. Su reproche me pareció de una puerilidad de otra época. Y de otra época era efectivamente, pues debemos tener siempre en cuenta los cien años de Ayala, que yo diría que los ha llevado siempre consigo, que nació ya con cien años, y eso es lo que le da sabiduría e interés a su prosa. En cualquier caso, yo no me iba a amedrentar por un Ayala que era, me pareció, el más antipático de los simpáticos retornados, de modo que seguí metiéndome con él y, lo que es peor, ignorándole.

Con este tema de Ayala caeríamos de nuevo en el asunto del exilio, sobre el que uno ya ha escrito muchas páginas y que, superada la circunstancia, no tiene mayor importancia. Francisco Ayala tiene, a sus cien años, una inevitable cara de exaltado, pues es indudable que tanta vida acumulada en el cuerpo humano acaba por enloquecer al beneficiario. Ayala tiene hoy los ojos un poco desorbitados, la cara llena de una blanca nobleza, el gesto como perpetuamente enfadado. Me recuerda lejanamente a Baroja, que también cumpliría cien años por ahora. Un Paco y otro Paco seguimos sin saludarnos mutuamente, pues faltaría más. Una tontería de cien años sigue siendo una tontería.

Adonde más veo últimamente al viejo escritor es en los almuerzos del Rey. Suele acompañarle Andrés Amorós, siempre joven e inteligente, que apostó por Ayala desde que éste apareció en Madrid.

Hay fidelidades literarias que duran siglos y éstas sólo podemos mantenerlas con un

clásico, naturalmente. En sus años del retorno leí yo algunos libros y memorias de Ayala, pero nunca logró engancharme, aunque supongo que tampoco se lo propone. Si me detuviese a estudiar el asunto, en seguida se vería claro. Paco Ayala reúne todos los dones del escritor profesional y autoelegido. Cultura, memoria, viajes, amistades, soledad y compañía. Pero le falta una cosa de la que yo no puedo prescindir. Le falta, sencillamente, la gracia.

Y al hablar de la gracia no me refiero a los chistes de su posible Granada (creo que es Granada), sino que me refiero a algo que puede ser muy serio y que es la malicia del escritor para contar las cosas como son, o mejor como no son. En Ayala encuentro una prosa plana, como de profesor. No me extraña que fuera el catedrático más pagado de América y del mundo entero.

En estas comidas que digo, los almuerzos con el Rey, Ayala habla mucho, pero sin voz, lo cual debe de ser muy cómodo para el interlocutor. En cien años, Ayala no ha crecido nada, pero tiene apostura y genio de hombre alto, violento y enfadadizo. A escribir no se aprende más que escribiendo, pero a partir de la gracia natural y el aprendizaje prodigioso de esa cosa que es la aventura literaria a los veinte años.

Si a los veinte no eres ya un escritor lorquiano, es que no lo vas a ser nunca. Yo respeto a los escritores sin estilo, con carencia de fraseología. Los respeto, pero no me dicen nada. Andar por la vida de escritor sin estilo es como andar por los mares sin vocación de marinero. La manera de decir las cosas importa mucho más que esas cosas. Cuando se ha contado algo sin manera es como si no se hubiera contado nada. La cosa no existe porque la nombremos, sino porque la nombremos de determinada manera.

Me estoy poniendo ridículo dándole lecciones a un escritor de cien años y más valiera dejarlo, pero unas memorias literarias también exigen rigor y llevar las cosas a sus últimas consecuencias. La palabra «literario» no es un aval para ninguna clase de majaderías. Ya dijo el chileno Huidobro, y me parece que lo repito aquí, que no se trata de cantar la rosa, sino «de hacerla florecer en el poema». Cuando se nombra algo, ese algo tiene que chispear. Si no es una pila agotada. Ayala tiene ahora algo de pila agotada, pero lo malo es que lo tenía ya a los treinta años, si mal no recuerdo.

Estoy metiendo aquí un libro entero, unas memorias literarias del siglo XX, y esto me obliga también a contar todo con la minuciosidad del cronista. Lo de Ayala me parece que ya lo he contado otras veces, pero también muchas otras cosas del libro. Estos libros se hacen más que para recordar para recordarse. Lamento no haber respetado los cien años de Ayala, pero él tampoco va a respetar los míos.

En las biografías quedan mejor las vidas breves, más estéticas y más a la medida del escritor. Lo malo de las grandes vidas largas es que casi siempre nos vienen grandes. Nos encontramos con que tenemos más vida que biografía, y cuando ya no hay nada que contar seguimos contando cosas. Somos como esas cómicas viejas que cuentan sus aventuras teatrales en las entrevistas porque no las contaron mucho antes, y ahora les pesan y molestan en la vejez. Uno tiene algo de cómico viejo, pero no hay nadie que escuche. En lo de Ayala hay mucho dolor de lo mío y por eso me he ensañado, digamos. En realidad estaba hablando de mí y que el lector me perdona. Un hombre que ha vivido y escrito cien años sólo puede dolerse de sí mismo. Hay biografías que tardan cien años en escribirse, de modo que tardarán mucho más en vivirse. Tengo escrito aquí que el hombre que ha vivido a fondo parte de su siglo, ha vivido ya el siglo entero, como el que se ha acostado una vez con una mujer es como si se hubiera acostado toda la vida.

13. AMADO SIGLO XX

Con la Guerra del 14 principia a despiezarse el siglo xx, recién inaugurado. Mister Eden se convierte en el tatuaje primaveral del siglo. Salía en todas las revistas, a veces caricaturizado como Josefina Baker, con una tropical falda de plátanos por todo indumento, en alusión múltiple a su pretendida homosexualidad.

En realidad, nadie sabía bien si se estaba construyendo un siglo o se estaba destruyendo. Es cuando las mulas españolas entraron en litigio con las mulas madrileñas de cabaré. El siglo xx se puede resumir muy sumariamente en tres guerras, la europea, la mundial y la Guerra Civil española, de tanta trascendencia en el mundo. La del 14 fue una guerra con paraguas, con Chamberlaine y con caretas de gas que convertían a los soldados en perros miopes con gafas. En esa guerra estuvo Apollinaire y le pegaron un tiro mientras leía el periódico en la trinchera. Hubo que hacerle la trepanación y ya no volvió a ser él, aunque se adiestraba todas las mañanas en la azotea de su casa parisina:

«Torre Eiffel, pastora, el rebaño de los puentes bala esta mañana...»

Apollinaire se decía hijo de un papa o de un canónigo, según las épocas. Llevó más lejos que nadie la sinestesia glosando a los puentes como rebaños de agua. Toda guerra trae una nueva escritura literaria, y Apollinaire fue el más representativo de todos ellos por el empuje de su escritura y de sus imágenes. El simbolismo de Mallarmé se aproxima mucho al de Apollinaire, pero Mallarmé es menos alegre, menos vital, más sutil en verso y prosa:

«La carne es triste y he leído todos los libros.»

Mallarmé queda apresado en sus libros, mientras que Apollinaire es libre en sus revistas literarias que vuelan como palomas impresas en el cielo de París. En cada guerra se mata a un poeta, porque los poetas son baratos aunque sean geniales. Es sociológicamente interesante constatar este florilegio de poetas bárbaros que arroja cada guerra. La guerra es el retorno del hombre a la violencia como reino y eso explica un poco las generaciones bélicas que hemos ido constatando. En nuestra Guerra Civil española el icono fervoroso y sacrificado fue García Lorca. En el 14 fue Apollinaire. Y así sucesivamente. La revolución de las palabras es tan violenta como la revolución de los cañones. Dice Ortega, refiriéndose a la guerra y la literatura en general, que los poetas decidieron deshumanizar el arte y la palabra, y esto tiene fácil explicación. La palabra es el cofre de los valores y lo primero que hace una guerra es vaciar ese cofre. El cofre se vacía porque ya no hay valores. La palabra hace su revolución y es todo el poder de la escritura. La metáfora vale más, ahora, que la idea, el pensamiento, la deducción o la definición del hombre como esto o aquello. Nace una humanidad que ya no quiere servirse de palabras/idea sino de palabras/iluminación, transmutación, fognazo verbal. Treinta siglos de cultura, trece siglos de fe, se vienen abajo cuando las palabras empiezan a valer por sí mismas y a promover una sangre metafórica que casi siempre es la sangre de un poeta, como quizá tituló Jean Cocteau.

Así resulta que aquella guerra tuvo más trascendencia lírica que política. Se ha dicho con error que fue una guerra romántica, la última, pero no es cierto. Está llena de revoluciones interiores como esta que denunciamos de la poesía o la revolución de la diplomacia, que cae abrazada a su paraguas frente a la embestida de Alemania. No valía la pena haber montado una Sociedad de Naciones para hacerle la trepanación a Apollinaire. Pero el siglo xx se cobra en cada centuria su poeta o su icono. El icono de entonces fue Greta Garbo, que no había leído a los simbolistas, sino a Safo de Lesbos. Del otro lado, la feminidad inversa de Marlene Dietrich, aureolada en las trincheras por una Lili Marlene que no era ninguna de ellas, pero servía para morir. También las guerras matan a una mujer hermosa para inventarse un nuevo modelo de hermosura, que es la pugna entre la inglesa, esa rosa azul, y la germana, ese único pecho beligerante.

Mientras la conspiración militar de Canarias se convertía en levantamiento, los generales y otros militares acudían al Ministerio de Azaña, que era el de la Guerra, para pedirle cosas, hacerle advertencias, anunciarle acontecimientos y dejarle sobre la mesa todos los chismes casi infantiles de sus trapicheos de escalafón. Azaña lo recibía todo con calma, ironía, una sonrisa y alguna frase corta, pero cargada de intención, como una chispa de su genial oratoria política. Es patético pensar que faltaban sólo unos días para el Alzamiento militar y que la mayoría de los generales no se habían enterado, mientras que el propio Azaña acogía irónico unas cosas y otras, por ejemplo la significativa revolución de Málaga.

Azaña era un intelectual que veía a toda aquella tropa de generales casi como personajes de teatro. Así es como el Alzamiento quedó en libertad de nombrar a sus jefes, matar a sus primeras víctimas y repartir sus primeros cargos. Don Manuel Azaña iba de casa al Ministerio y del Ministerio a casa. A veces el chófer los llevaba, a Cipriano y a él, a dar un paseo por la carretera de Francia. Vueltos a casa, hablaban de teatro hasta muy tarde. Azaña era el típico trasnochador madrileño que luego se levantaba tarde pero salía sin prisa para el Ministerio. Hay que decir que aquella inconsciencia general que asordaba España era como un caso de psicología histórica. El Alzamiento militar era una cosa inverosímil incluso para Franco, que se quedó el último por si acaso y no pensaba prolongar aquella guerrilla más allá de tres días o tres meses. Si hubiera sabido que iban a ser tres años quizá se hubiera dado un plazo a sí mismo. Pero era de los pocos militares que no visitaban casi nunca a Azaña, lo que quiere decir que ponía al descubierto sus hostilidades, preparando así el terreno para lo que iba a venir.

Azaña tenía una idea negativa de Franco. Le veía enigmático, ambicioso, pretencioso y con un historial que hubiera envanecido a cualquier otro militar. Pero la vanidad Franco la llevaba por dentro. La gran preocupación de Franco en aquellos momentos era Sanjurjo, que se había convertido en héroe nacional, tapándole el puesto al ferrolano.

Había en España mucho ejército republicano, porque casi todos habían ido perdiendo la confianza en la monarquía, de modo que no era fácil imaginarse una revolución militar sin destino ni caudillo. Pero caudillo era precisamente el título que Franco se iba a reservar para sí mismo. Por otra parte, Madrid no parecía sino una ciudad rica, muy poblada, muy extensa y progresivamente de izquierdas. Por las mañanas se iba al despacho a no trabajar y por las tardes se bailaba en el Ritz, ay qué placer es bailar el fox-trot si hay un galán que nos habla de amor, aunque cien años llegase a vivir yo no olvidaría las tardes del Ritz.

Metido Madrid en juerga, se cenaba en la Corredera Baja, se acudía a la tertulia de Valle-Inclán, que era un espectáculo, o se alternaba con un señor del Bilbao, que eran los que venían a Madrid a gastarse los duros con las burras de la cocaína y los funcionarios madrileños que les sacaban unas copas. Quizá Madrid era la ciudad más alegre de Europa, porque los otros países, mejor informados, esperaban su guerra propia, una pesadilla de Imperio Austrohúngaro, que los ingleses se sentían en condiciones de resistir. Nadie pensaba que el enemigo real y duradero iba a ser Rusia. Por entonces, el encanto de Rusia no estaba en sus cañones, sino en su San Petersburgo, sus cabarés, su música y su nieve de estampa dickensiana.

Lo que más se leía en toda Europa era Tolstoi, Dostoiewski y por ahí todo seguido. Efectivamente, la gran novela europea fue la novela rusa que luego interpretaba en el cine Greta Garbo. Tuvieron que venir y pasar otras guerras para que la nueva gran literatura europea la hiciera otro ruso, Nabokov, americanizándose un poco y cazando alegres mariposas en la agraria Norteamérica, hasta que logró que pusieran su nombre a una mariposa de las colecciones más acreditadas y a las colecciones literarias más de vanguardia.

La guerra era una atmósfera. Los trepanados como Apollinaire ya se preparaban para

una nueva contienda. La guerra bullía en los cafés de París donde nunca había bullido otra cosa que la perplejidad de los forasteros. Le preguntaron al pintor Solana, de vuelta de París, su opinión sobre la capital:

—Se ve que es una ciudad que ha tenido muy buen comercio.

La visita a París era inevitable entre los ilustrados y los grandes bohemios, como luego lo fue Nueva York entre la gente del cine y las bellezas internacionales. Quizá los poetas españoles fueron los más intuitivos en eso de nuestra Guerra Civil, pues huyeron los primeros al exilio, aunque los primeros de verdad serían Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna. A Ramón quien le acució para huir fue su mujer, la judía argentina de gran belleza que detestaba España y a los españoles. Yo llegué a almorzar con ella. Me dijo que, muerto Ramón, al que había venido a enterrar, era llegada la hora de ella, lo que me pareció una estupidez y una crueldad. Esta mujer, Luisita Sofovich, en sus memorias, que nadie ha leído, confiesa secretamente que en Madrid sólo se enamoró de Juan Belmonte, pero no en los toros, sino en el hotel que compartían con el torero. Ella dice que no pasó nada y desde luego Ramón no se enteró de nada, como es costumbre en los maridos de las enamoradas.

14. LORCA, POETA MALDITO

Federico García Lorca es, en aquella generación predestinada, el verdadero predestinado. Ese hombre que en otras épocas alcanzaba la categoría de icono, de mito, de símbolo, de metáfora bajo la predestinación absoluta. Ocupó casi todo el siglo XX, pero no quisiéramos reseñar aquí victorias a plazo fijo, sino la condición predestinada y mágica de Lorca, que es el poeta del siglo XX no sólo para los españoles, sino para todos los pueblos que han experimentado alguna curiosidad por España y sus gentes.

García Lorca ha sido el tema de mis conferencias en diversas capitales europeas. Siempre me exigían Lorca y nunca se cansaban de escucharle, cuando a mí mismo me resultaba tan extemporáneo en Roma o en Berlín. Otros hombres del 27 (que es una generación sin mujeres, salvo María Zambrano) atesoran la gracia, el misterio, la maestría, algún don escondido y difícil, aunque el don suelen ser ellos mismos. Así, la solemnidad de Aleixandre, el grito andaluz y universal de Alberti, la incógnita de Juan Larrea, el ingenio de Gerardo, la pureza de Guillén, etc. Pero Federico es otra cosa, tiene otra cosa. En su poesía brota el agua salvaje de lo local y el secreto sombrío de lo universal, eso que también encontramos en Shakespeare, Quevedo y pocos más.

El Lorca adolescente no es que cante su Andalucía, sino que la inventa, la crea y la difunde como una Andalucía del cielo y no eso que tanto se ha dicho del cielo andaluz. Luis Cernuda nos anochece como anochece el mar y anochece todo, menos la noche. Pero Federico está también en la noche y a mí me es fácil recrearle en Madrid, Residencia de Estudiantes, escondido de todos, poetizando con su sensibilidad que se diría femenina, pero no, es otra cosa. El diabolismo de Salvador Dalí, la visión violenta y verdadera de Luis Buñuel, la paternidad aceptada de Juan Ramón Jiménez. Pero al margen de la noche y llorando sus versos quedaba Federico según nos lo ha descrito Pepín Bello.

Federico no quiere hacer cosas bonitas, y en realidad no sabe lo que quiere hacer. Sus cartas sobre esto a Jorge Guillén son angustiosas y conmovedoras. Lorca se siente separado del mundo. Él es exactamente esa separación.

Se siente atraído por la espectacularidad de Dalí, por el andalucismo de Alberti, por el surrealismo de Buñuel, pero está todavía descubriendo el lorquismo de Lorca. No sabe que está escribiendo para el mundo entero, que es el poeta del siglo XX porque es mucha España y mucha muerte. Efectivamente, en todas las lenguas y traducciones se comulga a Lorca con una devoción lírica que no tienen los grandes poetas del siglo XX, como Ezra Pound, Eliot, nuestro Juan Ramón. La Humanidad, pese a su brutalismo contemporáneo, todavía conserva un ápice de sensibilidad para elegir al poeta puro, al que tiene una religión y una mística personal. Los otros han sido mensajeros de su visión del mundo, su metafísica de la guerra o del Universo delirante según Saint John Perse. Lorca, en cambio, está en sus diferencias. Es diferente del mundo, diferente de la poesía, con una diferencia callada y profunda. En otros amamos las coherencias, las unanimidades. En Lorca buscamos las diferencias, los vacíos profundos que separan a un Lorca de otro, porque cuando él se pierde en uno de esos vacíos es cuando ya no se parece a nadie. Vive hasta el fondo sus separaciones y va dejando climas de silencio entre un Lorca y otro y otro.

Por el contrario, cuando se hace presente en una flor, en un lagarto, en un amigo muerto, en un amor herido y bello, nos atrae y dulcifica ese Lorca concreto que sabe explicar el mundo y su revés con la palabra acertada y viva. Gran poeta de la realidad otra e inmenso poeta de la realidad ausente, doliente, íntima y universal. Poeta que trae el siglo XX a su inmediatez más cierta y hace presente lo que nunca lo estuvo, mientras él se hace ausente, desaparecido en una de sus fascinantes separaciones. «Por las arboledas del Tamarit hay muchos niños de velado rostro a esperar que se caigan mis ramos, a esperar que se quiebren ellos solos.»

15. EL MUNDO DE GUERMANTES

Cuando empezó a mocear, cuando se enamoró de la señora de Guermantes, cuando estuvo por primera vez en la ópera, para ver y oír a la Berma, el joven Proust era uno de tantos jovencitos de la alta burguesía que entraba en el mundo social dispuesto a triunfar como artista, como galanteador y como lo que entonces se llamaba un «parisién». A la busca del Proust perdido tendríamos que leer o releer toda su correspondencia, que ocupa varios tomos desmedidos. Todo lo que escribe el gran prosista francés tiene el mismo valor que cualquiera de los tomos de su obra. MP es un monstruo por la calidad de su obra, pero también por la cantidad. Su tomo de crónicas parisinas tiene mucho que ver con el *Spleen de París* de Baudelaire. Ahora, al liberarse de derechos todos sus libros, es seguro que un océano Atlántico de proustianismo nos va a invadir por un lado y otro de obra inédita por el océano Pacífico. En cualquiera de ellas nos sumergiremos definitivamente porque cuando Proust le agarra a uno es tan difícil soltarse como lo era para sus amigos y amigas en las cenas del Ritz o en los salones sociales de París.

En el dandismo de Proust, comparado con el de Baudelaire, que es el modelo, lo que encontramos es demasiadas flores en flor, un exceso de adorno que sólo se completa con un gesto altivo, con una arrogancia blanda y con una frivolidad secreta que sólo adivinamos en su frivolidad pública. Porque es cierto que Proust hacía de la frivolidad una obra de arte, como su oponente Oscar Wilde. Baudelaire, ya digo, está más persuadido de la condición del verdadero dandi, que exige una cierta sobriedad para no desmayarse por las cataratas de encajes que prefieren las locas y locos de la época, que cada época tiene los suyos. Está por hacer un estudio, una trilogía de estos hombres que pulularon el fin de siglo con su personalidad, su talento y su ambigüedad. Oscar Wilde o la paradoja. Baudelaire o la mueca grave. Marcel Proust o la sonrisa cortesana.

Bien pudiéramos decir que esta corriente cultural del dandismo se inicia con los Luises. Como dijo Sartre, el artista ha vivido bajo la protección del príncipe, pero cuando esta protección se acaba, el dandi elige ser el príncipe de sí mismo y esta figura ya se llama dandismo.

El dandi de la escuela de Baudelaire suele ser arisco en sociedad. En cambio, el dandismo wildeano y proustiano se nutre de un mundanismo, de una especie de miserabilismo aristocrático. Todos estos tipos singulares y universales son asimismo consecuencia de la Revolución Francesa. La caída de los príncipes, a que se refiere Sartre, supone una revolución indecisa que sólo se resuelve por vía personal.

Marcel Proust sabe todo esto cuando decide entrar en la gran sociedad de París. Eligió ese mundo no para salvarle, sino para desdecirle, halagarle y dominarle, pero Proust llevó siempre sobre sí el niño enfermo y burguesito, y en él no lucen o deslucen como en otros sus desgarros interiores, sus tragedias reducidas a minutísimo análisis, sus amores que se integran en la moral católica como se integra siempre el pecado.

Marcel Proust no salió nunca de la órbita de mamá o de la abuelita, aunque luego su vida íntima sea atroz. ¿Cuál es la verdad de Proust? El niño bueno se ha decidido a pecar. El niño solo se ha decidido a deslumbrar. Fue un burguesito pecador y su poder literario para el análisis le lleva a crear un nuevo modo de novela que sería la antinovela de la Modernidad. La prosa de Proust, tan admirable, es casi siempre analítica o lírica. En el análisis reaparece su padre médico y en el lirismo sus maestros del género. La escritura del genio suele valorarse como una sola, pero son en realidad varias escrituras como varias orquestas que reúnen su grandeza múltiple para hacernos escuchar la música de la Modernidad, cierto Debussy nace y renace al fondo, y no sabemos si Proust llegó a tener conciencia absoluta de toda la verdad y toda la originalidad que cabe en un hombre juvenilmente descaecido, herido por su amor y

enmudecido por su asma. De ese mutismo nacen millones de palabras encendidas.

16. EL ÚLTIMO REPUBLICANO

A veces, entre la molienda de los días, entre la monotonía del calendario, sale un día de otro día, de otro mes, puede que incluso de otro sistema solar. Hoy ha salido ese día con catedrales rojas, mujeres desconocidas habitando en exceso la casa, hablando dialectos que ignoro, palabreando. Efectivamente, yo, al levantarme, había percibido algo distinto y peligroso en el aire con demasiado sol que entraba por la ventana.

Me movía yo en este clima de extrañeza y distancia, mirando el sol en habitaciones donde nunca hubo sol, cuando el día rompió aguas y supe al fin lo que pasaba. Me ha llamado Concha para decirme que Eduardo Haro Tecglen ha muerto. Cuando muere un amigo de toda la vida o de media vida tardamos en percibir ese cadáver horizontal que flota en las aguas lejanas de mi cercanía. Eduardo, con sus muchos años, con su mucha y personal prosa, no tenía por qué morir ahora, quiero decir que no le va, que no le sienta, que no encaja en este día de octubre mojado de luz y asombroso de silencio.

Amigos y enemigos a temporadas, ahora comprendo que se me ha muerto cuando más le quería. Eduardo no conocía la muerte porque jamás estuvo enfermo y la enfermedad no es sino una correcta tarjeta de visita que nos pasa la muerte de vez en cuando. Por eso, por lo inadecuado de la fecha, aunque este día no tiene fecha, es por lo que no acabo de ver a Eduardo en el aire transparente que todo lo muestra con relieve de sol optimista. Tendría que ir a una clínica o al periódico o a su casa para verle muerto, porque no hay cosa más dudosa que la muerte y yo me cruzo muchas veces por la calle con señores de aquí de Madrid que llevan bastantes años muertos, me consta.

Eduardo, aunque era muy grande, parecía no tener peso. Como tampoco tenía corazón, eso le aliviaba mucho y le aligeraba cuando paseábamos por la noche. Era un amigo consecuente, inspirado, correcto y sabio.

—¿A que no sabes quién fue la primera madrileña que salió a un escenario con esmoquin de hombre?

—Teresita Saavedra.

—Exacto.

Así pasábamos las noches haciendo madrileñismo tonto, mientras los bomberos de Tierno Galván apagaban el gran incendio de la luna, que sufría eclipse de fuego algunas veces CEI día, ya digo, había entrado con exceso de peso, y ahora lo que le pesaba era el muerto privilegiado, el gran muerto con su edad de pelo gris, su voz sosegada, sus manos grandes, monstruosamente grandes, pero nada agresivas, y sus zapatos largos, demasiado largos, con los cordones flotando en el aire. Busco ahora esos cordones y no los encuentro. La ciudad está llena de muerto, la voz de Concha asoma por todos los teléfonos. Eduardo no se ha muerto de nada, sino de que se le paró el corazón como se le paraba el reloj cuando olvidaba darle cuerda. Ha sido la suya una muerte saludable.

Escritor absoluto y paradójico, aunque él se creía moralista, tengo que ver pasar su cuerpo por el cielo antes de que anochezca, pero los días todavía son muy largos y esta tarde le encontraré flotando entre crepúsculos o perdido entre los personajes acerados y habladores de Shakespeare, que son los que le gustan o gustaban. Cualquier obra de Shakespeare que pongan hoy en Madrid será un funeral medieval al crítico ilustre. Eduardo no morirá mientras haya un Hamlet que se erige a las ocho de la tarde o una Ofelia que se entrega por unas monedas en la calle de la Montera. Pero tengo que dejar de escribir y buscar a esa Ofelia, que es el único ser que me pude llevar de la mano, desnudándose de sus flores por el camino, hasta el subterráneo clínico donde momifican a Eduardo. Ella, Ofelia, sabe que en el cine Doré, el más viejo de Madrid, calle de Santa Isabel, está de cuerpo presente Eduardo Haro Tecglen, mientras los Bardem le cantan la *Internacional* y el rojerío besa cristianamente los pies, los zapatos sin cordones del muerto que desde ahora será más amigo mío porque

lo leeré sin resentimiento.

17. EL DANDISMO DE MARICHALAR

Jaime de Marichalar, Duque de Lugo, es ese personaje alto y proustiano con el que almuerzo o ceno algunos días. Le recuerdo soltero, jubiloso, con sus pantalones de paramécios, viajando por las playas del verano, popular y elegante, nunca lejos de su hermano Álvaro, que tiene una moto acuática para cruzar los mares pedaleando. Cuando aparecieron personajes así en la vida española, comprendí que España había cambiado para siempre a fuerza de ser la misma. Eran una generación alfonsina que quería vivir su aristocracia como una boda a bordo del dinero. El país se desideologizaba alegremente. A partir de un artículo que escribí sobre sus pantalones de paramécios, quiso ser amigo mío y quizá ganarme para la causa otoño/invierno, que era como ganar un amigo y callar a un enemigo. En estos casos, uno se deja llevar y sólo nos damos la media vuelta cuando la amistad está consumada y la crónica está escrita.

Cuando su boda con la Infanta Elena descubrí la magnitud del personaje en su manera lánguida y poderosa de ocupar la calesa sevillana, en su estilo de soportar los guantes blancos en una mano como dos magnolios amarillos de sol, de un blanco color herencia. Saludaba a la gente olvidado de ella, como si llevase muchos años reinando, y había vestido a la Infanta con una distinción más francesa que borbónica. Se ha dicho que hay más erotismo en vestir a una mujer que en desnudarla. Marichalar, sin duda, conocía ese erotismo y había amueblado a su Infanta como el adorno máspreciado de sí mismo. Ella le adornaba a él, realzaba su elegancia antigua acumulando a sus pies o botines todo el barroquismo sobresaltado y español de los Borbones.

Efectivamente, aquel dandi joven sólo podía ser el anuncio o la invasión pacífica de una nueva generación que juraba por todo lo anterior y para la que sólo existía una dimensión del tiempo: lo anterior. Aquel paseo de la pareja por las calles abiertas de Sevilla fue la verdadera instauración de una monarquía que, a pesar de ellos, no iba a resultar tan pasatista como la querían. La Infanta rezó una salve con el pueblo en alguna iglesia escondida, y esta unanimidad de Infanta y población sevillana nos persuadió, a los hiperestésicos de la Historia pasada que no mueve molino, de que la monarquía española había vuelto a dejar de ser tal para volverse francesa, lo que no estaba mal pero tampoco se convenía en absoluto con las previsiones de los socialistas, los falangistas y los atlantistas que llevaban todo el lío.

Marichalar no era sólo un traje, sino una nueva sensibilidad vieja que pronto iba a hacer amistad con los tranviarios, sólo que ya no había tranviarios. Concluida la paseata de los novios, España siguió su proceso renovador, pero metida paralelamente en otro proceso: el dinástico. El duque y yo quedábamos en plazoletas populares y todo tenía un color Alfonso XII que no lograban actualizar ni los actualísimos vestidos de Elena, es decir, la pamea volatriz de este verano, los zapatos altos y claros de la niña, la falda corta y ceñida, la sonrisa graciosa, infantil, de una chica fea que se ha puesto guapa para casarse. Estuvimos algunas noches cenando en su casa con los Ussía, los Oriol y creo que los Campmany. Aquella monarquía de bachilleres iba a hacer posible la imposible monarquía de los juanistas, tan glosada por Anson y tan ignorada por el pueblo.

Elena no entendía mis bromas, yo recordaba a la Infanta mandilona de unos años atrás. Vivían en Alberto Lista, hoy Ortega y Gasset. Cuando a Franco le dio por borrar el nombre de Ortega, conmemorativo de su vuelta a España, alguien le dijo:

—Excelencia, Ortega es republicano, como usted bien dice, pero don Alberto era masón.

—Que siga Ortega, de momento.

Luego vino el golpe, la caída, la paralización de medio cuerpo, esa sombra abrupta y altísima que enlutecería la figura del duque para mucho tiempo, relegándole a una segunda fila, detrás de la otra Infanta y su deportista. De Marichalar lo que más

quedaba era Don Froilán, el niño goyesco con cierta predisposición al trono y el capricho.

La rebelión alegre y elegante de los jóvenes nealfonsinos había terminado.

Teníamos unas reuniones con cena, los viernes por la noche, en un restaurante del pueblo, este pueblo donde yo me retiré a vivir hace ya más de veinte años. El alma viva de estas cenas era Carmen Rigalt, la organizadora, lo cual quiere decir, dada la inestabilidad de nuestra amiga, que 110 éramos del todo puntuales ni semanales. La cena la constituíamos un grupo de periodistas en matrimonio. No recuerdo si a través de mí o de algún otro del grupo, el Duque de Lugo se filtró últimamente en nuestra intimidad, donde fue bien acogido y no precisamente por duque, sino por hombre abierto, joven, sencillo y amistoso.

Yo le veía en aquella cena de los viernes, teóricamente aportado por mí o por quien fuere, cumpliendo las rutas que le marcaba su soledad, pues el Duque de Lugo, parte integrante de la familia real, promotor de buenos y limpios negocios, padre de inéditos Borbones, era un hombre que empezaba a estar solo.

—Cuéntame algo, duque.

—Si supieras qué poco duque soy yo...

En frases así de breves y expresivas iba captando yo la vida interior e incluso exterior de este nuevo aristócrata español, con una familia que, según decían, era la familia que había educado a la familia real. A lo mejor éste era el delito de mi amigo. Caballero demasiado alto, envuelta su sombra en una gran capa española, con medio cuerpo indeciso, no había que preguntarle por la Infanta ni por nadie. Quise saber una vez cómo había llegado, desde sus mundos heráldicos, a nuestra tertulia de clase media. «En un taxi», me dijo. Era evidente que no quería contestar. Junto a él aprendí el hermetismo de los nobles, la infinita capacidad de callar, de quedarse siempre en su silencio histórico, desenvolviéndose exclusivamente con las palabras y frases del protocolo. Al fin y al cabo, una familia real no es sino un sistema mitológico en más modesto, una mitología que no aparece en demasiados murales. Esto no es sólo buen gusto. Los nobles lo utilizan como buen gusto, sí, pero en realidad es un sistema agresivo/defensivo que como estética les hace intocables y como táctica les hace duraderos.

Por debajo de todo esto estaban los problemas personales de su matrimonio y de aquella Infanta que él había hecho mujer. Pero todo ello deja de importar cuando uno medita sobre esa condición de semidioses que parecen tener los nobles y aristócratas, y que les viene, sencillamente, de haberlo cultivado, de haberlo querido así. En las clases medias sabemos que se dan muchos ejemplos de familia hermética y autoglorificada. Cuando una de estas familias mantiene hasta el paroxismo su condición superior, que nunca sabremos si es cierta o literaria, lo verdadero es que estamos ya en un núcleo de semidioses o de locos en el que sólo podríamos entrar mediante matrimonio indecible con una de aquellas mujeres, y digo indecible porque uno de los mitos y motivos de lo nobiliario es la honra de la mujer intangible, aunque el modelo quede tan desmentido por la Historia o simplemente la fábula.

Yo no sé si mi amigo se planteaba estas cosas y la condición de semidiós social que había adquirido, a cuyo protocolo se añadía la personalidad elegante, original, sombría, de un hombre sin suerte que había llevado muy bien la historia repetida de la ascensión social en España, pero había fracasado muy joven por su difundido accidente y por la contabilidad genealógica que le eliminaba como posible padre futuro de un rey o una reina de España.

En realidad, este furor de la honra española concebida familiarmente como una fortaleza, no es exclusivo de las aristocracias, sino que puede tener la misma fuerza o más en la clase media alta o baja, con su sistema biográfico de alternar generales, catedráticos y apellidos sabiamente engarzados, hasta tener una constelación de

dones en que creer y por la que luchar. Por mi parte, conozco familias que viven de un apellido afortunado al que miran todas las noches en el cielo como si fuera su estrella. Este tipo de agrupación familiar hermética y un poco histérica es el germen de nuevas mitologías de segunda o tercera clase. Ahí está la familia que ha destacado en la literatura y margina a uno de los hijos porque se ha hecho médico, pues debo decir que la útil y provechosa gente de ciencia resulta maniáticamente inferior a partir de un fantado. Marcel Proust, que sabía mucho de esto, ridiculiza a dos señoras que menosprecian a una tercera porque en su reunión semanal recibe a médicos.

La ciencia, hasta Marcel Proust, todavía era una magia o una fontanería a la que le faltaba nobleza, según las clases altas, y no sabemos por qué. Creo que me he alejado un poco de mi amigo Jaime de Marichalar, Duque de Lugo, pero en verdad estamos en lo mismo. En mayor o menor medida, Marichalar vive el vaivén genealógico como un personaje de Stendhal o del citado Proust. La otra noche salimos de la cena juntos y conservadores, pero se me desvaneció en la sombra de su capa española porque yo ignoro las muchas maneras que tiene un duque de desaparecer sin despedirse, y quedando mejor que quienes se despiden mucho y reiteran sus besos de polvos de arroz una y otra vez. Son familias y apellidos conservados en polvos de arroz.

18. ORTEGA Y LA GENTE

Se reedita en estos días la obra completa de Ortega, en Ediciones Taurus y por iniciativa, quizá, del señor Polanco. Se trata de una buena idea comercial y cultural, ya que Ortega corre peligro de disiparse con sus libros en el siglo XXI, que parece poco inclinado a la nostalgia literaria o filosófica. Ortega inaugura en España un estilo de intelectual francés de después de la Revolución. Dicho estilo consiste en una toma de distancia un poco irónica respecto de los temas que trata, distancia impuesta por la idea casi pictórica de que siempre hay que echar unos pasos atrás, frente al retrato de un rey o un hombre ilustre, para mejor cogerle la perspectiva intelectual, humana, vital, creadora. Estos pasos, este pequeño retroceso lo efectúa siempre el creador con una sonrisa para sí mismo que no podía ser sino ironía y satisfacción por haber resuelto el tema propuesto, obra de arte, ensayo, proyecto político, etc.

Por lo que a Ortega se refiere, el momentáneo distanciamiento de la obra lo impone, sin demasiada sutileza, la esposa del escritor. Ortega escribía en la mesa del comedor empujando papeles y objetos hacia atrás. «Pepe, vete quitando cosas y papelamen de la mesa, que vamos a comer.» Uno cree que esta interrupción, en lugar de molestar al filósofo, le resultaba agradable y comportativa. Él tenía humor suficiente como para asimilar la situación en su doble cara doméstico/intelectual. Esta anécdota nimia sólo parece posible en un escritor muy de derechas o muy de izquierdas. Así, sobre la mesa de comer se han escrito los tratados revolucionarios y las comedias caseras de los Quintero.

Ortega, después de haberse paseado por Europa y haber bautizado a Nuremberg como Nuremberga, se instala intelectualmente en España para perder unos años educando un poco a los españoles. Ya conocemos sus temas: las masas, el hombre, la gente, el golf, el arte de vanguardia, la novelística de Baroja, la promoción de una República, que fue la II. En ningún momento de sus ensayos Ortega pierde el humor, la distancia, el aire de ociosidad que conviene a su prosa. Esta manera de trabajar parece prometernos un pensamiento de derechas que ha influido en toda la intelectualidad española. Eso de tomarse las cosas a broma, evitando siempre los planteamientos radicales, parece que debe llevar a un derechismo paseante, diletantista y perezoso. Así, de la manera de escribir saldría una manera de ser o a la inversa.

De hecho, la izquierda le reprochó siempre al pensador madrileño un cierto señoritismo dado a marquesas. Este juicio proviene de la radicalidad adusta del intelectual español, pero no es sino una resultante del humor personalísimo de Ortega y de la influencia, como hemos dicho, de otros pensamientos europeos. Piense lo que piense, Ortega será siempre más volteriano que kantiano.

Hoy, cuando la filosofía como sistema ha sido sustituida por los libros de autoayuda y por el ensayismo sobre la marcha, comprendemos mejor la modernidad de don José, que no presupone a la fuerza una frivolidad de pensamiento. Lo más difícil de enseñar a los españoles no es que Nuremberg se puede decir Nuremberga. Lo más difícil es persuadirles de que en *Las meninas* hay una sonrisa de fondo. De que en el *Quijote* hay una sonrisa aleteante, que es la sonrisa de Cervantes observando a sus personajes. Lo más difícil es hacer comprender a la gente que en santa Teresa, además de los trances místicos, hay una sonrisa o una frase de burla para la ignorancia de sus monjas.

Se trata, en fin, de que aquí no confundamos el *spleen* con el señoritismo, ni el pensar gozoso y demorado con el amateurismo. Hay puntas de humor en todo el Barroco español, en Góngora, en Quevedo, en Torres Villarroel, en Larra, en Goya, en lo mejor del 98. ¿Es el español un señor de derechas, inmortalizado por algo así como el caballero de la mano al pecho?

Este tópico del señoritismo de Ortega ha servido a la izquierda para ignorar las grandes verdades del filósofo y ha servido a la derecha para establecer un pensamiento

cansino, elegante, mundano y perdonador. A pesar de haber tenido un gran pensador y filósofo que cubrió casi todo el siglo XX, hoy nos encontramos con que nadie sabe aportar una idea de España que sea válida para todos y que tenga eficacia a la hora de hacer Historia.

Esto se debe a que, efectivamente, Ortega practicó el dandismo de esconder su trabajo, como lo escondía Baudelaire, porque le parecía más señorial presentarse siempre con las manos en los bolsillos como un peatón de las Españas, como un viejo rentista que vivía del «papel de viudas», y no tenía sino que esperar la hora de comer para dar el espectáculo doméstico de sus folios apresurados en la mesa repentinamente invadida por la vajilla familiar. Esto tenía mucho aspecto de corresponder a un hombre abrumado.

Con el tiempo, como ya hemos apuntado, el pensamiento europeo se hace también así, no por señoritismo y ociosidad, sino porque el filósofo ha caído en la cuenta de que no vale la pena filosofar. Cuando Ortega, ante el espectáculo de la II República con los muebles en la calle, exclama: «No es esto, no es esto», se está refiriendo a algo más que la lámina violenta de las primeras armas en la calle. Está aludiendo Ortega a la realidad de España, a una totalidad caótica, a un nuevo magnicidio que en este caso no se manifiesta, de momento, contra ninguna persona o personaje, pero sí contra el desorden histórico de la vida nacional.

En cualquier caso, y frente a la laboriosidad de Azaña como Reina Madre de la República, el distanciamiento de Ortega queda vagamente culpable. Así, el político pudo contar que Ortega no había aparecido nunca en la sanjurjada y que sólo al día siguiente le había hecho llegar por alguien una tarjeta de congratulación. No es que Azaña fuese tampoco una abeja laboriosa. Todos aquellos hombres vivían plácidamente el ocio de la época y Azaña, después de la tarea ministerial, siempre encontraba tiempo para dar un paseo en coche con su esposa o con algún amigo y correligionario. España todavía era perezosa porque lo que imprime nuevo ritmo a una sociedad es la laboriosidad industrial y productiva. Así, colocados frente a frente el republicano alcalaíno y el liberal madrileño, vemos más claro que Ortega dejaba todavía coexistir en él diversos estímulos o falta de estímulos que iban conformando su personalidad, desde los viajes europeos y americanos hasta el menudeo y protocolo aristocrático en el campo de golf, pues entonces aún no se había democratizado el golf y quienes se perdían eso a mediodía eran unos privilegiados.

Hemos elegido la imagen de Ortega como ápice de una clase española y aristocrática, aunque sea la aristocracia de las letras, para ilustrar este breve apunte sobre las clases sociales en España. Lo que más se ha envidiado de esas clases es el ocio, pues la inercia del español le lleva a no trabajar o a considerar al llamado «paseante en Cortes» como el éxtasis humano y divino en la tierra. Es curioso que nuestras revoluciones tiendan más a acortar el horario laboral que a exigir el pan, ese famoso pan de los hijos que llevó al profundo humorismo agresivo de esta otra frase: «Más champán para nuestros hijos.» Y la consecuente imagen de los señores de esmoquin y chistera manifestándose mediante un divertido mimetismo de los pobres.

Ya Larra cuidaba mucho de ocultar sus horas de trabajo en casa y después del almuerzo se iba al Café del Príncipe a maldecir del Gobierno, juntamente con Espronceda y todo el florilegio romántico. Ortega, tan estimulante de tareas nacionales, resulta también un promotor de grandes y distinguidos ocios y vacaciones, de acuerdo con la tradición de nuestro pueblo. Hasta en eso fue un maestro.

^Don José Ortega y Gasset es el primer hombre que empieza a pensar en España a la manera europea. Unamuno es todavía un pensador atrabiliario, con fuertes tirones de personalismo y fuertes compromisos, casi siempre suscritos sólo por él, con la Iglesia y otras instituciones de fuerte raigambre nacional y antidemocrática. Ortega se educa en Europa y aquí en España, en una familia de liberales, intelectuales y periodistas que le

llevan a entender la literatura como oficio desde sus primeros tiempos.

Una de las cosas que tiene más clara Ortega es la división de nuestro pueblo en clases cultas y clases incultas. Esto lo plantea repetidamente a propósito de cualquier cosa, como, por ejemplo, el entendimiento o no entendimiento del arte y la cultura, fenómenos que él adjudica a unas clases y otras de manera sistemática y no siempre justa. De ahí le viene a Ortega, precisamente, el tratamiento de elitista que recibió toda la vida desde la izquierda y la derecha.

Pero Ortega no hacía más que llevar a su extremo esta idea: las clases altas y la aristocracia eran los consumidores naturales del arte y la belleza, dotados de una sensibilidad estética que no encontramos en el pueblo. Y no es verdad que sea así.

Las familias reales, con frecuencia objeto de interpretación estética, sólo tienen el «mérito» de haber sido fieles a la verdad del pintor, de manera que no se comprometen nunca con el artista. Ni el modelo ni el soberano ni el lacayo.

El arte está ahí, en los palacios, acumulado o bien distribuido, sólo como testimonio de la Historia y nota de pie de página para que sepamos algo más del personaje. Por su parte, el pueblo va a los museos y los palacios a ver a un rey, pero nunca a estudiar esa maestría sutilísima que hace de unas manchas y colores a un soberano más perdurable que al auténtico.

Esta cuestión secundaria sitúa a Ortega en un intimismo liberal que sigue dividiendo España en dos, a la manera del medievalismo, y nunca se enfrenta a la resolución de tales diferencias sociales, que no son sino el reflejo de diferencias más profundas. Ortega a veces es banal en problemas banales, y esto es lo que le distancia definitivamente de diseñar una España más racionalizada y pensada con mayor actualidad. Nuestro filósofo tiene el don de pensar con gran cercanía sobre los problemas cercanos, de manera un poco costumbrista, pero se aleja de estos problemas con facilidad para volver a sus asuntos de altura, donde sabe que tiene un público mejor educado y por tanto más afín. Por ejemplo, la República. Ortega ensaya varios modelos republicanos, pero ninguno acaba de satisfacerle, y siempre resuelve y distancia la cuestión con un rechazo consabido en él como acuñación que es de un verdadero filósofo: «No es esto, no es esto.»

Pero no se refiere sólo, con esta frase tan popular, al problema de la cultura o de la estética que hemos planteado. Se refiere a todas las repúblicas conseguidas o por conseguir, habidas y por haber. Enfrentémosle a otro tema suyo favorito, como es la rebelión de las masas. Ortega no cree en esa rebelión por lo mismo que no cree en la pintura abstracta, digamos. A fuerza de diferencias estéticas, el pensador acaba quedándose solo. Así como Unamuno fue el modelo involuntario y estentóreo de español, Ortega es el modelo liberal y conseguido de los otros españoles: los que lo curiosean todo y están descontentos con todo. Sanjurjo era demasiado militar para Ortega y demasiado revolucionario para su revolución ateneísta, literaria y pacífica.

Ante el caso del fascismo, Ortega ve claro que ese gran movimiento revolucionario de las masas sólo las conduce a ver un rey a ciegas, según el ejemplo que hemos puesto. Ortega quiere una revolución violenta desde el primer día, pero no quiere ver a los reyes destapados por las masas en el Museo del Piado.

Estas dubitaciones de nuestros intelectuales son las que traen una República a su vez dubitativa. Pero no hay peligro de fascismo en la derecha porque la derecha es elementalmente patriótica y le basta con fusilar a Calvo Sotelo en la calle, como modelo de burgués. Luego, el modelo revolucionario de las masas en evolución lo traen el teniente Castillo asimismo fusilado, los esqueletos en Alcalá y la voz ronca del pueblo, como una marea nocturna, como un mar de acento humano, pidiendo armas para que todo siga indefinidamente.

Lo que sueña el fascismo europeo es redimir a las masas a costa de sí mismas. Lo que sueña el fascismo español es acabar con las masas porque no ha estudiado economía

y no sabe el porcentaje de beneficio y horror que representan en España. «No es esto, no es esto.» Ortega se lo está diciendo a la plebe o a los sindicalistas del 36. Aquel pueblo sin estética era en realidad un pueblo sin ética en el que sólo podía pensar Ortega. Los demás pensaban atravesado.

El fascismo, en su versión moderna, consiste en dotar a un mediocre con un uniforme, una pistola, cuatro ideas tópicas, un puñado de dinero y una cierta libertad civil frente a los no fascistas. Así es como se logran grandes masas de mediocres a los que el fascismo les da sentido, argumento y dinero. Esto es lo que se extendía por Europa en los años 30 y lo que ajardinó España en cierta medida. Pero esto no podía ser lo que pensaba Ortega cuando diseñó la rebelión de las masas.

Ortega se refiere más bien a las masas transformadas por el consumo y el confort. A las masas que se revuelven contra otras clases y hacen de la carestía accesible de la vida su triunfo por sobre la economía capitalista. Son los que han conseguido al fin «vivir bien» y que haya otros que viven peor. Ortega, aunque quizá él no lo sabe, está diagnosticando un fenómeno económico más que político. Naturalmente, la indignación de Ortega viene justificada por un caso que todavía hoy nos avergüenza: el triunfo de los mitos comerciales por sobre los récords intelectuales. Podemos inculpar a Ortega de liberal, de conservador, de aristocratizante, pero nunca podremos definirle como fascista, cosa que tantos han hecho a la ligera jugando con un pensamiento lúcido y equivocado, pero siempre noble y capaz de tomar finalmente el punto de vista del hombre honrado.

Otros no supieron ver claro en la confusión del momento, del siglo, pero Ortega no sintió nunca bajo su elegante chaleco el latido turbio y numeroso del fascismo. Por eso a Ortega no se le podía perdonar y, en último caso, habría que fusilarle.

Ortega sigue siendo nuestro contemporáneo sólo por eso, porque jamás pensó en fascista y sólo fue, como muchos, un curioso avizor de la derecha española que le halagaba. Insistimos en esto porque la inculpación fascista a Ortega ha sido numerosa y reincidente durante muchos años. Hay en esta tendencia de las masas intelectuales mucha envidia de Ortega y mucho orteguismo utilizado a la contra. Yo todavía he tenido ocasión de dialogar mucho con Pepe Ortega Spottorno recordando a su padre, despojando con nocturnidad y a pleno día al gran filósofo español mediante el calificativo, entre otros, de fascista.

Naturalmente, se entiende que los más vengativos contra Ortega fueron los propios fascistas, de quienes nos ocuparemos aquí, «prosistas de Franco» y otros apelativos. Ortega era un liberal, un conservador inglés, un pensador español que no se disfrazaba de nada, como Unamuno. Ortega es el hombre de la multitud, como habrían dicho Allan Poe y Baudelaire. El hombre que se ocupa del hombre y desprecia la naturaleza como «verduras consagradas».

Nuestro filósofo casi nunca llega a los espacios abiertos y totales del pensamiento moderno, pero en cambio evita los espacios revolucionados de las masas.

A su vuelta del exilio, se dedica, con Julián Marías, a buscar un lugar céntrico donde dar su primer ciclo de conferencias. Al fin encuentran uno en la Gran Vía que parece del gusto de Ortega. Se trata de lo que fuera en tiempos un viejo casino agrario:

—Un poco cursi —objeta Marías.

—No importa. Lo cursi abriga.

Marías comenta esta frase como hallazgo del ingenio literario de Ortega. Pero la greguería, pues de una greguería se trata, la encontramos en la revista *Cruz y Raya*, de Bergamín, en un ensayo de Ramón sobre lo cursi. Quiere decirse que Ortega, en justicia, había elogiado mucho a Ramón y llega incluso al plagio más o menos casual, como en esta ocasión. Ortega, pues, fue fiel a la deshumanización del arte, que tan oportunamente glosara, y a todas las deshumanizaciones y humanizaciones del siglo. La máxima deshumanización literaria se da en Gómez de la Serna, que escribe mucho

más y mucho mejor sobre las cosas que sobre las personas. Y he aquí el caso de lo cursi. Ortega, pues, estaba mucho más cerca de la sensibilidad contemporánea que cualquier otro pensador.

Ni Dionisio Ridruejo, ese «hermoso segundón», ni los prosistas del franquismo supieron diagnosticar el callado horror del fascismo como Ortega, que aún se deleita con esa otra rebelión que es la vanguardia. La vanguardia estética y a veces política es nada menos que la más fructuosa y alegre respuesta de aquellas generaciones a la generación fascista. No pretendemos ahorrarle a Ortega ningún dicitario cuando se los merece. Sólo pretendemos salvar su alma en mangas de camisa cuando acierta, más que a aportar novedades, a evitar las falsas novedades de la derecha carbonizada y del fascismo.

Podía Ortega entender los valores íntimos y menores de la burguesía y las clases medias, pero no estaba dispuesto a entender esa galvanización de la violencia que era el fascismo uniformado o de paisano. Había comprendido el juego teatral del uniforme y los desfiles, producidos en una temperatura ni siquiera oficial y por eso mismo más fascinante. La violencia sin destino era mucho más fascinante que la violencia del capitalismo o el feudalismo. Podríamos hablar de algo absolutamente nuevo cuando nos referimos al fascismo, pero resulta que ya hay fascismo en las legiones romanas, que son las que le llevan a André Bretón a proclamar:

—Persia, siempre Persia. Grecia es el gran error.

Efectivamente, el clasicismo geométrico de Grecia tiene ya para el mundo viejo menos fascinación que un mundo nuevo y transitado por las violentas legiones de Persia. Ortega conocía muy bien todo esto, sabía de dónde viene el uniforme fascista e incluso el desnudo fascista, que también existe.

Hubo otros intelectuales más o menos orteguianos que creyeron de buena fe y con excesiva ingenuidad en que el siglo XX traía algo nuevo, y lo traía en sus manos violentas y dadivosas de sangre. La cuestión está en preguntarse por qué los demás se dejaron engañar, incluido D'Ors, mientras Ortega, que no era sino un filósofo burgués, veía claro el futuro en las mañanas del club de golf y no se dejaba engañar por el parloteo señorito de aquellos tiradores de pichón que habían hecho o iban a hacer una jornada gloriosa de buenos pájaros, como decían ellos.

Sólo Azaña y Ortega, desde dentro y fuera de la República, intuyen que la revolución burguesa puede fracasar en la calle por ese exceso de fascismo que las familias han puesto a la puerta de cada casa.

19. MI LARGO VIAJE A LA DERECHA

Cuando vine a Madrid para quedarme a vivir o malvivir, el paisaje político de la derecha (no había otra cosa) estaba compuesto por falangistas, opusdeístas y franquistas puros y duros. La Falange, que había desaparecido de la vida nacional, estaba presente en la calle de Alcalá con su edificio viejo y su monumental alarde: un yugo y unas flechas de tamaño innecesario. En la puerta, dos falangistas uniformados hacían el ridículo, como escribió otro falangista joven y decepcionado, fingiendo una vigilancia militar del castillo kafkiano, fascista y burocrático.

Creo que entré una sola vez en aquellas oficinas, porque yo sólo iba a las oficinas donde podía presentar un recibo al cobro, y eso era cosa que no se daba en la desubvencionada Falange. El Jefe Nacional de aquel sainete nazi me parece que debía de ser don Ramón Serrano Súñer, canoso e inteligente que casi nunca iba por allí, salvo para asomarse al balcón principal y echar un discurso a los estudiantes y obreros que él mismo había congregado allí. Sólo Adolfo Suárez, metido en la Santa Transición, se atrevería más tarde a quitar aquellas flechas incluso dando a la Prensa fotos de la desfascistización de España. Los monumentos y las grandes siglas del siglo, como hubiera dicho Dámaso Alonso, conviene no precipitarse a arrancarlos de su sitio, pues siempre ha de venir una ocasión mejor y de más lucimiento para distraer al pueblo. Por ejemplo ahora, mientras escribo en este libro, están quitando una estatua ecuestre de Franco, cuya caída ha motivado grandes disturbios en la calle y en la Prensa, mayormente por el caballo, que el gentío lo encuentra muy propio. Claro que en seguida ha sido sustituido por un caballo de plástico envuelto en papel de El Corte Inglés, un caballo mucho más sígnico que el anterior.

Si digo que todavía quedaban, por aquellos tiempos, falangistas vestidos de lo mismo en Madrid, es como si dijera que todavía quedaban marcianos, pero efectivamente era así y hasta hacía bonito. Luego estaban los falangistas interiores, de camisa azul en el alma, como Martín Villa, Cisneros y otros. El propio Suárez tampoco supo bien cuándo tenía que quitarse la camisa azul, pero, por si acaso, en casa le lavaban y planchaban una todos los días con la insignia roja que tú bordaste en rojo ayer.

También se veían camisas rojas por el Valle de los Caídos, cuando los falangistas periféricos venían a depositar unas flores o recitar aquello de «No queremos un Borbón ni coronas de cartón». Creo que no escribí nunca en el diario *Arriba*, que se repartía a media tarde por los bares, completamente gratis, pues ya no lo compraban ni los Gobernadores Civiles, que lo recibían oficialmente en casa. Me hubiera gustado escribir en el *Arriba* porque es donde escribían los prosistas de la Falange, desde D'Ors hasta Eugenio Montes.

Eugenio Montes, cuando el final de la guerra, había sido botarate de Serrano Súñer para reinventar un fascismo latino que le diese venganza a Mussolini. Pero cómo escribes de Eugenio Montes, quién conos es Eugenio Montes, me regañaba Fernando Lázaro Carreter, a quien algunos le llamaban turbio y relamido, pero a mí me gustaba Lázaro, me gustaba Montes y todos aquellos señores, pues yo creía con algunos que la juventud es un trámite y hay que pasarlo en seguida. Me gustaba más leer a los clásicos que a los jóvenes. Los clásicos tenían el privilegio de ser jóvenes y los jóvenes tenían el pecado de la pedantería, que en realidad no es pecado, pero es insoportable. Para remediarnos de la extinta Falange teníamos la revista *Punta Europa*, de los Oriol, con portada de Ángel Ferrant, muy al estilo moderno y aséptico del Opus Dei, aunque no sé si había relación entre ellos. Un día lo dijo Carlos Luis Álvarez, allí nos bañamos todos los lunes en Menéndez y Pelayo. El dueño era un Oriol algo alfonsino, con botines y buen trato. Luego me enteré de que aquello era una Fundación, pero tenían un solo becario y lo dedicaban mayormente a llevar las cuentas de la casa. Pero los Oriol tenían poco de falangistas y más de monárquicos, con gran bandera española izada. Toda una gran familia. A mí me llevó a aquella casa Camilo José Cela, que

siempre era amigo de los ricos aunque sólo escribía de los pobres.

Los falangistas eran fanáticos y simples en general. Luego, la bondad o maldad de cada uno era ya una cuestión personal. Rafael García-Serrano encarnaba la Falange visceral, patriótica y con algo de un carlismo inverso. En el otro lado del espectro estaba Dionisio Ridruejo, mucho más intelectual, pero quizá menos escritor y desde luego poeta equivocado en su afán de perfecciones, en su patriotismo geométrico, escurialense, que era un perpetuo homenaje al Imperio.

Ridruejo fue uno de los primeros en llegar a Barcelona cuando la toma de Cataluña, y le escandalizó el eslogan franquista de las calles, «Habla la lengua del Imperio». Él mismo era quien más había hablado y escrito la lengua del Imperio, petrificándola además en unos sonetos de gran rigidez, que a veces asustaban un poco al lector. Pero Ridruejo practicaba sin saberlo lo que años más tarde practicaría Sartre en Francia: escribir contra sí mismo. Y esta actividad, escribir contra sí mismo, es la que le redime de muchos pecados de insistencia en las ideas y las batallas del mundo en aquellos años.

Ridruejo estaba enfermo, quizá a veces bebía demasiado, de joven le gustaban mucho las mujeres, era uno de esos hombres generosos que nunca tienen un duro, con lo que se frustra su generosidad. El protector privado y público de Dionisio era Serrano Súñer, que le había hecho director de una radio familiar, que es lo que necesitaba este escritor. Siempre se movía entre muchos libros o muchos negocios, y todo le salía mal, de modo que lo que necesitaba era eso que ya dijo Antonioni, todo millonario necesita un intelectual, y también a la inversa, claro. Dentro de la tremenda madurez de aquel hombre había un niño que se equivocaba siempre. Una vez fue a ver a Franco para exponerle una reforma sindical que se le había ocurrido a él y que no era sino una reforma socialista. Franco le escuchó amablemente y le dijo:

—Mire usted, Ridruejo, lo que necesita el obrero español es una bicicleta para no ir a la fábrica en zapatillas.

El escritor comprendió que no había nada que hacer, y al poco tiempo la prensa se inundaba de planes, proyectos y artículos sobre la bicicleta y el trabajador. Efectivamente, los niños veíamos pasar por nuestro barrio muchos obreros con su bicicleta, pero, para tardar más la llevaban de la mano y ellos iban caminando en tertulia o versión ciclista de lo que yo conocería más tarde como los versos de Miguel Hernández, por una senda van los hortelanos, que es la hora sagrada del regreso, van hacia la canción y van al beso y van dejando por el aire impreso un olor de herramientas y de manos.

Franco no conoció nunca estos versos, esta bicicleta de égloga, como cantada por Virgilio, pero los albañiles y hortelanos siguieron yendo al trabajo en zapatillas porque era más cómodo andar que pedalear, y les permitía prolongar su tertulia viandante al margen de sindicatos verticales, horizontales o de cualquier otra geometría. Si Ridruejo hubiera sido más poeta habría compuesto él los versos de Miguel Hernández en lugar de un plan sindical socialista que, desde luego, era peor que los ya existentes.

Ridruejo organizó y quizá inventó la División Azul, para ir a derrotar al ruso en su casa, y allí bebió mucho, escribió mucho, descubriendo que un escritor en la guerra era algo completamente ocioso, vanidoso y enfermizo. Cuando volvió a España, los obreros seguían en zapatillas, comentando en sus paseatas aquello de que Cesáreo González le había firmado a Lola Flores lo más grande del mundo, un contrato millonario. A Ridruejo le fallaba algo en mí o a mí me fallaba algo en Ridruejo. El caso es que nuestra amistad no acababa de cuajar y lo que más me gustaba de él eran sus amigos, José Pía, González-Ruano y por ahí todo seguido. Una vez se dedicaron poemas como de concurso, plagiándose el uno al otro. Desde luego, hay que decir con honradez que era mucho más ruanesco el de Dionisio que a la inversa.

Dionisio Ridruejo vivía en la calle Ibiza con su mujer y un fuerte olor a hospital que le

daba al propio escritor un eterno clima de convaleciente que tampoco le quedaba mal. A la vuelta de su casa, efectivamente, había un hospital grande y como sobrado, que luego se llamaría Gregorio Marañón. En Ibiza habían vivido otros poetas, como Leopoldo Panero y quizá Luis Rosales, aunque esto se confunde, pues Rosales y Panero habían sido siempre una unidad poética. Panero, intenso poeta, siempre tuvo cerca, dominándole, a Luis Rosales, que sin duda era superior o lo parecía. Luego le dominó Pablo Neruda con su *Canto General*, que a Panero le llenó de una indignación pueril y profunda. También estuvo un poco dominado a la inversa por su esposa, mujer exquisita que se confesaba enamorada de Luis Cernuda. Dada la homosexualidad casi oficial de Cernuda, y su lejanía mejicana, este amor no inquietaba a nadie. Luis Cernuda, por su parte, nunca se sintió en la necesidad de responder a los mensajes de esta dama, si es que hubo alguno.

En la citada calle de Ibiza visité varias veces a Dionisio Ridruejo, que andaba metido en la traducción del *Cuaderno gris*, el famoso libro de José Pía, con la ayuda de su esposa, que era catalana. Yo le pedí a Ridruejo que prologase mi primer libro, una biografía de Larra, pero él le fue dando largas a la cosa. Seguramente no le gustaba demasiado mi libro ni nuestro Larra, aunque yo sí veía una cierta afinidad entre aquellos dos hombres más bien bajos y menudos, aupados a un dandismo español y viviendo la eterna desesperación política del país. Ahora creo firmemente que tienen algo en común como españoles, como políticos, como donjuanes y como rebeldes, escapadizos de la izquierda y la derecha según los tiempos. Pero cuando le pedí el prólogo a Ridruejo no pensaba en nada de esto, sino en que el nombre me resultaba decorativo, pues Ridruejo no tenía un duro, pero estaba de moda.

Por supuesto, el falangista no me hizo nunca el prólogo, y a esta negativa contribuyó mucho su muerte casi juvenil. Ahora le recuerdo en la Feria del Libro de Madrid firmando ejemplares de sus obras y tomándose un whisky que quizá no era el primero, con discretos tragos. Esto desesperaba bastante a Vergés, que era su editor y también el mío, mire, Umbral, cómo bebe ese hombre, yo creo que se está matando.

Yo creía, más bien, que estaba ya muerto. En la División Azul bebía cántaras de leche con un fondo de mierda, fumaba mucho, escribía bastante y vivía aquella desfloración grandiosa que era el Imperio ruso devorando en su avanzada a los intrépidos españoles y a los intrépidos de todas partes, que suelen ser los tontos de ninguna. También ligó Ridruejo algunas *panienkas*, que es como se llamaban las señoritas rusas, Ridruejo no podía vivir sin un amor, aunque fuese una *panienka*.

En su libro de la aventura rusa cuenta cómo al pasar por Alemania vivió la experiencia judía y escribe que los judíos, vistos así en grupo, daban un poco de asco. ¿Asco por qué, señor Ridruejo? Laín Entralgo me riñó en un periódico por haber llamado antisemita a su amigo, pero yo le mandé una carta con la página antisemita del libro de Ridruejo, carta a la que ya sólo contestó un hijo. No quisiera uno a estas alturas y con la glorificación de Ridruejo incidir en su antisemitismo, pero es una cosa de raíz goda que está implícita en los sonetos a la piedra, en el fascismo posterior y en toda la obra de Ridruejo hecha anteriormente a su conversión y racionalización cristiana o cartesiana.

El fascismo es antiguo como la Historia, el fascismo no es hoy sino la nostalgia militar de los cuerpos civiles. Ridruejo fue un heroico ejemplo de cómo se arranca uno esa nostalgia y ese olor del alma y de la piel. Como él vivía envuelto en la nube farmacéutica del hospital de al lado, yo llegué a pensar o sentir que aquel perfume boticario era el perfume universal de los judíos en general y de Ridruejo en particular. A este recuerdo olfativo contribuye el que me dejase colgado con mi Larra y le hiciera unas críticas un poco frías a mis *Memorias de un niño de derechas*, pero todas sus cosas eran frías, desde la poesía lírica a la crítica literaria. Sólo ponía calor, porque ponía su vida, en los ensayos políticos, poco leídos y poco legibles. Dejé de ir por

aquella calle cloroformizada de hospital, pero luego tuve que volver porque me salió allí una novia y antes o después, porque me salió allí una pensión alimenticia y barata. Ridruejo está hoy en la posteridad, una posteridad esbelta y viva como todo él, oliendo a *panienka*, a hospital, a fascismo, a la masía de Pía y al whisky perfumado de Chanel que beben todos los suicidas.

Otro segmento importante del franquismo fue el Opus Dei. Franco, contra lo que se diga, no fue muy meapilas, sino que manejó a su gusto a los obispos, pero eso es otra cosa. El Opus Dei constituye una estructura nueva del catolicismo español, que ha resultado muy moderno en las formas y muy reaccionario en las decisiones, como es la santificación de muchos católicos caídos en la Guerra Civil, la fabricación de santos, digamos, y otros inventos muy al estilo de Juan Pablo II, que tenía algo de beata en su práctica continua de la oración y su asunción de las causas nacionalcatólicas.

El Opus Dei es ya una movida internacional de dinero que permitió a España sacar un periódico como el *Nuevo Diario*, que fracasó por falta de garra periodística, pero no por falta de medios. Donde mejor se estudia la clave del Opus y de su fundador, monseñor Escrivá, es en el libro *La mafia blanca*, de Jesús Ynfante, un estudiante andaluz que hace estas cosas muy bien. Soy amigo entrañable de Carmen Ynfante, la hermana de Jesús. No la veo más porque ella suele vivir en París, por donde se pasea vestida de novia y con cierta fama tardía de lesbianismo. Un día salía yo para San Sebastián y nada más subir al tren me encontré allí a Carmen, que iba a Guipúzcoa a estudiar el recién nacido caso de la ETA.

Carmen pertenece a esa raza de andaluzas altas, esbeltas, internacionales a su manera. Es muy inteligente, muy creativa, y ha fijado en la pintura su dispersión artística. Admira mucho la inteligencia sistemática de su hermano, pues ella vive en una perpetua ola de barroquismo surrealista, del que es buena muestra un inmenso falo que está entre Dalí y El Greco. Me lo trajo de París en uno de sus múltiples viajes, y las señoras que vienen a verme lo conservan en las manos hasta que su piel reacciona ante el contacto complicado e incitante del objeto. O sea, hasta que se dan perfecta cuenta de lo que tienen en el regazo. Desde aquel encuentro hacia San Sebastián, Carmen y yo tuvimos unas cuantas noches ferroviarias en las que ella hablaba sin parar y sin sueño.

En cuanto llegamos a San Sebastián se fue al barrio pesquero a averiguar cosas sobre ETA, que era el tema progre de entonces, porque ETA nos tuvo engañados unos años. Carmen se iba a hablar con los pescadores y yo acudía, tarde, al Congreso de Escritores al que había sido convocado. Felices tiempos de San Sebastián cuando en los congresos de política o literatura no se vertía otra sangre que la de Garcilaso cayendo de la muralla. A la hora de comer, Carmen y yo nos encontrábamos en el hotel Londres, que sigo considerando como el más señorial de la ciudad. Ella me pasaba la información que había recibido de los pescadores aquella mañana y yo empezaba a dudar del sexo de ETA como del sexo de los ángeles, pero quizá Carmen estaba acumulando material y notas para llevárselos a su hermano a Madrid, pues Jesús Ynfante parece que se había especializado en mafias. Guillermo Díaz-Plaja, en la apertura de mi congreso, hizo un discurso que era una farsa, pues defendía los derechos del escritor a partir de unos principios inamovibles para el editor.

Éstas eran algunas de las maniobras del Opus en la vida cultural española. Un servidor trabajaba para el *Ya*. Pero Carmen debía viajar continuamente por España al servicio de su querido hermano, digo yo, pues otra vez me la encontré en La Coruña, donde daba yo una conferencia sobre García Lorca.

Finalmente, la recuerdo en Sevilla, donde había ido yo con Aranguren y Máximo a dar una conferencia sobre los cuadros de éste. Después de cenar, aunque en Sevilla se cena poco, apareció allí Carmen, que al fin y al cabo estaba en su casa, nos abrazamos alegremente mientras Aranguren murmuraba «lo tenía preparado, estas

cosas Umbral siempre las tiene preparadas». Carmen me llevó a su estudio sevillano a ver los cuadros. Hacía una pintura naïf, entre Maruja Mallo y Manolo Prieto. Me prometió un desnudo para la serie de caballeros desnudos que estaba haciendo, pero creo que nunca posé para aquel cuadro. Cada vez que venía de París me traía algún regalo original y valioso, como el ya citado falo que por tener tenía hasta alguna voluta de Gaudí o de Churriguera. Es un bello objeto que nunca me ha servido de nada, pues las damas que me visitan se niegan a utilizarlo e incluso a saber qué es.

Hice una visita a Pemán, que se estaba muriendo en su Jerez de la Frontera y tenía sobre la mesa, únicamente, un crucifijo y una foto dedicada de Jean Cocteau. La dedicatoria decía: «España es una guitarra que recibe telegramas.» Carmen era una niña bien de las aristocracias del vino, y por eso su hermano podía dedicarse a la alta investigación y ella a vivir en París haciendo vanguardismo personal con sus trajes de novia y otros atuendos, aunque uno pensaba que llamar la atención en París es muy difícil, como le pasó a Baudelaire que salió un día con el pelo verde a almorzar con un amigo y no le miró nadie, ni siquiera el amigo.

La mafia blanca se vendió mucho en España, París y toda Europa. Escrivá era un falso melómano que mandaba a sus hijos espirituales a escuchar música sublime y él se quedaba en su habitación oyendo a Concha Piquer. El arquitecto Miguel Fisac, que perteneció al Opus en su juventud y que ahora vivía en guerra con la mafia, me contó muchas cosas de Escrivá, algunas de las cuales han quedado ahí, pero ya como leyenda. Carmen me recibió con alegría, con aquella cosa que tenía de gitana rubia y ojos verdes, y me llevó en un coche de caballos a trotar por Cádiz. Con o sin Opus, con o sin Falange, con o sin guerra civil, España es una gran reserva de ricos terratenientes o de ricos industriales, que, cuando menos, tienen estos hijos progres, viajeros y rebeldes. Entre ellos, el que llega a académico, como Manuel Halcón, se pega un tiro.

Íbamos a muchos kilómetros de altura y no sé por qué, pero se advertía que estábamos llegando a España. Fue cuando el mítico López Rodó sacó un rosario de algún bolsillo de su elegante traje de ejecutivo, otros le secundaron en la maniobra (todos tenían rosario) y comprendí que iban dando gracias a Dios porque volvían a la patria sanos y salvos, con todos los contratos firmados y todos los millones de dólares volando paralelos hacia el Banco de España. El avión, de pronto, me pareció más español, más íntimo, más seguro y más rápido. López Rodó era el Luis Miguel Dominguín de aquella cuadrilla de grandes toreros católicos que por entonces regían en España. Las bellas azafatas, vestidas de color cielo y con hermosas piernas de color infierno, empezaron a repartir bebidas entre los viajeros. Aquellos ejecutivos del Opus Dei bebían todos Chivas Regal, un whisky que se había convertido en un vino de consagrar.

Yo viajaba a bordo de una revista semanal y financiera que lejanamente financiaba el Opus Dei. Alguno de aquellos hombres lo sabía, me conocía, pero ninguno me saludó. El whisky y el rosario les habían enardecido un poco, sin duda, no sé cuál de las dos cosas más y mejor, pero yo ahora les oía en voz más alta y su tema era terrateniente, bancario, crediticio, industrial. Aquella media docena escasa de hombres, todos arropados con paños ingleses, eran los que habían recibido de manos de Franco y de Ullastres el poder económico de España para administrarlo, mientras en un teatro de Marsillach y Llovet se representaba con gran éxito una versión molieresca de los ejecutivos. Pero aquellos señores del rosario no tenían ningún interés por el teatro en general ni por mi amigo Adolfo en particular. Eran ese tipo de hombre realista que confunde continuamente la verdad con la realidad.

El avión volaba ahora como más dulcemente, las azafatas olían a mujer, como todas las mujeres, pero a mujer española. Se decía que subía hasta nosotros el perfume moro y parisino de España. Yo leía o fingía leer el *Guardian*, el viejo *Guardian* tan frecuentado por los europeístas españoles, y el periódico me servía para ocultar mis ojos y espiar mejor a estos grandes hombres que picoteaban almendras, avemarías y

sorbos de whisky. Alguien dijo que estábamos llegando a España, y aquellos señores estiraron sus trajes y enderezaron sus corbatas como si fuéramos a llegar al cielo.

En verdad, el único de ellos que me conocía era López Rodó, que había hecho unas declaraciones recientemente para dejar bien sentado que él era español hasta las cachas, católico hasta las cachas, patriota hasta las cachas y más cosas de las cachas. Naturalmente, esto lo había dicho en su periódico, *Nuevo Diario*, y yo lo pillé una mañana en la cafetería Oliveri, donde bajaba a escribir y desayunar. Mi artículo se centraba en lo de las cachas. ¿Qué cosa eran las cachas, por qué hablaba el dignísimo López Rodó de las cachas, dónde están situadas las cachas en la anatomía angelical de un economista santificado por el Opus, cómo podía presumir de cachas alguien que era espíritu puro, qué trato tenía él con sus cachas, qué pecado de vulgarismo le había llevado a lucir las cachas, cosa que no habría hecho ningún otro político de la situación, sin ser del Opus?

López Rodó guardaba silencio porque lo suyo no eran los artículos inconsútiles sobre la nada, y ya ven ustedes que yo le había llevado a un debate sobre la nada, sobre su nada, sobre sus angelicales cachas, que era como no tener cachas, cosa que hubiera quedado mucho mejor en un casto caballero de las finanzas de Dios.

Hubo polémica, como digo, hubo comentario y cachondeo sobre la racial frase de López Rodó, que quedó ridiculizado por una vía que él no sospechaba, pero allí en el avión, tan cerca del cielo como de la tierra, prefirió ignorar al hereje que había hecho herejía sobre su cuerpo serrano e ingenuo y sobre unas cachas que a veces él paseaba en bicicleta, quizá para refrescarlas. Sigo sin saber, y han pasado veinte o treinta años, qué son las cachas ni dónde las tengo, aunque quizá sean el único don carnal de un caballero recién comulgado que dejaba una estela de rosarios y avemarías cuando volaba.

De todos modos, no me sentí seguro hasta salir del aeropuerto y quedarme mirando, desde mi taxi, los automóviles de aquel equipo de grandes ministros, unos automóviles que sí parecían dotados de relucientes cachas. Volvíamos todos a Madrid, nuestro querido Madrid, santificado por el Opus. Efectivamente, Madrid es una ciudad que tiene cachas. Lo advertí nada más cruzar en el taxi por delante de una madrileña de Cabestreros con la falda vaquera, el musulmen marchoso y la gracia, inédita para opusdeístas, de una verdadera chai. O sea.

Pero la guardia pretoriana de Franco no eran los banqueros, ni el Opus, ni los falangistas, ni otros grupos políticos o partidos. La guardia pretoriana de Franco era el dinero, eran unos cuantos multimillonarios anónimos que habían levantado su campamento en Sotogrande, una isla o península donde estaba prohibido el bikini, pero no prohibido por las autoridades, sino por los propios inquilinos que trazaban sus leyes y las cumplían. En Sotogrande vi, entre tantos falsos cortijos, una casa de campo de estilo norteamericano que me llamó la atención y me inspiró curiosidad. Traté de conocer al arquitecto, que naturalmente era el propio inquilino y tenía una esposa muy bella.

Con la amistad, este arquitecto se confió, mostrándome la casa americana de donde había tomado el modelo para la suya. Eran iguales. Este ejemplo me dio el nivel de por dónde andaba la arquitectura española en aquella época, muy elogiada en el Sistema por su apoliticismo, pero completamente adherida al modelo yanqui, que a su vez había tomado de Gropius y la Bauhaus. Había yo leído el año anterior un libro de Tom Wolfe sobre la Bauhaus, muy crítico con la arquitectura de Nueva York. Sólo le faltaba al libro de Wolfe haber echado un vistazo a aquellos engendros españoles para comprender la sublimidad de las torres de Manhattan.

Dada la moralidad católica y dominical de Sotogrande, allí sólo se jugaba a juegos infantiles o infantilizados, golf, polo, natación (con bañador completo), tenis, balonmano, y otras cosas muy olímpicas y muy aburridas. Yo escribí que Sotogrande

no eran más que unos «juegos reunidos». Sólo se terminaba un partido para empezar con otro de otra cosa igualmente monótona y siempre con el protagonismo redicho de los niños. En cuanto a lecturas, sólo encontré a un señor leyendo una novela de Torrente Ballester que estaba de moda. Le elogí el libro por la amistad que tenía yo entonces con este escritor (luego la perdí o la destruí). Interesado en el tema, aquel lector interrumpido me explicó el libro, dando por supuesto que yo no lo había leído, y tuve que decirle, nada de lo que usted interpreta es así, no ha entendido usted una palabra, se trata de una novela experimental y me imagino que usted, como lector, no ha pasado nunca del señor Balmes.

A partir de aquel día, el lector de Torrente se iba lejos a leer, a un pico de la costa, donde yo no pudiera amargarle la lectura con mis descarados juicios. Por mi parte, estaba dispuesto a defender a Torrente hasta la muerte, porque el enemigo peninsular aquí, por contraste, se había convertido en amigo. Lo mío con Torrente o contra Torrente consistía en que el galaico había estrenado una cosa en televisión, y todas las tardes acudía a los estudios para seguir el rodaje, los ensayos y el culo de Rosalía Dans, hija de María Antonia Dans, la conocida pintora, y niña mucho más bella que su madre y que cualquier madre. Cuando me dijo que se llamaba Rosalía se me apareció aureolada de todos los azules y todos los rosas de Galicia y de su gran poetisa, de la que había escrito don Eugenio d'Ors este bello poema: «Sobre la ría un astro se moría, Rosalía de Castro de Murguía.»

Pero don Eugenio había sido más fino que Torrente, quien sólo quería tocarle el culo a la doncella con nombre de poetisa. Rosalía me lo contó, y como yo iba al teatro a lo mismo, pensé por qué aquel anciano tenía que anticipármelo, contra la voluntad de la niña. Decidí ponerme delante en la cola, pues aquel culo tenía cola, y desde entonces digo siempre que Torrente era un escritor muy malo.

La otra veta literaria de Sotogrande era una pieza teatral que escribía anualmente un playboy asiduo:

—Lo hago yo todos los años y dirijo los ensayos. Hay que meter a algunos niños. Este año que estás tú aquí me vas a ayudar a escribir algo muy madrileño. Yo, por mi parte, haré lo mío.

Cuando el personaje me dio su original vi que había escrito un Arniches malo, lo que hacía todos los años. Yo estaba haciendo un sainete con el lenguaje de la movida, Ramoncín, los Pegamoides, el cheli y todo eso. Como mi amigo no iba a comprenderme, rompí mi original y lo tiré al mar. Es la única cosa teatral que he escrito en mi vida y el mar me lo agradeció mucho.

Los caballeros, por la tarde, decían que se iban a pescar sirenas. Este eufemismo lo comprendían muy bien sus santas esposas, las madres y reinas de España, de aquella España, y los demás miraban para otro lado. A los niños, naturalmente, nunca se les llevaba a pescar sirenas. En Sotogrande conocí a una separada, hija de unos ricos vascos. Su condición de separada la mantenía en cierto alejamiento de las otras señoras, aunque todavía era muy joven. Vivía en casa de unos amigos suyos y míos, en la famosa casa que tenía más de la obra inmortal de Wright que de una casa española. En la separación matrimonial, los padres de ella se habían puesto de parte del marido, ignorando que era un poco homosexual, porque esta gente ignora esas cosas. Mi amiga iba por la vida como mendigando protección y una tarde bajamos por la costa en su pequeño automóvil, merendamos no recuerdo dónde y volvimos a Sotogrande. Me aburrí mucho y nunca más le propuse merendar ni siquiera en la cocina. En Madrid había sido como una protegida de un abogado de Fraga, y luego lo fue de un diplomático extranjero, porque sus padres no le pasaban un duro. Una señorita bien nunca se separa.

Así era, pues, la intelectualidad de Franco, que volvía a Sotogrande por Semana Santa, todos los años, porque era sitio más seguro que la pecadora Semana Santa de Madrid.

Hay desde hace tiempo en la vida española una paulatina desaparición de algunas instituciones que tuvieron mucha influencia en su época y la han ido perdiendo no se sabe por qué. Se diría, incluso, que es la mano cansada del tiempo la que va borrando estas fuerzas, otrora poderosas y respetadas. Así, los masones, los jesuitas, etc. Así, el largo mermar de la Compañía de Jesús, que habría que explicar por razones mágicas y silenciosas más que por estudios sociológicos o estadísticas. Los jesuitas han pasado de ser casi 33 000 en los años 50 a quedarse en 2000 en los 60, y cada año pierden cerca de 300 numerarios. Ahora, el preposición general convoca a los superiores para resolver la crisis.

Respecto a los jesuitas en el mundo, podemos contar en Europa con unos 7000 por lo que se refiere al mundo occidental. Norteamérica presenta entre 3000 y 6000, según la distribución geográfica. Hay más en Norteamérica y Occidente que en los mundos orientales. Los hermanos y novicios están en cifras muy bajas en todas partes. Los sacerdotes jesuitas evolucionados no llegan a 14 000. Estas cifras vienen descendiendo desde los años 60.

Peter Hans Kolvenbach, preposición general de la Compañía, es un señor de bigotillo nazi y origen germánico, probablemente. No sabemos cuál es la actitud del nuevo papa, el señor Ratzinger, ante esta disipación de una de las estructuras más poderosas y eficaces de la Iglesia Católica en todo el mundo.

En cualquier caso, es evidente que las asociaciones con cierto carácter mágico o secreto, como los citados masones en el siglo XIX, han perdido mucho prestigio en este siglo de realidades sociales y realizaciones técnicas y científicas. No debe deducirse, pues, de la disminución de devociones jesuíticas una disminución radical de la fe en Dios o en sus consecuciones. Más bien se diría que son las instituciones en sí mismas las que se van empobreciendo, como todo aquello que viene del XVIII y del XIX, que fueron siglos de superstición, invención, fantasía y todos los males que trae consigo el Romanticismo. Durante el siglo XIX, las drogas no sólo transformaban la conciencia del hombre, sino que suponían una profundización en lo espiritual religioso o demoníaco.

Los jesuitas, desde su aparición en el Pirineo azul de su fundador, aportaron la novedad de privar a la Iglesia de su milagrería medievalista para dotarla de una actividad social arribista, sutilmente emparentada con las grandes familias y los grandes publicistas, que empezaban a ser muy leídos. Los jesuitas principian por actualizar discretamente su atuendo, pasando de la capa y la teja históricas a una presentación más sobria y casi civil. En esto se les notaba su propensión a integrarse en el mundo cívico y en sus intereses. De los millones de fieles de los que disfrutaban entonces, les interesaban más los fondos económicos que los pecados de la señora cuando volvía de misa.

En cuanto a las maneras de conducirse, los jesuitas eran correctos, intelectuales, agradables, discretos y hasta simpáticos, de manera que su aparición no asustaba a nadie como habían asustado en tiempos anteriores. Esto supone una manera sutil de infiltrarse en la sociedad laica, no hablando de Dios más que lo imprescindible y manteniendo las conversaciones literarias o teológicas en niveles muy dignos o, en todo caso, convencionales.

Esta Iglesia actualizada y civilizada se apropió totalmente de la conciencia burguesa, y después del dinero de la burguesía. El descubrimiento que habían hecho los jesuitas era importante, casi revolucionario. Lo que asustaba a la ingenua feligresía era la capa parda del cura, su lenguaje entre duro y místico, su buen apetito y su presencia impuesta en todos los acontecimientos sociales. Pero se descubrió que suprimiendo todo esto, modernizando a los curas, mundanizando a los párrocos, la Iglesia iba a conllevar mejor el trato continuo con el clero y su idea de pecado, que era lo que en realidad tornaba inquieta cualquier tertulia. Los curas españoles eran especialmente violentos y, dentro del costumbrismo español, ha habido grandes actores

especializados en el papel de cura, que lo hacían mejor que los propios curas, como el famoso Agustín González, hace poco tiempo desaparecido y al que yo traté mucho.

Agustín, que con la misma genialidad podía interpretar a un médico o a un sastre, tuvo su especialización en los curas, aunque era precisamente el tipo de cura que querían abolir los jesuitas. Todo esto nos revela que la religiosidad del pueblo español es más costumbrista que espiritualista. Un cura bonachón o un jesuita letrado puede convertir a cualquiera o mejorar su vida católica. Por el contrario, un cura de sentimientos profundos, pero violentamente expresados, ha perdido parroquia a toda velocidad.

El español elige a los toreros, los cómicos y los futbolistas según le caigan simpáticos o no. Los jesuitas, que, como hemos dicho, perseguían una penetración casi familiar en la vida española, lo consiguieron plenamente, llegando a originar libros como *AMDG*, de Ramón Pérez de Ayala, que le sirvió para generalizar todo lo que había vivido en los conventos de estudiantes durante sus años jóvenes. Pero la sociedad iba por otro lado, y Pérez de Ayala no pasó de ser un señorito culto y blasfemo. Era la vieja lucha del hombre contra las instituciones, como había habido anteriormente la lucha del hombre contra los dioses.

La educación jesuítica genera, naturalmente, un clasismo social que ya existía, pero que ahora no bendice la mano agraria del párroco, sino la mano pálida y elegante del jesuita joven y culto. Entre nuestros jóvenes amigos distinguíamos bien al que había ido a los jesuitas y al que no. Unos y otros eran igualmente pecadores o avarientos, pero las formas, ah las formas, cambiaban radicalmente y era más noble para nosotros alternar con un joven de los Luises que con un maleducado.

Luego, cuando los jesuitas empezaron a decaer, después de la Guerra Civil, les sustituyeron los pilaristas, que formaban mafias, amigos y enemigos para sus negocios y su vida social. Los pilaristas, antes del Opus Dei, fueron la escuela de las costumbres entre la buena sociedad madrileña.

He hablado aquí de la influencia religiosa, especialmente jesuita, en la juventud española. Pero habría que decir algo sobre la otra juventud, la errática y callejera que yo frecuenté, en la que yo me crié. Los chicos, los niños, que no disfrutaban de esos dudosos paraísos monjiles, eran más bien, o éramos, una especie de menesterosos de la enseñanza en colegios municipales y precarios, donde nos reunían con otros niños de nuestro mismo origen, con lo cual tampoco ganábamos gran cosa.

Yo entré en esa enseñanza precaria siendo muy pequeño, y voy a contar mi salida porque fue definitiva y tiene algo así como el valor de la Historia. Mis iglesias habituales fueron dos, por la cercanía de ambas y por voluntad de mi abuela. San Miguel, la parroquia, era un lugarón habitado de estatuas, de ángeles, de Cristos yacentes o crucificados. San Miguel tenía todo el perfume cementerial del catolicismo español, con una cierta sordidez de sangre y desnudos que era como un anticipo de aquel cielo que nos anunciaban los curas y que no teníamos mucho interés por conocer.

En San Miguel entré de monaguillo por una puerta trasera, con cortejo de mendigos, mujeres sucias y chicos que aspiraban a mi categoría de monaguillo como los obispos viejos aspiran al papado. Efectivamente, San Miguel, con su acumulación de santos, ángeles, Cristos, profetas y mártires, sugería vivamente esa populosidad del cielo que nos es tan fácil imaginar a quienes hemos frecuentado de niños las altas galerías con cuadros clásicos y definitivos como enterramientos. Algunos monaguillos aprovechaban la clandestinidad de las alturas (hay una clandestinidad en el cielo y otra en la tierra) para juzgar a las cartas con cualquier mercancía, el dinero de las huchas, la calderilla de las limosnas, el resplandor de las hostias y la blancura tentadora de las resmas de papel de hostias que nos comíamos para merendar.

Pero yo, nunca muy aficionado al juego, prefería el robo solitario para comer, para ahorrar, para vivir. Desde entonces no me he sentido otra cosa que un monaguillo adolescente saboteando las arcas sagradas y podridas de la vieja España. No podría

decir si aquella convivencia con los santos, ángeles y mártires contribuyó a mi indiferencia religiosa o tal indiferencia la traía yo de casa y de la calle. En cualquier caso, llegué a ser un habitual del cielo y del infierno, que siempre están muy animados, y allí iba viendo que las pecadoras del Evangelio eran unas mujeres muy hermosas cuyos cuerpos abundantes iban llagando los años, los pecados, los ángeles fornicadores y los sacristanes prestamistas.

Mi otra iglesia era San Benito, un convento de carmelitas mucho más aburrido, moderno y despojado. La tercera iglesia que me fascinaba en la ciudad era la catedral, adonde yo iba los domingos para ver a mujeres jóvenes y suntuosas a las que yo habría podido contar cómo iba a ser su posteridad, es decir, la posteridad de las santas y meretrices de San Miguel.

Para saber el futuro de una mujer bella que nos gusta, hay que asomarse a estas viejas iglesias, como San Miguel, donde la juventud persiste a salvo en los grandes lienzos antiguos y la vejez se pudre en la sacristía asistiendo a las tediosas masturbaciones de los sacristanejos a quienes nadie quería.

En un breve ensayo como éste sobre la vivencia y vividura del catolicismo nacional, no puede faltar la experiencia de ese niño pecador que todos hemos sido siempre en España, con unos obispos o con otros, pero siempre con la iglesia en medio, acusándonos de algo. He escrito bastante sobre la catedral de mi ciudad y sus misas dominicales de una, entre el billar y el paseo. Estas estampas literarias se me entrecruzan en la memoria, pero todavía puedo esbozar mi museo religioso en razón a ambos templos, y siempre mis recuerdos más vivos son los de San Miguel.

A San Miguel fui una tarde de verano, volviendo de casa de las meretrices y allí permanecí, sentado y sin rezar, respirando el aire fresco de esos rosetones que ya son el cielo y el único sitio por donde puede entrar el perfume y el frescor de la tarde. Los chicos de mi clase o falta de clase vestíamos por entonces unos cortísimos pantalones que nos hacían nuestras madres en casa, tomando un trozo de terciopelo o de pana que habían rescatado de sus propios vestidos antiguos. Se decía que vivíamos en un sistema militar y clerical, pero aquellos pantalones mínimos con los que siempre estábamos cómodos no tenían nada que ver con las exigentes faldas hasta los tobillos que vestían las niñas, unas niñas mandilonas y sin encanto a las que no veíamos nunca, pero las oíamos con frecuencia cantar sus canciones a la Virgen que eran siempre iguales y aburridas.

Don Agustín, cura viejo y embarnecido de vino y de ira, se sentó de pronto en mi banco, muy cerca de mí, y empezó a pasar su mano vieja y algo temblorosa por mis muslos esbeltos y blancos, que yo hubiera querido de futbolista pero que veía casi femeninos, no puedes venir así a la iglesia, hijo, estás ofendiendo a la Santísima Virgen, estás faltando al pudor, te estás condenando con esa ropa indecente, y seguía el sermón de don Agustín, tembloroso y cada vez más iracundo, mientras yo me llenaba de repugnancia y miraba la manera de escapar.

Don Agustín, sin duda, no había subido nunca a la altura del órgano, que era como la puerta musical del cielo y donde las niñas y los niños, liberados del colegio, iniciaban su amor ingenuo y sabio. Las manos de don Agustín me abrasaban en mis desnudos muslos y ante mí tenía un enorme ángel de la guarda que con sus grandes alas cubría una puertecilla casi secreta que la iglesia tenía allí.

No sé cuándo ni cómo salí corriendo hacia aquella cercana puertecilla con un corredor enjalbegado que daba a la calle. Creo que corrí hasta la plaza Mayor donde había chicos y chicas inventando el primer beso de la Humanidad. Allí descubriría yo que mis largos muslos desnudos no escandalizaban a ninguna virgen tenebrosa, pero atraían a veces la mano breve y cálida de alguna niña que me estaba incitando a ese intercambio, como Marisa, de risa alegre y muslos blancos y pecosos que me cegaron más de una vez. El cielo estaba allí más cerca que el cielo pintado de la iglesia. En

todo caso, descubrí la ingenuidad pecadora de mis piernas todavía sin vello y la llamada salvaje desde el otro sexo.

No volví nunca por San Miguel ni por ninguna otra iglesia.

Todas las mañanas me levanto, leo la prensa y escribo mi columna política. Bueno, no todos los días es política. Varias veces a la semana me tomo vacaciones de política y hago literatura, hago costumbrismo, hago ensayismo, hago un poco de todo, pues considero que una columna diaria que tiene ya quince años de vida (la de *El País* tuvo aproximadamente la misma duración) corre el peligro constante, y casi la necesidad, de caer en la repetición, el cansancio y, como consecuencia, el aburrimiento.

La columna política, que oficialmente es la que exige mi firma y situación, es una columna que ha ido evolucionando desde un fanatismo manso y juvenil a un sentimentalismo intelectual que lo entiende todo, lo acoge todo, lo usa todo y lo perdona todo. Quiero decir que uno no se ha ablandado políticamente, pero sí ha aprendido las segundas y terceras interpretaciones de las cosas, la mansedumbre necesaria contra la querrela social, que ahora es cada vez más árida en los periódicos, en la televisión, en el Parlamento y en todos los centros políticos.

Hay una fórmula evidente en todo el mundo cultivado, Europa y América, que consiste en dos grandes partidos, bien se llamen *labour*, socialismo, sindicalismo, revolucionarismo, etc. Los otros partidos, menores en todo, tienen la triste misión de hacer la calle, es decir, de pasearse todo el año por la parte céntrica para lucir sus virtudes y encantos como meretrices. De pronto llegan unas elecciones generales, locales, municipales o lo que fuera, y, si no hay mayoría absoluta en uno de los dos grandes, sobreviene el trapicheo y fulanganeo con los pequeños. Así, el PP puede completar su mayoría y adquirir más escaños mediante un pacto esquinero con uno de los pequeños, naturalmente el más cercano a su ideología o conducta.

De este modo, tenemos que el PSOE acudirá casi siempre a proveerse de votos entre los nacionalistas, los extremistas, los comunistas, y hasta ocasionales o de nuevo cuño, como el Partido Comunista de las Tierras Vascas, etc. El PP, por su parte, siempre contará con las minorías conservadoras, liberales, locales, etc.

En principio, esta subasta española o antiespañola, improvisada y sorpresiva, parece una flexibilización de nuestra democracia, pero en realidad nos está llevando a una disgregación absoluta de España, que quizá es lo que buscan algunos y que en todo caso nace del famoso «café para todos» de Adolfo Suárez. La idea parecía fecunda, pero con el tiempo se ha envilecido y trocado en una mercadería puramente conveniente y convencional que desustancia nuestra democracia.

Últimamente se ha dado el caso, en Galicia, de que el señor Fraga ha obtenido altos porcentajes en razón de su avanzada edad, y al mismo tiempo recaudaba grandes porcentajes por la misma razón.

Hace unos días me preguntaba un periodista por el nacionalismo, y fui escueto: «El nacionalismo hay que ganárselo», dije. Efectivamente, y aunque el periodista no quedó muy satisfecho, creo que la cosa es así. Un nacionalismo se vehicula mediante unas elecciones y esas elecciones hay que ganarlas. El partido que no las gana o las gana muy trapicheramente no lleva buen camino hacia el nacionalismo. Volvamos al ejemplo de Galicia. Galicia ha ganado sus elecciones —o las ha perdido— por la fuerza de los bloques gallegos o por la debilidad octogenaria del líder conservador, el citado Fraga. Esto es un suceso perfectamente aceptable en el azar democrático. En el País Vasco, por el contrario, el Plan Ibarretxe ha fracasado en su aventura electoral, a pesar de lo cual el señor Ibarretxe insiste en llevar adelante este proyecto ambicioso y desigual. A partir de ahí, los éxitos que colecte serán éxitos mediocres, de mal origen, discutibles.

Podemos llenarnos de nacionalismos conseguidos a la fuerza y esto va a ser malo para todos, principalmente para ellos. Sólo funcionarán los nacionalismos decantados, a ser posible obtenidos por mayoría total. Es decir, aquellos que presenten un mejor

esmerilado en su estructura democrática. Y no hace falta decir que la España de los nacionalismos exige aún mucha más pureza que la España de las Autonomías.

Decíamos y digo que después de desayunado leo la prensa. La prensa de Madrid son cinco periódicos. *El País*, Título poderoso donde escribí diez o quince años, hasta dejarlo por cansancio recíproco. *El País* nació entre la bandera española, que estaba tirada en mitad de la calle, y la muerte de Franco, que fue en aquellos días. Periódico muy americano, muy europeo, elige como línea la seriedad, el rigor y el respeto por el Gobierno correspondiente. Claro que todo este formalismo sólo puede mantenerse si hay cierto acuerdo con el poder, y en este caso yo creo que lo hay. Siempre que cambia el Gobierno, los hombres de *El País* inician una nueva estrategia de solidaridad democrática que tiene su precio, y como tal se paga y se cobra. *El País*, pues, es el diario oficial de los españoles.

El otro papel lo juega *El Mundo*, que hace siempre una especie de oposición más cruda con la izquierda que con la derecha porque la izquierda, si está en el poder, requiere de eso, y si está en la calle, debe entender que los partidos políticos también están llamados a gobernar y que sólo así se completa un cuadro democrático y moderno.

En general, los periódicos de la democracia se han comportado bien desde el primer día haciendo realidad esa socialdemocracia que sirve para todo y para todos, y que ha llegado a borrar las diferencias económicas y sociales. Importa menos mantener esas diferencias que vivir perpetuamente en querrela, como este año viene ocurriendo en España.

El Mundo, que es el segundo periódico nacional, disfruta de unas amplitudes informativas y de opinión superiores a las de cualquier otro diario. Esto se explica porque *El Mundo* ha renunciado a una adhesión cotidiana hacia el Gobierno y se preocupa más del cumplimiento de la justicia democrática que de la armoniosa compañía con el poder. *El Mundo*, como creo que hemos dicho, lo creó Pedro J. Ramírez a partir de un vespertino, el *Diario 16*, que andaba un poco perdido en manos de los Salas. Pedro J. Ramírez lo convirtió en matutino con ágil visión de lo que iba siendo la prensa moderna. Los vespertinos no tienen mucha más información que la de la mañana y necesitan recalentarse, esto es, dar información recalentada y sustituir los espacios políticos por espacios populares, mujeres guapas y famosas, toreros muertos y todo ese folclore que llamamos el madrileñismo de manera un poco despectiva, pero que también sirve para vender periódicos.

Ya no hay periódicos de la tarde porque ni siquiera hay tardes disponibles para perderlas haciendo crucigramas o leyendo entrevistas a los famosos. El periódico de la tarde tenía su encanto frívolo, ligero, con algún buen columnista o varios, con buenos humoristas y páginas enteras dedicadas a la gran entrevista que es un recurso que nunca falla. Todo esto viene a decir que la prensa se ha enseriecido y que los periódicos se compran y se leen por la cosa política. Tampoco debemos creer que la cultura política se ha agudizado en estos malos tiempos, sino que se ha agravado, afecta a más gente y en consecuencia se lee más.

La Razón periódico joven de novedades, tiene un origen traumático que es la salida de Luis María Anson del *ABC*. Anson había hecho un periodismo implícitamente monárquico, con mucho nervio y mucha disciplina constitucional. Pero eso fue precisamente lo que le valió la salida de *ABC*. *La Razón* ofrecía y ofrece plurales novedades, pero la principal novedad era y es el propio director, que se transforma en un reportero de lujo, un columnista cotidiano, audaz y hasta calumniador, buscando mayormente la venta por una parte, y por otra, rompiendo los esquemas tradicionales de la prensa española para lucirse en todo, desde el bikini al tráfico de armas. Hoy, Anson es el periodista más combativo en la calle, pero no el más leído, pues los constitucionalistas ya tienen *El País* y *ABC*, y los modernos tienen *El Mundo*, que,

como ya se ha dicho, acierta plenamente con un vertiginoso equilibrio entre el rigor político y toda clase de frivolidades.

El índice de lectura de periódicos no siempre es una lectura democrática rigurosa y honesta. Se venden muchos periódicos con las guerras y con otra clase de violencias, como el terrorismo, las catástrofes medioambientales, etc., y no hay que olvidar los deportes, mayormente el fútbol, pero el deporte ya tiene su prensa especializada y es difícil saber qué lugar ocupa realmente en el ademán lector de los españoles.

Yo leo la prensa todas las mañanas, como tantos españoles, y creo que este tipo de lector está más informado, más instruido y más actualizado que los que se alimentan sólo de la televisión o de otros medios. El periódico muestra sus credenciales máximas de prensa escrita, lo que le da una nobleza y una precisión que enriquece cualquier noticia o cualquier información. Todo país civilizado tiene una prensa escrita que nace de la mesa de redacción, y no una hoja multicolor y caprichosa de periódico tercermundista sin otra fuente informativa ni otra imagen que todo lo que derrocha la innumerable televisión.

20. JÜNGER, EL INTELLECTUAL DE HITLER

Ernst Jünger, viajando por la Alemania de Hitler, en 1941, con todo el confort que correspondía a su personalidad y su talento (Hitler nunca regateó esto a los grandes hombres que permanecieron a su lado), anota que ha asistido de lejos a una masacre de prisioneros que primero fueron exterminados con cuchillos, pistolas, fusiles y otras armas. Del relato de Jünger se deduce que las víctimas presentaron una singular obediencia, y se dejaron torturar, matar y exterminar como si previamente hubieran establecido en sí, con celestial conformidad, que ése era su destino y que no tenía sentido hacer un solo movimiento en contra.

Cuando acaba la carnicería, toda esta miseria humana es enterrada y olvidada. Poco más tarde, llegan otros grupos de verdugos, quizá de otra región o de otra raza, desentieran aquellos huesos, aquellas tajadas, les hacen fotos, organizan fiestas en torno y cuando no se les ocurre nada más los vuelven a enterrar.

En esta breve descripción de Jünger está comprendida no sólo la inexplicable crueldad humana, sino también la extraña complicidad que un hombre de genio establece con el crimen, la crueldad y la muerte. No dudamos de que Jünger no participó jamás en estas orgías ni aprobó nunca la doctrina exterminadora de los nazis. Ni siquiera llega Jünger al artificio lírico y justificativo de Heidegger, por ejemplo, sólo se diría que ha incardinado la crueldad y el placer innecesario de la agresión en la filosofía general de su vida, en el pensamiento global y hitleriano dentro del cual se mueve todo el pueblo alemán como ejecutando laboriosamente una tarea impuesta con mucho sentido común por el Gobierno, por un Gobierno de origen democrático y de ambiciones muy justificadas en un sistema de la gloria como destino de los pueblos que son acreedores a ella.

Esta aceptación del crimen masivo contra judíos, gitanos, incapacitados y otras especies llegó a ser atterradoramente común en el III Reich. No voy a dar aquí la larga lista de hombres ilustres que pasaron por el nazismo porque, entre otras cosas, el ciudadano común, el hombre sin sentido de culpa, también participó en la ordalía sangrienta, y así, Spencer Tracy, en una famosa película sobre el tema, es el juez que llega a preguntarse si hubo durante la guerra un solo alemán que no participase de alguna manera en el nazismo.

Por nuestra parte, creemos que la participación de los intelectuales fue razonada por ellos mismos, según acostumbran a utilizar su inteligencia a favor de la causa que en ese momento se les impone. En cuanto al pueblo común, con víctimas o sin ellas en la familia, ocurre inevitablemente que la marea histórica va empapando los cuerpos y haciéndolos uniformes. El hombre, alemán o no, puede comportarse dignamente si se le deja en paz, pero un tornado histórico como el promovido por Hitler no deja tiempo a nadie para plantearse en profundidad estas arduas cuestiones. Lo cotidiano del hombre se adapta siempre a lo cotidiano de la vida.

En otro momento de este libro hemos hablado del caso de Dionisio Ridruejo, un español lúcido que apuesta por el fascismo franquista para luego abjurar de él y marcharse a la División Azul a matar rusos y cumplir los objetivos de Hitler, hasta que, vuelto a España, en un nuevo arrepentimiento, remodela todas sus ideas, siempre valiosas, para ponerlas al servicio de un liberalismo ambiguo.

El hombre de pensamiento puede encontrarse con la sorpresa de que sus conflictos interiores coinciden, a favor o en contra, con los sentimientos históricos del momento.

Y ahí es muy difícil tomar decisiones, porque no se lucha ya contra el hombre interior, sino contra la grandeza dinámica de la Historia.

Los intelectuales alemanes y franceses estuvieron más o menos comprometidos con Hitler como Voltaire estuvo comprometido con los Luises y otras monarquías. Dice Nietzsche que las montañas se comunican por las cumbres y es imposible eludir esta comunicación. No buscamos ahora ni nunca una justificación al compromiso del

intelectual, pero nos basta con recordar que grandes pensadores como Sartre, Camus, André Gide, etc., tuvieron la lucidez suficiente para rechazar ese compromiso desde el primer momento hasta el último. Esta realidad quita su justificación a las otras, aunque un pensador paradójico pudiera decir que estos hombres rechazaron la aberración nazi para enrolarse en la aberración comunista.

La Historia, así, nos enseña que el pueblo común peca con mayor inocencia y las minorías con mayor consciencia, pero sólo se salvan los que hurtan su cuerpo, como una espada, a la tentación y la lujuria del crimen y la sangre.

21. LOS PROSISTAS DE FRANCO

Aunque se ha hablado más de los poetas de Franco, la verdad es que hubo más cantidad y calidad de prosistas. Ya hemos hablado aquí del caso de Dionisio Ridruejo. Cree uno que este fenómeno de la abundancia de prosistas, glosadores, ensayistas e historiadores del Caudillo es lo que corresponde a un hombre que ejerció casi siempre de civil. El militar es bulto histórico más propicio a la averiguación o exaltación de sus virtudes. El civil suele dejarnos un pensamiento mediocre y unas obras públicas de difícil glosa lírica.

En una ocasión, contemplaba yo un pantano de Franco en compañía de un prosista de izquierdas que diagnosticó así la diferencia izquierda/derecha:

—Aquí es donde los ingenieros se mean en todos los prosistas y poetas.

Conocía yo bien a mi compañero de aquel viaje, que no era sospechoso, pero en realidad había quedado estupefacto ante la grandeza, belleza y armonía de aquel embalse franquista.

La ironía de mi amigo pudiera servir de base para partir hacia una sociología o una estética de la clase de belleza que engendran los arbitristas o dictadores. Franco dejó mucha prosa y no toda dirigida a él, sino indirectamente. Recordemos a Emiliano Aguado, el cantor ciego, como Homero, que se ganó la vida elogiando el sistema militar de España y de Alemania, mientras su esposa, también periodista, y de prestigio, aprovechaba esta lírica ceguera para entregarse al amor de uno u otro hombre incluso delante de su marido. Emiliano Aguado, pese a la buena voluntad y al mucho tiempo libre, nunca fue un gran escritor, un gran prosista, pero estuvo siempre socorrido por las publicaciones del Sistema. Mas no es ése el modelo que deseamos manejar ahora, salvo a nivel anecdótico. En los años primeros y más gloriosos del caudillismo, puede que el intelectual con mejor perfil fuese Pedro Laín Entralgo, a quien yo tuve a veces como maestro y a veces como verdugo.

Laín planteó problemas como el de España, que se enciende de inmediato cuando queremos encenderlo, y con la misma facilidad se apaga. Laín, con el intermedio de Julián Marías, fue en seguida el gran intelectual de la Falange, que a su vez era el instrumento dialéctico del Sistema. Hoy encontramos en la prosa de Laín una cierta obviedad que nunca se resuelve totalmente. Sus problemas y sus soluciones son muy orteguianas, aunque la censura le impone la fidelidad a las ideas de la guerra, contando con que a veces esa censura era él mismo.

Cuando publiqué mi novela *Leyenda del César visionario*, algunos críticos me dijeron que más que la novela de Franco había escrito la novela del Movimiento. Por Movimiento se entendía el politburó franquista. Esto seguramente es cierto, pues me interesaban más aquellos hombres que el propio Franco. El Movimiento era la manera de pensar y el Sistema era la manera de decidir.

Laín Entralgo, con el tiempo, fue desertando largamente de su fidelidad al Sistema. Por otra parte, parece que el Sistema se desentendía de él. Fue como esos abandonos recíprocos que se dan en algunos amores no por culpa de él ni de ella, sino de las cosas que pasan. Así llegamos a la muerte de Franco, en que Laín aparece ya como un rojo, como un socialista intelectual y se sube a la tribuna popular, trajeado con una camisa obrera de cuadros, para hablar en las huelgas y manifestaciones. Todo esto sin ninguna presentación seria y formal de la nueva situación de España y de su conciencia.

Alguna vez lo encontré en las recepciones reales de la Zarzuela, y me decía, «todo muy bien, pero en libro no has conseguido todavía tu gran obra». Este hombre no conocía libros como *Mortal y rosa*, o no los había entendido o me hablaba con la superficialidad sonriente que le era propia. Pero el mal no estaba en mí, sino en él, que había devenido un extraño y volátil ente, mezcla de Ortega con aderezos de Pemán. Camilo José Cela me contaba en sus últimos tiempos:

—Laín se sienta junto a mí en la Academia. Apoya el bastón en la mesa y yo me paso la velada esperando que se le caiga «para no cogérselo».

Esta pequeña anécdota, tan celiana, pudiera servirnos como imagen para definir al Pedro Laín de postrimerías. Quiero decir que su gloria estaba como su bastón, insegura en una mala apoyatura, sin caerse ni acabar por caerse. Después de su muerte parece completamente olvidado, pero yo confío en que volverá alguna vez con sus pecados y virtudes de marañoniano orteguista y orteguiano marañoncísimo.

El pecado de Laín, para mí, no es su balbuceo ideológico, sino la palidez de su pensamiento y la falta de temperatura que hay en su prosa. Es un ensayista sin sorpresa y un pensador sin audacia. Pero uno sigue creyendo que Pedro Laín, leído y repetido, siempre nos puede enseñar algo.

22. JOSE ANTONIO, EL HERMOSO SEGUNDON

José Antonio Primo de Rivera no era un prosista de Franco, y esta diferenciación hay que hacerla siempre que se habla de ellos. Es una diferenciación ideológica y estilística. José Antonio se inspira más en los filósofos alemanes que han formulado a Hitler, y en algún clásico español. Por otra parte, la expresión de José Antonio es puramente lírica, aunque a veces se finja kantiana: «Tended vuestras miradas, como líneas sin peso y sin medida, hacia el ámbito puro donde cantan los números su canción exacta.»

El distanciamiento entre Franco y sus prosistas no es solamente estilístico, sino también ideológico. El libro *La estrella y la estela*, que es una biografía de José Antonio por Eugenio Montes, o un ensayo biográfico, fija bien el distanciamiento entre la poesía del primer José Antonio y los demás prosistas líricos.

El lirismo joseantoniano tiene algo de fanatismo que le llevaría hasta el fusilamiento. Este fusilamiento quiso convertirse durante muchos años en un caso paralelo al de Federico García Lorca, pero no hay equidistancia posible porque José Antonio era un hombre herméticamente político, desde sus primeros tiempos, y García Lorca nunca supo ser otra cosa que poeta, genial poeta.

La Historia hila más fino de lo que parece y nadie asimiló nunca la muerte de José Antonio como un crimen literario, sino, en todo caso, como un crimen político. Digamos, profundizando más el tema, que José Antonio se fija un destino trágico cuando dice aquello de «Amamos a España porque no nos gusta».

Tiene algo de los islamistas actuales y suicidas cuando formula la idea de que sólo se salva a España muriendo por ella. Esta idea está absolutamente superada y sólo adquiere algún volumen histórico cuando se asocia al nazismo alemán. Entre los prosistas de Franco, José Antonio pudiera haber sido el primero, pero digamos que hace la guerra por su cuenta desde que decide ir un poco a rastras del Ejército que se subleva en África. Al costado de una rebelión militar, la rebelión informal y metafórica de José Antonio nunca fue sino el decorado de la obra.

Franco, por contraste, mejora como profesional ante el aventurerismo falangista y antimonárquico. La razón última del Ejército es el Rey, y una revolución sin rey será siempre un altercado republicano o una rebeldía de intelectuales, ateneístas y espontáneos. La muerte silenciosa de José Antonio se concretó en aquel mito de evocar al Ausente. El perfil de José Antonio era propicio a estas fotografías líricas, y es curioso observar la indiferencia de Franco frente al optimismo liberal, que persiste largamente en libros como el *Manolo* de Francisco de Cossío.

José Antonio se mueve entre dos generales: su padre, Primo de Rivera, que juega un poco a la dictadura de acuerdo con su hijo, y Francisco Franco, que le gana por la mano en el golpismo militar. Pero José Antonio, como Franco, está más cerca humana y literariamente del nazismo que su padre, que no es sino un viejo militarote bonachón propio de cualquier zarzuela española mejor que de otros géneros.

La relación, casi inexistente, entre Franco y José Antonio se hace definitiva un 20 de noviembre, cuando el marqués de Villaverde desenchufa a su suegro para acabar con su vida artificial. Este 20 de noviembre viene a borrar para siempre en el calendario el otro 20 de noviembre, que también había sido elegido por el marqués cirujano como una gran tachadura. Ganaron la guerra los soldados de Franco y prolongaron la victoria los fascistas de José Antonio.

23. EUGENIO D'ORS, UN GLOSADOR

Eugenio d'Ors estaba enjambrado en su mundo catalán, más español que otra cosa, aunque también algo francés. Yo he leído una biografía donde se cuenta que D'Ors era espía de Franco, incluso antes de que Franco fuese ni siquiera cabo gastador de la Legión. Pero eso también se dice de José Pía en otro libro. Por lo visto, Pía se ponía una gorra y se iba a pasear por el Ampurdán, a la orilla del mar, hasta que aparecía a lo lejos un barco de guerra. Entonces Pía se quitaba la boina y se iba a casa a ponerle un telegrama a Franco diciendo que los ingleses estaban en la costa.

Yo tuve el honor de presentar ese libro en Blanquerna y le pregunté a la autora por qué odiaba tanto a Pía y por qué contaba aquellas mentiras. D'Ors y Pía tuvieron la mala suerte de vivir en una época en que el nacionalismo catalán, el catalanismo violento, eran perseguidos no se sabe bien por qué, quizá porque todavía les quedaba algo de españoles. La verdad es que Pía, cuando estuvo en Madrid para escribir su libro sobre la República, no simpatizó nada con aquellos republicanos de Azaña. Decía, por ejemplo, que ya había descubierto por qué el diario *ABC* tenía aquel formato tan original, en tiempos en que se tendía más al periódico/sábana que al tabloide. El secreto era que el *ABC*, tal y como lo conocemos, tiene el mismo formato que una instancia burocrática, lo cual permitía a los funcionarios leer el periódico sin tomarse más molestia que cerrar la instancia cuando el jefe se acercaba.

Esto no deja de tener gracia y explica de un golpe todo el mecanismo de la burocracia ministerial y madrileña.

De D'Ors no pueden contarse cosas tan chistosas, sino que, muy al contrario, se incardinó en seguida en la vida de la corte y fue un extraño pájaro, un escritor al que nadie leía y todo el mundo comentaba. D'Ors se viene a Madrid acusado de algunos manejos burocráticos, pero la verdad es que se queda porque los madrileños aceptan mejor su europeísmo en varios idiomas y su gracia de complicados resortes que los chistes fáciles de Pía.

D'Ors es un Ortega más a la derecha que Ortega y preocupado siempre por el único madrileño que le superaba en filosofía y otras ciencias. La lista de teléfonos de Madrid era entonces muy delgada, como hoy la de León, más o menos, y D'Ors se vanagloriaba de que a él podía encontrarse antes que a Ortega porque gramaticalmente iba delante.

Cuando Azaña se decidió a dedicarle al catalán unas líneas en su diario, se limitó a decir que era un señor que cuidaba mucho la manera de mirar. Éstas, más o menos, son las vinculaciones de los grandes personajes madrileños a la izquierda y la derecha nacionales. Lo que pasaba en realidad es que D'Ors quedaba demasiado catalán para la incolora burguesía catalanista y demasiado famoso en el Liceu de Barcelona para la aristocracia españolista.

Ortega, aunque parecía no tomarle en serio, la verdad es que acosaba mucho a D'Ors y conocía mejor que nadie las plurales ciencias del maestro. Pero entre unos y otros consiguieron desplazar a D'Ors del *ABC* y relegarlo a la crónica social de *Blanco y negro*, lo cual fue un acierto y una fortuna porque D'Ors hacía la crónica social mucho mejor que cualquiera y de lo que él mismo hubiera querido. No hay géneros, sino escritores, y D'Ors era un maestro también en las frivolidades madrileñas y parisinas.

O sea que no había manera de desprenderse de D'Ors, sino que él se apropió del Museo del Prado en tres horas, con su famoso libro, cuando ya había sido reconocido como el mejor crítico de arte de Europa. El personal no acababa de entender muy bien lo de la crisolínfa paladiana, pero había aprendido a distinguir las formas que pesan de las formas que vuelan.

Toda la obra de D'Ors es una preparación barroca y churrigueresca (en lo que le ayuda mucho Madrid) del arbitrista ilustrado que se estaba gestando en la capital. Guardo un recibo firmado por D'Ors donde le pagan cincuenta pesetas por un artículo.

Así es como pagó Madrid a D'Ors. Y ahí terminan las querencias de don Eugenio por el Movimiento. Hace unos años di una conferencia sobre D'Ors en casa de una marquesa. La cosa era un homenaje a Goethe, y D'Ors acudió vestido de Goethe. Casi todos los catalanes vueltos del exilio dicen que en América habían sido secretarios de don Eugenio. De ser así la cosa, don Eugenio tuvo más secretarios que glosas, hasta llegar a aquella apoteosis cómica de un día que se encontraba mal y clamó «ay, que me desgloso».

El catalanismo de Eugenio D'Ors había sido un trámite adolescente o una pasión inútil y juvenil. En todo caso, él es un barroco italiano más que un barroco español en el conjunto de sus ideas y en la manera de exponerlas. Pero, sobre todo, es un mediterráneo que acabaría levantando una ermita a la orilla del mar como Voltaire la levantó a la orilla de un río. Por mediterráneo, él se entendía a sí mismo clasicista, y este clasicismo, en su sentido local, catalán, lo expone en *La bien plantada*. *La bien plantada*, que fue un éxito de catalanismo popular, es más bien un libro limpio y burgués que iba a cautivar a la gente por el camino más corto.

Voltaire, con sus novelas filosóficas, había extendido la moda de este tipo ambidextro de literatura, llegando hasta principios del siglo xx en su extraña fórmula de filosofía novelada. Voltaire, que es un pensador delicioso y cínico, quiso enriquecer la Ilustración mediante esta máquina moralista de la novela no ya sólo de ideas, sino también de normas.

Eugenio d'Ors había escrito alguna vez: «Quisiera hacer un diccionario filosófico como el de Voltaire, pero contra Voltaire.» Aquí está toda la contradicción de su humanidad. D'Ors es un clásico continuamente tentado por el venecianismo y otras lujurias. D'Ors es un creyente conservador continuamente tentado por los ateísmos más o menos teológicos. Nunca resolvió su problema humano, y esto le costaría dejar una obra muy contradictoria e incluso seductora en su contradicción. Nuestro autor tiene una trilogía de novelas en la que empieza por estudiar a un genio selvático como Shakespeare y acaba narrando un amago de incesto con su propia hija. Tiene que llamar al fuego, como a los bomberos, para interrumpir definitivamente el melodrama shakesperiano que ha montado, sin mayor voluntad, sólo dejándose llevar por el poder de la narración. Lo único que diferencia su ermita de la de Voltaire es que la catalana, más moderna, tiene ascensor para subir al campanario.

Pero digamos que cada vez que D'Ors utiliza el ascensor se siente contradicho como filósofo. Quiero decir que el hombre depende del ingenio de la especie para sobrevivir, nada más que del modesto ingenio, y no de la razón ni de la imaginación. A D'Ors no le cargan y descargan unos ángeles cartesianos, sino unas máquinas como los molinos de Don Quijote.

En lo que D'Ors tiene de loco, que es poco, como en lo que tiene Don Quijote, ambos comprenden que el ingenio humano es una modesta virtud artesanal que mueve el mundo con mucha más ejemplaridad que todas las filosofías del uno y todas las audacias del otro. El éxito de *La bien plantada*, veníamos diciendo, consagra a D'Ors como sumo sacerdote de un misticismo barroco y catalán que le incluye a él, contra su gusto, y que se tornaría en nacionalismo fascista/mediterráneo, como el que soñaban Serrano Súñer y Eugenio Montes para después de la guerra, de todas las guerras. Pero este mensaje fue recogido por Serrano Súñer muy a tiempo y pasado a manos del Caudillo, con lo que nunca más se supo.

El general Franco, que no quería aventuras con su Sistema personal y personalista, difícilmente podía comprender las mitologías mediterráneas que Eugenio Montes le servía en una prosa bella, complicada y artificial, muy semejante a la que fabricaba el maestro D'Ors. Esto se ha contado pocas veces o ninguna, pero la aventura mediterránea alcanzó a D'Ors —que no había participado en ella— perjudicándole en su situación de máximo intelectual del Régimen.

Por cierto que don Eugenio se integró al Movimiento en Salamanca y veló sus armas durante toda una noche, con más espíritu quijotesco que falangista. De todos modos, le preguntaron al día siguiente de dónde venía esa afición a los uniformes, y dijo D'Ors: —Me gustan los uniformes siempre que sean multiformes.

Efectivamente, él se había fabricado el suyo a su gusto y resultaba más decorativo que cualquier falangista con buen sueldo oficial.

D'Ors no encajó en el Sistema franquista como no habría encajado en ningún otro. Vivía más feliz en la pura contradicción, de donde manaba libros y glosas todos los días.

La glosa es un género literario, una creación personal de D'Ors, una dignificación de la prosa de periódico, y un esfuerzo ingente y cotidiano por arrastrar hasta el periódico todos los tesoros que el vagabundo literario ha ido encontrando por la calle. Una mirada general al *Glosario*, a los Glosarios, nos asombra como las mil páginas de André Gide en su personal glosario íntimo, que incluye libros, confesiones y de todo.

Ya no es necesario decir que la obra dorsiana se divide en dos partes de manera muy natural: antes y después de la Guerra Civil. Hasta la guerra, el glosador trata la vida, la calle, la propia guerra, etc. Después de ésta, D'Ors se permite un descenso del nivel temático, y con frecuencia nos habla del precio de los garbanzos o de las patatas. Estamos en la pura posguerra, que él llevó con ironía y soledad. La ausencia de los mejores, exiliados o muertos, le convierte en príncipe de las letras. Toda su vida había vivido de la glosa, que era un dinero fijo, pero no mucho. Y así siguió, hasta la muerte, contando con su glosa diaria para sobrevivir y sin abusar ni mucho menos, sino todo lo contrario, de los asustadizos presupuestos oficiales.

Por aquellos mismos años, el poeta Jorge Guillén me preguntaba si, al meter en una décima la palabra «nieto», había vulgarizado excesivamente su poesía. En estas gramatiquerías perdían el tiempo los grandes hombres del exilio. D'Ors me preguntó si el situar una glosa en cierta conversación de carbonería, también le vulgarizaba en exceso. Aquí vemos que en la izquierda y en la derecha se perdía el tiempo con las mismas cosas. Y en ambos bandos se temía haber renunciado a la exquisitez del 27 en favor de un populismo beligerante.

La glosa dorsiana nace casi con el autor y llega a ser de gran lectura en Cataluña. El exilio de D'Ors a Madrid le beneficia mucho, pues ambas ciudades suelen ignorar deliberadamente sus prensas respectivas. La glosa arraiga bien en Madrid, pero sobre todo en los jardines botánicos de la palabra y el pensamiento. François Mauriac, bastantes años más tarde, inicia en *Le Figaro* una sección que está entre el diario íntimo y la glosa. Fue muy leída en Francia y también en España.

Quiere decirse que cualquiera de estos grandes glosadores de periódico hubieran sido muy importantes en la prensa de París, pero en España se les publica como una decoración literaria del periódico y sólo últimamente se ha conocido un auge de la glosa, que aquí llamamos columna.

Calle de Sacramento. Calle que despierta expresiva y viva como un folio en blanco para escribir la glosa del día. Los prosistas de Franco fueron muchos y muy leídos, pero siempre por la misma minoría y algunos por la clase política. En Sacramento escribía D'Ors su glosa diaria y temprana, siempre una sola, una al día. Así como otros escritores —González-Ruano— van asociados a una idea de abundancia y multipresencia, D'Ors, a la manera de Azorín, se diría que rechaza esa acumulación. Articulista profesional puede llamarse al que hace un artículo intemporal de política, arte, historia, etc. El concepto de glosador ya es otro. Tiene una medida más corta y es evidente que don Eugenio ama ese recorrido, que suele equivaler a un folio, aunque en ocasiones el maestro encuentra un tema interminable, o casi, y lo va desarrollando por días, mediante el sistema de una glosa diaria, método de trabajo al que, como vemos, no renuncia nunca. La columna no es el artículo ni la glosa, sino algo más personal y al

mismo tiempo más periodístico.

La idea de columna proviene, sin duda, del periodismo americano y va ligada a la actualidad, de modo que el artículo es pariente del ensayo y accede a la intemporalidad. Decía Azorín: «Yo soy un hombre de un folio.» Efectivamente, lo escribía a las siete de la mañana y el resto del día lo dedicaba a leer o ver cine.

Hubo mucho articulismo en los años 20 y 30 por influencia de Ortega y por el advenimiento o anunciación de la República. Ortega es el articulista perfecto, aunque tiende al exceso más que al laconismo, pero precisamente sus excesos son lo mejor de su estilo. El *Heraldo de Madrid* fue uno de los periódicos que más contribuyeron al columnismo y al reporterismo literario. Luego se da, naturalmente, el escritor que no hace artículos porque se le resiste esa medida o porque no lo intenta. Así, don Pío Baroja sabemos que es un articulista de ocasión, aunque él practica mucho el recorrido corto en los capítulos de sus novelas.

Y éste es el paisaje periodístico del franquismo, que herboriza desigualmente por las imposiciones de la censura, el desentendimiento político del público, la monotonía de la información oficial y otras causas. Lo de D'Ors fue un milagro de amenidad, cultura, ironía y juego peligroso con el Sistema. Los columnistas más leídos durante casi cuarenta años fueron, aparte de D'Ors, González-Ruano, Sánchez-Mazas, Eugenio Montes, Pérez de Ayala, García Serrano, José María Pemán, Fernández Flórez, Foxá y algunos más.

Curiosamente, la actitud general de estos escritores herborizados bajo el franquismo fue de rechazo, aceptación irónica, puesta en juego de las ideas y ambigüedad frente al Sistema, del que muchos se beneficiaban.

Jordi Gracia, el brillante escritor catalán, acaba de sacar una biografía de Dionisio Ridruejo donde entre otras cosas podemos encontrar, naturalmente, la faceta articulista de Ridruejo. Me voy a permitir estudiarla aparte dada la singularidad política del personaje como escritor fascista y como abanderado de una derecha socialdemócrata que es precisamente la que hoy debaten en España los dos grandes partidos.

24. DIONISIO RIDRUEJO, SERRANO SUÑER, EUGENIO MONTES, ETC.

Jordi Gracia estudia los años germinales de Ridruejo como «la fabricación de un fascista». Repasando todo el trabajo de Dionisio Ridruejo encontramos confidencias literarias, privilegios de un poeta joven, artículos de batalla, cartas desde el frente, los cuadernos de Rusia, hasta el desengaño franquista y las cartas del confinamiento. De esta promiscuidad se deduce que Ridruejo, aunque aspirase siempre a la obra política y monumental como base de un sistema, en realidad dispersa su vida y su actividad literaria en los diarios de una tregua y otros artículos, informes a Franco que Franco no leía y estudios de política internacional como *La Italia democrática*.

Luego viene el optimismo del reformista, la poesía, los informes a Falange, donde se ve la mano y la protección de Serrano Súñer. Ridruejo se encuentra ya en plena reforma democrática, pero nunca cesan en su vida las caídas, las recaídas ideológicas, las crisis de salud, la prosa viajera y todo lo que dedica a Burgos y Cataluña.

El editor Vergés, que hacía la revista *Destino* y había hecho turismo de guerra en Burgos y Cataluña, le encarga a Camilo José Cela un libro grande y perdurable sobre Castilla la Vieja. Cela se pone al trabajo, pero Vergés le envía un anticipo de cincuenta mil pesetas por los dos tomos que va a tener la obra. Cela, experto en libros de viajes, le devuelve a Vergés el contrato, y con todo el material ya reunido, se pone a hacer el libro para sí mismo y para la editorial que luego lo tuvo, con el sugestivo título de *Judíos, moros y cristianos*, que es el mejor libro viajero de Cela. Él mismo me contó a mí este desencuentro con el editor. Vergés, inmediatamente, le encarga el libro a Dionisio Ridruejo, quien acepta las pésimas condiciones porque en realidad no era un escritor de comercio continuo, sino un político que escribía mucho, pero siempre para decir algo, que es la peor manera de escribir. Se escribe mucho mejor cuando no hay nada que decir. Algún crítico ha dicho que los veinte tomos de la monumental novela de Marcel Proust no contienen otra cosa que la voluntad de hacer una novela. En cualquier caso, el libro de Ridruejo resultó muy bien, aunque sin la gracia, la malicia, las sabidurías exóticas y los desplantes históricos de Cela. En todo caso, ambos libros han quedado ahí como dos obras maestras, a más del poderoso ensayo de don Américo Castro, con idéntico título, y van tres.

25. FASCISMO Y 98

Si hubiera que hacer la nómina del fascismo español, nos encontraríamos con la sorpresa de que el primer intelectual a quien pudiera llamarse fascista es don Miguel de Unamuno y Jugo. No digo que don Miguel fuese fascista en el entero y agresivo sentido de la palabra, de modo que su afán de hacerse una figura, una silueta, un bulto dominante, le viene del romanticismo, y se resuelve en ese dandismo ofensivo del siglo XX que es el fascismo.

La vestimenta casi clerical de Unamuno se ha interpretado efectivamente como religiosa, sin reparar en sus botas negras y militares, en su pelo cortado en cuadro, estilo cuartel, y en el autoritarismo innato de su persona, que le acompaña a todas partes. Si hubiera que ceñir la figura de don Miguel hasta tener el esquema último y decisivo de su personalidad, de la personalidad que él se ha creado, veríamos que, efectivamente, tiene un primer golpe de vista clerical, pero lo clerical penetra más suavemente en las cosas y su autoridad se baña siempre en una paz espiritual que Unamuno ignora.

No es ninguna sutileza ésta de obtener un militar, o casi, donde creíamos habernos encontrado con un clérigo. No olvidemos que la vida de Unamuno se consume en la Guerra Civil como apoteosis nacional y militar, y esto le separa de todo el resto del 98. Aquello no fue sólo un accidente, sino una anécdota esencial para saber de qué lado del tablero había quedado el escritor. Claro que, enfrentado al fascismo español de entonces, líricoide y mal informado, Unamuno resulta efectivamente un precursor del fascismo español que trata de imponer su disciplina no sólo en el aspecto militar, sino en todos los otros aspectos de la vida.

Allá en Chafarinas, donde Unamuno coincide con Francisco de Cossío, todo un liberal vagabundo y buen escritor, las hoy olvidadas páginas de Cossío sobre Unamuno nos revelan al solitario poderoso y nietzscheano que aspira a imponer en España el poder religioso o cualquier otro poder absoluto.

El poder religioso, efectivamente, es el que Unamuno prefiere para gobernar España, aunque sus discursos los diga en las plazas de toros. César González-Ruano, cuando visita a Unamuno en Salamanca, ha de reconocer en seguida que, pese a su sometimiento e indudable don de gentes, el rector nunca había acabado de tomarse en serio aquella biografía, construida mientras Unamuno jugaba al ajedrez, hacía pajaritas de papel o curioseaba la vida de Salamanca.

Unamuno, en esta visita, siempre se dejó invitar por el periodista Ruano, y únicamente en la entrevista de despedida impidió que el otro pagase el café de los dos al grito de: «¡De ninguna manera, de ninguna manera, cada uno paga lo suyo!»

Tiempo más tarde, cuando Ruano le lleva el original a Salamanca para que lo vea antes de publicarse, Unamuno le dice lacónico:

—Está bien, pero está hecho sin cariño.

Unamuno es el poeta que comete esta tropelía lírica:

*Salamanca, Salamanca,
renaciente maravilla,
académica palanca
de mi visión de Castilla.*

El poeta que es capaz de meter la palabra «palanca» en un poema, sólo por redondear una frase, sencillamente no es poeta, desprecia el idioma. Es un fascista del idioma. Le importan más los actos que su estética, como hubiera dicho Ortega. Ortega no era un fascista ni lo fue nunca, sino un liberal mal acostumbrado por el golf, las marquesas, los amores argentinos y el tabaco.

Unamuno no podía hacer un libro con Ruano ni con nadie porque escribía contra sí mismo, como es el caso de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, libro bellísimo, por otra parte, y en el que se impone como en ninguno el autoritarismo intelectual de Unamuno,

como se impone el autoritarismo familiar en *La tía Tula*.

Lo sentimos, pero Unamuno es uno de los primeros casos europeos de intelectual fascista, como en Alemania lo fueron Nietzsche, Heidegger, etc. El fascismo resultaría así, como hemos visto, una consecuencia beligerante e inesperada del romanticismo. Dice Sartre que, cuando el dandi pierde la protección del príncipe, se erige en su propio príncipe. Esta erección, vista colectivamente, es la que explica las raíces dandis del fascismo, con aparato tan ostensible en las novelas y películas sobre el género que hemos visto después.

En la Generación del 98 es difícil encontrar otro modelo de prefascista, y la verdad es que los del 98 se ladearon más hacia un anarquismo con más ramos de rosas que de bombas y hacia un esteticismo callejero que quiso romper las vitrinas de Galdós. Por eso nos viene sola a las manos la conclusión de que en Unamuno principia y se agota el verdadero fascismo español, tan evidente en algunos de sus discursos, así como en la vida pública y privada del escritor, según las anécdotas que aquí hemos recogido.

26. LA MANICURA DEL TIGRE

«La manicura del tigre» se llamó, con cierto humor inocente y acertado, a la labor de los generales de Franco que le ayudaron a ganar aquella guerra o levantamiento militar. «La manicura del tigre» quiere decir que hubo un grupo de generales íntimos, pero sensatos, que se propusieron, a partir de cierto punto, hacerle la manicura al tigre, limarle las uñas al dictador y convertir un levantamiento militar en un levantamiento civil. Franco era conocido como «Franquito» en el mundo castrense, un generalísimo provisional que imponía nuevas lealtades a los españoles y especialmente a sus guerreros. Toda la doctrina de Franco en cuarenta años queda resumida en esta frase tonta que se hizo famosa tras la muerte de Carrero Blanco: «No hay mal que por bien no venga.» La frase divirtió mucho a los españoles por su oquedad, pero en realidad quería decir «sálvese quien pueda» y también «no hay mal que por bien no venga», ya en el otoño de la dictadura. Claro que son muchos los náufragos de la nostalgia y los franquistas después de Franco, pero los gritos de las águilas se habían posado definitivamente en las almenas de la patria.

Así lo entendió Gabriel Cardona, autor de un interesante libro sobre el tema y autor, asimismo, de la aludida metáfora del tigre: Franco fue uno más entre los numerosos políticos sanguinarios de su época, sin ser un gobernante original, pues se benefició de una mezcla de ideas reaccionarias y fascistas, además del legado de Primo de Rivera, de quien tomó muchos hombres, ideas y realizaciones. Esto no produjo dos dictaduras en España porque sus componentes circunstanciales y humanos eran diferentes. A Primo de Rivera ya lo hemos estudiado aquí como un aristócrata paternalista, inocente, desenfadado, aficionado al cante, el vino y las mujeres, por seguir con las valiosas definiciones de Cardona.

En cambio, Franco era un complicado personaje mezclado de complejos, perteneciente a las clases medias españolas, de las que ya hemos dicho bastantes cosas. Franco alcanzó su caudillaje gracias a la guerra más cruel y antipática de nuestra Historia. Franco muere en la cama, sepultado como un personaje egipcio de zarzuela. No tenía cultura ni nunca tuvo biblioteca, pero tampoco era tonto y supo rodearse de hombres que valían más que él.

Sólo lloró, ya muy anciano, en el funeral de Carrero. El hijo de Carrero fue asimismo almirante y a su esposa, una bella dama, la he tratado bastante. Era o es una mujer irónica, burlona, generosa y buena chica, pero distanciada en absoluto de los ideales de su suegro y de Franco. Parece una nota anecdótica, pero ya extraña desde un principio conocer los nuevos fundamentos de esta dama y entender cómo el hijo de Carrero se había casado con ella. Sospechamos que aquel enlace no tenía demasiada fuerza cuando estábamos precisamente en el momento de las alianzas, los pactos y los fanatismos.

Un domingo por la mañana, en los años de la Transición, me encontré a esta dama por los alrededores de Cuatro Caminos, en un pequeño automóvil. Sin duda, rondaba por allí para hacer su espionaje particular sobre el evento socialista que se celebraba, pues efectivamente Laín Entralgo, que ya había hecho su famoso descargo de conciencia, podía erigirse como nuevo intelectual sindicalista, muy lejos ya, él y todos, de sus vocaciones juveniles de Imperio y caudillismo. Los generales de Franco fueron exactamente los que habían hecho la carrera militar con él, aquellos africanistas de los que tanto sospechaba Azaña, y que acabaron ganando la guerra y recogiendo el poder de manos del Caudillo.

El general Mola, que venía de Sanjurjo, se movió muy bien en los motores internos del Alzamiento y murió prematuramente en un accidente aéreo más que sospechoso. No es que Mola supusiera una mejora o ventaja respecto de Franco, pero era aún más frío, más inteligente y peligroso. Eran tantos los que le querían matar que todavía hoy no ha podido llegarse a aclarar el enigma de su asesinato. Mola deja muchas rencillas en

cuanto a su herencia, pero el saldo final nos explica que la Transición se hizo con los generales más partidarios de Franco, y concretamente los *afrikáners*, que eran los más imperialistas y los que mejor conocía Franco dada su larga estancia en África.

Alguna vez hemos definido al Ejército español como «el Coloso triste». Efectivamente, el Ejército español tiene mala prensa entre el pueblo cuando la verdad es que muchas veces se ha sacrificado por España y por Franco dentro de las limitaciones de su escasa formación política y humana.

Como sabemos, Azaña estuvo en Francia estudiando las reformas militares de aquel país, muy inteligentes por cierto, pero toda aquella cultura militar e histórica se perdió en nuestras academias militares, cuando los nuevos oficiales volvieron a pasar por las viejas disciplinas vagamente napoleónicas.

Yagüe era un joven coronel, un veterano de Marruecos, como casi todos, antirrepublicano y amigo de Franco. Yagüe llevó entre otras cosas la Revolución de Asturias. Todos estos hombres y otros han sido estudiados por Azaña en sus Diarios y Memorias. Aquel gran republicano no creía mucho en casi ninguno de ellos. Si los Diarios de Azaña se hubieran publicado por entonces, el Ejército habría perdido su prestigio de desfile y quizá nunca habría habido un levantamiento militar. Pero Azaña escribía para sí mismo y, por otra parte, veía en aquella gente un conjunto de mediocres uniformados de quienes no cabía esperar nada malo ni bueno. En cierta ocasión cuenta que los generales se le han alborotado porque les ha suprimido algunas borlas de sus uniformes de gala. No hay duda de que los generales quedan mejor ataviados según Azaña que también había copiado de Francia la estética de aquel Ejército. Anota Azaña que, cuando devolvió al generalato sus uniformes excesivos, algunos, ya en verdadera libertad, llegaron a adornarse con colchas y pareos de habitación de lujo. Don Manuel ironiza mucho sobre esta rebelión de las borlas y sobre el infantilismo de los militares, de aquellos militares. No sospechaba don Manuel que la guerra de las borlas sería alguna vez la guerra de las bombas y que esa guerra le iba a echar a él de España, convirtiéndole en un personaje segundón y paria de «La velada de Benicarló».

Con las primeras polvaredas del levantamiento, España se convirtió en un naipe vertiginoso que daba la victoria a la derecha o a la izquierda, según la jugada de cada día. La República no esperaba esto en absoluto. El pueblo tampoco lo esperaba, ni siquiera los militares, pues no todos estaban en la conspiración. El poder de Mola se perdió mientras Hitler y Mussolini apostaban internacionalmente por Franco.

El Ejército español tenía tres cabezas cuando empezó la Guerra Civil: Franco, Mola y Queipo de Llano. Franco era tan sutil que se deslizaba por dentro de sí mismo y tuvo engañados a todos, porque había fabricado un engaño para cada uno. Quiero decir que Franco, durante la guerra, siguió manejando a los hombres del Ejército, más o menos adictos, creando una fábula para cada uno.

Así, Mola, que había tomado todo el norte de España, era un dictador frío, duro, lleno de un talento inmóvil. Mola creía que aquella España del norte, callada y peleadora, la estaba gobernando él, pero por dentro de él quien la gobernaba era Franco, que prefirió convertir a cada uno de sus hombres en un caudillo mejor que sublimar su propio caudillismo. Mola muere en un accidente de aviación más que sospechoso, como ya hemos dicho aquí. Es admirable estudiar, más que los consabidos movimientos tácticos del Ejército en guerra, la continua guerra que mantenía Franco con los demás y consigo mismo, que era un juego de sutilezas y de trampas que iba acumulando cada vez más poder en manos del afrikáner galaico.

En el caso de Queipo de Llano, Franco llega a crear con él una verdadera obra de arte. Le halaga su natural esnobismo con cargos, prebendas, elogios que eran órdenes y comunicados que parecían súplicas. Así, Queipo llega a creerse el gran caudillo de Andalucía, acumulando bajo su delirio barbaridades históricas de temperatura mundial,

como el asesinato de García Lorca. Queipo era un gran personaje para Franco, algo así como Tirano Banderas para Valle-Inclán. Queipo, siempre ilustrado de medallas, cargos y fotografías en el republicano *ABC*, paseó su dandismo ingenuo y palabron por la España que creía suya, es decir, todo el hondo sur de Andalucía. Eso había que rubricarlo con un gesto dandi y fuerte. Ese gesto se hizo y esto explica la muerte de Lorca, tan «innecesaria», si es que se nos entiende y se nos permite una leve ironía.

Lo que uno quiere explicar aquí, porque nunca lo ha visto escrito, es esa guerra interior de Franco con su Estado Mayor. Franco es «el hombre sin atributos» de Musil, lo cual quiere decir que despliega cada noche todos sus atributos sobre la mesa y los distribuye de manera que ayuda a ganar la guerra y a que le ganen su propia guerra. Así, cuando Franco se proclama Caudillo, ocurre que ya lo era desde hacía tiempo porque se había ocupado humildemente de ganar las más impensadas «batallas del Ebro». Falta por escribir todavía el libro apasionante de los movimientos de Franco en el laberinto fascista, todos ellos cumplidos con éxito.

En las Huelgas Reales de Burgos, mientras los demás rezaban o cantaban, Franco, en un silencio modesto sin remedio, trazaba planes hábiles, ágiles, galaicos, para dar un paso más dentro de sí mismo, e ir copando esa cosa invisible que es el poder y constituía su única pasión. El hombre de acción es un conspirador contra sí mismo. Del mismo modo que Sartre consagró parte de su trabajo, la última, a escribir contra sí mismo, yo deduzco que Franco, en vistas de una batalla, dedicaba toda la noche a plantear y resolver problemas de esa batalla.

Me decía Areilza, que había trabajado con él, que Franco no era tanto como un estratega, pero sí un genial táctico. Tenía razón Areilza, salvo que la mera táctica en Franco se sublimaba. Fue como un carpintero diseñando bellos y complicados muebles manuelinos. De este modo, no ganó la guerra un intelectual ni un gran militar, sino un hombre audaz, un corazón audaz que se tomaba las medidas a sí mismo para saber hasta dónde podía llegar. Desde luego, llegó mucho más lejos que el liberal Areilza.

Nos gustaría apuntar que la guerra no la ganó la izquierda ni la derecha, sino la suspicacia tonta de un militarillo de clase media con dotes de sargento y realizaciones de verdadero revolucionario, aunque para él no sonaba bien la palabra «revolución». Entendemos que Franco está poco estudiado como quien realmente era. Se le dejaba en un militarón o militarín que ganaba las batallas por casualidad. Pero al «Franquito» de sus amigos no lo ha conocido nadie ni quizá se conocía a sí mismo.

Una tarde en los toros, después de la corrida, Franco llamó a su palco a Luis Miguel Dominguín y le preguntó:

—Dígame, Dominguín, ¿cuál de sus hermanos es el comunista?

—Comunistas, todos, Excelencia, en mi casa somos todos comunistas.

La respuesta de Dominguín es buena, pero nos importa más la pregunta. Franco pensaba que se podía andar por la vida haciendo a la gente preguntas políticas porque no creía en la democracia salvo a este nivel de diálogo de dos españoles en los toros. Franco es tan escapadizo que, cuando yo escribía mi *Leyenda del César visionario*, me costaba sujetar la figura del Caudillo, que en seguida se sustituía a sí mismo por un dictador bonachón, pacífico y distraído, que hacía las preguntas imposibles, como un niño.

27. A LA INMENSA MINORÍA

A la inmensa minoría.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

La historia de la Guerra Civil es, como ustedes ven, una historia militar, una historia de militares. Todo se planeó, ocurrió, se imaginó en unas cuantas mentes militares hábilmente manejadas por Franco. El Coloso triste veía perdida España por los dos lados, y unos y otros decidieron que la guerra era su única salvación. Los nacionales no podían respirar en una República izquierdista y los izquierdistas sabían que en aquel trance se podía perder España definitivamente. Se perdió para medio siglo.

En el inmenso daguerrotipo de la batalla se perfilan dos figuras como de Valle-Inclán, que son las únicas que le ponen un cierto lirismo de derechas o de izquierdas a la tragedia española. Me refiero a Donjuán de Borbón por un lado y a José Antonio Primo de Rivera por otro. Ambos consiguieron asustar a Franco, que sabía anticipar las dimensiones de cada peligro, e hizo llegar a Don Juan palabras muy duras y amenazadoras si no abandonaba España inmediatamente. Donjuán se resignó a ser un colaborador oficioso de segunda fila.

El otro personaje tiene más novela. Se trata del hijo del dictador Primo de Rivera, un señorito literario y abogado que fundó un fascismo a la española. Su partido, aunque minutísimo, llegó a adquirir gran violencia y escenificó la lucha de clases las tardes en que aquellos señoritos se paseaban por Cuatro Caminos persiguiendo obreros y repartiendo sus publicaciones de un modernismo artificial y urgente. José Antonio tenía un coche amarillo con el que bajaba de su casa, muy cercana a la de Menéndez Pidal, hasta los cafés bohemios de Madrid, en cuyo sótano solían tener reuniones entusiastas y juveniles los fanáticos de aquel fascismo prematuro.

Foxá, Montes y algunos otros escribían el *Cara al sol* en grupo, mediante la inspiración colectiva, como habían hecho los surrealistas franceses, hasta inventar aquel juguete intelectual que se llamó «El cadáver exquisito». Junto a los falangistas, que ya se llamaban así, estaba César González-Ruano, al que alguna vez invitaron a participar en la tarea literaria, pero Ruano prefería seguir escribiendo sus artículos, que era de lo que cobraba y de lo que vivía.

Metido en plena batalla, José Antonio es apresado en Alicante y fusilado un 20 de noviembre. A partir de ahí principia la leyenda de J. A., a quien sus partidarios habían tratado, bizarramente, de liberar. Franco pensó inmediatamente en utilizar esta muerte dejándola viva, es decir, difundiendo el mito del «Ausente», que servía para galvanizar al pueblo fascistizado, para otorgar mitología a las grandes figuras de la Falange, como Girón o Serrano Súñer, y, finalmente, para ocultar la satisfacción que le había proporcionado a él aquella muerte, que venía a abolir, después de muerto asimismo Mola, todo fanatismo que no fuera el del creciente Caudillo.

La derecha española vivía entonces, a las orillas del Ebro, su apoteosis de división y crueldad, mientras el pueblo acorralado veía morir a sus héroes: García Lorca, Miguel Hernández, etc. Algún historiador desmadrado cayó en el disparate de hermanar las muertes de Lorca y José Antonio en un fácil juego de imágenes. Y eso es lo que nos ha quedado de aquella guerra romántica ya como las del siglo anterior.

Juan Ramón Jiménez invoca a la inmensa minoría, que es la que le leía a él. Los falangistas se habían pronunciado siempre por una minoría elitista, en una mala interpretación del nazismo alemán y el fascismo italiano. Quiere decirse que había en el aire del nuevo siglo una temperatura de elitismos, una palpitación de minorías, favorecida en el pensamiento por Ortega y su *Rebelión de las masas*.

El elitismo europeo se impone en España por sobre la mediocridad cuartelera que propicia el franquismo. Como el franquismo era un inmovilismo, estos elitismos a que aludo se mueven entre la izquierda juanramoniana y atea y la derecha terrateniente e inculta.

El elitismo intelectual se refugia en el exilio y el elitismo social llega a alcanzar incluso a la familia del propio Franco con las bodas de sus nietas. Hoy, el daguerrotipo del tiempo ha disecado aquellas hojas que caen del árbol del cielo. El capitalismo, el liberalismo democrático, el socialismo ilustrado, etc., son las fuerzas sociales y los movimientos reales que hoy animan España y la mantienen en el nivel de las naciones europeas. Pero precisamente esta prosperidad ambiente es la que alimenta los renacientes nacionalismos, cada uno con su motor racista, económico, fetichista y demás. Pero de los nacionalismos insurgentes hablaremos en el próximo capítulo por la relación que tienen con esas minorías que hemos invocado. Lo que no se había perdido nunca era la idea de España. Hoy no se pierde, pero se disgrega.

Juan Ramón Jiménez o la minoría de izquierdas. Él y toda la Generación del 27, que de él nace, es una consagración a la minoría y de la minoría, como lo es, mediante la negación, *La rebelión de las masas*, de Ortega. Ya desde el arbitrista y desde antes se mueve en España una teoría que intenta el Gobierno de las minorías. Esto es la tardía respuesta al Gobierno de las mayorías demagógicas que finalmente dan en el comunismo.

La minoría juanramoniana es esteticista y elitista, convencido como está el poeta de que en España sólo se puede hablar o escribir para pocos o para nadie. Dice el académico Fernán-Gómez que lo que más le molesta del teatro es el público, y esto no es sólo una ironía. El teatro puro, el teatro ideal sería el que se representase en el vacío, mejor aún, que lo representase el propiopúblico, y entonces sobrarían los actores o todos serían ambas cosas. Del mismo modo, Juan Ramón pudo haber dicho que lo que le molestaba de la poesía eran los lectores. En realidad, el poeta escribe para sí mismo y todo lo demás son concesiones. El poeta completo es el que no necesita que le escriban versos, porque se los escribe a sí mismo.

Del mismo modo, y aunque parezca lejano el ejemplo, don Manuel Azaña hizo una República para sí mismo, Franco hizo una guerra para sí mismo, aunque todos sufrimos las consecuencias. No pretendo jugar con las palabras, sino explicar ese fenómeno nacional poco entendido por el que comprendemos que España es una batalla de élites, de minorías, de nacionalismos, aunque parezca un país superpoblado de tendencias, partidos, agrupaciones, ideologías e intereses. Se hizo una guerra civil para despejar España y, poco a poco, hubo que ir matando a todos los españoles, o por lo menos a un millón.

Hay tres o cuatro élites que gobiernan a los millones de españoles y también a sus excepciones, comprendidos el obispo y el rey. Estas élites o minorías son los jesuitas, los masones, el Opus Dei, más modernamente, los obispos y determinados intelectuales que están en contacto con el dinero grande de la nación.

El sentimiento egotista de minoría, que en Juan Ramón es lirismo, en las élites es conspiración y en los nacionalismos es entrar o salir de la casa por la ventana. Adormecida la inmensa minoría lírica, la inmensa minoría comerciante y orteguiana, hoy tiene plural vigencia la minoría territorial de Vasconia, Cataluña, Galicia, Valencia y otras cuantas élites peninsulares que están descubriendo ahora la nostalgia del soberanismo. Este soberanismo, que se presenta casi como revolucionario, es en realidad un monarquismo añorante y de patria chica.

Dice Lipovetsky, en su gran ensayo sobre fugacidad, consumo, etc., que el mundo de la publicidad tiene efectivamente una gran fuerza sobre la sociedad actual. Ahora mismo nos brinda una estadística según la cual Coca-Cola ha vendido este año un millón de botellas más que Pepsi Cola. El fenómeno se debe, sin duda, a la publicidad, pero Lipovetsky nos hace ver que toda esa publicidad, toda esa fuerza, toda esa información, están al servicio de una fugacidad, de una nadería, de algo que se hace soluble e invisible en la propia mayoría que la protagoniza.

Esta fuerza y eficacia reales, pero banales, que denuncia Lipovetsky, se vienen

aplicando a la política, a la violencia y a la guerra desde mucho antes de que inventásemos la publicidad. Grecia y Persia hicieron unas guerras publicitarias, respectivamente, cuyos uniformes, figurines y retóricas nos han llegado hasta ahora mismo y todavía se cursan en la docencia de Occidente. Persia publicitó tan sabia y modernamente su beligerancia que todavía el poeta surrealista, André Bretón, pudo decir en el siglo xx:

—Persia, siempre Persia; Grecia es el gran error.

W.

En la II Guerra Mundial del siglo xx, Alemania e Italia se caracterizan por sus ofensivas publicitarias y espectaculares, por su promoción del estilo propio de guerrear, frente al estilo casi anónimo de Stalin y la URSS.

La Guerra Civil española de 1936 la hemos estudiado aquí de pasada a propósito de sus generales. Hay que decir que esta guerra la vendió la izquierda con mucha más eficacia y brillantez que la derecha. Las canciones milicianas en la Casa de Campo, los mítines de Azaña, la ateniense batalla de Madrid, todo esto ha quedado en discos, películas, folclore, novelas, memorias, fotografías y escritores extranjeros, como Hemingway. Esta guerra fue un desastre nacional, pero también una campaña de promoción con mucha resonancia en el mundo a nombre de España. Venidos al siguiente acontecimiento histórico de nuestro pueblo, la llamada Transición, el presidente Suárez lanza su gran proyecto político más lleno de eslóganes que de fórmulas perfectas para rehacer España. Así, España se ha reedificado territorialmente, pero ahora se está derruyendo y deconstruyendo en el fanatismo de los nacionalismos, que no es sino una mala interpretación del «café para todos» que propugnó Suárez.

Sabemos que España se constituyó letra a letra en un ajedrez de caballos imperiales. Este primer imperio de Europa ha arrastrado siempre una enfermedad crónica de separatismo e individualismo, que es lo que ahora se exaspera, se exagera y se renueva. El nacionalismo, aunque no lo diga, es también, como en el viejo poeta, una vocación de minoría selecta y unánime. Todos piensan alguna vez que la depuración de los valores puede llevarnos a la depuración de otra patria más íntima, más orfeónica, más independiente y más triunfal, sin tener en cuenta que, desde la Historia a la gramática, todo converge aquí en un embalse romano, en un ademán de Carlos V o en unos versos de Antonio Machado.

El nacionalismo es un elitismo provinciano, un minoritarismo estático y un militarismo improvisado, sin la grandeza del Coloso triste. La inmensa minoría de todo nacionalismo no esconde otra cosa que una voluntad de poder renacida de las aguas estancadas y palúdicas de la monotonía provinciana. Dijo Azaña que el nacionalismo es como el dominó de Valladolid, o sea que nace del aburrimiento. Este aburrimiento se reviste con tópicos patriotismos, sin plantearse siquiera que París o Londres no hablarán nunca el valenciano acatalanado de las Fallas. El asunto no requiere mucho más análisis y ha podido herborizar gracias a la torpidez de unos Gobiernos y partidos políticos de la derecha más estanca y estanquera, que es la que ahora quiere tocar poder.

28. ESPAÑA EN CALESA

Toda meditación sobre España, su nación y su nacionalismo es algo que nos conduce directamente, y como de vuelta, a la realidad de Castilla, a la cotidianidad castellana. Sin ninguna clase de mito, nos planteamos Castilla como origen militar y mitológico de la patria. España no ha sido nunca el predio de la derecha, de los hacendados, de los supersticiosos, sino el solar donde nos planteamos los grandes encuentros de la patria consigo misma. La reflexión nacionalista o separatista sobre España es una reflexión turística que quiere comprarse lo que ve al pasar, el gran archivo en Salamanca y el gran espectáculo en Madrid. Ramón Gómez de la Serna, en su biografía de Azorín, dice cosas como éstas. Y no recurrimos a un erudito, un hispanista ni a un fanático, sino a un poeta en prosa de la realidad española. «Azorín no pierde la serenidad, espera la alta marea de la realidad española en peñón que no se sumerge y nos devuelve la inspección de los mares extáticos de Castilla, como un descubridor de pampas y pueblos señeros. Pero la mayor conquista de Azorín es la del concepto de Castilla. Castilla parece inextricable. En ella han nacido los concentradores de la Península, y en su paramera ha habido luz de dominación y luz de heroicidades. ¿Qué tiene Castilla de decisivo, de profundo, de esencial?»

«A veces un gallego o un andaluz la motejan de pobre, de monótona, de triste, en plena incompreensión de su tesoro ponderativo, señorial y depurado. Los catalanes y los vascos, más certeros, la reconocen como una fuerza enemiga y brillante, triunfadora, y le dedican la agresión y la recusación. Pero Castilla, con esos ingredientes misteriosos que nadie comprende, se produce sola, vence, refina el verbo, crea la aventura. Azorín se da cuenta del valor de Castilla y comienza a definir ese algo incomprendible y muy ingenioso que la caracteriza, y encuentra la manera de dar publicidad al ritmo silencioso, esfíngico y supremo de Castilla. No es de Castilla de donde más ha escrito Azorín, y sin embargo, se le ve cabalgar siempre a lomos de esas tierras aradas que se extienden por su alta meseta. Alta meseta, que quiere decir muy sobre el nivel del mar, sin alarde de estar sobre la montaña para presumir de eso. Azorín comprende la grandeza que hay en esa autoridad y sobriedad de Castilla, y va pronunciando sus horizontes con maravillosa dicción, encontrando su belleza tendida y sin pelambre de sus suaves lomas, de sus pueblos, en que sólo se medita, pero se medita bien. No buscó un efectismo histórico o convencional, sino hacer justicia escuetamente a esta condición de Castilla. La tierra que no ha hecho sino producir hombres, producir hechos, ordenar conjunciones, dirigir imperaciones y sonreír de los orondos viajeros que la consideraban flaca, sin conocer sus misteriosas condiciones de supervivencia, ha sido entendida por Azorín, que ha encontrado en sus parajes el equilibrio más estable y más profundo del ser y del no ser. Peregrino de Castilla, Azorín comprende el cielo y oye la flauta de una estrella y agudiza el oído hasta oír la clepsidra de la helada que cae en Castilla con finura suma. La clara persuasión del “después de todo” y de “al fin y al cabo” está en esa llanura que los burdos no comprenden y menos que nadie los que creen que todo se debe al fruto y al verdor.» «Azorín, que es el espectador máximo, contempla esta austeridad de Castilla, esta elevación sobre todo vicio regional. Sin que de la hegemonía saque partido mi riqueza, Castilla comprende la tenacidad que logra crear una raza y fraguar un idioma, y es que en ese paisaje y en esos austeros poblados que lo animan, y en el decir de sus moradores, se piensa con nitidez y se comprende el deber fatal del nucléolo. Comprendiendo que algún secreto había de tener Castilla para su preponderancia, lo encuentra en su rapada condición de calvero central y en su cualidad de cerealista de la lengua. Imbalbuciente, inceceante, ingangueante e inaltitonante. Ve a Castilla tratada injustamente por todo el mundo, vilipendiada hasta en Portugal, por haber tenido que llevar el estandarte primero, y encuentra que sobre el egoísmo de sus hombres —que no tienen ninguno— tiene una cosa de crisol, de cristales lúcidos, porque fija las ideas al permanecer en sus

obligados votos de pobreza, de ausente de engañosos paisajes, de silenciosa de mares, verdadero crisol racial, sitio de examen espiritual, claustro de ejercicios, de ayunos, de libertad, de inspiraciones sobre la más ancha e iluminada mesa de llanuras.» «La química de Castilla es química de derribos, de casillas del agua, de las que se perdió la llave; de casas que nadie cuida, de castillos rotos, siendo todo eso clarificador de la vida. En Azorín, primero que en nadie, encuentra fotografiación una realidad inconfesada, una realidad sólo visible en su aspecto de madre severa y gobernadora, de la que sólo los lerdos no saben de dónde le viene la autoridad. Ve a esos castellanos con aspecto de resucitados, ante los que Chesterton dijo: “Qué cultos son estos analfabetos.”»

29. RATZINGER, UN PENSADOR EN EL VATICANO

El nuevo papa, Benedicto XVI, ha hecho en estos días su primer viaje al exterior como tal papa. Benedicto XVI dicen los periódicos que sigue la carrera y el talento de su antecesor, pero uno cree que es todo lo contrario. No olvidemos que lo de Benedicto XVI no es más que un pseudónimo sagrado. Estamos en realidad ante Ratzinger, un intelectual europeo cuyos libros ya leíamos desde hace años. Es un teólogo que sugiere el intercambio de pareceres y la conversación filosófica. Ratzinger lee, escribe y conversa. Juan Pablo II sólo rezaba. Juan Pablo II era una beata.

El colegio cardenalicio eligió bien porque la cristiandad ya estaba un poco cansada de la eterna representación papista. Las palomas, las santificaciones, el tercer mundo, la recepción de parejas reales. Y siempre igual. Juan Pablo viajaba mucho, exigía mucho, pero no conseguía nada. De Ratzinger uno no espera gran cosa en cuanto a bienes materiales, sino una puesta en razón de la Iglesia, que desde el Concilio famoso había venido degenerando en forma de espectacularidad y festejo.

Este papa filósofo y todavía joven, contando esto de la juventud de los papas por eternidades, es un contemporáneo nuestro con el que podemos dialogar al margen de milagros, aves y enfermedades. No le conviene a Europa la supresión del catolicismo, que es una potencia interior y política muy utilizable. Quizá resulte escandaloso hablar así del vaticanismo, pero lo cierto es que, con frecuencia, a donde no se llega con la mano se llega con la punta del crucifijo papal. Europa tiene su origen en varias capas geológicas que hoy llamaríamos capas históricas. Una de esas capas es la cristiandad, de la que muchos europeos abjuramos, pero que a los políticos les sirve en muchos sentidos. Queremos decir, en fin, que el Vaticano es una fuerza por sí misma, y como tal debe utilizarse y se utiliza.

En una Europa no excluyente, el cristianismo, que a todos nos ha bautizado, debe prestarse ahora a que le bauticemos nosotros. En cuestiones puntuales, como el matrimonio, el divorcio, la sexualidad, la reproducción, etc., por no hablar de la continua polémica científica, el cristianismo o nuestro inmediato catolicismo pueden hacer mucho a favor del progreso, pero también en contra.

Uno confía en que éste será un papa dialogante, un hombre rigurosamente contemporáneo e incluso un jefe político. Necesitamos muchos interlocutores y Ratzinger es uno de los más cualificados que tiene hoy Europa. Claro que el Vaticano, como Iglesia monumental, es el legado de otros siglos, pero tampoco tendría mucho sentido derribarlo para alojar a Cristo en un rascacielos con apartamentos.

Europa, que tan poca suerte está teniendo en su última aventura soberanista, quizá se encuentre ayudada ahora por un sacerdote de carácter dialogante y buenas intenciones. La deconstrucción de Derrida no debe poner su pie en Roma porque la antigüedad nos es necesaria a todos como modelo de modernidad. Esto, si no queremos quedarnos en manos de los grandes supermercados, de las grandes superficies, que sólo nos justifican por lo que compramos y sólo nos rubrican por lo que comemos.

La mayoría de los gobernantes mundiales no nos gustan, pero en cambio sí nos gusta el gobernante de la Iglesia, que ha resultado ser un viejo amigo intelectual del que uno se atreve a esperar muchas y buenas sorpresas. Ratzinger sonríe como un viejo amigo antes que como un papa que nos está perdonando algo. Su manera de usar las manos para saludar o bendecir es un saludo/bendición que comunica mucho más que aquella simpatía momificada de Juan Pablo II, que ponía buena voluntad, pero aparecía maniatado por todas sus edades y enfermedades.

Esto que digo hoy de los papas pudiera decirse igualmente de los políticos. Carecemos en Europa de un Churchill o un Adenauer, carecemos de un De Gaulle que arregle su patria y de paso la patria común que es Europa. Algunas monarquías, como las inglesas, parecen vueltas sobre sí mismas, enredadas en la novela familiar y de vuelta

a los problemas reales de su país. De modo que, sin muchos políticos ni monarcas a los que acudir, Europa no está en condiciones de desechar a un europeo total, como Ratzinger, aunque, con el tiempo, alguno de sus gestos o actitudes moleste a los librepensadores. Todos somos ya librepensadores y esto no significa nada. Hay muchos librepensadores que no piensan. Pero Ratzinger por sí mismo es una gran invitación a pensar, a escribir, a dialogar.

Benedicto XVI denuncia que «en nombre de Dios se practica la violencia y se predica el odio». El Santo Padre criticó los totalitarismos ante un millón de jóvenes y afirmó que las ideologías esclavizan al hombre. Las oraciones, los cantos y las muestras de júbilo fueron constantes durante la vigilia. Mil iraquíes participaron por carta. El papa invita a los musulmanes a vencer el rencor para exterminar el terrorismo. Ratzinger afirmó ante líderes islámicos que no es imposible acabar con los que siembran muerte.

Efectivamente, los dioses más remotos han vuelto para hacer que en su nombre se practique la violencia como una religión y el odio como un tormento. El Santo Padre critica los totalitarismos y asegura que las ideologías nos esclavizan. Asimismo, invita a los musulmanes a vencer el rencor, porque esto le parece una buena fórmula para exterminar el terrorismo. Hace falta mucha audacia por parte de Ratzinger para denunciar todo esto que se hace en nombre de Dios. Las religiones se han transmutado en violencia y el odio es el discurso de media Humanidad. El mundo está lleno de rencor y el terrorismo corre de Oriente a Occidente como los fuegos de este verano. No se puede seguir invocando a los dioses en el oficio de la violencia ni ejercer el discurso del odio contra la otra cara de la Humanidad. Hay mucho rencor que alimenta el terrorismo.

Nos hacía mucha falta este papa que viene a decir las palabras que no había dicho nadie desde su alto sitio. Toda religión toma hoy el nombre de Dios para ejercitar la sangre y hacer del odio una ciencia. El sentido de todo esto está en que Oriente y Occidente han volado todos los puentes que les comunicaban. Occidente no tiene por qué soportar esa violencia de siglos que ahora vuelve en una apoteosis de cementerios vivos para vengar viejas señales que ya sólo son leyenda. El totalitarismo occidental tiene unos fundamentos técnicos y poderosos que imponen su ley capitalista a la patria del petróleo.

El rencor madruga todas las noches y ha hecho del terrorismo una mística que vuela los rascacielos de Nueva York y las estaciones de Madrid. El paisaje es parecido a una guerra mundial que no ha superado sus mezquindades de guerra civil. Ratzinger, impulsivo y forzosamente optimista, afirma que es posible acallar a los que, según él, siembran muerte.

En pocas ocasiones como en ésta se ha hecho necesaria la presencia de una autoridad moral tan alta como la de Ratzinger, para advertirnos de que lo que ahora ha venido es la explosión del planeta Tierra y la liberación de todos los conflictos que hemos sobrellevado con profundo cinismo. No es posible la paz entre los hombres, ni siquiera la paz navideña y doméstica, transitoria, mientras los dioses se hayan vuelto todos de perfil, unos contra otros, y los conflictos económicos se resuelvan agravándolos mediante fórmulas rencorosas que universalizan el terrorismo.

Ya no somos capaces de distinguir un incendio doméstico de un incendio terrorista. El fuego que alimenta este planeta puede herborizar por cualquier parte y expatriarnos de nuestras creencias más sencillas e inofensivas. Siempre hay miles de jóvenes en estas manifestaciones papales, pero el mundo está en manos de los viejos y todos vemos envejecer esos antiguos valores, más o menos honorables, pero que servían para vivir o para fingir la vida.

Ratzinger digamos que es el último optimista o el último hombre saludable que puede razonar estas cosas, mientras no surja un político, un general o un héroe anónimo que nos lleve tras de sí a los callados campos del edén. A lo largo del siglo xx hemos ido

organizando la vida en organismos internacionales, confiando en la comunicación como suplencia de la conversación, pero ahora se ha perdido la fe en esos mentideros planetarios, que ya apenas tienen autoridad para imponer una disciplina liberal y suficiente a la Humanidad.

El Vaticano no era necesario pero lo es ahora, cuando el hombre corriente, vestido de gris, se ata la muerte a la muñeca como antes el reloj de pulsera. El Vaticano es hoy la Historia que se vuelve a poner en marcha, pero todavía no sabemos en qué dirección. Los musulmanes, por ejemplo, aparecen para el papa trajeados de rencor y de ese rencor se alimenta el terrorismo como la muerte se alimenta del fuego. El papa trata de persuadirles de que pisando y apagando las cenizas del viejo rencor se olvida el fuego, se prescinde de la muerte como un día prescindimos de la espada.

Roma es un buen sitio para observar, entre su San Juan y sus Berninis, cómo la Historia olvida que es de piedra y principia a caminar en bloque, ejército de falanges que todavía no han decidido su destino, pero confían en los viejos caminos que pasan por delante de la ventana papal. Lo que ayer eran ruinas hoy son reliquias. Quizá esas mocedades que acompañan al papa tengan alguna ruta y, haciendo camino, hagan el andar.

30. LA DEMOCRACIA EN EL QUIJOTE

Como el *Quijote* es un libro donde se encuentra de todo, he aquí que se encuentra también lo que pudiéramos llamar «La democracia en el *Quijote*». Cualquiera recuerda, incluso quienes no han leído el libro, un episodio divertido y primerizo, que es el de la bacía y el yelmo que acaban siendo baciyelmo, en un neologismo de Cervantes que bien pudiera ser una imitación festiva de Góngora.

Después de mucho debatir los personajes si el objeto es bacía o yelmo, llegan a amachambrar ambos en uno solo. Estamos en el estudio de las cosas, en el sexo de los objetos, en el inicio de la cosificación del mundo. Se empieza a dudar del sexo de las cosas, lo cual traerá de inmediato la duda filosófica sobre la entidad de los objetos, y así hasta llegar al sentido del mundo, si es que tiene alguno. Don Quijote se encuentra muy protegido con su bacía de barbero, pero Don Quijote es un loco realista que necesita un yelmo de verdad para cubrirse la cabeza y prevenir cabezazos, que luego serán tantos.

Don Quijote cree más en sí mismo que en los objetos que le arrojan. Es hombre de vestimenta tradicional como la de los caballeros andantes que él imita. Cuando ya nos hemos acostumbrado todos a ver la bacía como yelmo, he aquí que Don Quijote y Sancho llegan a otro pueblo y taberna donde el extraño yelmo no deja de sorprender a los ciudadanos. La polémica entre bacía y yelmo se renueva en este nuevo lugar, porque los españoles somos discutidores y nos adaptamos mal a cualquier novedad o extravagancia incluso en una persona como Don Quijote, que todo él es extravagario. Después de echar unos párrafos a cuenta de la nueva moda que trae Don Quijote, para inquietud de barberos y caballeros andantes, el tabernero o posadero decide que van a resolverlo mediante el voto anónimo de todos los parroquianos, y a lo que salga. He aquí que sale bacía. Los ciudadanos de aquel lugar son sin duda un poco coñones y han decidido convertir una humilde bacía en un caballeresco yelmo. Y aquí tenemos el origen modesto de la democracia en el *Quijote* y en España. Dirán los antidemócratas que, con un cacharro así, luego pasa lo que pasa. Pero hay que respetar el origen de las cosas y el valor de la ambigüedad, pues también puede ser que aquellos paisanos no se pronuncian y prefieren dejar la cosa en el aire por si escondiera algún truco, peligro o hechicería. En un lugarón sin categoría es donde queda Don Quijote armado caballero completo o caballero cubierto.

Así trabaja Cervantes a lo largo de todo su libro. Sometiendo la realidad a trueque, a ironía o a cosa de locos. Es su manera de poner el mundo en cuestión o patas arriba. Aquellos caballeros han inventado nada menos que la democracia, e ignoran hasta el nombre de la cosa. Y así, hasta los más demócratas reconocemos el origen humilde y confuso de este mecanismo político. Pues la anécdota es enteramente política y moderna ya que primeriza.

Don Quijote, como todos los grandes héroes, encuentra siempre otra cosa que la que va buscando. Con él nace la duda, duda que le acompañará por los siglos, pues también dudamos todos de si el *Quijote*, como libro, es bacía o yelmo, es novela o locura, es fábula o realidad. Pero este libro es un baciyelmo que nos muestra siempre las dos caras de las cosas y otras muchas más, como *El Aleph* de Borges. No sé en este momento si Borges escribió algo sobre un objeto tan borgiano y mágico como el baciyelmo de Don Quijote.

En todo caso, son inventos paralelos. La verdad es que Borges le prestó más atención a Quevedo que a Cervantes. No se puede estar en todo. Otros objetos y asuntos encontraríamos en Cervantes que responden a esta doble o múltiple condición de las cosas. Así, Dulcinea, que es moza de labor, princesa de la noche, amiga de Sancho, musa de Don Quijote y mil cosas más. Claro que la naturaleza ambigua de la mujer se corresponde con esa ambigüedad de la que hemos hablado más arriba.

Don Quijote no era demócrata, sino un aristocrático caballero más predispuesto a la

magia y novedad de las cosas que a su realidad inmediata, precaria y repentina. De este desajuste entre la imaginación y la cosa nace todo el desencuentro y contradiós entre el caballero y el medio que habita. ¿Es el mundo bacía o yelmo? No habría más que invertir el uso de las cosas para que todo empezase a girar. Pues las cosas no son sino lo que hacemos con ellas, e incluso la democracia puede perjurarse según que la usemos como bacía o como yelmo, como arma de barbería o panoplia guerrera del caballero. Bien puede decirse que nuestra democracia nació del *Quijote*. Respetémosla.

Del *Quijote* es inevitable pasar a Quevedo. Quevedo es el más alto y altivo representante de la derecha española. Muchos son los que se han asombrado o lamentado del fanatismo de Quevedo en materias morales, espirituales, religiosas y españolistas a la manera más reaccionaria y agresiva. Entre ellos habría que citar a Borges, que no sólo incurre en el estilo barroco de Quevedo, sino que se pregunta en muchos escritos por la inexplicable postergación de Quevedo entre los estudiosos españoles y extranjeros, así como entre el público en general. Quevedo tuvo popularidad, pero no tuvo gloria. Esto puede entenderse bien por varias razones. Quevedo practica una escritura que se inventa para sí mismo y para leerla él mejor que los demás. Quevedo hace crítica de todas las clases sociales, incluido el clero, e insiste numerosamente en tales críticas porque la crítica es uno de sus géneros favoritos y porque, aunque cortesano y caballero palaciego, se atreve con las clases altas, con las monarquías y con cualquier estilo de grandeza. Tengamos en cuenta que es el intelectual —todavía no se había inventado esta palabra— máximo en un país que por entonces estaba a la cabeza del mundo. Quevedo asume la obligación de poner su talento, su genio, su oficio, al servicio de la creación o la destrucción de las cosas cuando las cosas, de alguna manera, dependen de él.

También se explica la mala suerte de Quevedo en la Historia porque carece de un libro, del Libro, de ese *Quijote* que la posteridad reclama siempre y Quevedo no tiene, por exceso de talento, por dispersión y falta de tiempo. Cervantes, con menos deslumbramiento literario, sí tiene el gran libro y se lo ofrece a la posteridad. Borges llega a equiparar a Quevedo con el Alighieri y con Shakespeare, formando un trío escolar, universal y casi absoluto. Pero los otros tienen libro y Quevedo no. Quevedo tiene un libro de juventud según la picaresca que se llevaba, *El Buscón*, que es un logro pero no está a la altura de su ambición, a la ambición de su altura. Entonces decide secretamente no hacer más novelas y cultivar los géneros breves, el recorrido corto, que diríamos hoy y que parece ser lo suyo: poesía lírica, sonetos, eso que hoy llamaríamos artículos, apuntes costumbristas y bromas anónimas que en seguida se difunden por las calles y por las escalinatas de San Ginés como cosa de Quevedo.

Entre la frivolidad de estas «cosas» y la trascendencia verdadera y sublime de su poesía, Quevedo se diría que no encontró nunca el molde de la gran obra. La gran obra es todo él. Estas y otras son las razones de la «impopularidad» de Quevedo, que ha perdurado como un españolazo de cuerpo entero, aunque era ruin físicamente, y como un príncipe inverso y representativo de España hasta profundidades de vértigo.

He aquí algunas muestras breves de la genialidad de don Francisco en cualquier género.

Agüeros: «Si vas a comprar algo y al ir a pagar no hallas la bolsa adonde llevabas el dinero, es agüero malísimo y no te sucederá bien la compra.»

Quevedo hace aquí una superficial y divertida burla de la fe supersticiosa en los agüeros, fe que por entonces se compartía en España con la fe religiosa, católica y absoluta. La simplicidad de este agüero era la común a todos los que circulaban. Así, el agüerismo era la verdadera conciencia de España, por delante de la conciencia religiosa. Los altos temas de la religión se respetaban a distancia o se elevaban a milagro, pero el pronóstico para lo inmediato, la adivinación de lo obvio, la prevención

de los males menores, todo esto era asunto del agüerista, que compraba y vendía tales mercancías intelectuales por toda España y especialmente por Madrid. Digamos que el agüero era la otra religión de las clases medias bajas.

A Quevedo le indignaba, naturalmente, la simplicidad del público y la falta de cultura clásica o no. Pero la ironía solía ponerse en él sobre otras virtudes y hacía la crítica festiva y popular del agüerismo, de modo que esta crítica llegaba a ser otro género popular que se leía y recitaba por las calles. Queriendo combatir una falsa cultura barata, Quevedo imponía otra, que era la suya y consistía en una crítica de la vida que no dejaba resquicio para el remedio o la respuesta.

Quevedo criticaba a unas clases y otras sin pararse a pensar que el agüerismo y otros males populares procedían de la falta de educación a todos los niveles, por no hablar de los niños ineducados en absoluto. La crítica de Quevedo, que hoy hubiéramos llamado de izquierdas, era una crítica de derechas, porque no aportaba soluciones a lo que estaba criticando. Si a esto le añadimos una escritura prestigiosa, pero difícil, tenemos ya la explicación de por qué el Quevedo costumbrista y respondón no surtió el efecto deseado. Pero sigamos con los ejemplos, según una impecable y vigorosa selección del poeta Martínez Sarrión, crítico de la crítica de Quevedo.

«Niñas, la codicia quita el asco. Cerrad los ojos y tapad las narices, como quien toma purga. Beber lo amargo, por el provecho, es medicina. Haced cuenta que quemáis franjas viejas para sacarlas el otro, o que chupáis huesos para sacar la médula. Yo tengo para cada una de vosotras media docena de carroños, amantes pasas, arrugados que gargajeen mejicanos.»

El mundo de la prostitución gravita inevitablemente en la escritura de Quevedo. Y muchas son las motivaciones que funcionan en esto. Quevedo, soltero casi hasta la muerte y gran cojitranco, se ve de alguna manera excluido del mundo de las mujeres, pero vuelve a él una y otra vez, haciendo denuncia y burla de las adúlteras, crítica acerba de las prostitutas, fuego y castigo de las solteras, estantigua de las feas y así sucesivamente. Al otro lado de este universo femenino están las bellezas líricas de su poesía, las Filis de los sonetos, las bellezas sublimes cuya oportunidad o inoportunidad ni siquiera se plantea. En Quevedo, las putas son irreales de tan feas y las soñadas amantes son irreales de tan bellas, lo cual deja a Quevedo a mitad de camino entre unas y otras, eternamente solitario y cabreado.

Pero un análisis detenido de su prosa nos hace sospechar que Quevedo frecuentó mucho hasta los últimos barrios de la prostitución, por el conocimiento y erudiciones que tiene en esta materia. Las prosas eróticas palpitan calientes de tan vividas, mientras que los versos amorios se desvanecen a fuerza de idealismo, hasta dejarnos una sombra pálida de belleza absoluta, de pureza casi espiritual, en la que tampoco es muy verosímil encontrar a don Francisco a gusto entre sus musas. Así, digamos que Quevedo no tuvo unas ni otras, casó muy viejo y murió solo, en esa soledad de los criados que sólo ponen paréntesis a la nada. Estas carencias en la vida de Quevedo justifican sus carencias personales, políticas, afectivas y humanas.

En sus libros de pensamiento, Quevedo parece que se va a acercar al misticismo, pero es todo lo contrario. Quevedo utiliza el catolicismo como flagelo de la humanidad entera, salvando de ello sólo a su amigo y protector el conde de Orgaz. Quevedo es un predicador furioso y un retórico genial que utiliza sus armas y las de la Iglesia para maldecir de la humanidad pecadora. Y esta humanidad no les molesta tanto a Quevedo y a la Iglesia por su culpa religiosa, sino por su vivir en la realidad que niega sin palabras todo espiritualismo, todo misticismo, todo lirismo.

La prostitución no es el enemigo último ni primero de Quevedo, sino el ámbito real en que el pecado ocurre, la idealidad se frustra y la mujer condena su cuerpo para siempre. El Mal, para Quevedo, va ínsito en la vida, pero se hace evidente, bullicioso y blasfemo en la prostitución. Cada cuerpo femenino es una blasfemia en potencia para

la crítica de Quevedo, y decimos en potencia porque el escritor tampoco salva a las honestas, a las castas, a las decentes, si las hubiere, sino que para él no son más que un supuesto del problema. Un supuesto que no supone nada.

Las alcahuetas de Quevedo no están aleccionando a las meretrices en su discurso, sino esgrimiendo las razones del Mal y haciendo su propaganda. Es decir, una política de derechas que niega toda posibilidad de regeneración y deja al mundo errático y perdido en su pecado mortal, que es lo que satisface a la antropofagia de la Inquisición. La reiteración de este discurso, con motivo o sin él, hace que la prosa de Quevedo se vaya enriqueciendo a medida que acumula reiteraciones, como hemos dicho, y lo que tenemos al final no es moralismo ni inmoralismo, sino un discurso de gran belleza estética, de inmensa riqueza, lleno de futurismos y posibilidades. Ahí queda la escritura con su más perdurable ironía, dejando un zócalo de belleza verbal, que en realidad es lo que se proponía el poeta. Las meretrices, para Quevedo, son una disculpa, más que otra cosa, disculpa para pintar los males de la tierra y el hombre dando suelta a un temperamento artístico, a lo que hoy llamaríamos «una prosa de arte».

Quevedo es una fuente barroca y fea que mana sin cesar un agua de sueño, un bellissimo caudal de verdades y mentiras. Si las putas no hubieran existido, Quevedo habría tenido que inventarlas, y realmente las inventa cuando no las hay. Su trato personal y literario de la meretriz y de las alcahuetas es despectivo, condenatorio, implacable, pero sorteado de riquezas verbales, hallazgos metafóricos y relámpagos realísimos que iluminan la conciencia sucia del hombre.

La condena del oficio es tan reiterada en Quevedo porque el escritor está haciendo la condena de la humanidad, dispuesto a no perdonar a nadie en una ejecutoria que es aún más eficaz por ser tan bella y populosa de imaginaciones, entrevisiones y bultos poéticos. No debemos compadecer a don Francisco por los climas abrumadores que frecuente, sino aprender a descifrarlos desviando un poco la sensibilidad hacia esa belleza del pecado que tanto cantó Rilke como el conocimiento de lo sublime que no podríamos soportar.

«Los alemanes, herejes y protestantes, en quienes son tantas las herejías como los hombres, no tienen en su enfermedad remedio, porque sus dolencias y achaques solamente se curan con la dieta (Asamblea), y en tanto que estuvieren abiertas las tabernas de Lutero y Calvino, y ellos tuvieren gáznate y sed y no se abstuvieren de los bodegones y burdeles de Francia, no tendrán la dieta de que necesitan.»

En estas breves líneas pudiera resumirse la beligerancia de Quevedo contra la Europa luterana y calvinista, aunque sus reflexiones sobre el tema son mucho más largas y sustanciosas. El Quevedo católico, apostólico y romano lo tenemos aquí concentrado y condensado, pidiendo dieta (Inquisición) para los alemanes en general y para los luteranos y calvinistas en particular. A esta limpieza de sangres teológicas dedicó Quevedo muchas páginas, que generalmente son más austeras que las inspiradas por la broma o la burla. Quevedo iba muy en serio, desde su catolicismo español y acendrado, contra las religiones que, corriendo los tiempos, han modelado Europa.

Éste es el Quevedo reaccionario, fanático, ajeno a la marcha del pensamiento europeo, pese al profundo conocimiento que tiene de él, o precisamente por eso. En sus escritos teológicos no frecuenta la broma, como decimos, pero sí un barroquismo de ideas y palabras que le hace más atractivo o más difícil por la forma que por el fondo. Se ve que la cosa le importa y le preocupa, aunque la verdad es que, pasado el tiempo, la amenaza luterano/calvinista nunca se ha hecho realidad en España, pero esto tampoco ha mantenido nuestro catolicismo a salvo, sino que éste, privado de esas influencias malas y buenas, posteriores y poderosas, ha dado en un ritualismo blando que sólo recobra su energía a veces gracias a algún papa precisamente alemán, como es el caso actual de Ratzinger.

Ratzinger, intelectual y hombre de su tiempo, puede decirse que hace funcionar

calladamente lo más eficaz de Lutero y Calvino, y eso es lo que le da alguna modernidad inconfesada al Vaticano. En esta batalla intelectual y religiosa, Quevedo consume sus mejores argumentos católicos y aquí es donde podemos comprender lo que el personaje tiene de adalid de la España eterna, que luego sería la derecha renovada y fluctuante.

Quevedo encarna mejor que nadie el encastillamiento español en el catolicismo y en toda la leyenda anterior al siglo XIII. Comprendemos sobre todo la actitud de Quevedo, la rigidez de su fe, la convicción valiente que no le permite una sola licencia con la broma de las variantes europeas de Jesucristo. Quevedo no es un apóstol del catolicismo, sino un defensor de la España almenada e inamovible. Le parece que esto es lo más seguro para su política de España y gobierno de Cristo.

Quevedo está haciendo una guerra y sabiendo esto se comprende mejor su denuncia continua y satírica de toda licencia, blasfemia, pecado, etc. Quevedo 110 es tan enconado por fanático del catolicismo, sino por alabardero erigido contra lo que él considera desviaciones morales, costumbristas y políticas que le llevan a denunciar a las monjas con galanes, a las putas devotas, a los sacristanes enviciados que son el último residuo de una religión que se va pudriendo en su larga quietud, con peligro para los fieles sin reproche. La modernidad estilística y visionaria de Quevedo contrasta con la rigidez de sus devociones, pero ahora comprendemos que no lucha sólo contra las beatas del sexo y el latín, sino mayormente contra la poderosa Alemania que cualquier día puede cambiar de sexo y estructura los viejos Cristos españoles.

Es don Francisco un soldado de todo esto, aunque en hombre tan irónico y dudoso como él nunca puede saberse hasta dónde llega en la rigidez y verdad de sus postulados. Uno diría que el esteticista Quevedo ama y defiende los eternos retablos de una fe inmóvil, las iglesias de aldea, las campanas y sus campanadas, con su sonido separado ya del bronce, según dijera nuestro poeta contemporáneo. Mejor que meterse en teologías sería desplegar toda la poderosa imaginaria de Quevedo en torno a su religión. Por lo que está luchando no es sólo por el catolicismo, sino por una perennidad del cielo en las cosas, del bronce en la campana y de la letra de agua bautismal en la frente del niño.

Y aducimos todo esto para disculpar en lo posible la beatería grandiosa de Quevedo, que era un hombre de mala vida, de muchas mujeres y de plurales pecados. Los alemanes, aquí, no son sino el motivo, la noticia que incita a Quevedo a escribir y combatir. Vistas así las cosas, nuestro gran poeta, nuestro inmenso, nuestro satírico, nuestro irónico, queda absuelto de grandes excesos de sacristanejo y explicado como 1111 hombre en quien los arpones de la duda, el mal, la extranjería y la tentación han agarrado muy fuerte, hasta dejarle trabado, puticojo más que paticojo, y enfermo. Así lo dijo: «Hasta aquí he llegado, precedido siempre del pálido rebaño de mis enfermedades.»

«Si quieres ser alquimista y hacer de las piedras, hierbas, estiércol y aguas, oro, hazte boticario o herbolario y harás oro de todo lo que vendieres. Y guárdate de quemar metales y sacar quintas esencias, que harás del oro estiércol y no del estiércol oro.»

Son muy frecuentes en Quevedo estas burlas y denuncias contra los alquimistas. Quevedo aún no sabía que la alquimia es la madre de la medicina. Ya hemos dicho que Quevedo es un reaccionario enfrentado a todo progreso intelectual o material. Sólo su poesía es de una modernidad asombrosa e inexplicable. Quevedo ha aceptado el mundo de los Evangelios y la Biblia, y no consiente que haya otro mundo más fluyente, evolutivo y futurible. La alquimia le parece blasfemia porque todo está ya evolucionado por Dios y no hay nada que tocar ni reformar en el Universo. Efectivamente, en la alquimia y los alquimistas primitivos hubo mucha magia, misterio y engaño, pero aquellas experiencias hicieron posible que el hombre conociese la variabilidad de la existencia y de lo existente. El catolicismo en general se ha manifestado contra el

progreso como Quevedo. No vamos a repetir la lección de Miguel Servet. No vamos a quemar a nadie más ni siquiera en nombre de Quevedo, pues la protesta de nuestro autor es puramente verbal y va perdiendo jerarquía.

Pero hemos de reconocer la triste verdad de que Quevedo, conocedor profundo del hombre y sus variantes, se niega a tales por fanatismo y miedo a la evolución, que sólo ve como un camino de la muerte. El universal Quevedo no llega a tal universalidad porque se asienta obstinadamente en las leyes religiosas y primitivas, manteniendo ignorante una parte de su cerebro. Quevedo, prototipo de España, de una España que no quería moverse del sitio por miedo a perder todo lo que había acuñado.

España pudo haber hecho girar el mundo con sus recursos intelectuales, políticos y morales, pero prefirió contentarse con dar catecismo a unos cuantos primitivos que acabarían odiando aquellas leyes nuevas o viejas, aportadas por los altivos centauros del Viejo Testamento. No cabe sino lamentar que nuestro Quevedo, el hombre más dotado para hacerlo, fuese también un centauro, pero un centauro disforme, entre cojo y reverencias, como él mismo dice.

Mientras Europa avanzaba bajo las luces del luteranismo y el calvinismo, España ni siquiera sacaba fruto de su entrañable catolicismo, sino que lo dejaba todo en manos de sacristanes y sacristanejos de la Teología, como ya hemos dicho en este libro.

«Si quieres saber vizcaíno, trueca las primeras personas en segundas, con los verbos, y cádate vizcaíno, como Juancho, quitás lenguas; buenos andas, vizcaíno y de rato en rato su Juangaycoa.»

Si Quevedo es reaccionario en alquimia y otras ciencias, en cambio no pasa una en el idioma, como primerísimo que lo es. Lo que él llama el vizcaíno es el euskera que decimos ahora y que ya antañazo le sonaba mal a don Francisco. Los vizcaitarras hablaban vizcaíno, y el resto de los españoles lo aceptaban en lugar de rechazarlo como una agresión elemental y localista al castellano, al español. Hoy está en plena reyerta el debate sobre las lenguas peninsulares, que ya hemos tratado aquí con ocasión de Azorín, por ejemplo. Entonces, es bueno recordar cuáles son los orígenes silvestres del vizcaíno que ni siquiera llega a vascongado. El nombre de euskera es una utilización de esa palabra local antes de que nadie la haya definido.

Quevedo se anticipa a los siglos haciendo burla de estas torpezas idiomáticas y ni siquiera se ocupa del nacionalismo que esconde porque seguramente no había aún tal nacionalismo. Esto permite a nuestro gran hablista burlarse frívolamente de lo que hay, que no es sino tropezón y retorcimiento verbal de la lengua en una región tan admirable por otros conceptos. Nuestro poeta, llevado de su natural propensión a la burla, ausculta con finura esa manipulación de los verbos y ese retorcimiento de los nombres propios que ha seguido agravándose en lo que Quevedo llama el vizcaíno.

El ejemplo de Quevedo nos sirve para explicar hoy este peligro nacional de las lenguas peninsulares que no enriquecen el castellano, sino que lo empobrecen con sus modismos y localismos.

La guerra de las lenguas no es tal porque sólo el castellano es una lengua completa y en América sigue siendo español, con todas las aportaciones cultas o populares que le han otorgado aquellos pueblos. Quevedo, lleno de arranques progresistas, es el primero en enriquecer y difundir una variante del castellano que es la suya propia y personal. Don Francisco 110 puede consentir que en una provincia de España se hable el vizcaíno. Sabe que esto es una melladura del español y como tal la denuncia.

Aunque esta denuncia se haga en broma y caricatura, lo cierto es que Quevedo la hace en serio y le preocupa. En la actual polémica de las lenguas peninsulares no se ha citado nunca el español barroco de Quevedo como fórmula de progresismo junto al verso barroco de Góngora, por ejemplo, que son los dos grandes saltos que pega el castellano en el XVII.

Burlándose de todo, como era su manía y capacidad, Quevedo juega con Góngora:

«En una de fregar cayó caldera.» Por ejemplo. Teme don Francisco, tan integrista, que Góngora desvíe nuestra lengua por vías de la retórica mitológica. Pero la tarea de ambos poetas (el 27 opta por don Luis) está en enriquecer el castellano popular y el culto hasta darnos un idioma con la anchura que hoy tiene.

Don Francisco de Quevedo era el único español que entonces valoraba el castellano como herramienta de progreso, consumación artística y enriquecimiento del lenguaje. Digamos que tenía un sentimiento militar de la palabra. Sabía bien que la lengua española podía llevar muy lejos el imperio verbal y fáctico de España. Sabía, por otra parte, que una lengua es el taller para montar una nueva cultura, influir en otros mundos, prolongar todo triunfo o acaecimiento nacional más allá de lo consabido. Sólo es hombre completo y disponible el hombre que, mediante un idioma culto, puede propagar sus éxitos personales en la ciencia o la guerra. La misión del lenguaje es que viene a multiplicar por mil cada uno de los hallazgos que hace el herrero o el guerrero.

La manera de difundir la espada como una palabra triunfal más que como un objeto de panoplia es el hablar ese lenguaje, llegar con él a todas partes y encontrarle nuevos sentidos a medida que se conquistan nuevas haciendas del saber. La breve piña de palabras que es un dialecto sólo servirá para el fuego si no vienen otras palabras a multiplicarla y estimularla. Es lo que está pasando ahora. Nuestros hablistas periféricos se proponen triunfalizar su idioma cerrándole las fronteras en todas direcciones.

Confunden limitación con expresión y no saben que es más expresivo el idioma materno cuando su madre está ahí para gritarlo todos los días, porque las madres gritan mucho. La lengua materna es la nuestra siempre que funcione también como paterna. Nos referimos a la lengua como manifestación entrañable y como comunicación imprescindible.

No sólo los vizcaínos, valencianos, catalanes, galaicos, etc., pretenden multiplicar su ademán idiomático, sino también los isleños que hablan a diario el inglés del turismo, pero ignoran prácticamente el español de Madrid. Ignoran que cada nacionalidad europea tiene, además de la gran lengua compartida con franceses o alemanes, esos reductos a los que se entra por la puerta falsa y que son argots y modismos perfectamente respetables, pero que nadie osa poner en circulación por todo el continente, porque eso sería un lío, un entorpecimiento y una limitación. Lo que los vascos están haciendo con el vascuence, o sea el «vizcaíno» de Quevedo, es achicarlo innecesariamente para meter en su monedero las viejas onzas del mejor castellano. Un gran idioma es como un árbol; se difunde por propagación natural y el recortarlo con tijeras suele suponer la muerte vegetal.

La ambición de estos pequeños lenguajes es la ambición de poder, que finalmente degenera en ambición beligerante. Quevedo fue el primero en saberlo y advertirlo.

31. DIARIO ÍNTIMO

Llegué a Madrid en mal momento. Franco había entregado el poder económico a un grupo financiero de ideología muy cerrada. En todas las pensiones donde viví había alguna señorita de la calle que me trataba con confianza y cierta maternidad, pues estaba claro que yo era un hombre perdido, un joven perdedor que había caído en Madrid sin tener nada que hacer allí. Soy propenso a creer que todas las mujeres se enamoran de mí y a esta señorita, que se llamaba Piedad o Piedita, esperaba verla caer en mis brazos antes o después. Yo dormía en una habitación grande de tres camas, que compartía con un opositor que no estudiaba nada y con un homosexual murciano que me elogiaba las piernas cuando yo me quitaba el pijama. El opositor y yo discutíamos de política y literatura. Un día me dijo las verdades.

«La verdad es que tú escribes muy bien en los periódicos, pero no dices nada, y como no dices nada, resulta que sólo escribes bonito.»

Yo le dije que esperaba mi oportunidad, que la censura no permitía escribir nada interesante y que, mientras hubiese censura o hubiese Franco, yo me defendía escribiendo unos reportajes con muchos faralaes, porque era el tiempo de los faralaes y de las folclóricas, porque de algo había que vivir y yo me resistía a escribir a favor del Sistema. Creo que lo mío quedó claro, pero la verdad es que ya nunca volveríamos a ser tan amigos como habíamos sido. Y el caso es que no me apetecía nada empezar a buscar otra pensión.

«No seas gilipollas», me dijo Piedita, la señorita de la calle. «Tú te vienes conmigo y yo me encargo de buscarte otra pensión, que en Madrid lo que sobra son pensiones.»

Y una noche amontonamos nuestros chismes en la vespa de la señorita y cruzamos todo Madrid, hasta Ventas, por donde estaba la pensión a la que yo, por cierto, no tenía ninguna gana de ir. Franco le había dado también a aquel grupo financiero todos los negocios con Hispanoamérica. Yo hacía crónica de pintura en alguna revista culta, que pagaban menos, pero eso me parecía más digno que seguir como cronista de folclóricas con la máquina de fotos alquilada. Porque yo no tenía máquina propia. Cuando vine a Madrid alquilé un máquina de escribir, que me parecía lo más urgente, pero luego aprendí que lo único urgente era la de fotos, porque aquí en Madrid todo el mundo busca la foto y de nada vale ir a una fiesta de clase para salir retratada con un ministro si al día siguiente no te sacaba *Pueblo* en primera. Son cosas del oficio que sólo se aprenden sobre la marcha. Yo había despreciado siempre a los fotógrafos. Sólo respetaba un poco a esos viejos fotógrafos de mandilón que retrataban al soldado y la criada a la puerta del Retiro. Pronto se murieron todos, algunos antes que el Caudillo. Ya digo que cuando yo llegué a Madrid no era buen momento. A un fotógrafo colega lo casamos en Claudio Coello unos días antes de que entre la ETA y la CIA volasen a Carrero.

El Real Madrid estaba como nunca, Gento no paraba de meter goles, pero, todavía muy joven, murió de infarto, creo que era Gento, a lo mejor era otro. Hacíamos mucho fútbol y a la señorita Piedita la pagaban mejor cada día. O cada noche, para ser más exactos, de modo que me compré al fin una máquina de fotos Nikon, toda nuevecita, y empecé a triunfar en la vida madrileña, porque con una buena foto y un kilo de diapositivas lo tenías todo hecho en Madrid.

Había más dinero en la ciudad, eso se notaba en las colas de la Gran Vía. Se podía pillar una pasta con cualquier chapuza y luego te ibas al baile/bolera, enfrente de las quinielas, y a lo mejor te salía una chai a modo. El peligro de la chai era que te la encontrases en la cama con un señor de Navarra que había venido a ver a Gento, y otra vez a cambiar de pensión y a retratar ministros en San Sebastián, por el verano. A Piedita no volví a verla desde que nos despidieron de la pensión. Por entonces, yo había renunciado ya a escribir desde que el opositor segoviano me llamó fascista por retratar folclóricas, y desde que descubrí que con una Nikon eras alguien en cualquier

parte y con unas cuartillas llenas de metáforas y plagios no eras nada. Empecé a trabajar por mi cuenta, que se ganaba más, y la buena prosa, que se dice, la dejé tirada para siempre, como una braga de la señorita Piedita que en gloria esté. La última cena nos la pegamos en el cementerio después de trabajar duro el Día de Difuntos, que los difuntos dejan más que las supervedetes, pero yo, ya digo, y han pasado años, llegué a Madrid en mal momento.

Sólo después de haber hecho la carrera de Comercio, haber ganado una cátedra y otras garantías de chico estudioso, se le ocurrió a Miguel Delibes que lo que él se proponía en esta vida era ganar el Premio Nadal. Y lo ganó. Los de mi generación conocíamos poco a Miguel porque está claro que era un chico estudioso y sólo perdía algún domingo o día feriado saliendo de excursión con su padre y sus hermanos o sus tíos. Más que excursiones, la familia Delibes organizaba cacerías.

Salían triunfalmente a la caza de la perdiz roja o a la pesca de cualquier pez dispuesto a tragarse la mosca de alambre que le ponía aquella familia buena, católica y sentimental. Pero quizá no ha llegado el momento de aplicarle a Miguel citas literarias porque él todavía no había descubierto la literatura. Lo dejó todo para irse al frente a luchar «por su patria y por su madre», según palabras que se difundieron pronto, entre las amistades. Miguel no escribía aún literatura, como hemos dicho, pero la hacía verbalmente y sin darse cuenta, según el ejemplo que aquí campea. De esta aventura nobilísima sólo sacó Miguel, muchos años más tarde, una novela, *Madera de héroe*, que no es de las mejores entre las suyas.

Tampoco me gustó la novela ganadora del Nadal, de la cual lo que más ha quedado es el hermoso y obvio título, *La sombra del ciprés es alargada*, que él completaba así, «la del pino es redonda, más humana». También tiene alguna otra cosa de su adolescencia, como aquello de «los pajarillos pillos». No sabemos si Delibes iba para catedrático de Comercio, pero desde luego no iba para poeta. Por eso su victoria sobre el Nadal llenó de envidia a los círculos culturales de la ciudad, el Ateneo, la Casa de Cervantes y todo eso. No hay que decir que en el resto de España la curiosidad equivalía ya a la envidia. Leí la novela en la cama durante una pasajera tuberculosis, enfermedad de la época, y no me gustó más que a medias.

La novela que inaugura el Nadal, *Nada*, de Carmen Laforet, también era una novela a medias. Mi madre dijo que lo de Delibes no valía ni el papel en que estaba escrito. Yo me quedé quieto y callado en mi cama, madurando una adolescencia en peligro y pensando que mi madre sabía más de lo que yo hubiera creído. El escritor derrotado por Carmen Laforet era César González-Ruano, que no se cortaba un pelo y escribió al jurado de Barcelona protestando por el evidente despropósito. Vergés y compañía le contestaron diciendo que ellos luchaban por la democracia, y Ruano les replicó así:

«Llevamos tres años en guerra contra la democracia y ahora ocurre que la vamos a hundir en un pequeño premio de provincias.» Aquello pareció un arrebató de vanidad del escritor consagrado, pero la Laforet dejó en seguida de ser escritora y no hace muchos años se conoció una carta de Juan Ramón Jiménez a Carmen: «La primera parte está muy bien, pero en la segunda le da como un retortijón a la novela, que se hace confusa y pierde calidad e interés.» *Nada* se abría con un poema de Juan Ramón y al poeta estaba dedicado el libro. Pero Juan Ramón tampoco se callaba. Lo de la ruptura del libro en dos partes lo habían dicho, en fin, el inaccesible Juan Ramón, el famoso Ruano, mi madre y yo. Los del Nadal creían haber descubierto una novelista del mal, a la francesa, pero Laforet no llegaba ni a completar su primer y mejor libro.

Ya digo que yo, crítico mudo, enfermo, no me atrevía ni a compartir el juicio de mi madre, pero la tesis de la novela fracasada a la mitad iba tomando cuerpo. Y la cosa tenía explicación: el Nadal iba buscando escritores jóvenes y a ser posible femeninos. Interesaba oír y leer a la mujer española, tres años enclaustrada por una guerra civil, pero no había tantas. La novela de Delibes, curiosamente, también fracasaba en su

segunda parte, donde se adivinaba la influencia de las películas de Hollywood. Pero Delibes había entrado en la literatura, tenía detrás una novela y un premio, y eso no había quién lo parase, afortunadamente, ni el propio Delibes con la calidad variable de sus primeros libros. Delibes queda consagrado en pocos años como un novelista completo, minutísimo, de lozana prosa y repetido conflicto, con la tendencia moralista de la novela tradicional puesta al día. Casi todos los escritores del momento eran urbanos, escritores de café, costumbristas madrileños, y Delibes se presentaba con un lenguaje campesino, de cazador, con una prosa fácil y diurna, con un vasto conocimiento del campo castellano y de sus hombres entrañables que acababan de perder una guerra. Delibes era, después de consagrado Cela, la más razonable promesa de un escritor realista y actualísimo que conmovió a toda España.

La última persona con quien hablé en el periódico para despedirme fue Miguel Delibes. Miguel dirigía ya *El Norte* haciéndolo compatible con su cátedra de Comercio, y con su trabajo habitual en *El Norte*, que consistía en una entrevista a la personalidad que aquel día pasaba por la ciudad —siempre había alguno o varios—, entrevista acompañada de una caricatura, género en el que Miguel era ingenioso y suelto. Había tomado el modelo de Del Arco, que hacía esto mismo en *La Vanguardia*, con una mayor riqueza de personajes que le daba Barcelona. El novelista había sido dibujante al entrar en el periódico, e ilustraba todos los lunes su propia crónica de fútbol.

El mismo día de la semana publicaba una sección de crítica de libros, pues el joven Nadal ya podía ejercer como crítico de los demás. Yo le leía siempre y fui viendo cómo Delibes cubría estos géneros con sobriedad e información, sin caer nunca en el tremendismo literario de la época ni en ninguna otra clase de matonismo intelectual. Delibes empezaba siendo sencillo, pero no para barroquizarse con el oficio, sino que esa sencillez la ha tornado en maestría y siempre ejerce la precisión, el buen juicio y la exactitud en sus críticas (también hacía alguna de cine), procurando la verdad antes que la brillantez, y quedando por pobre, si era necesario, antes que deslumbrar a sus paisanos con algún modelo de prosa tomado del 98.

En nuestra última entrevista, por el momento, Miguel me preguntó a quemarropa si yo me había hecho del Opus Dei (esto se rumoreó al saber que iba a iniciarme en *La Actualidad Española*, donde nunca llegué a entrar, realmente, ni a escribir ni siquiera a través de agencias, aunque los hombres sombríos del Opus tomaron mis teléfonos para un caso de necesidad, que era la fórmula madrileña de despedir a un periodista para siempre).

Contra lo que yo esperaba de él, Miguel no insistió mucho para retenerme en Valladolid. Pero había hecho mi proyecto tan real, a fuerza de mentiras, que ya todo el mundo me informaba sobre mi propio caso. La realidad fue otra, mucho más compleja y desalentadora, pero yo no iba a Madrid a desalentarme.

Miguel no quería resultar insistente en su fe por la provincia ni en su fe en mí, pues siempre sospeché que me encontraba demasiado intelectual, demasiado literario, y una vez me lo había dicho:

—Mira, Paco, todo lo tuyo está muy bien, pero aquí hay dos niveles, el periodístico y el literario. Yo te prefiero en el nivel periodístico, de momento.

Sin duda era una manera de llamarme pedante, tanto como otros de mi edad que había en el periódico, pues los viejos, contra lo que se dice, no suelen ser pedantes. La pedantería literaria y humana es una excrecencia de la edad y la cultura, mientras que allí se trataba de hacer un periódico joven. Delibes compartía con alguno de estos chicos aquel socialismo cristiano que estuvo de actualidad unos años. Era la época de los curas con guitarra, de los curas con novia y del Concilio Vaticano, convocatoria que galvanizó temporalmente a la Iglesia.

De cualquier modo, yo seguí muy vinculado a *El Norte*, primero directamente y luego a través de una agencia. Así llegué a la columna diaria, desde Madrid, y mi periodismo se

difundió con éxito por otras provincias e incluso por toda España, mediante intrusiones tan importantes como *La Vanguardia* de Barcelona, que antes se me había negado absolutamente.

Este ejercicio de la columna diaria tiene algo de vudú o de alguna otra de esas magias orientales que tanto gustan a los ociosos de Occidente. Eran los años 50, habíamos ganado la guerra, todas las guerras, y nos permitíamos el lujo de globalizar nuestra escritura con tales caprichos. Yo me quedé para siempre en un preciosismo discreto, irónico, crítico, que era lo que permitía decirlo todo sin decir nada en aquellos años de censura hermética y aburrida.

En las oficinas de aquella censura conocí a Castillo Puche y otros preciosistas de su género que practicaban el hipnotismo, el sadismo y otros cultos. Claro que esto que digo no es literal, sino una metáfora para aludir a las trampas verbales, culturales, informativas, incluso gráficas, que hacían viable y hasta deseable un reportaje de Francisco Umbral o de alguna misteriosa agencia.

Me acordaba yo de Delibes y su opción por la sencillez, la moral provinciana y todo eso. Ni yo mismo había imaginado mi nueva vida: desayuno de café solo en la pensión, pasada por la peluquería, visita a Robles Piquer, humilde soborno al oficinista que tenía archivadas mis cosas de periódico y otra visita con otro soborno o limosna al que me llevaba la cosa literaria, o sea los libros.

Salía de allí saltando a la parada del primer tranvía, lleno de funcionarios, quizá también censores, porque medio Madrid censuraba al otro medio, y esto hacía de la dictadura unos juegos florales traducidos en madriles y verbeneaba la gracia natural, madruguera y popular de la ciudad. Me tiraba del tranvía entre el Gijón y el Teide, decidiendo mientras caminaba en una u otra dirección: al Gijón a ver a Calvo Sotelo o al pequeño Teide asotabancado para visitar a González-Ruano, el famoso César. A los cafés iba todo el mundo literario a confesarle sus pecados de censura a los protegidos de Juan Aparicio, que siempre podían hacer algo por uno.

Este periodismo aventurero me dio un estilo ágil, viandante, numeroso, que era el característico de *Pueblo* y otros grandes periódicos tramposos. Qué lejos el periodismo paseado, sosegado y de casino que habíamos dejado en la provincia. Pero yo tenía mis ambiciones, mis lujurias y mi proyecto individual de una vida más vividera. Si hojeamos aquellos periódicos de entonces, encontraremos un realismo inventado, una imaginería folclórico/franquista y una España alegre de curas jóvenes y putas viejas. Un periodismo, en fin, de pregnatura muy viva y artificial que la gente compraba mucho, esperando encontrar un día la noticia que era imposible y por eso llegó por partida doble, según los milagros de nuestro vudú falsificador: muerte de Carrero Blanco y, con el personal ya encurtido en el horror, muerte de Franco.

Franco se había decidido a morir, pero nos envió por delante a Carrero como una escenificación de lo que iba a ser lo suyo. Franco escenificaba siempre sus batallas, y por eso le salían y ganó la guerra.

A los rojos madrugadores del Gijón, a los republicanos decorativos del Teide y a los rentistas celianos del Comercial los cogieron a todos sentaditos en el café y filmando rubio, como una mañana más.

Oficio de escribir, oficio de vivir. ¿No es lo mismo vivir en Madrid que en otro sitio para ejercer y ejercitar el oficio? No, no es lo mismo. Yo, allá en la provincia mora, ejercitaba humildemente el oficio de vivir, que es un oficio humilde, franciscano, interminable y lentísimo, con crepúsculos de catástrofe, y casi todas las tardes un burro muerto en la vía por el tren de cercanías, por el tren de Rioseco, por aquellos trenecillos que atropellaron tantas veces nuestra infancia.

Pero a la tarde siguiente, un poco después, volvíamos al escenario del crimen, al ápice de la vida pintado con sangre, acuarela de Dios —Dios es de acuarela en los crepúsculos—, dijo el poeta que todas las rosas son la misma rosa, digo yo ahora que

todos los niños son el mismo niño, yo he muerto muchas veces en aquel cruce ferroviario, desordenado y duro, cruce de trenes negros y pequeños, con cierta malignidad en esa misma pequeñez: un ferrocarril, un río, un circo, una barca que se alejaba bajo un puente y una música sonando con la alegría imposible de la tarde ida, en Sevilla hay una casa y en la casa una ventana y en la ventana una niña que en el río se miraba. Ay ay ay ay cómo se la lleva el río...

Estas láminas de la provincia, crudamente sentimentales, estas imágenes de un agosto chorreante como un crimen, me acuden ahora algunas tardes, cuando mi vida se ha consumido, se ha consumado ya en el mundo y ahora estoy en el Madrid de siempre, el Ritz de mis padres, la guerra de don Paco Cossío, aquel hijo que le mataron, haciéndole más frívolo, porque la desesperación toma formas aberrantes en el hombre, y cuando el hombre es optimista y rierte, la expresión intensa de su dolor acaba siendo una alegría desencajada y cínica como la de don Paco.

—A este periódico, Miguel, le faltan blancos. Un periódico moderno está lleno de blancos.

—Eso es la publicidad.

—La publicidad también es periodismo.

—Periodismo es tinta y papel.

—Eres un esteta, Umbral.

—Eso me dicen en casa. ¿Y qué tiene de malo?

—El esteticismo es cosa perjudicial, pura vanidad. Tus cosas quedarían mejor si no llevaran tanto esteticismo. Tu pasión y tu oficio era escribir, no dejar páginas en blanco.

—Para mí, el oficio de vivir es el oficio de escribir. No distingo entre estética y no estética. La estética es la forma de manifestación que tiene todo acumulado: vivir, escribir, viajar, llenar periódicos y dejar grandes blancos, que es por donde respira el alma de la escritura.

—No puedo contigo, pero tienes talento.

Y se iba a su despacho, pequeño y muy ordenado, a seguir trabajando en la novela que estaba haciendo. A lo mejor a la salida del periódico, ya noche total, me invitaba a cenar. Había un restaurante lleno de obispos en aquel punto y paisaje donde el río doblaba para alejarse de la ciudad. Yo no entendía nada de obispos ni le preguntaba a Miguel Delibes Setién, que era más bien algo clerical. Los obispos supervivientes de la Guerra Civil estaban ya en el cielo rodeados de pavos reales. Los obispos cenaban pavo y vestían también de pavo real. Allá lejos, muy lejos, donde el Mataburras de Rioseco mataba todas las tardes un burro o un niño, el circo empezaba a encender sus luces. Don Paco Cossío estaría en Madrid pensando en su hijo Manolo, el que le mataron los falangistas. Un cielo apaisado iba dejando franjas purísimas, blancas, lejanas. A mí me recordaban los blancos del periódico, los blancos que nuestro periódico no tenía y nunca tuvo. Miguel me encargaba temas para cuando yo volviese a Madrid, el lunes próximo. En Madrid, los artistas jóvenes, los artistas modernos y hasta puede que los periódicos antiguos entendían la estética cubista de los blancos, como entendía yo que el oficio de vivir era el oficio de escribir, en el que incendié toda mi existencia mientras las madres morían en la provincia, cuando los padres eran sólo una estrella instantánea y blanquísima en el cielo militar del fusilamiento.

Ahora, al cabo de todas las guerras, de todos los hijos muertos, como Manolo, el hijo de don Paco, ahora escribo a diario para despedirme de mí y de mis lectores, que no saben si el periodismo es blanco o negro, pero compran el periódico de la tarde para leerme y algún periodista me ha definido como «el columnista de sí mismo».

Nací para jardines desolados, para claustros con poeta solitario y con ciprés, y aunque he vivido en la más populosa y urgente estación de Metro, cruzando las ciudades por debajo, por la entrepiera, creo que de alguna manera se ha consumado mi sueño de pureza, de soledad, de paz inmóvil. Son blancos que el vivir deja espaciosamente en el

periódico de la tarde, en mi periódico vespertino, un periódico socialista donde escribíamos y cobrábamos los periodistas, los señoritos, con dinero de los sindicatos. Este contrasentido era Madrid, pero yo lo encontraba confortable y no lo denunciaba en cada artículo, como hubiera sido mi obligación. Tomábamos whisky los redactores con el dinero de los proletas, el dinero de aquel periódico también vespertino, y proyectábamos la negrura de la noche, la luminosidad de lo negro, la cena, el whisky, las putas de la calle Jardines paseando, serias como monjas, paseando su castidad, su soledad entre cinco millones de madrileños, paseando su humilde pecado, la abéñula de sus ojos y la flor del sida.

César González-Ruano, efectivamente, iba muy pronto a trabajar, al Gijón o al Teide. Era la única manera posible de sacarle al día dos o tres horas más, de sacarle a la mañana su tiempo más generoso y más iluminado. Un día fueron a buscarle al café porque su hijo, casi un niño todavía, iba a ser operado de amígdalas. Primero, César se desentendió del asunto, pero luego, ya solo, le entró el remordimiento de no asistir a la primera aventura quirúrgica del chico. Pidió un taxi y salió corriendo para la clínica. Efectivamente, le recompensó su asistencia a la operación, porque el César menor estuvo muy bravito ante el médico.

Esta anécdota mínima es reveladora del carácter egoísta del escritor, de todos los escritores. Lo primero que exige la literatura es desentenderse de la vida en torno. Es la manera de asistir realmente a la vida, desde el pupitre de la literatura. Ruano iba de vez en cuando a ver a su madre, que ya era viuda y vivía sola. El escritor acababa aquellas visitas dejando caer la cabeza en el regazo de su madre para que ella le rascase.

Tras la muerte del escritor, yo hablé mucho con Mery de estas cosas. Parece que en un dandismo sin intimidad no podría haber nada de esto, pero los dandis no han sido nunca más que un chico malo para sus mamás. Aparte del tema del día, un escritor especializado en el articulismo suele contar con todo un repertorio biográfico de anécdotas y personajes de los que echar mano en ese día sin tema que surge de vez en cuando y que es el fantasma del escritor. No se sabe si el problema está en el periódico vacío o en la cabeza vacía, pero el día sin tema se instala en nosotros y no hay manera de arrancar. Es un día sin tiempo ni espacio en el que parece que no pasan los coches que sí pasan y ni siquiera el sol filma un juego de luces y sombras en una plazoleta para que uno pueda filmarlo poéticamente.

Juan Fernández-Layos, director de Mapfre y buen amigo mío, me encargó un libro sobre Ruano después de muerto. Yo he biografiado a Larra, García Lorca, Gómez de la Serna, Valle-Inclán, Miguel Delibes y alguno más, pero hoy diría que mi personaje más logrado es González-Ruano. Claro que el libro nunca se ha vendido mucho y lo comprendo, pues una sociedad de seguros no tiene por qué meterse a promocionar escritores sin saber nada de ese misterio de la distribución que sólo manejan los editores veteranos.

A mí me dieron uno de los primeros premios González-Ruano de artículos, con un dinero que en aquel momento me hacía mucha falta. Una mañana llegó al café el pedigüeño desconocido, uno de aquellos personajes de principios de siglo que se le habían aparecido a César como simbología de la literatura, la gloria, la bohemia y la libertad. Cuando él ya trabajaba «de firme y de firma», como solía decir, uno de aquellos personajes reaparecía en su vida, intemporal, repetido, mísero, torcido, fingiendo un encuentro casual, y pedía que le invitase a un café. Cuando ya tenía su café, volvía a interrumpir al escritor en la mitad de su artículo:

—Perdona, César, pero ¿podría yo pedir un bollo para mojar?

—Pide lo que quieras y déjame trabajar.

El mendigo ya mojaba su bollo y de vez en cuando le decía al escritor:

—Cómo me humillas, César, cómo me humillas.

Ruano fue siempre un cruce de aquel lirismo golfo de los poetas a lo Emilio Carrere y los escritores de verdad, profesionalmente consagrados que daban ejemplo llenando todos los días una página de *El Heraldo de Madrid*. Cuando Francisco Lucientes, gran periodista, le contaba a CGR que había conocido a Celia Gámez haciéndole una entrevista, que los dos se habían enamorado y se iban a casar, César, con su cinismo frío, le dijo al buen amigo:

—Eso sólo significa, querido Paco, que eres el primero de *El Heraldo* que se acuesta con Celia.

Estas anécdotas se incardinan en la gran alegoría madrileña del segundo o tercer romanticismo, cuando ya el modernismo de Rubén y el simbolismo de Mallarmé empezaban a cambiar las cosas. Las repúblicas suramericanas hacían embajadores en España a todos sus poetas, pues se contaba por adelantado con la identidad de la lengua. De esta figura del diplomático/poeta se beneficia el gran Rubén, entre muchos otros, pero también Pablo Neruda. Una variante de esta «salida» de la carrera literaria la constituía el cargo de corresponsal de prensa, que también venía a ser una especie de diplomático o embajador. Ruano fue corresponsal de *ABC* en Italia, Alemania y otras capitales europeas. Esta hibridación de poeta y diplomático ha dado siempre buen resultado entre nosotros, hasta el famoso *boom* de los 60, prenunciado por Borges y hecho realidad literaria y política por Carpentier, García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, etc. En Ruano se detecta una curiosa indiferencia por el mundo hispánico. Él, tan madriles, era europeo, profundamente europeo y sobre todo francés, o sea lo de entonces. Pero también supo ver el Berlín «de altos hombros» y el Mediterráneo francés. Su libro *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo* es un gran libro de viajes que le da a Ruano, además de mucha literatura, su vocación más inesperada y profunda: quedarse para siempre a la orilla del mar latino, contemplando los crepúsculos marinos color de vino, como los viera Homero.

Además, allí encuentra el escritor su mejor novela, *Circe*, aunque la mejor novela de Ruano son sus voluminosas y nutridas memorias. De este periodismo literario de Ruano, que nunca baja la guardia, vienen todos los columnismos y columnistas que hoy ilustran la prensa nacional. Se cita a otros, pero nunca se cita a este maestro. Tuvo demasiada gloria en vida y eso se paga después de la muerte.

Suena música en la radio del café, llama un teléfono, pasa un tranvía, despunta otro artículo, el segundo o tercero de la mañana, el escritor apaga su cigarrillo.

La jornada ha terminado.

32. EN PALACIO

Una de las situaciones más delicadas que ha vivido España fue la de los primeros años de monarquía, cuando el Rey se veía que no estaba en su sitio, pero tenía que encontrarlo. Ambos eran muy jóvenes, el Rey y la Reina, y yo creo que no habían acertado con ese punto de encuentro electromagnético con el pueblo que es lo que puede dar a una monarquía verdadero impulso histórico y representativo. Había que seguir buscando.

Lo que más recuerda uno de aquellos primeros años monárquicos son las fiestas de Don Juan en los Jardines de Sabatini y a la vuelta, con toda la sociedad madrileña, nacional e internacional, dando vida y color a aquellos jardines de arquitectura fría, de belleza monótona, que más que acercar al pueblo lo distanciaban.

En aquellos jardines había estado yo una sola vez, con un fotógrafo de modas, retratando a la bella Belén, modelo, para un reportaje. Pero presté más atención fotográfica y sentimental a Belén que a los jardines. La noche de San Juan, bajo el beneficio de junio, era intensa, caliente, revuelta, con una temperatura de piedra muy labrada en los monumentos y un clima de Historia en las tertulias, porque había muchas tertulias al aire libre donde uno resulta que conocía ya a todo el mundo, o más bien era como si fuésemos todos de una misma raza caliente, suntuosa y legendaria. Madrid, allí, estaba vivo.

El pueblo se acercaba a los automóviles en la entrada al jardín, y aquellos rostros que seguían teniendo una mueca de Goya, una lepra dorada de Velázquez, se nos pegaban a las ventanillas como en una escenificación demasiado verosímil de los cuadros históricos de estos maestros, y de Solana, Vázquez Díaz y Valdés Leal.

Fue un momento raro de la Historia, que se repetía todos los años. Estábamos poniendo una función en la que cobraban vida los espectros castizos de las Majas de Goya, los caballeros de Pantoja y hasta los mendigos ferroviarios de Gutiérrez Solana, porque estábamos enfrente de la Estación del Norte, por la que casi todos habíamos llegado a Madrid para conquistarlo, armados con cuchillos, espumaderas de cocina, farolas delincuentes y fiebres del mundo hispánico, que ponía sus brillos remotos y morados en los ojos de los embajadores.

El Rey, con su innata sabiduría social, dejaba contento a cada uno y no paraba quieto en ningún sitio. Los socialistas gobernantes, Felipe, Guerra, Carmen Romero y todos aquellos andaluces (era un socialismo de verdad, porque en España el socialismo nace andaluz y luego se hace cantábrico por el Norte), estaban de pie toda la noche, cerca del trono, en buena y admirable compañía con la Corte. Carmen Romero, todavía muy joven, con sus túnicas ceñidas al cuerpo, como inervándole, era una socialista de cabeza clásica. Yo me había entrevistado con ella varias veces en *La Bodeguilla*, para hacerle entrevistas, y recuerdo que tuve que explicarle que algún poeta del 27 no era andaluz, paisano suyo, sino madrileño de Madrid, lo que le hacía a ella mucha ilusión. La sonrisa abierta de Carmen Romero tenía un callado atractivo, y las constelaciones que se inventa el crepúsculo iban cayendo en nuestras solapas de gala como medusas, como cosas muertas, como restos de un mar seco que era el Manzanares, asfixiado entre trenes, grandes automóviles y verbenas sin sueño. Allí conocí a la Infanta Elena, de la que luego sería buen amigo a través de su esposo, el Duque de Lugo, pareja esta que dieron la primera gran fiesta monárquica y alfonsina el día de su boda. El Duque es caballero malherido que paseó la elegancia de los Borbones y su casticismo por las calles populares de Sevilla, por las grandes avenidas y por aquel Guadalquivir que volvía a tener relentes de América en sus barcos de vela, que navegaban el río sevillano como abrumados por una carga de oro cuando en realidad iban vacíos. Recuerdo, de la noche de San Juan, la tertulia de Luis Berlanga como la más ingeniosa y hospitalaria, cuando todos los berlanguitas estaban vivos todavía y Luis llevaba al cine la saga del cuarentañismo con una inspiración más llena de farsa

que de odio o resentimiento. María Jesús, ya dentro del coche, nos repartía caramelos de la cena. Los Anson, las familias políticas, los monárquicos improvisados, los viejos monárquicos, eran todos como una gran fiesta de la democracia que tuvo sus grandes momentos, los más pictóricos, antes de la Constitución y de Tejero, porque en la noche de San Juan volvíamos a ser una monarquía alfonsina y una democracia restallante, terrateniente y obrera, aunque los obreros, ya digo, asomaban sólo su cabeza que metían entre las rejas del jardín como pidiendo una rebanada de aquella cosa nueva que se repartía en España y que no era sino ilusión.

33. CONTRA MÍ MISMO

«Lo que más me atrae, hoy por hoy, en cuanto a la escritura, es escribir contra mí mismo.» Era una cosa que había leído yo en el último Sartre. Pensé en hacer la experiencia, en empezar a escribir contra mí mismo, pero me di cuenta de que era demasiado pronto. Contra sí mismo puede escribir el autor que ya lo ha dicho todo y no le queda otro manantial que decirlo al revés o desdecirlo, persiguiendo las audacias de una prosa rebelde contra la propia biografía. Esto, sin duda, es más eficaz y destellante que escribir a favor.

Por otra parte, quizá hay que escribir siempre a la contra de alguien y, cuando no nos queda enemigo, escribir contra nosotros mismos, que somos el enemigo multitudinario del yo. En cualquier caso, yo iba situando mi trabajo, mi prosa, mi modesto beneficio literario y periodístico, y me encontraba en condiciones de escribir haciendo experiencias. Por ejemplo, no escribir una novela más, sino hacerlo contra la novela anterior, o contra la primera, porque la obra de arte sólo tiene vida cuando se la fusila. Escribir contra uno mismo es más inervante que escribir siempre a favor. Esto de escribir siempre a favor puede acabar constituyendo una segunda juventud, la juventud del viejo. Pero escribir a la contra, por otra parte, puede resultar una falsa juventud, una falsa actitud.

En esto sólo tienen fortuna los escritores políticos, que siempre tienen causas que rectificar. La política nos crea una suerte de enemigos aplazados que son los que vale la pena perseguir y fusilar, como ya he dicho. En un sentido o en otro, yo escribía ya más para escribirme que para cubrir las colaboraciones que me daban de comer. Es importante esto de la escritura como supervivencia del escritor porque el sistema hace más valedera la prosa.

Se ha maldecido mucho contra el escritor a sueldo, mayormente en España, pero el asunto es absolutamente al revés. La prosa cobra dignidad y palpitación humana cuando tiene detrás a un hombre solitario que escribe y escribe. Yo me sentía a veces ese hombre y, en consecuencia, era más escritor que nunca.

En el oficio de escribir no hay que jugarse sólo el destino de las ideas o de las palabras. Hay que jugarse también la vida de la persona, eso que últimamente se llamó «personismo». El escritor es un suicida no sólo como escritor, sino primordialmente como hombre.

Hay que escribir con conciencia de suicida. La buena prosa no tiene otra salida que el suicidio o el castigo del enemigo. Por eso he hablado aquí de fusilar enemigos.

La literatura es una gran mentira y sólo la muerte puede hacerla verdad. Cuando uno se sitúa en ese trapecio es cuando más libre y seguro escribe. Todo lo que no sea escribir así no es literatura. En cuanto nos bajamos del trapecio, la función se ha terminado.

El cazador, el torero, el seductor, el obrero, el inventor, etc., todos tienen un oficio, todos tienen un peligro y ese peligro es lo que hace verdad la mentira, esa mentira que es el arte. Todas las amantes que tiene un hombre son mentira si no tiene además, viva o muerta, una amante de verdad, por la que se está jugando la vida todos los días. Del mismo modo, las mil páginas del *Quijote*, las mil páginas de Proust o de André Gide no valen nada si no hay entre ellas una sola página verídica, peligrosa, caediza, erguida y personalísima, la única página que no podría haber escrito otro hombre.

Escribo y escribo. Me deleito en mi prosa esperando que llegue la página fundamental, única, sincera. Escribir es un bello oficio si se escribe así. Cuando se escribe por llenar folios se está moviendo la industria tipográfica, pero nada más.

No le veo más que dos salidas a la literatura. La salida que da al trapecio y la que da al suicidio. Pero he hablado de personismo. El personismo pone en juego a la persona toda y a su vida. Importa más la persona que el libro. Éste es el punto de vista más actual y peligroso que ha alcanzado la literatura.

34. TIERNO, EL PAPA NEGRO

Se están celebrando por ahora las memorias de Enrique Tierno Galván, que murió hace veinte años en un hospital de Madrid. La prensa ha sido contradictoria y desconcertante con él, como lo fue en vida. Hay una raza de personajes que el español de la calle no entenderá nunca. Así, Quevedo, Larra, Rubén, Valle-Inclán, Camilo José Cela y algunos otros escritores, actores o políticos. Es la raza de los diferentes, de los aparte, de quienes cultivan un antipatiquismo esteticista que duele al español de olla, a las clases medias de buen porte y buenos modales que abren puertas principales.

El antipatiquismo como expresión estética y vital se ha dado en todos los tiempos, como vemos, y nunca ha sido entendido por nuestros paisanos, que se sienten extrañamente agredidos por una osadía que no va con ellos ni contra ellos, sino que, por el contrario, muchas veces va a su favor y adopta las malas costumbres de los bien acostumbrados, patrocinándoles en este sentido, una cosa que pudiéramos llamar la mala educación como estética.

Inesperadamente, después de una guerra civil de tres años, después de una larga posguerra, aparece un alcalde libertario, elegante, cínico, socialista e incluso seductor. Pues claro que hay libros escritos para desmontar a Tierno Galván y mostrarnos que su pose era mentira, que no era él ninguna de las cosas que dijo, etc. Pero esos libros no hacen sino roborar la autenticidad de un personaje que ha jugado desde joven a la «diferencia».

Ya dijo don Eugenio d'Ors (que era de esa raza) qué juicio le merecía, y lo dijo pronto: —En España ser diferente es un pecado.

Ése es el pecado de Tierno que no le perdonan los socialistas terruñeros, aunque sí los otros. Emilio Romero, que era así como de pueblo, le preparó a Tierno la famosa emboscada de los premios «Pueblo», donde aparece Susana Estrada con el pecho derecho al desnudo, cuando el alcalde Tierno le va a entregar el premio correspondiente. Creen los liberticidas del sindicato que por cosas así se puede cambiar la biografía de un hombre. Otros escriben para revelarnos que Tierno no era de Soria, cosa que nos es muy indiferente desde siempre y a la que no vemos la malicia histórica ni política del alcalde.

Tierno Galván empieza a ser un ilustrado de porte antiguo desde sus primeras apariciones, hace su carrera de dandi al mismo tiempo que gana las elecciones para la alcaldía, y ya su gloria rebosa Madrid y es mucho más que la gloria de un alcalde.

Cuando le pregunté a Tierno, después de una cena, por su opinión sobre mi también admirado Eugenio d'Ors, don Enrique me dijo, viendo mi admiración por el catalán:

—No se fie usted, Umbral, detrás de tanta tersura hay siempre algo arrugado.

No me pareció brillante ni digna de él la metáfora, además de que ni siquiera me pareció sincera. Tierno, sencillamente, tenía celos de que un joven intelectual admirase a aquella especie de dandi catalán que era D'Ors. Pero cosas así se le pueden perdonar a un hombre tan singular como mi alcalde. Un día, entrando en el Ayuntamiento, se cruzó con unas monjas que le dijeron: «Rezamos mucho por usted, don Enrique.» A lo que él respondió: «Recen, recen, que todo ayuda.»

Tierno Galván hizo su campaña municipal como si nunca hubiera hecho otra cosa. Cada acto de su vida, cada momento, cada palabra contribuían a engrosar el mito del futuro e inevitable alcalde, que lo fue de una manera natural, aunque tan artificiosa, cuando ya todo el mundo lo esperaba, lo admitía y muchos lo criticaban. Hubiera sido igualmente un maestro electoral para la presidencia de una República. Yo creo que Tierno se descubrió a sí mismo como hombre parlamentario, como sujeto electoral, haciendo esta campaña pública, abierta, constante y nunca parecida a nada. Su vida había sido la de un opositor gris, la de un profesor que se definió como viejo mucho antes de serlo, la de un escritor que se había quedado en unos ensayos difíciles de

estilo y de pensamiento, pero muy interesantes. Ahora, nacía otro hombre.

El exhibicionismo, la elegancia en gris, la gracia anticuaría en el lenguaje y la ropa, todo eso estaba en Tierno vuelto hacia dentro durante muchos años. Sólo la oportunidad democrática le arrojó a una marejadilla de popularidad y vida en la calle que no había hecho nunca. Pero lo hizo muy bien porque, más que inventarse un estilo, lo suyo había sido un dar a luz al dandi que llevaba dentro y que de pronto irrumpió con un estilo clásico que en él quedaba muy moderno. Tierno no estaba recreando nada, sino publicitando su imagen interior, bastante sabia y bastante frívola.

Los bandos. Los bandos de Tierno Galván se hicieron inmediatamente populares por la fórmula anticuaría de la prosa, de la caligrafía, de la construcción. Tierno conseguía con estos bandos aleccionar al pueblo sin renunciar a divertirle. Él, vestido de antigualla, se imponía como un extremo de la modernidad.

Pero había también unos bandos hablados, que eran sus discursos. Todo aquello nos devolvía a los siglos XVIII y XIX. La gente se reconocía en sí misma, tan moderna mediante una fórmula tan antigua.

Para qué hablar de los rivales de Tierno Galván en aquellas elecciones. Nadie se parecía a don Enrique porque éste fundaba su personalidad en un «no parecerse». No parecerse a nadie, ni siquiera a sí mismo, al que había sido hasta entonces.

Un periodista joven y anticuado le entró con un estilo liricoide y florecido. Tierno se lo dijo abiertamente:

—Ese estilo no es el mío, joven, pero le voy a contestar en el que yo conozco.

E hizo un bordado de palabras cultas, irónicas e improvisadas que callaron para siempre a su interlocutor. Tierno no había combatido el ballet con el boxeo, sino la cursilería con el castellano viejo que siempre sonaba en él como piedra de río, como campana del día, como sonrisa de la ciudad que Tierno inauguraba, porque Tierno estaba siempre inaugurando Madrid, clareando las mañanas populares con afilador y ensombreciendo literariamente las esquinas nocturnas por donde entraba la morada tiniebla de la ciudad incógnita.

Le pedí que presentase un libro mío, el *Diccionario Cheli*, que Lázaro Carreter y Polanco me habían sugerido hacer. En la presentación estuvo gran parte de la Movida. Lo que se inauguraba era un lenguaje nuevo, herborizado en la calle, en los barrios, en las tabernas de litrona y en las tiendas de condones con cresta, como las había en Fuencarral, en Hortaleza y en Chueca.

Lo cheli era la almendra verbal del madrileñismo, la palabra que ilumina lo que no dice y mejora lo que ya está dicho. Después, los dialectos de la tribu urbana han ido sucediéndose continuamente, pero todos son alucinaciones populares del primero, algo así como el piano del pobre en los bajos de Madrid, la música de organillo comentando los amores diurnos de toda la noche. Nos diferenciábamos del rock americano, por ejemplo en cuanto a que el madrileño no tenía aquella brutalidad, sino una cierta finura vecinal que se comunicaba de unas córralas a otras.

Otro libro mío, *Los helechos arborescentes*, lo presenté en El Sol y, dado que era una novela de la guerra, incendié, en media perorata, un ejemplar de la novela y lo lancé al aire. Cayó en el regazo de una pintora amiga. Espero no haberle quemado nada a quien todo lo tenía en flor. El Sol era un sótano de la calle Jardines donde nos reuníamos por la noche con las percantas amigas de Alaska, que solían ir vestidas de monjas y hacían unas monjas muy lujuriosas, algo ateas y completamente pop.

Pero además de las cuevas heredadas del existencialismo dubitativo, donde Blas de Otero esperaba un futuro que no tenía, frecuentábamos las discotecas que habíamos imaginado nosotros mismos, y que era donde nuestros pintores hacían su expresionismo infantil y esperaban la coca nocturna de Douglas Fairbanks, el famoso camello. Madrid sí que era una fiesta, cosa que nunca había escrito Hemingway, y aquella fiesta la mantenía incendiada, como una hoguera, la mano abadesa y pecadora

de Tierno Galván, que dejaba Madrid al rojo vivo para venirse a cenar con Carmen Diez de Rivera y las demás mujeres. Nosotros y los municipales de paisano le hacíamos la fiesta y la guardia. Carmen siempre tenía cosas que proponerle a Tierno, en el orden de la eficacia, pero él había trabajado todo el día en el despacho, aparte de lo que él mismo llamaba trabajarse la calle, o sea la popularidad y el voto en llamas de sangre. Tierno, pues, prefería, ya alcalde, reflexionar sobre los bienes de la locura o el pecado mejor que hacer más burocracia o fingir que la estaba haciendo.

¿Adónde llevaba este alcalde a Madrid? Cuando vino el Papa a recibir de su mano las llaves de la ciudad, conversaron en la plaza de la Villa como dos extraños transeúntes. Era un papa del siglo XIII que hablaba romano y se entendía muy bien con aquel alcaldillo de zapatos brillantes que le daba irónicas respuestas.

Un papa y un alcalde escapados de la luz celestial de la Villa, comentando la maldad de los políticos, la maldad de España y el pecado de Roma, que soñaba atentar todas las noches contra el Vaticano para robar en oro las columnas barrocas de Bernini. Luego, a Tierno se le presentó el mal, como a todos, aunque Madrid no tenía los tremedales palúdicos de Roma. Pilar Miró le diseñó una carroza negra y le puso un millón de chelis en las acacias alfonsinas. Así se lo llevarían un día a los cielos porque, como él había dicho, Dios no abandona nunca a los buenos marxistas.

35. GLEZ.

A Felipe González le conoció el pueblo español como se conoce lo que primero se ha soñado o intuido. Siempre hay en nuestra mente un sujeto que quisiéramos identificar, pero sólo se nos da a ramalazos de lucidez o de santidad.

Los españoles llevábamos casi un siglo soñando con el español ideal, un hombre joven, nuevo, recién aparecido, valiente e inédito. El socialismo estaba en el subconsciente de la nación con un acento sentimental, como el regeneracionismo estaba al otro lado, en sus ojivas centenarias, esperando desde siempre que las botellas de su cosecha dieran el mejor vino.

Cuando la Guerra Civil hay que reconocer que los socialistas no fueron precisamente los protagonistas de la epopeya. La gloria, en la guerra y la posguerra, se la llevaron los comunistas con sus viajes clandestinos de Santiago Carrillo a París y Moscú. Los socialistas fueron consentidores y apacibles en una cima templada que no era sino el sueño eterno de la vieja izquierda española, un socialismo de fielato sin demasiados ímpetus de venganza. Así lo recordaba, o más bien lo olvidaba, el pueblo español.

Carrillo y los comunistas hubieran sido los protagonistas de la Historia, pero también se deduce que habrían vivido siempre en la incertidumbre histórica y templada de la revancha absoluta, de la muerte absoluta, de la absoluta vida que nos prometía Stalin desde lo alto de la Puerta de Alcalá.

Sólo muy a última hora aparece Felipe González, como un buhonero sevillano, para arrebatarse la maleta de madera, la maleta de soldado, a Llopis y enviarlo a la nada de donde había venido. El socialismo español, que tiene más de cien años, estuvo a punto de darse la vuelta, tirar los fusiles y despedirse de los españoles que de pronto se hacían todos marxistas e iban a ganar la Guerra Mundial mientras Franco perdía su guerra.

Pero nada fue así. Lo comprendí yo mismo explicándoselo a la duquesa de Alba, que me preguntaba si la legalización de Carrillo iba a suponer para ella el derrumbe interior del palacio, de los palacios, y el robo de las fincas.

Tuve que pasarme una noche al costado casi femenino de una hoguera de la casa hasta dejar a Cayetana convencida de que los comunistas venían a salvar España y lo iban a hacer con más garbo que los socialistas y los republicanos. No acababa de creérselo porque el tirón antiestalinista era muy fuerte en Madrid y muy irracional.

Pero la guerra, nuestra pequeña Guerra Civil iba a ganarse, se ganó y Madrid se llenaría de rojos, que Ana Belén pedía la vuelta a Madrid de Dolores Ibárruri con música de *La vida en rosa*. Hicimos una película sobre Dolores, la hicieron García Sánchez y Linares, y toda España cantó aquello de «Dolores a Madrid».

A mí me pidieron unas canciones con letra mía para que las cantase Dolores en la película, y allí íbamos todos a oírla cantar, y Dolores me decía qué vergüenza pero qué vergüenza he pasado, si yo soy tímida y no sé cantar, cómo me hacéis estas cosas, y se reía mucho y se despedía de todos con mucho cariño. El plato lo teníamos en un chalet de la colonia El Viso, creo que robado o incautado. La gente se llevaba los carteles del filme para ponerlos en casa, pero iba poca a ver la película.

Si te acercabas por casa de un amigo para saludarle era fácil que te encontrases la lámina de la *Última Cena* de Leonardo sustituida por el *Guernica* de Picasso, que era el cuadro que exhibían todas las galerías de Madrid, pues la ciudad estuvo enamorada de nuestra vieja durante un tiempo y había ironistas en el PC que querían casar a Dolores con el Padre Llanos, aquel jesuíta comunista que se puso un día la boina del Che Guevara y dijo que no se la volvería a quitar hasta la muerte.

Así fue, en efecto, hasta que le perdimos, y luego yo la perdí a ella, a Carmen Díez de Rivera que me enseñó a nadar el Mediterráneo con un brazo porque el otro se lo habían paralizado en una operación los grandes europeos que perseguían un cáncer oscuro por el cuerpo claro de mi amiga, a la que hice compañía en el tanatorio de la M-

30 y no he vuelto a ver en las cenas de Madrid, la muerte consiste en que una buena amiga deja de llamar y ya es como si Madrid se hubiera quedado sin teléfonos.

Nunca más la vas a encontrar, aunque vayas nadando con un brazo hasta Menorca y su amiga Rosina Ballesté te abraze llorando y te diga que Carmen está allí, en el mar de los muertos jóvenes, y que su cuerpo flota por encima de la Ilíada y la Odisea, que su melena rubia va a tomar color de vino en cuanto te cruces con las velas latinas que invaden aquellas islas, ayer con son de guerra y hoy con son de turismo, que para esa mierda querían ganar un gran archipiélago, para venderles apartamentos a los alemanes que se enterraban vivos entre frescas sábanas de arena para recordar cómo era, Dios mío, cómo era, y sería aquella, la bella Circe que iluminaba con su desnudo todo el Mediterráneo y que tuvo el amor de Ulises bajo el temblor encendido de Aldebarán en las noches de mucha estrella y mucha pasión.

Madrid no tenía más Mediterráneo que las fuentes de Atocha, de Neptuno, del Prado y de Cibeles que los nacionales habían llenado de tierra y de vino para que Franco, desde su avión de Charlot, no las viera ni las bombardease.

Felipe González era el único Ulises con alguna credibilidad, un provinciano de Sevilla que ganaba batallas, elecciones, ganaba hombres y mujeres, y le dio grandeza ojival a nuestra guerra y a nuestra paz poniendo cada isla a nivel mediterráneo y ensayando un socialismo donde se ganaron y se perdieron fortunas de verdad, pues cada fuente de las citadas era una ruleta de monedas egipcias que Mario Conde o De la Rosa podían ganar o perder en una noche. Ulises González hizo socialismo para toda España, descubrió por fin la tierra imaginada y sustituyó los mitos por los sindicatos y las venganzas homéricas por venganzas financieras, mejoró a los obreros y abrió los toriles de toda España para que cada uno pudiera matar su minotauro mientras caían banderas, se hacían manifestaciones con el gótico religioso en llamas y la fe en Felipe era tan violenta y verdadera que España se ahogaba de autenticidad. Volví a las islas, como Ulises, convencido de que todos aquellos veleros que se hundían cada noche eran la justicia socialista enterrando en agua el cuerpo imposible de Carmen.

Así perdió González su última partida en la ruleta clamorosa de Cibeles.

36. GRACIÁN, HOY

«Gusten unos de jardines; llagan otros banquetes; sigan éstos la caza; cébense aquéllos en el juego; rocen galas; traten amores; atesoren riquezas con todo género de gustos y pasatiempos, que para mí no hay gusto como el leer, ni centro como una selecta biblioteca.» Nada más. Pero, ¿acaso es poco? ¿No basta este suspiro, esta pudorosa confesión retenida para ver al trasluz toda la hondura de su drama? ¿No está ahí la clave de su pena, de su mirada triste, de eso, en fin, que con palabra muy vaga e imprecisa llamamos pesimismo? Había nacido con nervios demasiado sutiles, delicados, fragilísimos, y se encontraba a la intemperie, herido por el ventarrón bronco del páramo imposible; amaba el coloquio erudito, la dulce conversación, «el mejor viático del camino de la vida», y tenía que aguantar mítines de vozarrones agrios, jotas gritadas, de guitarra, bota, hola mañico, y plazuela. Buscaba compañía y sólo topó ñoñería superficial, bastante para no dejarle nunca profundamente acompañado, ni, ay, tampoco profundamente solo. Le encantaban los jardines. «¿Qué jardín del Abril? ¿Qué Aranjuez del Mayo, como una librería selecta?»

Gracián se despide de Italia. Aquí se exageran los acentos sentimentales, líricos y cultos del escritor, del pensador. Gracián hace recuento de todo lo que ha vivido, de todo lo que ha leído. Tenemos una manera de glosar que no es ya la de hoy. El glosador actual sintetiza las frases, y el medieval o renacentista las amplifica y hermosea. Son dos de las maneras que tiene Gracián y que tiene su época de tratar con la cultura.

En este capítulo, Gracián se despide de Italia, de la melodía que ha venido trenzando, se despide de su prosa y se despide de sí mismo porque en la literatura española hay al menos un énfasis de tres siglos que se abre en el XVIII y se clausura en el XX. Dentro de este suspiro viven y suenan tres siglos, varias generaciones y múltiples estilos.

«Sí, le encantaban los jardines y el destino le hizo nacer, vivir y morir en un desierto.» La existencia, concebida como diálogo, la deseaba así en las tres edades. En la mocedad, conversación con los muertos, estudio, autores clásicos, tiempo de aprendizaje para la vida en la universal experiencia de la letra impresa, historia heredada. En la madurez, conversación con los vivos, viaje ancho mundo: Italia, porque en cualquier ciudad suya «se encuentra más hermosura que en toda una provincia de las otras naciones», y porque ella es cercana y lejana orilla de la dicha; «Italia, la culta, que es lo mismo que aliñada, cortesana, política y discreta, la perfecta de todas maneras». En el invierno de la vejez conversación con uno mismo, filosofía como arte de aprender a bien morir, retiro. Porque al final, dijo san Agustín, siempre te espera la soledad, pero detrás de la soledad está Dios. «Para vivir a solas se ha de tener o mucho de Dios o todo de bestia.» Por eso la sociedad es indispensable, mas, conforme se siente la cercanía irremediable de la tumba, vivir a solas es ya acercarse un poco a la otra vida.

Clásicos —Séneca, Tácito— tuvo Gracián en su juventud, pues aunque no llegó nunca a saber el griego conoció bien a los latinos, empero sus fuentes eruditas hayan sido casi todas las italianas de su época, que entonces, como reconoció con desenfado y franqueza Lope, la lengua toscana «a muchos españoles ha sido muy importante, porque no sabiendo latín bastantemente, copian y trasladan de la lengua italiana lo que se les antoja, y luego dicen: “Traducido del latín en castellano.”»

Gracián se despide de Italia y Eugenio Montes se despide de Gracián como yo me despido de Eugenio Montes. Le conocí en Valladolid, una mañana de domingo, en la Casa de Cervantes, y me fascinó su cabeza afilada, galaica y escultórica. Ya me había fascinado su prosa sabia que recorre los siglos y las culturas. Le dijo una vez Rafael Sánchez-Mazas que estaba gastando el tiempo fingiéndose una cultura cuando, con ese tiempo, hubiera podido hacerse una cultura de verdad. Le acompañaba aquella

mañana Adriano del Valle, que nos leyó unos versos anodinos. Adriano era grueso, juvenil, labriego, optimista como un clásico. Una escultora joven que estaba con nosotros dijo que le encantaría hacer aquella cabeza. Yo dije que a mí también, pero la damisela se refería a Adriano y yo me refería a Montes. Adriano tenía unos versos festivos que le hiciera Eugenio d'Ors:

*Por Adriano emperador,
por del Valle campesino.*

Eugenio Montes, a quien la juventud, aquella juventud de entonces, llamó maestro y ministro, abrigaba su afilado perfil con el cuello subido de un abrigo estrecho. Clásicos, hemos dicho. Séneca, Tácito, el propio Gracián. Pero un clásico que se suicida, como Séneca, es más bien un romántico.

Maneras de escribir, oficio de escribir. Oficio de vivir. Siempre estamos haciendo nuestro oficio quienes trabajamos en lo nuestro. Gracián trabajó en lo suyo y en lo de todos. Era un clásico en la medida universal. Ya digo que el clásico individual es más bien un romántico. Lo de Sánchez-Mazas eran bromas de escritor a escritor. Montes tenía una prosa con la que podía decirse todo en castellano.

Sí, clásicos y modernos. Pero ya en la madurez no pudo viajar, hablar con los vivos de gustos semejantes y de espíritu afín, rodearse de la sociedad ideal que le correspondía, sentarse a oír y decir en un banco de los jardines Bóboli florentinos o en aquéllos clausurados de intimidad que meditan en Venecia. Con ellos cierro yo mi libro como más adelante se verá.

37. SARTRE, EL LISTO DE LA FAMILIA

«La única manera de aprender es impugnar.» Con una frase beligerante como ésta, o con otra parecida, principia Sartre su carrera de *normalier* o *normalien*, y la termina con esta otra: «Ya sólo me interesa escribir contra mí mismo.»

O sea que no se había movido del sitio aunque él creía haber recorrido universos culturales. Y claro que los había recorrido, pero permaneciendo siempre fijo en la idea de la enseñanza como combate y de la pedagogía contra sí mismo. Esto no es una postura fanática, sino una manera que tiene Jean-Paul Sartre de no amodorrarse nunca, de vivir siempre agujoneado por las contrarréplicas como por las pastillas farmacéuticas con que llenaba sus bolsillos cuando iba al café a escribir.

Uno de los gestos más atrevidos de Sartre en sus primeros años, incluso en su discurso inaugural, es la defensa y exaltación del cine. El cine, en una provincia francesa, en los años 20, era un recurso contra el aburrimiento burgués o un peligro para la juventud, que era la clase social que mejor rimaba con el cine. Pero dijo Ramón Gómez de la Serna, en España, por los mismos años, esta otra cosa: «Charlot son los domingos del mundo.» Es una manera más lírica, pero no menos eficaz de consagrar el domingo a la burguesía y a la infancia, esas dos razas que no han tenido tiempo de aprender a degustar el cine o a descifrar una película.

Efectivamente, el cine está lleno de claves que tienen su secreto en estos intelectuales, como luego en otros también en España, como Azorín en Madrid. El cine es una propuesta estética que no suele alcanzar la complejidad ni la velocidad mental de la literatura, pero en cambio se degusta colectivamente, lo cual ya tiene muchas ventajas, pues luego, a la salida del cine, los espectadores se aleccionan unos a otros, se aleccionan a sí mismos y mejoran la película.

A Sartre le apasionaba el cine sin duda porque ponía en él, como en todo, mucho más de lo que hallaba. También le atraía la novela norteamericana, que nos obliga a otra suerte de escritura a veces más compleja y a veces más sencilla que la novela europea. Sartre siempre estaba descifrando los enigmas de la modernidad, lo cual para él era una manera de descifrar los enigmas de la antigüedad.

Esta búsqueda beligerante de Sartre le lleva a una actitud también beligerante en todo lo que escribe y todo lo que lee. Tuvieron que pasar muchos años hasta llegar a los 60, cuando el escritor se enfrenta con el mundo moderno y las nuevas mocedades para adoptar una actitud que no sea radicalmente agresiva. Tengamos en cuenta que era casi niño cuando empieza su monumental libro de Flaubert, que sólo terminaría a medias cerca ya de la muerte. De sus charlas a los estudiantes de París saca provecho para sí mismo, como eso del cuerpo del trabajo y el cuerpo del amor, asunto que tan admirablemente entienden las mujeres que le oyen en cualquier parte.

Son ideas que le vienen glosando a Marcuse, pero su primera reyerta contra la juventud que ejerce de tal es la que mantiene con Albert Camus. Se han dado muchas causas y explicaciones para exponer este duelo Sartre/Camus, pero no se ha dado nunca la explicación más verdadera y elemental: cuando Camus llega famoso a París es bastante más joven que Sartre y esta diferencia de edad viene a subrayarla el Premio Nobel, premio que le dieron bastante antes al argelino y que llevaría a Sartre a rechazar el suyo, según les dijo a los periodistas: «También rechacé el Premio Lenin.»

Sartre, consagrado ya como filósofo, pese a lo bifurcado de sus caminos intelectuales, es un pensador que no se atiene nunca a reglas tradicionales, sino que le fascina pensar lo moderno, como él decía. Por otra parte, Sartre, el último gran filósofo europeo, tiene que asistir diariamente a la muerte de la Filosofía, que hoy está reducida a un ensayismo ocasional y a una proliferación de escuelas con más nombres que teorías válidas. Hay momentos del siglo xx en que Europa no cuenta con más pensador que Sartre.

Pero el aspecto más original e inesperado de su cultura está en la creación literaria, en

la novela, el teatro y el relato corto, aparte de los muchos artículos que escribió y que con frecuencia, por la duración, son más ensayo que artículo.

Habría que empezar por su libro *Las palabras*, que es una autobiografía de infancia con acentos líricos y cuestiones prematuras para un párvulo, digamos. Aparte de Marcel Proust, pocos relatos de infancia se han hecho con la profundidad y el encanto de *Las palabras*.

En cuanto al teatro, su obra más escandalosa, en todos los sentidos, es *La puta respetuosa*, una crítica más de la buena y vieja burguesía. Lo primero que yo leí de Sartre fue su *Baudelaire*, gran libro al que perjudica el tono moralista que lo ocupa. Sartre debió de pensar que estéticamente no iba a superar a un creador como Baudelaire, y entonces opta por superarlo mediante la lección moral, lo que le obliga a volver a ponerse socialista, con perjuicio para el libro.

Los caminos de la libertad es su trilogía novelística donde queda muy clara la influencia norteamericana en el juego con los personajes y la ruptura de la formalista novela europea del XIX. Pero la gran novela de Sartre es *La náusea*, libro que supone la puesta en pie de todas las ideas sartrianas vividas y expresadas por los personajes y las cosas, como el árbol barroco, el joven homosexual, los jugadores de cartas, la mujer que el protagonista tiene como única para su amor y que es la dueña de la pensión.

Digamos que, con *La náusea*, Sartre da fe de la existencia de fenómenos naturales que hasta entonces sólo había tratado filosóficamente y que aquí cobran vida y realidad cotidiana, empezando por el rostro del protagonista en el espejo. Si hubiera que preguntarse por la influencia de otro autor en este libro, no dudaríamos en elegir a Marcel Proust. Sartre pone en marcha toda la minuciosidad, el preciosismo, el detalle, el amor a lo mínimo, bueno o malo, dándonos un largo paseo por el mundo mirado por un existencialista en acción, pero ni siquiera consciente de que lo es.

Con el tiempo, a Sartre le ha perjudicado su moralismo insistido, aunque se trata de un moralismo de izquierdas. Sartre no abandonó nunca totalmente una moral que puede venir de Marx o de Heidegger. Es el escritor absoluto, como también lo fuera Proust, y trató de hacer de Proust en el citado libro sobre Flaubert, aunque también se le malogra en parte por los varios puntos de vista morales que sitúa en el libro. Sartre escribió mucho contra sí mismo (seis horas por la mañana y seis por la tarde), pero llevaba en sí, como todo el mundo, unos demonios familiares de los que nunca pudo librarse.

Una pequeña y emocionada memoria del siglo XX cree uno que queda dignamente terminada con unas páginas dedicadas a Jean-Paul Sartre, que, aunque ahora esté un poco sometido al silencio de los archivos, ha sido, sin duda, desde los años 30 hasta fines de siglo, el escritor más importante del mundo.

El que ahora se decida su soledad y su olvido es sólo una puntual relación de cómo Sartre ha ido desafiando y superando escuelas, doctrinas, estilos, y mejorando los suyos propios, revitalizándolos y sometiéndolos a nuevos autos de fe para probar su vigencia y presencia entre nosotros.

Sartre principia su vedetismo literario con las conferencias de la Normal y sus publicaciones en revistas. Pero antes de eso ya es una estrella en el comedor de su casa, dentro de una familia ilustrada que sabe valorar la calidad del niño que ha nacido en aquel aburguesado portal de Belén.

Caigamos en el tópico de decir que era un niño muy estudioso, pero en realidad era un niño muy numeroso. Quiero decir que se producía intensamente en todas direcciones, incluida la dirección pedantuela de un adolescente listo, cosa que no deja de considerar él mismo en su primer libro, *Les mots*.

Cualquier familia de buena formación hubiera sido suficiente para malograr al niño de talento. La burguesía no está preparada para acoger a un genio y llevarle pulcramente

por su camino de genio, sin tropezar con éxtasis de lucidez que vayan haciendo del niño un san tito, porque es muy frecuente en la burguesía francesa o española confundir la sabiduría con la santidad.

Con esta amable lucha entre el pequeño genio y la solemne familia se desarrolla *Les mots* siempre con paz y benéficas ascensiones al rostro bíblico del abuelo, que son las que le llevan a comprender al pequeño Jean-Paul que los dioses familiares tienen cara de eternidad y energías sobrantes después de haber creado el mundo.

Les mots, primer libro de Sartre, o el que se remonta más atrás en su biografía, es un bellissimo poema de infancia cruzado con ramalazos de anticipación poética, luces de inteligencia y momentos de triunfo que atañe a todos y proviene, mayormente, de ese domingo de satisfacciones que es la vida entera del muchacho.

Muchos años más tarde, Simone de Beauvoir trata de imitar a Sartre escribiendo *Memorias de una joven formal*. El título es más sugestivo que el de Sartre, pero éste había dejado ya el efectismo y trabajaba en un laconismo expresivo e inmediato. Sartre puso de actualidad los títulos cortos y graves como latigazos. En realidad ponía de moda todo lo que tocaba. Era un generador de ideas.

Las palabras es para muchos lectores el mejor libro de Sartre, tocado de una gracia y ligereza que son infancia pura, tomada de la vida y no de los libros sobre la infancia.

Desde la lectura de este libro podemos adivinar cualidades y calidades insólitas en la infancia de Sartre, así por ejemplo su cualidad de escritor plural, inventor de géneros y de corrientes de pensamiento. Sartre vivió desde muy pronto esa pluralidad y laboriosidad de su pluma, entregándose a ella con fervor y seguridad.

Sartre es el último escritor del XIX y el primero del XX, porque no se encierra en un hermetismo filosófico, sino que practica la novela, el periodismo, el ensayo, el teatro, el cine y otras variedades. Sartre ha ido trayendo la modernidad a su casa y a su vida gracias a su curiosidad impaciente y a su mundanidad, que le hace vivirlo todo, probarlo todo, ensayarlo todo, llenando la filosofía de moblaje nuevo y extendiendo el arte de pensar a todos los terrenos. Con él es con quien la filosofía se hace literatura y la literatura se hace filosofía.

Pero no en la dimensión didáctica de Voltaire, sino en la dimensión vital que nace de lo vivido e incita a lo por venir. Mientras todo esto pasaba en él, fuera de él su nombre crecía, se multiplicaba e iba adquiriendo un prestigio oscuro y bello que fue el éxtasis de la posguerra, de la Francia ya sin guerra, del existencialismo como religión última de Sartre al mundo.

Nacía un pensador nuevo y se ralentizaba un hombre que había entrado en la vida con poderoso discurso y lo estaba ejercitando al alcance de las masas. De modo que Sartre fue el primer pensador de nuestro amado siglo XX y el último pensador metafísico, porque tras él viene la legión de los estructuralistas, los deconstructores y los fragmentaristas.

Sartre, inventor de tantas cosas, inventa también una nueva manera de pensar que sólo se alcanzaba ya en algunos místicos españoles, como Teresa de Jesús, San Juan y Unamuno.

Pero éstos estaban todavía en la aspiración cartesiana, mientras que Sartre se había abierto a la anchura total de la mundanidad, reflexionando con las pequeñas cosas y descubriendo las claves de la existencia en el objeto mudo, porque no olvidemos que Jean-Paul descubre primeramente la fascinación de las palabras, antes de pasar al enigma de los significados.

Ama las palabras como cosas que son y ama las cosas como expresión de la existencia. Aludió el clásico español a la estrella numerosa. No sabemos si Sartre había leído a nuestro clásico, pero supo descifrar la numerosidad de la estrella sola, y por eso su ensayismo es vivo, actual, expresivo, vital y verdadero. Aunque no haga mucho hincapié en ello, lo cierto es que el existencialismo nace de las cosas, que las

cosas generan existencia y que las palabras valen igual como palabras que como cosas. Este hallazgo, entre nosotros, sólo lo tuvo don Francisco de Quevedo. A ambos les hace inmortales.

No sólo el existencialismo era un humanismo, sino que toda la vida y obra de JPS es un humanismo en el sentido de que su literatura es práctica, ayuda a vivir, aunque él, naturalmente, huyese mucho de los libros/ayuda.

Así, *La náusea* es el libro/ayuda por excelencia, ya que no se limita a ayudar con consejos, sino que pone los consejos en acción y enfrenta al personaje de Roquentin con el lector, como en los inolvidables episodios del árbol múltiparo y del espejo fiel. Roquentin no solamente vive esa experiencia, sino que la escribe y la reescribe, abundando en la riqueza de símbolos, aunque no se trate para nada de un libro simbólico.

Tenemos asimismo la breve escena —como de sainete francés— donde Roquentin, abrumado de domingo, prueba a pasar la tarde en la cama, con su patrona, y así se lo solicita. La patrona accede con la facilidad sonriente y tediosa que la caracteriza. Las patronas son dos y ésta es la favorita de Roquentin, por más joven, más amable y menos desesperada. En vano buscamos aquí una escena de amor. En principio, rondan por allí unos jugadores de póquer que con su griterío y alborozo, al final de cada jugada, hacen imposible el aislamiento místico del sexo.

Roquentin lucha por mantener el clima, pero entonces le pregunta la patrona, con mucho acento de Normandía:

—¿Le importa al señor Roquentin que no me quite las medias?

En otra situación, al señor Roquentin no le hubiera importado que su patrona u otra mujer se arrancase las medias, los pechos o el sujetador. Pero ahora sí le importa porque ha tratado de crear un clima lúdico para sí mismo (a la patrona se la ignora) y los tenores del póquer se lo han estropeado.

Lo que es peor, la propia patrona, ajena a los accesos eróticos o amorosos que pueda soportar Roquentin, con una pregunta que ni siquiera es obscena. Es exactamente una pregunta cotidiana, doméstica, y la domesticidad mataba incluso los más bellos impulsos de Roquentin.

La náusea es una novela que nos brinda múltiples ejemplos de lo que llamaríamos existencialismo vigente o en acción. Cuando al personaje le viene la ola de *La náusea*, es más fácil soportar su angustia que disimularla ante uno mismo mediante otras superficialidades más forzadas y forzosas.

Quiere decirse que *La náusea* tiene un claro origen sexual y que la vida toda, como el árbol barroco, crece alimentada por estos accesos de lujuria y de —añadiríamos— turbación. Toda la juventud de aquella época, de aquellos años cincuenta y sesenta, leyó *La náusea* como consumió una droga modesta. En ambos casos se trataba de dar cabida a la realidad angosta del domingo dejando que nos invadiese aquella temperatura inmóvil, penosa y larguísima.

Así nos sentíamos más contemporáneos, más actuales y teníamos algo para luchar contra la asfixia de vivir, cosa que al joven siempre le es muy necesaria y hasta le envanece.

En este sentido, pues, *La náusea* es un libro/ayuda y como tal lo consumimos nosotros. Ha sido quizá la última evasión hacia los paraísos artificiales, una evasión pobre que no se nutría de drogas caras, sino de drogas de pensión y literatura barata de las orillas del Sena.

38. LA BICICLETA

La bicicleta no es el último invento del siglo xx, pero tampoco el primero. Los otros inventos nacen muy elaborados, muy científicos y generalmente con mucha vida, bien sean técnicos, mecánicos, agrícolas o ciudadanos. La bicicleta no.

La bicicleta se da de pronto en el campo como las mariposas y bien podríamos salir a cazar bicicletas, con un cazamariposas, los domingos por la tarde. Nuestros niños aprenderían todo lo que hay en una mariposa. Ahora sólo aprenden todo lo que hay en una bicicleta. En todo caso, lo aprenden pronto. Fernando Fernán-Gómez necesitó vivir toda una vida para escribir *Las bicicletas son para el verano*.

Efectivamente, los chicos y chicas consumen bicicletas durante el calor y consumen calor durante las bicicletas. Esta obra de Fernán-Gómez resume en un piso castizo y madrileño toda la guerra del 36, que es como una síntesis picassiana de la Historia de España. Uno de los triunfadores en aquella guerra, el gran poeta Leopoldo Panero, sobrevivió a tiempo de escribir cosas como ésta sobre las bicicletas:

*Yo he sido transparente
viajando en bicicleta,
con brisa en los pedales
y trigo en la chaqueta.*

Otro inmenso poeta, sin embargo, Jorge Guillén, exclama a mitad del poema: «La pérfida bicicleta.» Acababa de pillarle una.

Como he dicho más arriba, el dramaturgo mete toda la guerra en unos cuantos escenarios muy propios de la época y de los vecinos. Recordemos el precedente de *Historia de una escalera*, la primera y más famosa obra de Buero Vallejo. Hay una gran semejanza entre ambas. Me refiero a la tendencia española de meter la vida en un vecindario, en un trabajo, en un barrio, en un espacio mínimo. Lo que ha descubierto nuestro género chico, por llamarlo así, es un costumbrismo como yo sólo lo he visto igualado en Italia y Francia. Estos pueblos latinos tienen una tendencia poética y narrativa a minimizar la vida, las costumbres y los personajes, lo mismo en provincias que en su amado Madrid.

Podemos asomarnos a cualquier ojiva del siglo xx para descubrir un manantío narrativo o lírico donde el pueblo ha hecho la crónica minuciosa, satisfecha y burlona de la vida madrileña, que es o era la vida de España. Por eso, la bicicleta tiene aquí más importancia que en cualquier otro pueblo mediterráneo. El precio, la economía, la ligereza del invento explican bien el auge de la bicicleta en los primeros años del siglo, antes y después de la Guerra Civil.

El español, buen bailarín, se da maña para correr en bicicleta, pero también se da maña para correr con la bici antes de pagarla. La bicicleta empezó siendo un elemento *sportivo*. La compraban las gentes adineradas y progresistas, que habían dejado atrás la forma higiénica de pasear mucho el campo para dedicarse a viajar mucho en bicicleta, que todavía era un cacharro peligroso y merecedor de las más literarias crónicas de prensa, donde se dibujaba a los famosos políticos, artistas, etc., viajando en sus alegres bicicletas, nada pérfidas, nada guillenianas, y dando a continuación minutísimo detalle de las marcas conseguidas y de los accidentes femeninos del caso. Porque la bicicleta había empezado a sustituir al piano en las lides amorosas y románticas de aquella sociedad cursi, joven y provinciana.

Hay un chiste de la época, debido al gran Pitigrilli, donde dos conversadores sentados en una terraza, dicen así, tras su repaso a los malos tiempos, que nunca son buenos:

—La culpa de todo la tienen los Bancos.

—Eso es. Los Bancos y los ciclistas.

—¿Y por qué los ciclistas?

—¿Y por qué los Bancos?

39. CASTRO, UN INVENTO DEL SIGLO XX

Estamos a principios de agosto. La ancha paz de la luz no es sino una lenta mentira. Ayer ha entrado en un clima grave de enfermedad el revolucionario cubano Fidel Castro, que forma parte de este libro con pleno derecho como una de las fuerzas imaginativas más hermosas de la inteligencia revolucionaria. Fidel Castro administra las últimas tardes de su revolución desde el clima terminal de una clínica de La Habana. Es una coincidencia macabra esto de que ande uno días y semanas buscando un final para nuestro libro y que ese final nos lo dé el destino con mano suave e implacable.

Hace pocos meses, Fidel tropezó ante las televisiones del mundo entero, tornándose en el mito más esbelto e inseguro del siglo xx. Castro fue un invento del siglo xx, como el ferrocarril, el periodismo, la velocidad, el sexo, la adolescente bicicleta y otros dones de la centuria que hemos glosado.

Fidel Castro inventa un estilo de revolución nueva y con poderosa mitología. Incluso el general Franco decidió adherirse, con su prensa y su palabra, a la revolución esbelta, juvenil y condenada de los héroes confusos de la pequeña isla que había sido española.

Aunque convencional sicario de la URSS, Castro crea un estilo nuevo de revolución, esa máquina política que hace avanzar los siglos. Por primera vez, el franquismo y el pensamiento revolucionario se ponen de acuerdo gracias a este milagro violento y urgente que ha nacido. La entidad y la energía de Cuba nos la da su situación frente a Estados Unidos. Cuando Kennedy decidió entrar por Bahía Cochinos, Castro amenaza con el arma remota y plateada de la URSS. Los parámetros belicosos del mundo se detienen ante un puñado de guerrilleros serranos que bajan a la metrópoli con los rosarios como látigos y las pistolas al pecho. Aquí en España, 1959, nos redimimos de nuestra propia historia gracias a la aventura de Castro. En esta aventura no hay que potenciar la literatura de Cortázar ni la sutileza de Raúl Castro. Es Fidel el patriota de sí mismo y toda la literatura previa quedaría desvanecida por la violencia del guerrillero. Cortázar deslumbra al mundo con su prosa borgiana y yo visito a Alejo Carpentier, en la Faisanderie, impaciente por volar a Cuba. Castro no consume otra literatura que la de sus larguísimos discursos donde va ya toda la doctrina montera y decisiva de la guerra.

Las mujeres florales de los legionarios caen a veces al suelo entre la armonía de sus faldas que se abren en sacrificio con algo religioso y sensual. Algo que recuerda lejanamente aquellas guerras románticas de Cuba en el xix. Me veo en una cola de visitantes a Castro, cola donde aparecen Sartre, Simone de Beauvoir, Camilo José Cela, Caballero Bonald y tanta gente, toda la intelectualidad del medio siglo rindiendo tributo al gallego violento que ya es un mito.

He venido hablando en este libro de la pasión sartriana que se levanta contra él mismo. Bien, pues aquí está Sartre actuando contra sí mismo, siervo de Mao y de Fidel, pero siempre occidental.

También uno, todo lo que escriba a partir de ahora tendrá que escribirlo contra sí mismo, porque el siglo ha terminado antes de tiempo y el tiempo ya no es nuestro, sino del extenso joven revolucionario que ocupa celérico todos los palacios de La Habana. Tarde de agosto en la sierra de Madrid, incendiada de sol y novedad. En seguida veremos en la televisión y los periódicos el milagro de un Fidel vivo pero muerto, de un Fidel muerto pero vivo.

Han pasado veinticuatro horas y el héroe de Sierra Maestra sobrevive entre la actualidad trepidante y el silencio. La más alta política reflexiona sobre la vida y la muerte de Castro. Todos reflexionamos.

Quiere uno decir que la meditación de todo revolucionario en profundidad es la revolución del santo, del poeta, del guerrero, del héroe, del cadáver. Hemos venido

desarrollando parcialmente en estas páginas el tema del pensamiento vuelto contra sí mismo. Y no podemos ahora dejar de presentar el pensamiento revolucionario como la gran novedad del escritor contra sí mismo. La gran zancada del pensamiento es la que se da interiormente para saltar fuera del «yo» o más adentro. Este proceso se produce en toda obra de pensamiento, pero, como ya se ha dicho aquí, fue Jean-Paul Sartre el primero que, en los años postreros de su vida, decidió correr esta aventura intelectual. Y ahí tenemos a Sartre, ya citado, en la cola para visitar a Castro llegando entre los primeros.

Las renovaciones que esta aventura puede tener sobre uno mismo vienen de fuera (Mao, Castro) o vienen de uno mismo, como es el caso un poco ingenuo pero válido de Albert Camus. Uno cree que la revolución guerrillera de Fidel hace más de medio siglo se extendió por todo el mundo no sólo porque fuese la más brillante o la más insólita, sino porque se producía al mismo tiempo en la conciencia social y en las conciencias individuales de los revolucionarios. Puedo reunir en mí el pensamiento político de Castro con mi propio pensamiento. El siglo XX, en su mitad variable, que hemos repasado voluntariosamente aquí, es un siglo fecundo y fracasado, generoso y tardío. Arrastra la herencia revolucionaria de Francia, de Rusia, de España, etc. En una palabra, mantiene pendiente la revolución absoluta que nos prometía el XIX, sin llegar nunca a consumarla.

En estos días, con la crisis de Fidel Castro, a lo mejor nos corresponde escribir la esquela del personaje, que quedará tan sumida como la de personajes anteriores que han poblado este amado siglo XX. Pienso contra mí mismo porque ello es una tendencia acusada del espíritu, y pienso críticamente de mí mismo porque, después de haber sufrido todas las confesiones de todos los tiempos, sabemos que es necesario más, que es necesario mejor. Para hacer la revolución absoluta que dignifique al hombre sólo es necesaria la revolución contra uno mismo, que hemos venido retardando con desviaciones inteligentes, astutas, pero no decisivas.

Y ahora se comprende por qué ha sido tan significativa, desde los años cincuenta, la presencia de Castro en el paisaje moral y político. Y es que esta revolución venía retardándose y disimulándose durante tanto tiempo para alejarla de nuestro paisaje social y progresista. En lugar de las grandes revoluciones que presagiaban la URSS o la China, hemos tenido disturbios intelectuales que han servido para escribir muchos ensayos, y para aplazar —ay— la gran movida que se anuncia de nuevo, ahora como erguimiento de la humanidad, salvo que vuelva a interrumpirse, ahora por la desaparición de Castro.

Comprendo que no se puede escribir un libro mediante la estética periodística de la novedad, y comprendo por otra parte que es ya el único libro que necesitamos escribir. Ésta es la manera ideal de escribir contra uno mismo porque la solución es para mañana y puede pisarnos un pie.

Voy a hacer una pequeña recopilación de cómo el escritor que hay en mí se ha sustentado siempre mediante soluciones adversas. Mi primer enemigo fue mi abuela, y todo lo que yo producía en secreto y en la cocina de mi casa tendía a combatir a aquella anciana vibrante que odiaba los libros y por lo tanto los míos.

Luego vinieron los maestros y profesores, que también me tenían como enemigo porque leía a Edmundo d'Amicis, que era nada menos que un liberal católico, o sea un delincuente para la España de los cuarenta, sustentada en las pintadas de mi barrio que decían, en almagre fascista: «Gibraltar español», o bien «Habla la lengua del Imperio». Todos mis compañeros leían de pasada estas pintadas oficiales, franquistas, pero no se inquietaban nada. A mí, en cambio, se me ocurrían respuestas de todos los estilos y las iba escribiendo mentalmente camino del colegio, a las nueve de la mañana, tarde ya para entrar a clase, cuando pasaba despacio por delante de un convento por cuyas alturas medievales subía una cesta de panecillos atada a una

cuerda. Algo así como una ilustración primitiva para mis textos mentales, pasajeros y reiterados. En realidad, podría seguir indefinidamente la epopeya del niño que pensaba y escribía contra sí mismo, se masturbaba en el baño contra sí mismo y contra todos los profesores franquistas que parecían haberse conjurado contra mí como «hijo de rojo».

Pues claro que lo era. Y en lo alto, una veleta de cuatro bolas que movía con entusiasmo mi pensamiento continuado, callejero, mi monólogo con las pintadas oficiales, que entonces se llamaban traseras. La veleta giraba y giraba en la mañana azul, provinciana y escolar.

40. CUANTO SÉ DE MÍ

Tuve amor
y tengo honor;
esto es cuanto sé de mí.

CALDERÓN

Amor y honor son los dos puntos geográficos y morales en que Calderón de la Barca sitúa toda la síntesis de su vida, toda la síntesis de la vida humana. El hombre principia como ave erótica y se aposenta, mucho más tarde, como ciudadano honorable. Es cuando, como escritor, principia a escribir contra sí mismo, a descubrir esa autobiografía numerosa y profunda que supone el escribir de uno mismo mediante el recurso épico, o mediante el recurso lírico, que está en todos los géneros.

Tuve amor y tuve amores. Todo aquello que me parecía experiencia sentimental de la vida no era sino impulso sexual y reproducción fatal de la vida humana. Es cuando ya sólo queda una tercera vía: la autocrítica. La crítica de uno mismo que no lo es verdaderamente si no se presenta como tal o se rehúye en forma de elegía. A la autocrítica hay que enfrentarse, lo diga o no lo diga Sartre, porque la autocrítica es la forma más viva de ejercer la literatura. El escritor dispone de la crítica para repasar el mundo y dispone de la lírica en forma de memoria y de elegía para repasar su vida.

El error más grande de mi juventud consiste en afrontar la literatura como una confesión general y definitiva. La literatura es más bien una manera de realizarse, de ofrecerse al mundo en esa trayectoria que va del amor al honor, según Calderón. Mi juventud la abrí en dos como aquí ha podido verse. Yo, como crítico de mí mismo, no hacía sino reafirmarme en mi actitud de hombre libre. Aquí habría que realizar la crítica del crítico. Las mujeres eran lo que habla y los hombres eran lo hablado, un discurso que viene de todos los arcones manuscritos. Pero es más bien al contrario, aunque no rigurosamente.

La mujer habla su verdad y su mentira con gran capacidad de prestancia. El hombre debe tomar esa escritura como la más elocuente y vividera del tiempo. Sólo por la mujer tenemos testimonio de que el tiempo existe. Homero habla su lenguaje de siglos y fantasías. La mujer calla. Cuando la mujer habla consagra lo hablado incluso mediante la mentira.

Dante Alighieri habla y ella, la mujer, se va al cielo. Yo, aquí, me declaro culpable de haber pasado toda la juventud leyendo a los pensadores europeos, incluso a los papas, que no dicen nada. ¿Buscaba yo la verdad? No. Sólo buscaba una verdad universitaria desde donde hacer la crítica y crónica de los demás, mientras la veleta colegial que he citado en otro capítulo seguía girando, como el volante azul del cielo. Leí la épica buscando más vida y leí la lírica buscando más mujeres. Todo esto luego se lirifica y nos hace sublimes, pero la verdad es que nos hemos movido entre papas y mujeres.

Tengo la edad y la prepotencia de maldecir a las mujeres y a los papas. Ésa sería la verdadera crítica de mí mismo. Pero me refugio en Marcel Proust porque no me compromete a nada y ahora comprendo que me he refugiado en él toda la vida porque, siendo francés, no fue de la Academia.

Si de verdad quisiera yo ahora emprender una batalla contra mí mismo, las primeras almenas a derribar habrían de ser los premios literarios. El primer premio que me concedieron en mi adolescencia, casi infancia, cien pesetas, creo recordar, por un reportaje sobre un festival acuático y deportivo en el río Pisuerga, todo ello con un cierto estilo inglés, universitario, cinematográfico. Había yo leído la convocatoria de este premio coincidiendo con las actividades deportivas que se trataba de glosar. Recuerdo que me senté a la máquina de escribir de mi madre con cierta ilusión.

Era un festival que se celebraba anualmente y del que yo había leído cosas sin perder mi indiferencia. Pero aquel año, no sé por qué, tomé la decisión confusa y segura de participar. De modo que me fui al río, en su tramo urbano, y anduve barzoneando por

las orillas fluviales con zapatos inadecuados. Bueno, pues ya he hecho la primera inversión y sin esperanza de que me la devuelvan en forma de premio. Así es como empecé a indiferenciarme del concurso, incluso procuré rehuir las informaciones de un premio que me parecía una triste aventura, pues yo no era universitario, no era conocido en las revistas estudiantiles y no reunía, en fin, ninguna de las condiciones que requería el asunto.

Mi posición ante el premio que no me iban a dar era ya de indiferencia, una indiferencia sombría porque me pareció una equivocación, un error inútil, empezar toda una carrera literaria con un error. Puede decirse que toda mi disposición ante la literatura venía a ser sólo eso: inseguridad, impersonalidad, indecisión y asco.

Pero una noche, estando yo despierto en la cama, vino una tía mía, la hermana mayor de mi madre, a despertarme con la noticia. Según los hábitos de aquella casa, después de cenar dormíamos todos en alguna de las varias habitaciones, desde el cuarto azul hasta la cocina. Esta tía mía era una solterona solitaria que prefería quedarse leyendo el periódico local que no había tenido tiempo de leer en todo el día. Ella buscaba esquelas de los hombres ilustres de la ciudad y fotos de las fiestas frecuentes de la clase alta, pero esa noche leyó también una información universitaria sobre unos premios deportivos, y allí encontró mi nombre junto a una triunfadora cifra de cien pesetas, segundo premio para los reportajes sobre la fiesta acuática estudiantil.

Mi tía y yo no nos entendíamos muy bien, pues ella prefería a otros sobrinos. Pero lo de las cien pesetas la había encendido e incendiado la noche. Y fue a despertarme, no era para menos. Por mi parte, después de informarme serenamente, le di las gracias a la tía por haberme despertado con tan triunfal noticia.

El Pisuerga lo conocía yo bien por mi largo aprendizaje del remo, deporte que servía para pasear por el agua a los amigos y, en verano, a las estudiantes francesas que venían a los cursillos estivales de la ciudad. Recuerdo que una de aquellas francesitas me deslumbró un año con su tarjeta de princesa, que es lo que era la damita, feilla pero manejable. La fascinación acabó cuando todos mis amigos me fueron mostrando la misma tarjeta, pues la princesita feilla había querido remediar esa fealdad con un título nobiliario exhibido en la España militar y sin aristocracia. Por la mañana se hizo toda realidad, como en los cuentos, pero nadie, salvo mi madre, reparó en la habilidad de Paquito para el reportaje periodístico y literario. Ni yo mismo me paré a estudiar lo del premio, aunque me duraron mucho las cien pesetas de la universidad. Un fracaso anticipado y sentimental suele malograr una verdadera vocación. En la ciudad había nacido un escritor nuevo y nadie se daba por enterado. Recuerdo ahora un poema del gran Jorge Guillén sobre el Pisuerga: «Cuando el espacio sin perfil resume con una nube su vasta indecisión a la deriva ¿dónde la orilla? Cuando el agua duramente verde niega sus peces, primavera delgada entre los remos de los barqueros.»

Esta maniobra de escribir contra uno mismo tiene raíces más profundas de lo que creemos al principio. Así, aquel reportaje ligero sobre las regatas universitarias se me aparece hoy como un ejemplo anticipado y revelador de cuánto hay en la escritura, en toda escritura, de descubrimiento del yo. Yo había escrito aquel reportaje con más voluntad de crónica que de concurso, como lo prueba mi inmediato olvido del asunto.

Efectivamente, yo no frecuentaba el mundo universitario ni sus jornadas de ocio elegante en el agua o en el golf. Yo no iba a la universidad, yo no conocía a ninguno de aquellos chicos y chicas cuya única tarea era aprenderse a cuatro clásicos, optar entre la medicina y la ingeniería, leer revistas frívolas y periódicos políticos. Disfrutar del río y del campus.

De modo que si me sedujo el atractivo de aquella convocatoria no era por ganar una jornada deportiva, sino por escribir proustianamente sobre una juventud más feliz que la mía y vivir una tarde de verano suntuosa. Creo haber hablado en el capítulo anterior de la inicial fascinación de Proust. Y toda mi tarde del Pisuerga tuvo asimismo una

fascinación proustiana.

Me asombró descubrir desde un lejano principio que yo había escrito siempre en contra de mí mismo ganando un premio literario en un certamen deportivo de la universidad local, que era selecta y reducida. Lo que me había llevado a escribir un reportaje, quizá no teniendo yo vocación periodística, fue la escena y el escenario de la juventud y el río, y aquellas muchachas españolas o francesas que le daban un cierto cosmopolitismo a las tardes del viejo Pisuerga. Resulta que había mucho Proust en mí, que no había leído a Proust. Años más tarde pronuncié en la ciudad, requerido por las fuerzas vivas y por la situación, un discurso público donde se oponía el Pisuerga a la Esgueva como dos formas antagónicas de organizar la sociedad.

Aunque mi opción política, en aquel discurso, era claramente social, mi opción estética era vivamente proustiana.

Hubo querrela en los periódicos y en la ciudad, con el testimonio noble de Miguel Delibes, que estaba detrás de todo aquello. La rúbrica de escribir contra mí mismo se había iniciado en el pequeño escritor mucho antes de lo que yo sabía. Años más tarde, ya en Madrid, cultivé todos los géneros para reunir el dinero que me exigía la nueva forma de vida, y el mejor recurso para esto era el concurso literario de las revistas y de algunos cafés. Gané premios en Tomelloso, en Alicante, en los ferrocarriles, en las revistas, todo lo cual me irguió como uno de los narradores privilegiados del momento, años cincuenta o sesenta. También trabajaba contra mí mismo, según la fecunda fórmula, puesto que hacía literatura social y socialista para criticar elegantemente la España del momento. Puedo resumir mi trayectoria según la fórmula que me dio un compañero de pensión en cierto momento: «Tú escribes bien, Umbral, pero como no dices nada sólo escribes bonito.»

ANÉCDOTA Y CATEGORÍA

Sólo Eugenio d'Ors nos enseñó a diferenciar la anécdota de la categoría. Aunque el maestro catalán hizo mucho periodismo, puede decirse que nunca cayó en la anécdota, es decir, que tenía el don de entrar en la noticia como categoría sin recrearse en el dato pintoresco o municipal más allá de lo posible.

No hay que confundir esta técnica con un culto fanático a la categoría. El maestro D'Ors veía en seguida cómo el dato, el sujeto, el suceso se diluía categóricamente, brindándonos una enseñanza viva de la vida, un menester aprovechable en la función del pensamiento, más allá del mero sentimiento municipal, como hemos dicho, que es de lo que se nutren la mayoría de los textos periodísticos.

Hoy tenemos muy de actualidad al periodista que, en función del estilo o de un historicismo fácil, nos va aforrando de anécdotas culturales o políticas, sin tiempo nunca para ascender a las categorías y glosar la pequeña verdad vivísima, el hallazgo cultural que es o puede ser un relato brevísimo de agencia.

Escribir mimando el pintoresquismo de la noticia es rehusar todos los matices del pensamiento propio o ajeno. Digamos que en España, en aquella España catalana de los felices 20, se ignoraba el uso europeo de las ideas. Así, los periódicos franceses, por ejemplo, venían llenos de ideas y de hallazgos, mientras los españoles se quedaban en la anécdota chistosa que más podía doler a un político o un escritor.

La pereza nacional, muy complacida en sí misma, había dejado la literatura en folletón y la filosofía en espejismo de don Marcelino Menéndez y Pelayo. No teníamos un buen periodismo porque no habíamos estudiado ni aprendido esa fórmula superior del que eleva la anécdota del día a la categoría del tiempo. Esto que ocurría con el periodismo ocurría también con el teatro y la novela. Por eso, todo era aquí genéricamente malo. D'Ors odiaba nuestro teatro, y no sólo por inútil, sino por vulgar, inservible y anecdótico. Siempre un teatro de anécdotas y nunca un teatro de ideas. Tuvo que acudir la Generación del 98, con sus monstruos sagrados y sus autores consagrados, para abolir el realismo cocinero de Galdós e imponer el simbolismo creativo de

Mallarmé.

Pensemos que las formas del pensamiento informe son dos: la invención creativa que duplica la realidad y la mención positiva que crea mundos simbólicos. Don Ramón del Valle-Inclán hizo ambas cosas. Quiero decir que nos trajo a los hermosos segundones de la revolución y a los destellantes bohemios de la pura invención.

La literatura fue saliendo de sí misma para escribir contra sí misma. Toda ella es una lírica autocrítica. Y esta autocrítica generalizada es la que bruñe el pensamiento español de los felices 20 hasta la Segunda República.

Los escritores empiezan a escribir contra sí mismos, lo cual supone escribir contra los demás desde la honradez de un pensamiento autocrítico. Aunque perdamos Cuba, España está salvada porque ha cambiado de sus clásicos a sus bohemios de la Luna de Vanguardia. Ya podemos darnos a inventar como los demás, y toda invención lleva en sí la eficacia de la autocrítica. El realismo decimonónico se ha secado, y la imaginería del Greco, Velázquez y Coya ha reflorecido. De modo que el escribir contra uno mismo no es sólo una fórmula personal, sino una fórmula nacional.

No ha faltado quien identifica a Galdós con el triunfo de la anécdota, pero tampoco ha faltado quien le identifica con la categoría, suponiendo que el realismo es una fuente de verdades y el simbolismo una fuente de mentiras. Valle-Inclán y García Lorca desmitificaron esto abriéndose a sus propios paraísos rubenianos y mallarmeanos. Ahí es cuando empieza nuestro amado siglo xx.

Eugenio d'Ors nunca hubiera admitido que se le situase en la calificación de enemigo de sí mismo. Se pasó la vida fomentando un clasicismo sobrio, elegante, culto, sabio e imperturbable. Y, sin embargo, la clave dinámica de su existencia es el cultivo y promoción de un barroquismo que va burlándose de todos los clasicismos y dando medias vueltas y pases toreros a los temas, a los clásicos y a aquellos principios que venía defendiendo provechosamente durante muchos años.

D'Ors tiene o tenía un monumento en el Paseo del Prado que era la consagración de aquella España barroca e incluso churrigueresca. Los generosos autores y promotores de ese monumento no fueron sino esos que en este libro hemos llamado «los prosistas de Franco». En ese clima vivió el maestro sin otras perspectivas que las formas que pesan y las formas que vuelan. Otra vez, en fin, la vuelta a una estética histórica y política de ligereza volandera alternándose con una estética de peso y valores acentuados que no hacen sino corroborarse a sí mismos mediante este peso. Fuera de la balanza desnivelada y pesante, excesiva de riquezas, el sistema dorsiano no habría podido moverse sino hacia un cielo de formas volatrices.

El problema se restringe al maestro D'Ors, pero se hace problema nacional cuando todo un sistema político y guerrero adopta parecidos esquemas. Estamos ante el problema de España, que acumula en una balanza todo el formidable peso de la Historia, de la Iglesia, del Imperio, y en la otra balanza sitúa el leve acervo de los arciprestes, los generales, los descubridores, los conquistadores, los que ganaron batallas con alarmante facilidad y todos aquellos que hacían valer por igual una palabra buida que una palabra densa de contenido.

Como resulta que esta España de Santa Teresa, de los místicos, de los beatos, es la que más ligera hace pasar tras ella la alegría popular de los andarines por todos los Años Santos, España no ha sido para nada un país barroco, pese a sus crecientes catedrales. El barroco nos vino de Alemania palpitando en las alas tensas de los pensadores. Luego hubo unos artistas que hicieron plástico todo aquel pensamiento. Ésa es la España que le gusta a D'Ors, alternándose siempre con la España leve y juguetona de la «crisolina paladiana». En el revuelo del capote torero se ve que somos mejores escultores del aire que cantores de la piedra, según se deduce de los *Sonetos a la piedra*, de Dionisio Ridruejo, quizá el más dotado de toda la mitología franquista. Pero dotados estuvieron todos, para la mitología y la chismografía. Sánchez-Mazas le

dice a Eugenio Montes: «Quizá usted, con el esfuerzo que hizo por forjarse una cultura fingida, habría conseguido acuñar una cultura verdadera.» Así, tenemos la contradicción fundamental de España, barroquismo/dinamismo; la otra contradicción: formas que pesan y formas que vuelan. Y todavía la otra: hombres que hacen la Historia a pie y hombres que se arrastran, como los que encuentran Don Quijote y Sancho en los caminos. D'Ors vivió su particular conflicto de España y nunca supo que estaba escribiendo contra sí mismo.

Muchos vivimos esa contradicción, que es una de nuestras claves explicativas y nos hace vivir. El maestro mete la ingencia del Prado en tres horas de visita. Se siente recargado y es el que mejor sintetiza en Europa. Cuando entra en una sala de pintura o arte, va directamente a la pared de enfrente porque necesita tener todos los espacios en la cabeza antes de ponerse a pensar. Resumiendo la oración católica, coloca inesperadamente la Salve. Y cuando se lo reprochan se defiende:

—Me convenía, señores, me convenía.

Un hombre que hace las cosas porque le convenían es todo menos un clásico. Es el maestro del hacer lo que le conviene y no dar explicaciones.

O sea, un español.

La vida del cazador de premios literarios no es precisamente una vida literaria, pero yo, al principio, tuve que dedicarme a eso como a una de las formas de comer que no dan de comer, según decía madrileñamente don Mariano José de Larra. Necesité muchos años, toda una vida y una larga dedicación para llegar a los grandes premios que nunca había codiciado seriamente.

Durante la tediosa posguerra (30 años que llenan mi vida), la gente ganaba premios de cualquier clase porque se había convertido la Bolsa de Madrid en una Bolsa literaria, rastrea y rastrillera. De mi primera entrada triunfal en aquel barrio de los ángeles perdidos conservo una Virgen gestante, prohibida durante muchos años, que me costó cerca de un millón de pesetas. Y, encima, el tío del chamarileo quería venderme a San José por casi otro millón.

—Y se deja usted aquí a San José. La pareja es inseparable en todos los mercados del mundo, y yo se la pondré barata como se lo merecen ella y usted.

Pero ya me había gastado yo más de lo que tenía en una pieza no sé si buena o mala pero fina, de un barroco estilizado, y me parecía que un escritor no podía enseñar su casa de escritor sin escritor a quien deslumbrar. De modo que me fui de allí cantando bajito y pensando que aquella *madonna*, absolutamente falseada, venía a privilegiar las paredes de mi estudio. En una palabra, que quería cerrar con elegancia mi gabinete de escritor.

Pero este rehén de la gloria literaria y de la otra no bastaba a consagrar mi nombre de prosista educado. Había que seguir buscando y, por lo tanto, seguir escribiendo. Esto no me asustaba, sino que me incentivaba. Pensaba en algo así como el disparate de comprar una Virgen preñada todos los domingos.

El Premio Príncipe de Asturias me lo dieron creo que a mediados de los noventa. Fue un premio que cambió mi vida, mi estado social y literario. Me pagaban los artículos mucho mejor en los periódicos. Estuve en Oviedo a cobrar la cosa y allí saludé a la Reina Sofía, al Príncipe Felipe, al presidente Adolfo Suárez y a mucha más gente. Recuerdo ahora a Lázaro Carreter, con su esposa, siempre favorable a mí, que me elogió la conferencia que había dado. «Y cómo lo ha leído», dijo Lázaro quizá con la intención secreta de privilegiar la forma sobre el contenido. Estas formas le gustaban mucho a Lázaro y le divertían.

Otros premiados eran Julián Marías, un italiano que ya murió, Adolfo Suárez, todavía triunfal y ruidoso, y hasta mi familia, que tenía residencia provisional en Asturias. El discurso de Marías fue el que más me gustó. Le propuse ayuda a Suárez con vistas a mi improbable Nobel y me ofreció ayuda moral, con cierta coña, dejando claro que otra

no podía hacerme y dándome a recordar que yo había estado en su despacho de la Gran Vía para verle, recién llegado de la provincia, y volvimos a abrazarnos ruidosa y contundentemente. A un primo mío, que lo observaba todo muy irónico, le aclaré: «Por si vuelve.» El primo sonrió y le pregunté por qué sonreía. «Nada, nada, déjalo» como si me considerase a mí incapaz de entender todo aquel barullo que yo mismo había montado. Hay momentos de la vida en que los primos más primos se tornan listos y al primo listo y bastardón le hacen tonto.

Otra gran figura era el periodista italiano que antes cité. Nos conocíamos de su tertulia romana en plaza Navona y dirigía un periódico de derechas. Bailé con Esperanza Aguirre, entonces ministra de Cultura y luego presidenta de la Comunidad de Madrid. Me dijo una cosa que no olvido: «No me fío de ti porque no tienes tripa; los hombres sin tripa es que son ligones.»

Yo me había llevado a Oviedo a Tamames y Carmen, a mis primos los Perelátegui, a mi abogado Liaño, etc. Marías hizo un hermoso discurso. Ya he dicho que un premio de este embalaje puede cambiar la vida de un hombre, aunque luego digamos por siempre que los premios son acontecimientos privilegiados. Contaré brevemente mis otros grandes premios, los que hacen que se confunda mi nombre y se prestigie mi apellido. Los últimos que recuerdo, siendo los primeros del viaje colectivo, son los que más han habitado mi vida. Los jurados suelen coincidir milagrosamente con el público lector y ahí está el prestigio de algunos premios que España ha sabido potencial.

Volvimos de Oviedo al día siguiente, cansados, glorificados y echando cuentas sobre el futuro Príncipe de Asturias. Al subir al escenario, yo había equivocado la puerta y esta equivocación me sirvió de alerta para estar muy vivo toda la noche. Recuerdo que para echar el discurso tomé un Valium y una ginebra. Ahora no podría decir de qué hablé porque a mí los premios, como a san Agustín las apariciones, se me borran fácilmente con la primera llamada de felicitación de la chai local. La gloria se debe quedar en eso. Sostenemos que el argumento de estas memorias es la despedida al siglo xx, y su tema de profundidad, la lucha del escritor contra sí mismo, como uno de los hallazgos fundamentales en la cultura de la centuria, tan importante como las especulaciones de Freud o las filosofías de Heidegger. Porque en el censo y censura de la selección literaria se va descubriendo la doble realidad del hombre prehistórico y contemporáneo al mismo tiempo, así como la manera populosa y fecunda de las grandes urbes.

Éstas serían las verdades a debatir a lo largo de todo el siglo. El siglo xx no sólo se ha descubierto a sí mismo, sino que se ha dejado descubrir por siglos anteriores y posteriores. Ha sido un siglo/muestrario donde hasta el individuo sartriano o heideggeriano ha aportado un descubrimiento, un matiz de la gran verdad bajo cuyo beneficio vivimos todos.

Y vivimos más conformes porque estamos más conformes de ser, y vivimos más confortables porque nos reconocemos, y eso nos da seguridad, valentía y tiempo por delante. No se trata ya de exhibir el gran muestrario del pasado, sino del futuro. Más que haber llegado a ninguna parte, hemos llegado a la convicción de que podemos llegar a todas partes, incluidas las galaxias.

Pero este hombre optimista y astronauta que se dispone a recorrer un universo con música de Mozart no es tampoco un ser vacío y errático, sino una consecuencia de la centuria inventora que nos llevó.

Descubrimiento y reflexión, autoconfesión y autorreflexión. Éstas son las dos verdades decisivas del hombre que se enfrenta el siglo xxi. Esto es todo lo que tenemos. Un glorioso desencuentro de verdades, más allá del mediocre encuentro de civilizaciones (agotadas) que nos anuncia algún presidente occidental con más ambición de futuro que verdad de presente.

PREMIO NACIONAL DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS

Mi nombre había entrado en la cordillera grandiosa de la Literatura del siglo, cuando

todavía recordaba yo, como muy cercanas, las vicisitudes del Asturias. Y esto ocurría, quizá vanamente, porque había acertado con ese camino de los teatros que lleva al escenario y por donde en seguida se gana al público, que es siempre el mismo y llega ya decidido a aplaudirnos.

Este Premio Nacional de las Letras Españolas venía a sumarse al Premio de la Crítica para novela y al Premio Nadal de los editores catalanes. Enumero aquí todos estos premios, y otros que me callo, como ilustración de un relato que necesita tomar cuerpo ante el espectador. Yo era ya uno de esos escritores cuyo nombre no pueden perderse los Reyes y los Príncipes.

Le dije a Julián Marías, en los años sesenta, cuando ambos ganábamos el Nacional, que un tiempo atrás había hecho mi convalecencia leyendo concienzudamente su *Introducción a la Filosofía*, que me pareció un gran libro. «Se lo darían a usted como tratamiento», me dijo Marías, que en seguida pasaba a reñirme por mi menosprecio de Azorín.

Marías pagaba particularmente un precio político por haber secundado a Ortega en su huida y exilio, pero los demás no teníamos culpa de eso, y Azorín menos que nadie.

Este libro, como habrá advertido el lector, está dedicado en su primera parte a glosar, de manera un tanto épica y un tanto lírica, la emergencia del siglo xx con todas sus novedades científicas, políticas, estéticas e históricas. En la última parte nos desviamos calculadamente hacia un tema que también es puro siglo xx, y quizá el quehacer más importante de este siglo. Me refiero a la actitud literaria del hombre contra sí mismo, una constante que se ha mantenido a través de los tiempos, pero no se ha estudiado ni dimensionado con la amplitud que merece un siglo tan poblado de hallazgos, engaños y desengaños.

Sartre, como ya hemos dicho, vino a ser el apóstol de esta actitud crítica y autocrítica, pero un apóstol tardío que apenas si pudo realizar su empeño ni difundir su evangelio. El siglo xx penetra un pensamiento avanzado que hubiera requerido un contrapensamiento crítico y negativo. Por ahí iba Sartre, con el hallazgo lírico de referir a sí mismo toda la investigación. Ahora que estamos tratando este tema, Günter Grass declara públicamente que en su momento fue sicario de Hitler, y otros como él.

Me limito a anotar algunos nombres de personajes que he conocido directamente. A Günter Grass le conocí en Alemania. A Jünger le traté y entrevisté, estando él muy enfermo, en la clínica Jiménez Díaz de Madrid. A Heidegger es al que más he leído, hasta la exhaustivización. De estos nombres y de muchos otros sacamos la consecuencia de que el nazismo no fue sólo una orgía de uniformes y palabras, sino también un frenesí del pensamiento que justificó confusamente los crímenes de Hitler. No es Günter Grass el primero que escribe contra sí mismo.

Todo el siglo xx, que ya pasó, ha vivido la contradicción de la sangre y las ideas. Ése fue el problema de Alemania planteándose banquetes intelectuales superiores a la mente germánica, con ser ésta la más potente de Europa, al menos por algunas temporadas. A punto de cerrar este libro me llega la confesión de Günter Grass, que es la confesión definitiva del gran pecado de Europa, que todavía se debate.

Todos los inventos e invenciones que aquí hemos enumerado o sugerido son un pecado de la lucidez de algunos pueblos que han querido pensar más allá de Nietzsche, que fue el que dijo que las grandes cumbres se unen por los valles.

En el capítulo anterior hemos glosado la situación política y clínica de Fidel Castro. Parece que Castro no se ha arrepentido de nada, pero no sabemos si tenía y tiene razón. El siglo xx va muriendo con sus hombres.

... Y EL CERVANTES

En el pugilato, que venimos cronificando, en torno a los grandes y pequeños premios de la vida española y de otras vidas, convendrá, finalmente, estudiar un poco el significado social y cultural de un premio máximo entre el público y los lectores. Estos

premios máximos, como el Nobel o el Cervantes, desarrollan ya toda su difusión y su influencia como verdaderas fuerzas que cierran y abren, premian y condenan una carrera literaria que a veces es incluso corla, como la de Gabriel García Márquez. Es singular el escritor que decide vivir y crear al margen de esa perpetua batalla de los demás.

En España, como escritor singular tenemos a Juan Ramón Jiménez, poeta que se elige a sí mismo en su soledad y, aparte de algunas querellas con los colegas, jamás entra en lid. Efectivamente, la carrera de JRJ es la de un hombre que está cansado de sí mismo (y quizá de los demás) y opta por la distancia como medida lírica de todo lo que quiere mantenerse puro y nuevo en su vida y obra.

Hay algún otro en la Generación del 27 que bruñe su soledad como quien bruñe una lanza, pero todo esto es por otra razón, como en el caso de Luis Cernuda. No se trata sólo de que el poeta elija la soledad como un instrumento musical, sino más bien como un instrumento social con el que aislarse de los demás. Juan Ramón se fue aislando incluso de su familia más íntima, y sus lectores asiduos llegan a confundir la soledad creativa del poeta con la soledad espiritual del místico, un místico laico que no ha venido a decir nada, sino a significarlo todo.

Cuando uno recibe un premio como el Nobel o el Cervantes comprende mejor esta diferenciación entre ambas soledades. Hay muchos hombres y mujeres que eligen la soledad como espacio privilegiante de su biografía y hay otros que sólo se retiran a esa soledad buscando un espacio poético, incluso lírico, donde desarrollar su musa. Escribir todo esto para justificar mi Premio Cervantes sería demasiado bagaje cultural, demasiado equipaje para cargar siempre con él a favor del premio. Pero, aparte de actitudes personales, el Cervantes puede significar una decisión íntima del autor o una elección social del mismo autor, que se encuentra más creador cuando acierta, como Borges, con el lago suizo de todos sus silencios de ciego y transparencias.

Mi amigo y cómplice Virgilio Zapatero, colega de las andanzas neoyorquinas de mi generación, es testigo de estas cuatro cosas que voy a escribir.

Diremos, en principio, que el escritor, cuando gana un Cervantes ya puede descansar en la lucha del hombre contra sí mismo. Virgilio conoce bien mi biografía y arrastra con humildad su abrumador nombre propio. Es tan humilde que ni siquiera ha hecho una pancarta de su soledad prolongada. Todos necesitaríamos, como él, la pancarta de nuestro aislamiento como lo es el suyo en Alcalá de Henares.

Pero el escritor, hombre al fin, acaba entregándose a los halagos que tan penosamente ha ganado. Por lo que a mí respecta, puedo decir que el Cervantes fue primero una renuncia íntima que ni siquiera llegaba a la resignación. Luego, después de logrado el premio, es cuando se reanuda silenciosamente la batalla del yo contra sí mismo, porque es ésta una batalla que sólo cesa con la muerte. El hombre premiado es sin duda otro hombre y, en consecuencia, necesita crearse una nueva mitología, una nueva retórica, una nueva persona exterior que diga cosas exteriores porque al consagrado no se le perdonan las exterioridades de toda la vida.

Pero, por otro lado, ese hombre se reduce ya a su obra y su nombre, lo cual es peligrosa peripecia. Somos mejores con toda la familia y esto que digo ahora es absoluta mentira, pues creo todo lo contrario y no creo para nada en la familia. Durante estos años y los que vengan pienso seguir viviendo cervantinamente de mis populares aventuras y mis secretas desventuras. Y no digo que mi nombre se acabó porque eso supondría que se acabó el hombre. La querella contra mí mismo, apuntada en este libro, tomaría ahora espantosa realidad si la aceptase. Sería la querella de un premio internacional contra un escritor frustrado, que es el que todos llevamos dentro. Y digo frustrado porque vivimos más de nuestro proyecto vital que de nuestra realidad existencial. A Sartre, gran potenciador de esta idea que tanto he llevado y traído, le sirvió para montar un sombrero filosófico de muchos años.

Por lo que respecta a mi sombrero, diré que tiene una biblioteca con mi nombre en Sao Paulo, más otras pequeñeces y vanidades que principian en la Biblioteca Municipal de Valladolid y todavía siguen. Luchar contra mí mismo supone que llevo escondido un hombre más inteligente y más creador para seguir haciendo cosas nuevas. Pero es más importante salvar a diario la novedad de lo escrito el día anterior que salir a novedad por día. Esos tipos tan «novedosos» empiezan equivocándose ya desde el apelativo, «novedoso». La insistencia en lo que insiste es mi lema —no hay que tener lema— y lo que nos salva no como eternidad, pero sí como verdad.

Otra cosa es que mi pijama combativo se obstine en estrenar iniciales todos los días, eso no está mal a condición de que al escritor en pijama no se le caiga la gracia o la tristeza de ser toda la vida gracioso cuando se puede ser tantas otras cosas. Hay muchos escritores que han condenado el humor. Yo también, pero a condición de que la gracia reflexiva no se quede, con los años, en una payasada irreflexiva. El Premio Cervantes me ha ayudado mucho en eso, y todos los premios desde aquel de veinte durillos que me anunció mi tía sacándome de la cama. Un premio de veinte duros, a los veinte años, impulsa tanto como un Nobel a los cien.

Hoy mismo leo en la prensa que el gran Günter Grass se ha autoacusado de colaborar con Hitler y el nazismo cuando hizo falta. Tiene a Alemania en un grito. Son muchos los escritores que juegan a esa carta falsa, incluso innecesariamente, como ahora Grass. No ha querido uno tanto y por eso lo dejo aquí mismo. *Heil* Hitler.

EPÍLOGO

Francisco Umbral estaba poseído por los demonios de la escritura, que no le abandonaron nunca. Había sido siempre, desde niño, un profesional de lo suyo y nunca pensó en dedicarse a otra cosa. Tenía incluso, completando su personalidad, el gran tema que hace falta en una vida para no quedarse sin tema a mitad de camino. *Amado siglo XX* era el libro que tenía en la cabeza desde colegial, y todo ello resultaba monstruosamente prematuro en una personalidad como la suya, es decir, en un adolescente que al mismo tiempo trabajaba en sus estudios, iba al río con sus amigos y cambiaba de novia periódicamente.

Digamos que era un hombre con dos vidas. La vida externa del trabajo y el estudio, y la vida interna de la lectura y la escritura donde alimentaba la máquina literaria hasta convertirse, sin demasiada conciencia, en ese hombre maduro que es anticipadamente el que lleva adelante una doble vida y no piensa nunca en abandonarla. Aquel muchacho fue pronto un hombre solitario en Madrid, pero esta soledad le llevó derechamente a sumirse en el mundo de los escritores, los periodistas, los poetas, etc. Efectivamente, su vida umbraliana, digamos, por llamarlo así, había sido la vida interior, reincidente, cada vez más profunda y poblada. La vida de un intelectual que, sin plantearse nunca problemas de duplicidad, llevaba además otra vida, la vida exterior de todo hombre que trabaja y juega. En este sentido, Umbral tenía dos vidas, era un ejemplar raro ya que nunca renunció a desarrollar su vida literaria en nombre de nada, ni a compatibilizar ambas vidas, sino que proyectaba instalarse definitivamente al otro lado de la historia, de su historia. Quería ser el hombre del otro lado, el otro hombre, y en ello trabajaba, pero nunca hizo un planteamiento firme de esta situación, sino que confiaba en que las cosas ocurrirían por sí mismas y de pronto se encontraría al otro lado de la realidad, en la otra orilla del río, sin mayor esfuerzo. Y así sucedió alguna vez silenciosamente, grávidamente, pero no de golpe, sino mediante una constancia y una insistencia que trabajaban por sí mismas en el otro proyecto de hombre. Era como si su madre hubiera tenido gemelos dándoles a los dos la vida de uno, dejando que esta vida se repartiese naturalmente entre uno y otro.

Umbral decidió escribir su libro fundamental cuando ya estaba instalado al otro lado, como cambiando de ciudad o de piso. Sin duda, era el momento de abandonar la vida anterior y centralizarse en este proyecto.

Amado siglo XX. Efectivamente, él sí había tenido patria en el siglo xx. Su duplicidad interior alternaba sin esfuerzo con la fijeza del libro grande, como lo han hecho los grandes historiadores, los grandes cronistas, los grandes novelistas, así Cervantes, así Alighieri, así Homero, así Víctor Hugo y Marcel Proust, y Shakespeare, y algunos otros. Efectivamente, una obra en marcha funcionando durante toda la vida, un proyecto que crece a medida que se realiza, es algo que llena de contenidos una existencia, dándole continuidad y armonía como aquellos puentes o acueductos romanos que resumían toda la insistencia y coherencia de un Imperio.

Amado siglo XX era un proyecto que había ido desarrollando Umbral sin estorbo de su vida cotidiana, pero asistido siempre por el beneficio de una idea que le protegía, que le personalizaba y, en reciprocidad, le iba esculpiendo como hombre. *Amado siglo XX* era un título que mantenía ese arranque efusivo hacia la vida y el tiempo. Se asomaba todas las mañanas al siglo xx, que era la realidad temporal del escritor.

Vivir dentro de un siglo es confortable y aleccionador. El siglo va tomando la forma y medida de nuestra existencia, y nosotros asistimos a ese siglo como al transcurrir del agua por los acueductos que hemos dicho antes. Nunca se sabe si el espectáculo es el agua o son las ojivas que cinematografían el paisaje. Pero no en vano estábamos en el siglo xx y no en otro. Umbral participaba de su siglo con violencia y aquello era lo que escribía siempre, aunque no siempre se notase.

Su vida avanzaba con el mismo ritmo que su escritura. Hombre, vida y obra eran ya

una tríada que se adentraba en los bosques de lo muy vivido y aquello estaba allí, eternizado y transeúnte en la misma medida que lo había edificado él. La nieve, pájaro de altura, estaba volviendo a sus cimas blancas y dejando nidos cada vez más altos sobre los techos ojivales de un siglo en decadencia. Umbral contempló su obra con sosiego y se tumbó a descansar.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.